

PEQUEÑECES...

Luis Coloma

PEQUEÑECES...

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

LIBRO TERCERO

TERCERA EDICION

BILBAO:
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
CALLE DE AYALA (ENSANCHE)

1891

BILBAO.—Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7



I



EMORABLE fué aquella noche... Pedro Lopez aseguró al dia siguiente bajo su firma, en las columnas de *La flor de Lis*, que el espíritu de Meyerbeer habia abandonado la mansion de las armonías, para inspirar en el Real el estreno de *Dinorah*. Algo impalpable y armónico que se reflejaba en las voces de los cantantes y en los ecos de la orquesta, lo habia visto él, Pedro Lopez, descender del carro de Febo que decora el techo, y difundirse por la atmósfera embriagadora de la espléndida sala...

Tambien Villamelon habia visto algo: sentado de espaldas al escenario en el fondo del

palco, apoyada la pensadora cabeza en el débil tabiquillo y fijos los ojos en el techo, recibia de lleno el formidable soplo de aquel feísimo Eolo que por detrás del carro de Febo parece lanzar pulmonías y catarros sobre las calvas, vistas en proyeccion, de los melómanos faltos de pelo.

Currita, sentada en primer término frente á Leopoldina Pastor, hallábase arrobada por aquel sublime terceto de la campanilla, final del primer acto, cuando retumba el trueno á lo léjos entre los sordos bramidos de los contrabajos y el suave murmullo de los violines, dulce, delicado, bellísimo, que parece revelar el hálito tibio de la tormenta que se acerca, el ténue susurrar de las hojas de los árboles que sacuden ya las primeras ráfagas, el vago perfume de la tierra que anuncia la cercana lluvia.

¡Che oscuro é il ciel!...

Y Currita, tan conmovida como Dinorah misma, que intenta en vano detener á Bellak, la blanca cabra querida, miraba de reojo al palco del Veloz-Club donde charlando y riendo entre sí, asomaban Gorito Sardona, Paco Velez, Diógenes, Angelito Castropardo, y

por detrás de todos, descollando entre ellos por su gallarda apostura y su aire altanero, Jacobo Sabadell, flechando los gemelos con descaradísima insistencia á otro palco que Currita no podia ver, porque estaba colocado justamente encima del suyo.

—¡Delicioso!—decia Currita más y más conmovida, porque la cabra se escapaba en aquel momento, Dinorah corria en su busca, Höel arrastraba á Corentino medio loco de terror, y la orquesta se apagaba lentamente, *pianissimo,* en un suave murmurio que dejaba sobresalir léjos, léjos, cada vez mas léjos, hasta convertirse en un eco apagado, misterioso, mágico, las vibrantes notas de la campanilla de plata dé Bellak, la cabra blanca (1).

El telon cayó entónces, y el público permaneció un segundo mudo, atónito, escuchando áun en aquel silencio que hubiera permitido oir la caida de una hoja, embargado por esa especie de pavor suavísimo que infunde en el alma el sentimiento de lo sublime. Una tempestad de bravos y de aplausos estalló al

(1) El análisis tecnico de esta ópera, está tomado de un articulo crítico del Sr Peña y Goñi.

fin en el teatro, y Villamelon salió entónces de su arrobamiento, exclamando con aire de reconcentracion profunda:

—¡Lo dije!...—El *vol-au-vent* de codornices, se me indigesta siempre!...

Currita, prescindiendo tambien de su emocion artística, inclinóse vivamente al oido de Leopoldina, para preguntarle rabiosa y preocupada:

—Pero mujer...—¿A quién mirará tanto Jacobo en este palco de arriba?...

Leopoldina volvió lentamente la cabeza, con ese arte inimitable que tienen las mujeres para ver sin mirar, y echó una rápida mirada al palco del Velòz. La *garçonnière* andaba revuelta, y Jacobo, de pié en el palco, flechaba los gemelos con distinguidísima insolencia, en la direccion marcada por Currita, sin hacer caso de las chistosas observaciones, que á juzgar por sus risas, parecian hacerle los compañeros. Diógenes, mirando tambien hacia el mismo sitio, cogió á Jacobo por un brazo, y echó al mismo tiempo con la mano izquierda, una gran bendicion en el aire. Riéronse los del palco estrepitosamente, y Leopoldina dijo muy seria:

—¡Anda!...—Ya los casó Diógenes...

Currita, muy alterada, volvió á preguntar:

—¿Pero quién puede estar ahí?...

Leopoldina, furiosa *dilettante* que recorria siempre de gorra todos los palcos del Real, tenia al dedillo los abonos de cada turno, y los abonados á cada localidad. Calculó un momento la direccion en que los del Veloz miraban y dijo al cabo:

—No sé quien pueda ser...—ese palco no está abonado.

Fernandito, con las manos en los bolsillos del pantalon, daba pataditas en el suelo, diciendo tímidamente:

—Estoy fastidiado...—¿Sabes, Curra?...

Curra nada sabia, ni parecia tampoco querer averiguarlo, y aconsejaba mientras tanto á Leopoldina que fuera en aquel entreacto á visitar á Cármen Tagle en su platea, desde donde podian perfectamente descubrirse las incógnitas ó incógnita del palco de arriba. Hízole á Leopoldina poquísima gracia la propuesta, pero érale imposible rehusar aquel pequeño servicio, á la amiga generosa, en cuyo palco, coche y mesa, tenia un lugar siempre dispuesto; porque era Leopoldina

de esas personas de clase inferior, entrometidas y gorronas, que sufren toda especie de molestias y desaires á trueque de aparecer á los ojos del vulgo, codeándose en todas partes con las primeras figuras de la moda y de la grandeza. La faja de su hermano y la Capitanía general de Madrid, que desempeñó éste algun tiempo, habíanle abierto las puertas del *beau monde*, y allí se habia encastillado ella y tomado carta de naturaleza.

Villamelon, dando sus pataditas, repetia por centésima vez muy angustiado:

—¿Sabes, Curra?...—Malo estoy.

—Fernandito,—¡por Dios!... No me lo digas...

—Indigestion...—El *vol-au-vent* de codornices. Lo tengo dicho: siempre se me indigesta. ¿Me entiendes?...

—¡Vaya por Dios, vida mia!...—Mira, pasea un poquito y eso te vendrá bien... Acompaña á Leopoldina y vuélvete pronto...

Y cada vez más impaciente, advirtió á ésta por lo bajo:

—Que no se huela Cármen á lo que vas... Mira que las pesca al vuelo.

Villamelon, haciendo figuras, se atrevió á decir:

—Quizá en casa...

—¿En casa?...—Jesus, hijito mio, y ¿qué te vas á hacer allí solo?... ¿Y si te da algo?... No, por Dios; ve con Leopoldina, y vuélvete despacito.

El Duque de Bringas entró en el palco, y á poco llegó el tio Frasquito acompañando á su sobrina Valdivieso, que rebosaba como siempre entusiasmo y necedad, chismes y enredos.

La Ortolani era un portento. ¡Qué *berceuse* aquella: *Si carina, caprettina!...* El tio Frasquito no estaba conforme: gustábale más la romanza *L'incantator della montagna*, y estábala ensayando en la flauta, sin cuidarse para nada del percance del rey Midas, que desde mucho tiempo ántes le tenia pronosticado Diógenes. El Duque de Bringas estaba muy enfadado porque no le llenaba la partitura; aquello no era sino una ópera cómica francesa, convertida en ópera italiana: en cuanto á la Ortolani, ¡psch!... no vocalizaba mal, pero ¡estaba tan flaca!...

—¡Cómo si tuviera que cantar con los mó-

fletes!—exclamó María Valdivieso con muy buen sentido.

Y variando de conversacion, púsose á contar a Currita, una historia muy chistosa de la Duquesa de Bara, que se hallaba un poco más abajo, en el palco de los consortes Lopez Moreno, restaurados ya en su trono de Matapuerca. Lucy se casaba al fin con Gonzalito, conformándose la Duquesa a tragarla por nuera. Paco Velez se lo habia dicho.

—¡Ya me lo figuraba yo!—exclamó Currita con maligna complacencia. Si quien habla mal de la pera, la bendice y se la lleva.

—¡Exacto!—lo mismo dijo Paco Velez... Ahí los tienes á los dos tan amartelados en el palco, publicando las amonestaciones... ¡Dice Paco Velez que ha habido unas historias!... Lopez Moreno sitió á Beatriz por hambre, y entre el embargo y la boda, no hubo más remedio que capitular. Beatriz entrega el ducado, el otro perdona la deuda y pata .. Pero lo más chistoso es, que Lucy dota á Gonzalito en cuatro millones...

—¡Qué delicia!...—De modo que en caso de viudez, Gonzalo quedará siempre *Prince*

douairière, es decir, *douairièr* de Matapuerca...

El Duque y el tio Frasquito creyeron morirse de risa al oir la agudeza de Currita, y la Valdivieso añadió entre carcajadas.

—¡Exacto!...—¡Qué frase tan feliz!... Se la contaré á Paco Velez... *Le prince douairièr* de Matapuerca!... Es menester que le dejemos el nombre: justamente andan muy afanados ahora, buscando el árbol genealógico de Lucy...

—Pues mira, mujer,—yo se lo daré hecho... En la primera rama que pongan al Mal Ladron; y en la última á Lopez Moreno ahorcado...

—¡Pero Curra, mujer, estás de vena esta noche!—exclamó muerta de risa la Valdivieso. Cuánto daria Beatriz porque el árbol de Lucy rematase de ese modo... Dice Paco, que Lopez Moreno está riquísimo...

Aquí se detuvo como espantada un momento, y mirando atentamente hacia la sala, añadió con su intemperancia ordinaria:

—Pero mujer,—¿no has visto eso?... ¿No ves allí á Jacobo con la Mazacan?... ¡Pero qué escándalo!... ¿Cómo permites tú eso?...

¡Vaya si lo habia visto Currita!... Como que el berrenchin que tenia por dentro era la nerviosa musa que inspiraba aquella noche sus aceradas agudezas, y desde que terminó el acto no habia perdido de vista un momento á Jacobo, viéndole comenzar su *tournée* por los palcos de las damas, que le recibian todas en palmas, mimándole y agasajándole con sus más encantadoras sonrisas y sus más dulces palabras. Isabel Mazacan sobre todo, parecia querer comérselo, y por dos ó tres veces, mientras le tuvo en el palco, lanzó al de Currita una mirada que parecia decirle: ¡Rabia de firme!... Él, acogia todos aquellos homenajes con la exquisita naturalidad, el desembarazo distinguidísimo del elegante de raza que se reconoce de moda, del *leader* del dia, cuyos saludos se mendigan, sus frases se repiten, sus trajes se copian, sus toses y estornudos se numeran y comentan.

Jamás habia otorgado Madrid un perdon tan generoso y tan ámplio, como el que concedió al antiguo revolucionario, al saber su novelesca aventura de Constantinopla, y al verle entrar de nuevo en el redil aristocráti-

co, á la sombra de Butron y la Albornoz, arrepentido, pero con la cabeza alta, no implorando proteccion, sino ofreciéndola á todo el mundo.

Allá en los profundos rincones de los *boudoirs* y en los secretos conciliábulos políticos, murmurábanse cosas extrañas. Decíase en estos que Jacobo habia prestado un gran servicio al partido restaurador, echando á pique con ciertos misteriosos papelitos, á tres personajes intrigantes y tramposos, que ávidos siempre de poder y dinero, habian querido en Biarritz, despues de la caida de Amadeo, ingerirse traidoramente en la restauracion del trono, que ellos mismos habian contribuido á hundir cinco años ántes. Fuera ó no esto cierto, éralo, sin embargo, que el respetable Butron habia aparecido de repente, cubriendo á Jacobo con el manto protector de su confianza, que Currita habíale proporcionado la desinteresada amistad de su caro esposo Fernandito, y que así en aquellos ocultos rincones de los *boudoirs*, como en las ámplias aceras de las plazas públicas, designábanse á los tres personajes con los nombres de *el jóven Telémaco, el prudente*

Mentor y la invulnerable Calipso. murmurándose al mismo tiempo que Jacobo estaba arruinado, que el partido restaurador garantía su porvenir asegurándole una cartera en pago de sus servicios, y Currita atendia á su presente, con una esplendidez que amenazaba dar al traste, con la hasta entónces bien cimentada fortuna de la opulenta casa de Villamelon.

—Y es natural,– habia dicho una noche la Duquesa de Bara. Curra está ya muy *fanèe*, y Jacobo no es ningun Juanito Velarde que se mantenga con un destinillo de veinte mil reales.

Mientras tanto, Leopoldina Pastor entraba en la platea de Cármen Tagle, y besándola en ambas mejillas, decíale al oido:

—Vengo huida...

—¡Mujer!...—¿Quién te persigue?...

—Curra...—Esa Curra, que es atroz, hija, atroz... ¡No vuelvo á presentarme en público con ella!... No me gustan evidencias; no quiero escándalos... Por eso dije: aunque sólo sea este entreacto, me la quito de encima y me voy con Cármen...

—Gracias por la eleccion, querida...

—Pues nada...—Empeñada en saber quién estaba en el palco de arriba... Y todo porque *el otro* no hacia más que mirar para allá *poniendo varas*...

Al decir esto Leopoldina, cogió á Cármen Tagle sus gemelos de nácar, y púsose á mirar hacia el palco que tanto inquietaba á Currita. Habia en él dos señoras, una jóven, sentada en primera fila, y otra de edad ya madura, casi oculta en el fondo... Parecia la primera una verdadera niña, delicada, fantástica, una de esas espirituales gatitas rubias que se crian á orillas del Sena, y suelen tener en efecto todas las solapadas mañas de la raza felina. Sentada de espaldas al escenario parecia no haber roto un plato en todos los dias de su vida, y paseaba la vista por la espléndida sala, sin fijarla en ninguna parte, con esa indiferencia con que se mira una multitud del todo desconocida: más bien que para ver, parecia estar allí para ser vista, y la exagerada elegancia algun tanto extravagante, de su traje de terciopelo negro con camelias rojas, indicaba claramente el plan preconcebido de atraer todas las miradas. Su compañera, que podia muy bien ser su madre, era

una mujer muy flaca, de aspecto distinguido, con el pelo gris peinado á la inglesa, un traje de terciopelo negro cerrado hasta arriba, y un vistoso aderezo de brillantes falsos. Ambas parecian extranjeras, y en toda la noche habian cruzado entre sí una sola palabra.

Examinólas Leopoldina detenidamente, y dijo al cabo, meneando la cabeza:

—Negro y encarnado...—¡Malo!... Los colores del diablo... ¿Y quiénes son esas individuas?...

Cármen Tagle se echó á reir encogiéndose de hombros, y Leopoldina volvió á mirarlas, diciendo por debajo de los gemelos:

—Pues te digo que con el terciopelo que gastó la madre en cubrirse hasta las orejas, podia haber subido un poquito el escote de la hija... ¡Vaya con la indecente!... Y la chica es monísima... ¿Cómo se llama?...

—Si nadie la conoce... El mártes se presentó en ese mismo palco, vestida de blanco con camelias rosa... Ayer estaba en la Castellana en un milord muy bonito, con camelias blancas en el sombrero y en el pecho... Hoy terciopelo negro y camelias rojas...

—Pues ya tenemos nombre que darle,—

exclamó Leopoldina riendo: *La dama de las camelias...*

Y sobre estos varios motivos improvisaron las dos amigas una alegre fantasía, hasta que Leopoldina volvió al palco de la Albornoz, momentos ántes de comenzar el acto segundo. Currita la esperaba impaciente, y la falaz exploradora apresuróse á decirle con cierto maligno gustito, que la incógnita en cuestion era una muchacha monísima, de todo el mundo desconocida, á quien acababan de bautizar ellas, por tenerlo muy bien merecido, con el significativo nombre de *La dama de las camelias.*

—Por supuesto, que no se enteraria Cármen de que yo te enviaba,—dijo Currita muy pensativa; y Leopoldina, con el hocicquito fruncido y los ojitos entornados, como quien se ofende de la pregunta, contestó:

—¡Mujer!...—¿En qué cabeza cabe?... ¡Acaso soy yo boba?...

Comenzó el acto: Villamelon seguia indigestado, Currita emberrenchinada y con el rabillo del ojo alerta; Leopoldina, que era en efecto aficionada é inteligente, sin perder una nota, y el tio Frasquito, que allí se ha-

bia quedado, muy satisfecho por hallarse al lado de Leopoldina, una de las sobrinas espurias á que más predileccion mostraba, por su *allure* varonil y decidida, y sus excéntricas genialidades.

En el palco del Veloz, habian quedado solos Diógenes y Jacobo, despatarrado aquel frente al público, como si quisiera indicarle que todo él junto no se le importaba un comino, mirando éste sin cesar, como un cadete, al palco de la dama de las camelias. En la escena, Dinorah, la pobre loca, cantaba la bellísima aria que la inspira su propia sombra proyectada en el suelo por la blanca luz de la luna, una de las más felices inspiraciones de Meyerbeer, que interpretaba admirablemente la entónces célebre Ortolani.

Cambió la escena de pronto, y la cascada, el precipicio y el torrente, arrancaron un murmullo de admiracion á los espectadores, que pocas veces habian contemplado en aquel género, una obra de arte tan acabada y tan bella. Höel quiere obligar al gaitero Corentino á buscar el tesoro en el fondo del precipicio; de nuevo el cielo se encapota, y

entónces aparece otra vez el terrible Meyerbeer, el genio de los *Hugonotes* y *Roberto el Diablo*, que sabe describir con las ocho notas del pentágrama, toda la rabia de los elementos y todos los furores del corazon.

De improviso rompe la orquesta bruscamente la cadencia, rugen los contrabajos estrepitosamente, las flautas dejan oir agudos silbidos, el metal, desencajado, truena con espantosa violencia, los timbales redoblan convulsamente... Ya no parece aquello una tempestad, ni un huracan, sino un cataclismo que amenaza desquiciar la tierra; y en aquel momento, el supremo de la ópera, apareció por entre las cortinas de terciopelo carmesí que cerraban el fondo del palco de Currita, una cabeza peluda y cetrina, que el tio Frasquito tomó por la del terrible Adamastor, genio de las tempestades, y Fernandito por el bilioso espectro de la indigestion, que evocaban ante él sus jugos gástricos alterados.

Era Butron, el respetable Butron que entraba de puntillas, con el dedo sobre los labios, haciendo gestos de que nadie se moles

tara, y yendo á sentarse en la silla que no obstante su susto y su entripado, se apresuró á cederle Villamelon al lado de Currita.

La tempestad seguia rugiendo: Höel y Corentino gemian aterrados, y Dinorah, la pobre loca, desencajada, con el cabello flotante y el rostro iluminado por la luz de los relámpagos, desafiaba la furia de los elementos, dominando con su voz pura y vibrante, los roncos estampidos del trueno y los estridentes alaridos del viento, que encubrieron tambien estas breves palabras, deslizadas por Butron al oido de Currita:

—Llegó la hora...—¡Concha está con nosotros!...

Escapósele á aquella una leve exclamacion de sorpresa, que el tio Frasquito pescó al vuelo; mas un azulado relámpago iluminó en aquel momento la escena, un inmenso diseño cromático nacido en las alturas de la orquesta, y resuelto en las profundidades de los bajos en un rumor apagado y fatídico, anunció la caida del rayo, y entre truenos y relámpagos y sublimes convulsiones de los instrumentos de cuerda, escapósele lo que Butron añadia, pudiendo percibir tan sólo

estas palabras dichas por el diplomático con grande insistencia.

—Mañana á las cuatro, en casa...—¡Por Dios! que no faltes, ni dejes de avisar á Jacobo...

La curiosidad hizo al tio Frasquito perder la cabeza, y por querer fiscalizarlo todo á un tiempo, ni vió á Bellak, la cabra blanca, cruzar como una flecha el rústico puentecillo, ni á Dinorah caer en el fondo del barranco, ni á Höel precipitarse desesperado en su auxilio, ni á Currita, que ceñuda y apretando con inexplicable rabia las varillas del abanico, decia á Butron muy por lo bajo:

—¿A Jacobo?...—¿Acaso le veré yo esta noche?... Ya ha correteado todos los palcos, y todavía no me ha dirigido un saludo.

—¡Ah ingrato!—susurró Butron... Corro á traértelo...

Y de nuevo se fué como habia venido, de puntillas, sonriendo á todos, haciendo mudos ademanes para que nadie se incomodara, y dejando al tio Frasquito estupefacto... ¡Oh! pues lo que es á él no se la pegaban... ¿Currita á las cuatro, en casa de Butron, y avisando ántes á Jacobo?... Algo gordo su-

cedia, cuando el prudente Mentor, el jóven Telémaco y la invulnerable Calipso se avistaban en secreto, con la extraña circunstancia de acudir la dama á casa del caballero, y no los caballeros al palacio de la dama, como parecian dictar las más elementales leyes de la galantería.

—¡Cosa más singularrr!...

Y mirando á Jacobo á lo léjos aumentóse su curiosidad, al ver que aparecia Butron por detrás de la cortina del palco del Veloz, hacíale una seña, y llevábaselo consigo, siguiéndoles á los dos, sin que ninguno le llamase, el cínico Diógenes... Al terminar el acto, Butron triunfante y satisfecho, entraba otra vez con Jacobo en el palco de Currita, y empujándole hacia la dama con aire de papá bonachon que satisface un capricho de la niña, cogió con una de las suyas las dos manos que ella y él se estrechaban al saludarse, murmurando con sentenciosa indulgencia, aquellas palabras de Shakspeare:

—*¡Old, old history!...*

Hecho esto, el espejo de caballeros, segun Pedro Lopez, el integérrimo diplomático, el sesudo político, el anciano venerable y fer-

voroso que tenia ya un pié en el sepulcro, miró el reloj, enarcó las cejas, y despidióse apresuradamente. Eran ya las once, y estaba citado á las once y cuarto con el Cardenal Arzobispo de Toledo: tratábase de un atentado de la canalla gubernamental republicana contra la Iglesia, y deseaba él representar en aquel conflicto el papel de Constantino.

Ensanchósele el corazon al tio Frasquito, creyendo llegada la hora de averiguar algo, y aguzó las orejas y aprestó la lengua, para sondear con habilidad á Jacobo y á Currita. Mas de repente, una mano aleve cogió el meditado lazo de su corbata blanca, y dándole una rápida vuelta, vino á ponérselo sobre la nuca. Volvióse indignado y sorprendido, y vió inclinada sobre la suya la gran cabezota de Diógenes, que sonriendo y babeando, le decia amorosamente:

—¡Francesca mia!...—¡Si soy yo Paolo!...

Verde de ira y amarilla de miedo púsose Francesca, cual si viese asomar por detrás de Paolo la sombra siniestra de Gianciotto, y gruñó entre dientes:

—¡Qué cosas tienes!...—De verrras que errres pesado...

Y despidiéndose atropelladamente por temor de alguna más grave demasía, fuese á componer la corbata en el espejo del antepalco, dejando vacío su asiento, que era lo que buscaba Diógenes. Ocupólo éste entónces con la mayor frescura, y dando una gran palmada en el muslo á Villamelon, díjole tal atrocidad relativa á su entripado, que Jacobo y Leopoldina se miraron espontáneamente como quien dice:—¡Animal!—Currita muy enfadada dijo:—¡Jesus, hombre, qué cosas tienes!... ¡Eres *shoking, shoking*, de veras!—y Fernandito, con resignada sonrisa, contestó:

—El *vol au-vent* de codornices... Siempre se me indigesta.—¿Sabes?...

—¡Pues ya lo creo que lo sé, polaina!... Por eso tomo yo siempre *vol-au-vent* de sopa de ajo,—replicó Diógenes.

Y cediendo á su instinto natural de desvergonzada capigorronería, añadió:

—Oye...—¿y quién me lleva á mí luego en su coche, tú ó Jacobo?

—Lo que es yo no te llevo,—replicó vivamente éste. Me voy ahora mismo.

—Ni yo tampoco,—añadió al punto Cur-

rita. Fernandito no se siente bien, y no hemos de andar por ahí dando vueltas.

—Pero mujer,—si te coge al paso... Me dejas en la calle de Alcalá, en la chocolatería de doña Mariquita... Por nada del mundo pierdo yo mi gran jícara con su par de *mojicones*...

—Son sabrosos,—opinó Villamelon.

—¡Qué delicia!—dijo Currita. Si te los dieran todas las noches en los dientes, no tendrias la lengua tan larga.

—¡Polaina!...—Si te los dieran á ti donde yo me sé, no darias motivo para que te alcanzasen las lenguas.

Currita se mordió los labios comprendiendo que era imposible la lucha con aquel cafre, que parecia complacerse en poner de relieve con sus crudezas, las vergonzosas condescendencias del mundo, y Jacobo se despidió afectuosamente al comenzar el acto, con un ambiguo *hasta luego*, que dejó á Currita muy complacida. A la mitad del acto, cuando Dinorah recobra la razon y quiere recordar la bellísima plegaria *¡Sancta Maria!* entre sublimes vacilaciones de la orquesta, que parecen revelar los esfuerzos mentales

de la pobre loca, envolvióse Currita en su soberbio abrigo de terciopelo granate forrado de pieles blancas, y aceptando en señal de reconciliacion el brazo de Diógenes, salió del palco escoltada por Villamelon y Leopoldina, gozoso él por irse á dormir su indigestion, furiosa ella por marcharse sin oir el coro final de la romería.

El *foyer* estaba aún desierto, y los lacayos, zambullendo las encarnadas narices en sus inmensos cuellos de pieles, comenzaban á asomar ya para avisar á los señores la llegada de los coches. Antojósele entónces á Currita sentarse en un divan, para esperar la salida de la gente. Angustióse Villamelon:

—¡Pero hija mia, por Dios!...—¡Si esto está helado, Curra!...

Y se liaba á toda prisa al pescuezo un gran *foulard* finísimo, y levantábase el cuello del gaban á la altura de las orejas...

—Te digo que vale más volver al palco, si...

Un estornudo formidable le cortó la palabra y le acrecentó la angustia.

—¿Lo ves?... ¿Lo ves?...—Ya pillé un cons-

tipado... Fortuna tengo hoy... ¿Sabes?... ¡Ya tengo para una semana!...

La gente comenzó á desfilar por delante de Leopoldina y la Albornoz, que dejando estornudar á Fernandito, y sin perder de vista su negocio, saludaban á diestro y siniestro á los innumerables conocidos que iban pasando. De pronto, Leopoldina tiró suavemente del vestido á Currita, diciéndole muy bajo:

—Mírala...—¡Esa es!...

No vió nada: dos fantasmas blancos pasaban por delante, arrastrando por debajo de los ámplios albornoces las largas colas de terciopelo negro, dejando asomar la vieja por el abrigado capuchon una corva nariz caida y afilada, luciendo tan sólo la jóven unos ojazos azules, que creyó Currita se fijaban en ella con provocativa insolencia. El blanco albornoz de la incógnita pasó rozando el terciopelo granate del abrigo de Currita, y una frase alemana que ésta pudo oir y no pudo entender:—Ahí la tienes,—pareció caer entónces de la nariz corva y afilada, y ambos fantasmas desaparecieron entre el gentío, precedidos de un *groom*

monísimo que apénas contaria doce años.

—¿Pero hija, arrancaremos al fin?—decia Villamelon mientras tanto. Diógenes, dale tú el brazo... ¡Buen constipado he pillado!... ¿Qué haces tú cuando te constipas, Diógenes?...

—¿Yo?...—Estornudar.





II

El respetable Butron daba puñetazos en los muebles y cruzaba á largas zancadas el aposento, llamando á su mujer, segun su costumbre, unas veces *Geno*, otras *Veva*, nunca por completo Genoveva, y prodigándola con todas sus letras los dicterios de imbécil, estúpida, vieja del diablo, beata de Barrabás, que no sabiendo sino rezar el *Pater noster*, queria darle lecciones á él, Pirro en el ingenio, Ulises en la prudencia, Anteo en el ánimo, Alejandro en la magnanimidad y Escipion en lo afortunado.

Curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles á los que

sólo conocen la *parte oficial* de los grandes personajes, y que debieran de esculpirse cual bajos relieves, en los pedestales que levantan el vulgo y la opinion, á muchos de los prototipos sociales que brillan en academias y congresos, estrados y salones.

La Marquesa, la anciana señora de virtud intachable, de educacion exquisita, escuchaba aquel torrente de denuestos muda é inmóvil, con la cabeza baja y las lágrimas en los ojos, semejante á la estátua de la paciencia contemplando sus propios sufrimientos. Por dos veces quiso interrumpir á su marido, mostrándole una carta que en las manos tenia; mas los gritos y denuestos del sesudo diplomático la atemorizaron y aturdieron, y volvió á guardar silencio. Las escenas de Lauzun amenazando con el baston á la Duquesa de Montpensier, su esposa, y gritándole:—¡Luisa de Borbon, quítame las botas!—no eran sin duda desconocidas á la infeliz señora.

Hallábanse ambos esposos en el despacho particular del diplomático, vasta pieza decorada en otro tiempo con severa magnificencia, pero sobre la cual habian pasado los años

sembrando manchas y desconchones, sombras y deterioros, que la larga cesantía del magnate no habia permitido hasta entónces restaurar. Veíase en un extremo, tras un gran biombo de nueve hojas de laca de Coromandel, descascarado por todas partes, una enorme mesa cargada de papeles y rodeada de artísticos armarios, todos al alcance de la mano, *sancta sanctorum*, donde sólo penetraban los iniciados en los asuntos y manejos del diplomático. Al otro extremo, frente á una alta vidriera que daba al jardin, y al lado de una chimenea de mármol negro, habia una gran mesa del siglo XVII, de nogal, cuadrada, con ancha talla y hierros escarolados, y cómodas butacas y mullidas poltronas, algun tanto desteñidas y un mucho destrozadas, dispuestas en torno: allí recibia Butron á los profanos, á que les era lícito traspasar el dintel de su despacho privado. Veíanse por todas partes, sobre las mesas, en las dos chimeneas, por los armarios y colgados de las paredes, retratos de reyes, príncipes y personajes ilustres, de fotografía unos, magníficamente grabados en acero otros, con pomposas dedicatorias al integér-

rimo diplomático, que pregonaban sus grandes relaciones y sus altas influencias. Sobre un sofá de rica badana japonesa, hundido todo y despellejado, habia en lugar preferente una gran fotografía del príncipe Alfonso con el uniforme de escolar del colegio de María Teresa, y esta dedicatoria escrita de puño y letra del futuro monarca: *Al leal Marqués de Butron, modelo de caballeros.—Recuerdo del 2 de Diciembre de 1870.—Alfonso.*—Aquella fecha solemne era la del dia en que Butron se avistó por vez primera despues de la Revolucion con los augustos desterrados, y juró á los pies del régio niño restaurarlo en el trono de España ó morir en la demanda.

Más léjos, á uno y otro lado de una gran panoplia llena de orin y descabalada, habia dos hermosos grabados de Luis Felipe y la reina Amalia, con sendas dedicatorias, y entre otra porcion de notabilidades régias, políticas y literarias, diseminadas por todas partes, un retrato en litografía de Martinez de la Rosa, en los tiempos en que le llamaban *Rosita la pastelera*, con este campechano letrero: *A Pepillo Butron, su dómine, Paco.*

Mas entre todos aquellos monumentos de altas estimaciones, era el más curioso una hermosa fotografía de la reina de Inglaterra, colocada con afectada naturalidad sobre la chimenea en un pequeño caballete de plata oxidada, cuyas molduras tapaban en parte la honrosa dedicatoria. Habíasela dado la Majestad británica en Roma, con motivo de cierto oportuno servicio, y deseando demostrarle la más exquisita deferencia, puso en castellano el autógrafo. Mas su Graciosa Majestad no manejaba sin duda con grande arte el habla de Cervantes, y siendo su intento escribir segun la construccion inglesa:—*Al Marqués de Butron. recuerdo,*—olvidóse de poner la *u*, y resultó:—*Al Marqués de Butron, recerdo,*—firmado y rubricado de puño y letra de su Graciosa Majestad la soberana de los tres reinos unidos, emperatriz tambien de las Indias.

El pasmo de Butron fué grande al verse colocado reduplicativamente por aquella importuna síncopa, en la rama más desacreditada de la extensa familia de los paquidermos, y apresuróse á colocar habilidosamente la régia dádiva en una moldura, que sin ocul-

tar por completo el honroso letrero, encubriese el sangriento *lapsus calami* de su Majestad británica.

Ocurrian graves sucesos, y la pelotera que Butron sostenia con su mujer, reconocia en ellos su orígen. Pavía habia dado el golpe del 3 de Enero, derrumbándose la república parvulita, al eco de tres ó cuatro tiros disparados al aire en los pasillos del Congreso. El poder cayó de nuevo en las garras de Serrano, y el desquiciamiento general, la indisciplina del ejército que peleaba sin fe ni esperanza, en aquellas dos grandes exclusas de Cartagena y el Norte, que se tragaban torrentes de sangre y arroyos de dinero, indicaban á los pacientes alfonsinos, cruzados de brazos, que se acercaba la hora de extender la mano para coger la breva madura ya por completo. La escena de Aristófanes en su comedia *La Paz*, cuando el pacífico Trigeo sube al Olimpo montado en un escarabajo, se representaba entónces en España; el Olimpo estaba desierto, y sólo quedaban allí la Guerra y el Estrago, machacando en un mortero una nacion entera y sirviéndoles de mano un general ambicioso.

Otro general de valor, de prudencia y de prestigio, encargóse entónces de inclinar hacia los alfonsinos, la rama de que pendia la fruta apetecida y disputada. Fué este el general Concha, que aceptando el mando del ejército del Norte, partió para Bilbao dispuesto á restablecer la disciplina, aniquilar á los carlistas y proclamar rey de España al jóven príncipe Alfonso. Era necesario, sin embargo, allegar recursos para preparar el ejército, y las bolsas exprimidas, las codicias alarmadas y los egoismos latentes, dificultaban mucho la ejecucion del proyecto. El ingenio del Marqués de Butron encargóse entónces de hallar remedio, y al frente de su brigada femenina, acometió la empresa: imaginó por de pronto crear una asociacion de señoras para socorrer á los heridos del Norte, que difundida por toda España habia de allegar recursos de todos géneros para ser distribuidos abundantemente en el ejército á nombre de las señoras alfonsinas, preparando así los ánimos para secundar el movimiento (1).

(1) Varias fueron las asociaciones de señoras que se fundaron en aquel tiempo con el fin de socorrer á los heridos del Norte, siendo la que más benéficos resultados produjo, la presidida por la

El plan fué aprobado con entusiasmo por los prohombres del partido, y el gran Robinson sólo pensó entónces, con la enérgica actividad que le caracterizaba, en organizar la junta central de señoras en la corte. Ocupóse lo primero en buscar la Presidenta, piedra fundamental de todo el edificio, y un nombre ilustre que habia de llevarse tras sí cuanto grande, bueno y respetable encerraba la corte, acudió el primero á su mente: la Marquesa de Villasis... Mas las teorías conciliadoras del peludo diplomático, juzgaban necesario allegar otros elementos, y pensó entónces en la Condesa de Albornoz, para el cargo de Vicepresidenta. Esta atraeria al Madrid de rompe y rasga que brilla y que bulle, pequeña, pero venenosa levadura que corrompe la sociedad entera, y la hace aparecer, al imponerle sus leyes y sus vicios, escandalosa hasta un punto que no lo es ciertamente: la otra atraeria al Madrid hon-

---

ilustre y virtuosa señora Marquesa de Miraflores, cuyo nombre ha aparecido siempre unido á todas las obras buenas y caritativas. Excusado nos parece advertir al lector, que la asociacion que nosotros suponemos no tiene nada que ver con ninguna de estas, y que aunque tomada del natural parte de su *fisonomía*, es en su conjunto pura invencion nuestra.

rado, sensato y devoto, no tan escaso como muchos creen, y en torno de uno y otro bando, se agruparia al punto el Madrid verdaderamente inmenso, la gran falange cortesana de gente más bien frívola que corrompida, más bien insustancial que viciosa, que vive de reflejos y escandaliza ó edifica, segun es escandaloso ó edificante el astro que le comunica sus resplandores.

El plan era bellísimo. Mas ¿quién le ponia el cascabel al gato? ¿Quién aliaba á la tiesa y austera Villasis, con la amable y despreocupada Currita, aunque se tratase de ir á conquistar juntas la tierra santa? ¿Quién doblegaba la vanidad inmensa de la Albornoz, hasta el punto de hacerla aceptar en cualquiera empresa que fuese un puesto secundario?... El astuto Butron resolvió tentar el vado, aproximando á las dos señoras, y citólas en terreno neutral, su propia casa, sin advertir á ninguna la presencia de la otra, con el pretexto de tratar reservadamente en junta de notables, un asunto de la mayor importancia para el partido. Encargóse él de avisar á Currita la noche ántes en el teatro, y por órden expresa suya escribió su mujer

á la Villasís, con quien la unia una amistad antigua, cariñosa y sincera. La futura Presidenta olióse desde luego la partida, y un oportuno constipado atroz y empedernido, vino á impedirle salir fuera de casa; así se lo notificaba con grande sentimiento y cariñosas frases á su buena amiga Genoveva, en una elegante esquelita cuadrada, en cuya esquina se leia, bajo la corona ducal propia de los grandes de España, su nombre de María.

Esperábase la Butron la llegada del constipado, díjoselo así á su marido al mostrarle la carta, y entónces fué cuando el respetable diplomático descargó su berrinche sobre la pobre dama, prodigándole los dicterios que al comenzar este capítulo apuntamos.

De repente recobró su cortesana sonrisa, su continente señoril y aparatoso: entraba la Duquesa de Bara, otra de las citadas, antigua amiga suya, aunque no de tan añeja fecha, de quien la maledicencia se habia ocupado mucho años atrás, y se solia ocupar aún de cuándo en cuándo. Era la Duquesa mujer muy discreta, nada escrupulosa, conocia á Madrid palmo á palmo, y escuchábala Butron como á un oráculo, en todo lo referente

á guerra femenil de intriguillas y abanicazos. A poco llegó el general Pastor, próximo á partir tambien al Norte, para secundar el movimiento de Concha, y vino luego un don José Pulido, hombre listo y travieso, pies y manos de Butron y tambien su ninfa Egeria, que habia sido condiscípulo suyo en la Universidad, y desempeñado muy buenos puestos á la sombra del diplomático. Eran ya las tres, y á las cuatro debian de llegar Jacobo Sabadell y la Albornoz, y hubiera llegado tambien la Villasis, si su providencial constipado no se lo estorbase. El prudente Butron habíalos citado con una hora de intervalo, para poder preparar en aquella antejunta de íntimos, lo que en presencia de los otros habia de tratarse más tarde.

Sentáronse todos al lado de la chimenea, en torno de la mesa cuadrada, y el respetable Butron expuso el caso. La Duquesa de Bara no le dejó acabar: juzgaba ella imposible hacer tragar á la Villasis la Vicepresidencia de Currita, como no fuera cogiéndola por sorpresa, presentando de improviso la candidatura aprobada ya por unanimidad, en la junta magna de señoras que habia de cele-

brarse, y áun así y todo desconfiaba mucho del éxito, porque era María Villasis una quijota impertinente y ridícula, capaz de desairar á Madrid entero si se le ponia entre ceja y ceja el hacerlo.

—No se me olvidará nunca,—dijo, lo que hizo con la pobre Rosa Peñarron, cuando aquel concierto famoso que organizó á beneficio de los inundados de Valencia... Le envió Rosa tres billetes, y tuvo la desfachatez de devolvérselos con el precio justo, unas quince ó veinte pesetas, y enviar luego á Valencia, por mano del Arzobispo, una limosna de tres mil duros...

Butron enarcó las formidables cejas, el general Pastor se atusó el largo bigote, y don José Pulido, más práctico y ménos puntilloso, ensanchó la barbilampiña cara, diciendo suavemente:

—Con tal de que nos envíe á nosotros otro tanto,—aunque sea por mano del moro Muza...

Ofendióse la Duquesa, que acababa de vender su hijo y su ducado al Sr. Lopez Moreno, y con mucha dignidad contestó severamente:

—¡Oh, no, no, Pulido!...—Ni el decoro se vende, ni tiene precio, ni necesitamos acá que venga la Villasis á darnos lecciones...

Y además, desconfiaba ella mucho de la actitud de ésta, é ignoraba hasta qué punto podria contarse con ella para los trabajos de la Restauracion... Cierto que su amistad con la Reina destronada habia sido siempre íntima, leal y consecuente; pero le constaba á ella de buena tinta, que Bravo Murillo tuvo la impertinencia de comunicar á la Marquesa la respuesta dada por el Arzobispo de Valladolid á la consulta de si la Restauracion habia de conservar ó no la unidad católica, y esta no podia ser más terminante: *No era lícito á ningun partido político, prescindir de ella.* Que era esto una tontería, una chochez del Arzobispo; corriente. Pero era lo bastante para alarmar la conciencia de una mojigata como la Villasis, y encontrar en ello un pretexto para tirar de los cordones de la bolsa...

La Marquesa de Butron bajó los ojos como distraida al oir hablar de la unidad católica, y acentuóse áun más la sombra de tristeza que nublaba siempre su rostro. El integérri-

mo diplomático y el Sr. Pulido, cruzaron entre sí una rápida mirada: indudable era que los dos compadres habian hablado más de una vez del asunto, en junta de íntimos, del lado de allá del biombo. Butron tomó la palabra, extendiendo la peluda mano.

—Respondo de María Villasis,—dijo enérgicamente... Lo que tú dices es cierto, Beatriz; pero la pifia de Bravo Murillo, la enmendé yo mismo... María acudió entónces á mí muy alarmada, pidiendo explicaciones categóricas, y yo le prometí solemnemente, que la Restauracion conservaria á todo trance la unidad católica, como la joya más preciada de las glorias de España.

La Duquesa se encogió de hombros, con muestras de grande impaciencia.

—Pues no dice eso el manifiesto que se negó á firmar Bravo Murillo,—dijo.

—Tampoco dice lo contrario.

—Entónces...

—Entónces queda en pié lo que yo he prometido... El porvenir, no puede, sin embargo, asegurarse, y quizá pudiera suceder que contra nuestra voluntad y nuestros deseos, nos viéramos forzados á respetar un

hecho consumado ó á ceder ante una votacion contraria hecha en Cortes...

El Sr. Pulido hizo una profunda señal de asentimiento, bajando con previsora resignacion los ojos, y la Duquesa, haciendo alarde de la perspicacia de su ingenio, exclamó ligeramente:

—¡Entendido, entendido... basta!...—Queda, sin embargo, el otro extremo por conciliar. ¿Crees tú que la mona Jenny se contente con la Vicepresidencia?

Asombróse Butron de aquella extraña candidata cuadrumano que trataba de ingerir la Duquesa en la ilustre junta de damas, y exclamó muy sorprendido:

—¿La mona Jenny?...

—Pues hombre, Curra...—La Villamelona. ¿No sabes?... Diógenes le ha puesto ese nombre desde que le dió por fumar en pipa, en un *narghilé* precioso que le regaló el embajador de Marruecos... Es una mona famosa que hay en el jardin zoológico de Lóndres, —yo la he visto—y fuma en pipa con una gracia y unos mohines, que recuerdan á Curra por completo.

—¡Vamos, vamos!—exclamó con bondad

olímpica el diplomático. No he visto nada como Madrid, para motes y chismecillos... Todos queriéndose mucho, todos juntos noche y dia, y todos arrancándose á tiras el pellejo y poniéndose en ridículo en cuanto vuelven la espalda...

—¡Miren el puritano, el caritativo!... *¡Ami de la vertu, plutôt que vertueux!* Pues ya tenias tiempo de haberte ido acostumbrando.

—Empezaré á acostumbrarme por la mona Jenny...—La mona Jenny, aceptará la Vicepresidencia.

—¿Crees tú?...

—Lo espero...—Le tengo reservado otro papel de grande importancia que le hará olvidar lo secundario de este.

Entónces explanó Butron su plan con todos sus pormenores... No se tratababa ya de una asociacion de señoras exclusivamente alfonsinas; mil veces lo habia dicho, y no se cansaria jamás de repetirlo. Era necesario *barrer para dentro*, conciliar todas las voluntades, ahuyentar todos los escrúpulos, ahondar en cualquier rincon en que pudiera encontrarse un ochavo, escarbar en todo muladar en que pudiera hallarse un peloton de

hilas sucias, agotar todos los recursos de fiestas, bailes, toros, beneficios, francachelas y festivales, con que la caridad moderna ha encontrado el secreto de enjugar las lágrimas, al mismo tiempo que ensancha los corazones, refocila los estómagos y estira las piernas... ¡Socorrer á los heridos del Norte!... ¡Qué anzuelo tan á propósito para pescar desde las carlistas más recalcitrantes, hasta las liberalas más radicales!... Por eso habia pensado él para dar aquel barrido general y definitivo, en un gran baile, una fiesta sonada y famosísima, de *ancha base,* que debia de dar la mona Jenny, Curra, convidando á todo el Madrid explotable, desde la Presidenta consorte del comité carlista, hasta la ministra cesante, esposa dignísima del excelentísimo Sr. D. Juan Antonio Martinez... Y allí, al calorcillo del Champagne que ablanda los corazones compasivos, bajo la influencia de las vanidades estimuladas que excitan el deseo de figurar, tender la red de la caridad, echar el anzuelo de los infelices heridos del Norte, y pescar de una sola redada entre las mallas de la asociacion de señoras, á todo el Madrid femenino capaz de soltar la mosca... Cele-

braríase luego una junta general preparatoria en casa de Butron mismo, presidida por Genoveva, y en ella habia de presentarse y aprobarse por sorpresa, la candidatura de una junta directiva, preparada ya de ántes, en que entrasen todos los elementos tan hábilmente combinados, que el partido restaurador tuviese mayoría, y pudiera Butron entre bastidores, manejar á la junta y á la asociacion entera, con la misma facilidad con que se maneja el manubrio de un organillo. La junta directiva era, pues, la clave del arco, el *clou* del proyecto, y el respetable Butron terminó su perorata suplicando á los presentes, se dignasen estudiarlo maduramente, presentando sus candidatas con arreglo á este cróquis que tenia él apuntado en un papelito.

—Una Presidenta, beata de gran nombre. (Nadie como la Villasis.)

—Una Vicepresidenta elegante de rompe y rasga. (Ninguna como la Albornoz.)

—Seis Vocales, una carlista, bastante tonta; otra radicala, de pocos alcances, y cuatro alfonsinas, de la Grandeza, del cogollito, honradas por supuesto, listas y de arranque.

—Una Secretaria literata.

—Una Tesorera de la alta banca.

El general Pastor aplaudió entusiasmado la hábil estrategia del diplomático, el Sr. Pulido bajó modestamente los ojos, como si le tocara grande parte en la paternidad de la idea, y la Duquesa, encantada, comenzó á vomitar nombres propios, juicios críticos, filiaciones y datos biográficos que probaban bien á las claras su consumada pericia en el arte de averiguar vidas ajenas. Tontas encontraba ella á porrillo; listas tampoco faltaban; lo que le parecia difícil de hallar eran las honradas, y no porque no las hubiese á montones, sino porque la Duquesa no sabia encontrarlas, por aquello de que nadie hay más exigente ni que se complazca tanto en verlo todo manchado, como quien vive zambullido en medio del fango.

El respetable Butron acogia aquellos homenajes con majestuosa sonrisa, y temiendo ver entrar de un momento á otro á Currita, recomendó de nuevo á los íntimos la mayor discrecion con respecto á ésta: era necesario ocultarle el plan de la junta y entusiasmarla con la idea del baile, haciéndole creer que

con ello ponia el partido en sus manos, el éxito del proyecto. Una vez entretenida con esto, fácil era hacerle tragar por sorpresa, á su debido tiempo, lo secundario de la Vicepresidencia.

Llegó al fin Currita, la mona Jenny, con Jacobo Sabedell, el jóven Telémaco: habia tardado un poquillo, pero tenia la culpa el tio Frasquito... ¡Qué risa con el pobre posma! Habíase olido sin duda que algo se fraguaba, y presentádose á almorzar con una cara de pregunta, con un aire de sospecha!... Ella le habia estado *tomando el pelo* todo el almuerzo, hasta que al fin, para quitárselo de encima, tuvo que armarle una emboscada, un *guet-apens* chistosísimo!... Díjole si queria acompañarla á dar una vuelta por el Retiro con Miss Buteffull y con los niños, y le envió con éstos al coche mientras ella se ponia el sombrero. ¡Pobre viejo!... En cuanto volvió la espalda, escapóse ella con Jacobo por la escalera de la servidumbre, y en el coche de éste, habíanse venido los dos solos, juntitos, como si fuesen un matrimonio. ¡Qué delicia!...

Y besó con piedad filial á la Marquesa, con amor fraterno á la de Bara, estrechó la

mano de Butron con infantil afecto, y tuvo una cariñosa sonrisa para el general Pastor, y un saludito protector y monísimo para el Sr. Pulido...

Hízola sentar Butron junto á sí, al lado de la Marquesa, y ella con los claros ojos fijos en el gran duque Alejo, que sombreado por una telaraña tenia delante, comenzó á lamentarse con frases muy pulcras, del entripado de Fernandito... Casi, casi habia estado á punto de no venir, por miedo de dejarlo solo; pero las noticias que le habia dado Butron eran tan graves, tan lisonjeras, que acabó al fin por decidirse.

—Si tú no hubieras venido, hubiéramos ido todos á tu casa,—exclamó Butron con gran vehemencia. Como que sin ti no puede hacerse nada y en tus manos está en rigor de verdad, la suerte del partido.

La vanidad hizo en el rostro de la Albornoz, lo que jamás habia conseguido la vergüenza; sonrojarlo.

—¡Jesus, Butron, pobre de mí!—exclamó con su dulce vocecita. Pues si está en mi mano, no tenga V. miedo de que la suelte.

Butron comenzó á exponer el proyecto,

como si fuese desconocido de todos los presentes, haciendo caso omiso de la junta, y presentando con grande habilidad la fiesta deseada, como el eje sobre que habia de girar la ejecucion del proyecto, la restauracion del trono, la felicidad de España, y la paz del mundo y el equilibrio europeo. Currita parecia titubear, porque habia mirado á Jacobo como si le consultase, y éste fruncia las cejas: la pícara era ducha y no era del todo fácil hacerle tragar el anzuelo. El diplomático reforzó sus argumentos, y el general Pastor, con militar franqueza, dijo resueltamente:

—Condesa—más puede V. hacer en ese baile con su abanico, que yo en el Norte con mi espada.

Y el Sr. Pulido, dando vueltas á sus pulgares, añadió con suavísima sonrisa:

—¡Oh señora Condesa!... Si V. quiere, con razon se llamará ese baile *la dulce alianza*...

La dama extendió ambas manitas con gesto de cómico espanto.

—¡Ay no, no, Pulido, por Dios!...—¡Si así se llama la confitería de la Carrera de San Jerónimo!

La Duquesa salió entónces á la palestra, y

con habilidad mujeril disparó el más certero saetazo, sirviéndole de ballesta una mentira muy gorda.

—Despues de todo,—dijo, no hay que apurar mucho á Curra; porque si ella no puede dar el baile, Isabel Mazacan se compromete á darlo...

El tiro dió en el blanco, y Currita soltó al punto la prenda.

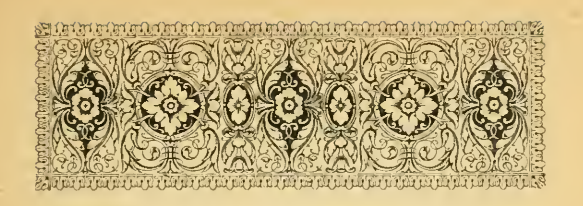
—¿Y por qué no he de poder yo?—dijo. La cosa no puede ser más fácil... Dentro de quince dias es Carnaval. ¿Les parece á ustedes bien un gran baile de trajes?...

—¡Te cuesta un sentido!—murmuró Jacobo con tan mal humor como si hubiera él de pagarlo.

Mas la Duquesa, que pescó al vuelo la frase y comprendió la económica idea de *monsieur Allhponse*, impidió que llegase á oidos de Currita, rompiendo á reir á carcajadas: todas la miraron con extrañeza...

—¿De qué te ries?...

—Pues nada, mujer... Estaba pensando en el traje que escogerá la señora de Martinez para ir al baile... Como no sea el de Teresa Panza, la mujer de Sancho...



III

EL trato continuo con Bonnat había despertado en París las aficiones artísticas de Currita, y no contenta con el papel de Mecenas, quiso cultivar ella misma el arte del divino Apeles. Visitó á Meissonnier, convidó á comer á Cárlos Durand, y pudiendo conseguir que Raimundo Madrazo le diese algunas lecciones por pura galantería de cumplido caballero, volvióse á Madrid dejando á Rosa Bonheur tamañita y royéndose los codos de envidia.

Una vez en la corte, necesitó tener á su lado un genio complaciente, un númen auxiliar que comunicase con sus pinceles vida y

expresion á los muertos y aplanados monigotes que brotaban de su paleta de artista. Hallólo al fin en Celestino Reguera, famoso acuarelista de la escuela sevillana, de esos que prefieren lo correcto á lo grandioso, y tienen en más un paisaje de Wateau que una sibila de Miguel Angel. El pincel de Celestino entraba y salia por los lienzos de Currita, con tanta frecuencia y libertad, que al termi nar ésta sus cuadros, podia repetir con harta razon lo que dijo el monaguillo de marras: Yo y el cura, le dimos los sacramentos.

Pero áun más que de su gloria artística ocupóse Currita, á fuer de mujer elegante, del marco que habia de encerrarla, instalando en su casa un estudio lujosísimo digno de Fortuny ó de Pradilla, Delaroche ó Makart. Era una vasta pieza con estudiadas luces de oriente y cenital, atestada de preciosidades artísticas y arquelógicas, que sobre tapices de Beauvais y los Gobelinos cubrian todas las paredes, atestaban todas las mesas y apénas dejaban un sitio en que poner la planta sin encontrar algo que admirar ó algo en que tropezar. Bronces antiguos, raras porcelanas, macetas de Pompeya con plantas tropica-

les, lámparas árabes, persas y romanas, igual una de estas á la célebre *di capo d'anno* del Museo Vaticano; bustos, cuadros, estátuas, yelmos, espadas, partesanas y armaduras completas de varias épocas, rodeaban cual páginas sueltas de la historia de todos los tiempos, el caballete de Currita, que colocado en luz conveniente, parecia recibir un reflejo de la luz del cielo, que el grandísimo tuno de Celestino Reguera aseguraba ser el mismo, mismísimo que derramaba en otro tiempo el grupo de las nueve Musas sobre las frentes de Rafael, Velazquez y el Ticiano.

Daban la guardia á uno y otro lado de la puerta, dos maniquíes vestidos de reyes de armas del siglo XVI, con gigantescas adargas y dalmáticas auténticas de terciopelo morado, bordadas de castillos y leones, y frente por frente, en el otro extremo de la pieza, y en una especie de ancha, alta y profunda hornacina á que se subia por tres gradas de mármol blanco, habia un divan turco, cubierto el pavimento por legítima alfombra de Persia y mullidos almohadones de raso y terciopelo, y decorados el techo y las paredes con mosáicos romanos y de Pompeya, bajos

relieves egipcios y brillantes azulejos moriscos. Allí estaba el *narghilé*, regalo de Sidi-Mohammed-Vargas, el embajador de Marruecos, y sobre primorosas mesitas de Fez, que no levantaban dos palmos del suelo, otras varias pipas en que Jacobo enseñaba á Currita á saborear el sueño voluptuoso del *hatchis*, y habian inspirado á Diógenes para designar á la hurí de aquel paraíso, el gráfico nombre de la mona Jenny.

Refugiado en un rincon, oculto como quien está allí de limosna, entre una reduccion de la estátua de Byron presentada en Turín por Pozzi, y un arca tallada del siglo XV que decian haber pertenecido á Isabel la Católica, habia otro caballete pequeño: allí pintaba Paquito Luján, callado siempre, taciturno, tímido y receloso, bajo la direccion tambien de Celestino Reguera, que hallaba realmente en el niño las disposiciones artísticas que faltaban á la madre.

Gran discusion sosteníase en aquel templo de las artes tres dias despues de la junta de íntimos, celebrada en casa del diplomático. Currita, sentada ante una preciosa mesa redonda, cuya tapa era un onix mejicano, exa-

minaba una gran porcion de láminas y dibujos que le presentaba Celestino Reguera, y pasábalos á su vez á Jacobo y á Tonito Cepeda, vago elegantísimo, entendido en caballos como el hijo de Teseo, *amateur* de todo lo que era arte, y digno por su exquisito gusto de que la patria agradecida le votase una pension en Cortes, como representante en España del buen tono parisiense. Tonito Cepeda era más que *chic*, más que *pschutt;* era *v'lan*, *tschock*. Mas el pobrecito jóven, incapacitado de poner precio á las innumerables consultas que de todas partes le dirigian, andaba lleno de trampas y no tenia donde caerse muerto.

Grave era la cuestion que Currita habia sometido el dia ántes á sus despabiladas luces, y digna de sujetarse al arbitraje de un areópago de elegantes, como Domiciano sujetó en otro tiempo á las discusiones del Senado la salsa en que habia de guisarse un rodaballo. Una vez decidida la dama á dar el baile de trajes, la gran fiesta de *ancha base* en que habian de bailar *pêle mêle* tirios y troyanos, rancios personajes que figuraban en la *Guía*, y plebeyos burgueses empina-

dos por la Revolucion, era necesario encontrar algo nuevo, algo sorprendente que fuera el *clou* de la fiesta y dejase con la boca abierta á los pobrecillos profanos, á los Martinez y comparsa, convidados espurios, que hubiera dicho el tio Frasquito, que cuidaria muy bien ella de barrer de sus salones, en cuanto la caritativa empresa de socorrer á los heridos del Norte, hubiera dado un buen tanteo á sus repletas bolsas.

Las cuadrillas del minué y la pavana, las figuras de la zarabanda y la chacona, estaban ya muy vistas y habian servido mil veces en aristocráticos salones, como protesta de acendrado españolismo contra el intruso D. Amadeo. Celestino Reguera propuso la idea de representar una alegoría de España, en que parejas de damas y caballeros habian de lucir los trajes característicos de las diversas provincias. El proyecto fué desechado por Currita.

—¡Jesus, Reguera,—dijo... Pareceria eso un curso de Geografía!...

Tonito Cepeda miró desdeñosamente al pintorcillo, y propuso uno de esos espectáculos que constituyen jalones de la época

en que se verifican: imitar la peregrina idea de la princesa de Segan que habia resucitado en París las fábulas de Esopo, dando un gran baile de trajes, en que recibia ella vestida de pava real, y acudieron todos los invitados representando cada cual un animalito. Él, Tonito Cepeda, habia llamado mucho la atencion con su traje elegantísimo de sapo verde. La idea no era nueva, pero estuvo á pique de seducir á Currita; hubiérale gustado mucho vestirse de gata blanca con botas color de rosa.

Mas Jacobo, con la prudencia con que moderaba todos los gastos de Currita, desde que metia él la mano hasta el codo en sus arcas, desechó terminantemente el proyecto, imponiendo más bien que presentando otro más económico y tambien más nuevo... Dos cuadrillas imitando las piezas de un juego de ajedrez, blancas y negras, y una partida jugada por ellas mismas en forma de contradanza: Luis Fonseca, su compañero de embajada, habíalas visto jugar así en Conchinchina cuando las fiestas en honor de Phara-Norodon, rey de Cambodge. El proyecto fué aceptado con desdeñosa condescendencia

por parte de Tonito, con sumision entera por la de Currita, y Celestino Reguera quedó encargado de traer al dia siguiente dibujos para el traje de la dama, que habia de representar la reina blanca, y un soberbio juego de ajedrez trabajado admirablemente en el Japon, cuyas grandes piezas de márfil podrian ser copiadas en los demás trajes de la cuadrilla.

Currita titubeaba en la eleccion de modelo, y Jacobo, con la autoridad delegada que ejercia en aquella casa, como amigo íntimo de Villamelon y primo cuarto de la Condesa, hízola decidirse al punto por uno cualquiera, el más barato... Currita obedeció sin hacer ninguna observacion, sin replicar una palabra: conocíase á las claras que estaba supeditada por completo á aquel hombre, que él era allí el amo, y todos en la casa, desde Villamelon hasta D. Joselito, desde la Albornoz misma hasta la última fregona, obedecian servilmente sus órdenes, adivinaban sus deseos y amoldaban á sus caprichos sus gustos propios. Sólo dos seres, los más débiles é indefensos, Paquito y Lilí, resistian á la voluntad omnipotente del desvergonzado pa-

rásito, á quien el instinto de ángel de ambos niños representaba siempre, como un reptil bañado por los rayos del sol, brillante á la vez que asqueroso.

Un dia, á poco de haberse ingerido Jacobo en la amistad íntima del matrimonio, pintaba Currita en su estudio un retrato que decia ser de Byron, el poeta querido que en cuadros, bustos y estátuas, tenia representado por todas partes; pero que era en realidad la imágen de Jacobo perfeccionada por Reguera, ceñida la frente de laurel y abierto hasta la mitad del pecho el ancho cuello de su camisa escocesa á la antigua. Los dos niños, embobados, de pié á un lado y otro de su madre, miraban en silencio correr el pincel de la dama, que con cierta complacencia íntima daba los últimos toques al airoso y nervudo cuello del Byron de contrabando. De pronto, Lilí, con esa expresion seria y meditabunda que toman á veces los niños, dijo á su madre:

—Mamá...—¿Tú por qué quieres tanto al tio Jacobo?...

La Condesa se volvió sorprendida, apoyada en el tiento, y hasta llegó á inmutarse

algo; mas reponiéndose al punto, dijo con mucho cariño:

—¿Pues no le he de querer, hija?...—Si es mi primo... tu tio...

La niña movió la cabecita haciendo un mohin de duda.

—¡Sí!—dijo... Yo tambien quiero al primo Bautista y al primo Cárlos... Pero más que á ti y á Paquito, ¡no... no... no!...

Y se echó á llorar amargamente con el corazon encogido, escondiendo la preciosa carita en el seno de su madre, como si buscase allí lo que encuentra la más pequeña golondrina en el fondo de su nido; el calor de la ternura materna. Paquito nada habia dicho; púsose muy encarnado, con ese santo carmin con que el pudor instintivo tiñe las facciones de la inocencia, y destrozando entre sus deditos, sin darse cuenta de ello, una anforita romana, extraño lacrimatorio de vidrio que habia sobre una mesa, ocultó con varonil esfuerzo las gruesas lágrimas que le brotaban de los ojos.

En otra ocasion, algunos meses más tarde, acercábase el dia del santo de Currita, diez de Octubre, fiesta de San Francisco de Borja.

Los dos niños tramaban juntos una conspiracion para dar una sorpresa á su madre. Paquito, en quien comenzaban á revelarse sus notables disposiciones para la pintura, especiálmente de retratos, habia pintado al pastel uno de su padre, un Villamelon deforme, color de zanahoria, que parecia tener el carrillo izquierdo hinchado, pero que no por eso dejaba de tener con el original un más que mediano parecido. Era lo más notable del retrato la parte de la frente y la cabeza, en que el niño habia copiado fielmente la escasa cabellera de su padre, partida con una raya por en medio, y formándole sobre ambas orejas dos pequeños cuernecitos á lo Napoleon III, que habia alargado más de lo conveniente la impericia del artista. Lilí por su parte, habia hecho con ayuda de Miss Buteffull, que estaba en el secreto, un marco de piel de Rusia, con flores de realce, y reuniendo ambos su trabajo, quedó completo el regalo; al pié de este, escribió Miss Buteffull con su mejor letra inglesa:—*A su querida mamá en el dia de su santo*,—y lo firmaron ambos niños, *Lilí*, *Paquito*.

¡Oh! la obra era magna, habia costado

mucho, y preciso era que los autores se cobrasen, presenciando por completo la alegre sorpresa de su madre... Llegó el ansiado dia, y ocultando Lilí bajo su capita de pieles el magnífico regalo, entráronse ambos niños á hurtadillas en el estudio de su madre: allí solia venir ella todos los dias ántes de almorzar, bastante despues de las doce, y era la ocasion más á propósito para darle la sorpresa. En el caballete de Currita, sobre el cuadro mismo que estaba pintando, colocó Paquito con sumo cuidado su obra maestra... Luego, riéndose como ángeles del cielo, con la agitacion de las grandes espectaciones, con la candorosa confianza en el más santo de los cariños, corrieron presurosos á ocultarse entre los innumerables cachivaches, debajo de una papelera antigua de acero, ocultos por un gran tapiz que tenia unas figuras muy largas, muy secas, muy feas; las tres Párcas... Veíase desde allí el caballete, destacándose en medio el monigote, y los dos niños, muy agazapados, muy juntitos, apretándose el uno contra el otro, contemplaban su obra.

—¡Qué bien está!—decia Lilí.

Pasó media hora; Lilí se impacientaba y estiraba las piernas.

—No viene,—decia.

—¡Calla, tonta!..

Sonó ruido; Lilí dió un codazo á su hermano, susurróle al oido:—¡Ya viene!—y se encogió mucho, mucho...

Y venia en efecto; pero no venia sola... Venia con ella el tio Jacobo, hablando de cosas que ellos no entendian,—¡qué fastidio! —deudas que era menester pagar, acreedores que querian cobrarse, una firma que era necesario sorprender á Villamelon, al pié de un pagaré por tres veces protestado... Un préstamo, un mero préstamo pagadero al verificarse la Restauracion, cuando pudiera él cobrar lo que le habian valido ciertos misteriosos papelitos...

Jacobo hablaba con voz desmayada, y animábale Currita, muy alegre, muy satisfecha, diciendo á todo que sí, que no tuviera cuidado... De pronto miró al caballete.

—¿Qué es eso?...

Los niños no respiraban y apretábanse mucho, muy pegaditos, muy pegaditos... Sonó entónces una carcajada.

—¿Has visto?...

Otra risa de hombre, la del tio Jacobo, hizo coro á la primera oyéndose esta vez:

—¡Valiente majadero!...

Y volvieron á reirse los dos, el tio Jacobo y la madre, con una risa que desconcertó por completo á los niños, porque no era la risa alegre, tierna, agradecida, rebosando amor y ternura de madre que ellos esperaban; sino una risa acre, burlona, desvergonzada, que les recordaba sin saber por qué, la que usan para insultarse las mujeres malas de la calle...

—¡Qué ocurrencia!...—¡Pobres criaturas!... ¡Y qué feísimo está el babieca!... Mira, parece que tiene dolor de muelas. ¡Qué delicia!...

—Y el chico le coronó de firme...

—¡Pues es verdad!...

Hubo entónces un infame cuchicheo de risas y palabras entrecortadas... Algo cogieron de una mesa, algo pusieron en el retrato, y de nuevo resonaron aquellas carcajadas que hacian daño.

Los niños nada decian; habíanse apartado el uno del otro como si temieran comunicarse sus impresiones, y estaban allí acurrucados,

quietos, muy calladitos... muy calladitos...

Un criado entró en el estudio anunciando que el almuerzo estaba servido, y Jacobo y Currita se fueron á poco sin volver á ocuparse más del regalo de los niños.

Paquito salió el primero: tenia el aire de un chico que ha sentido en una pesadilla un peso enorme, que no ve, ni palpa, ni comprende, pero que le oprime y le anonada, y le deja el pecho jadeante. Lilí salió despues y se le quedó mirando; los dos se acercaron al retrato.

—¡Uy!—dijo Lilí desolada. ¡Lo que le han puesto!...

Una mano infame habia trazado con carbon de diseñar en los dos ricitos del retrato, la prolongacion más sarcástica, el insulto más villano.

El niño se puso muy rojo, luego pálido, muy pálido. Cogió el retrato, escondiólo bajo el gaban, y fuése hacia la puerta sin decir palabra. Lilí se puso á llorar: entónces volvió el niño y le dió un besito.

—No llores,—tonta...

Él no lloraba: estaba muy serio, con las naricillas pálidas, la boca seca, blancos los

labios... Empinó el dedo y dijo mirando á la alfombra:

—Y no digas nada á Mademoiselle...—¿Sabes?... Nada, nada... Yo me voy á mi cuarto.

Y se fué á su cuarto el inocente, y allí, en aquella soledad en que nadie habia de consolarlo, lloró á lágrima viva, lloró á raudales... Porque sentia una pena profunda que le destrozaba el corazon sin comprenderla, como destroza las entrañas sin dar la cara un cáncer oculto; porque sentia una vergüenza por decirlo así anónima, que le hacia ocultar el rostro bañado en lágrimas en la blanca almohadita... ¿Y por qué, por qué sentia él aquella vergüenza si era bueno, y amaba á su padre y á su madre, y adoraba á Lilí, y tenia siempre notas de sobresaliente, y le rezaba á Dios todos los dias, y tambien á la Vírgen Santísima que estaba allí delante, en un cuadro, con el niño en los brazos?...

Se serenó un poco. ¡Oh! que feliz debió de ser aquel niño divino, con poder llamar á aquella madre tan pura, ¡Madre!... ¡Madre!...

Muy pocos dias despues, Currita retiró repentinamente á su hijo del colegio de Nues-

tra Señora del Recuerdo. Contaba ya el niño doce años, y el P. Rector manifestó á su padre un dia de visita, que era menester disponerle para recibir la primera comunion. Currita no estaba delante, y Villamelon se apresuró á aprobar la idea. Queria él ante todo, que su hijo fuese cristiano.

—Y no crea V., P. Rector, esto me viene de casta. Mi mujer es parienta de San Francisco de Borja, y yo lo soy de Santa Teresa, y por los Benedetti, de San Francisco Caracciolo...

¡Ah! los Villamelon habian sido siempre piadosos... Celebraban todos los años una novena á San Roque, abogado de la peste, en Quintanar de Oreja, donde tenian posesiones. Él era patrono de la Iglesia, y tenia facultad para nombrar al Párroco. ¿V. me entiende, P. Rector?...

El Rector lo entendió muy bien, y confiando en San Francisco Caracciolo, dió otro paso adelante; la fiesta de la primera comunion habia de celebrarse el diez y nueve de Marzo, dia de San José, y parecia natural, era muy conveniente, seria muy edificante, que él, padre del niño, y la señora Condesa, su

madre, le acompañaran á la sagrada Mesa. Tambien aceptó Villamelon.

—¡Sí, señor, P. Rector, comulgaré con mi hijo!... Mi santa madre lo decia: conviene tener con Dios ciertas atenciones. ¿Usted me entiende?... Y ademas, esas escenas de familia me conmueven; yo aspiro á una familia patriarcal... Mi madre era una santa; mi mujer es un ángel, que se mira en mis ojos y no tiene voluntad propia; Curra, esto; Curra, lo otro; eso hace. ¿V. me entiende, P. Rector?...

El Rector, que era escrupuloso, no se atrevió á decir que entendia por miedo de soltar una mentirilla, y Villamelon prosiguió con el aire de un monarca que se brinda á ser padrino de un pordiosero:

—Pues nada, P. Rector; comulgaremos los dos con el niño, y yo, no crea V., vendré de uniforme.

El Rector, que cazaba largo y veia venir las cosas de léjos, prevínole que seria conveniente vinieran ya los dos confesados al colegio, porque los Padres de allí andában siempre faltos de tiempo, y quizá les fuera imposible despacharlos.

—Corriente, P. Rector, corriente... Yo ten-

go mi confesor fijo; nunca me he confesado con otro... El P. Pareja; excelente sujeto. ¡Un santo, P. Rector, un santo! ¿V. me entiende?...

El P. Rector lo entendió tan bien, que estuvo á pique de soltar la risa. El P. Pareja, confesor ordinario del señor Marqués, habia muerto diez años ántes.

Villamelon volvió á su casa muy satisfecho, y refirió á Currita el compromiso que habia contraido. Ella, con la rápida percepcion de su claro entendimiento, comprendió al punto todo lo grave del compromiso, y una idea horrible, la del sacrilegio, cruzó por su mente cual un pájaro siniestro... Mas se detuvo asustada ante ella, porque áun la mala mujer española es rara vez impía; allá en el fondo de su corazon cree siempre y teme, y ménos aterra el sacrilegio á la falsa devota que á la francamente escandalosa. Su fecunda imaginacion ofrecióle al punto otro expediente digno de la Superiora de Port-Royal, la mística jansenista Sofía Arnauld.

—¿Pero qué estás diciendo, Fernandito?... ¿Comulgar un niño de doce años?... ¡Qué barbaridad!... Eso es una irreverencia y yo no puedo permitirlo.

Villamelon abrió la boca espantado.

—Pero mujer, Curra, ¿sabes?... Si el P. Rector dice que sí...

—Pues yo digo que no...—¡Nadie comulga en Francia ántes de los catorce años... lo ménos!

—Pero como estamos en España...

—Mira, Fernandito, vida mia; te he dicho que no hables en ninguna parte... Eso no es cuestion de clima. ¿Te enteras?... De modo que mañana vuelves al colegio, y le dices á ese señor Rector de mi parte, que yo no permito que Paquito comulgue, sin estar convenientemente preparado... ¡He dicho!

En vano alegó el P. Rector que el niño lo estaba de sobra, que aquel rigorismo francés era un resto del jansenismo, que las indicaciones de la Iglesia y el celo del clero habian ya hecho desaparecer por completo, y que era una maldad, un verdadero delito, privar por tanto tiempo á un alma inocente del auxilio de un sacramento que obra *ex opere operato*... Villamelon se encogia de hombros no comprendiendo bien de qué *óperas* se trataba; los astutos escrúpulos de Currita no cedian, y sospechando el P. Rector la hipócri-

ta hilaza, dijo terminantemente que de seguir el niño en el colegio comulgaria el dia de San José, sin el permiso de sus padres. Indignóse con esto Currita, y para evitar la horrenda profanacion, apresuróse á retirar al niño.

Entónces comenzó el inocente á fijar su candorosa atencion en las extrañas escenas que pasaban en su casa. Solo casi siempre el pobre niño, escapábase á las caballerizas, donde pasaba la mayor parte del dia entre lacayos y mozos de cuadra, escuchando conversaciones que al principio le hacian enrojecer y acabaron por hacerle reir, á medida que se le iba encalleciendo el pudor, especie de epidérmis delicadísima que preserva la pureza del alma. El enano D. Joselito le divertia mucho, y á él acudia con dudas misteriosas que el malvado pigmeo se apresuraba á resolver, poniéndole de manifiesto secretos tan curiosos, como los que descubria á su discípulo el Diablo Cojuelo, el impuro y asqueroso Asmodeo...

El niño iba atando cabos.

Vino entónces á la corte una famosa compañía dramática francesa, y Currita mandó

reservar el abono de un palco, para que fuesen los niños todas las noches al teatro. Hablaban aquellas criaturas un francés tan chabacano, tan de provincia, que era preciso aprendiesen de viva voz el puro acento parisiense. En aquella escuela de acento y de prosodia siguió el niño atando cabos, y un dia, despues de una larga conversacion con D. Joselito, en que el maldito enano tanteó todo lo que podia esperar su codicia de aquel ánimo generoso, si conseguia iniciarle de una vez y guiarle más tarde por los laberintos del vicio, el niño ató el último cabo!... Desde entónces varió de carácter; habia visto más de lo que esperaba ver, y una gran vergüenza clara ya y distinta, y un odio feroz implacable y reconcentrado, nacieron á la vez en su corazon, impidiéndole aquélla levantar los ojos delante del último lacayo, haciéndole éste afilar en silencio el puñal de su rencor, para cuando él fuera hombre, para cuando él mandara en su casa!...

Su padre le inspiraba desprecio, su madre despego, y sólo seguia adorando á Lilí, único ángel que quedaba ya en la casa. En cuanto á Jacobo, evitaba su presencia en lo

posible, y más de una vez sorprendió Currita con verdadero miedo en los ojos del niño, una mirada de rencor profundo, que relucia entre sus largas pestañas rubias, como un acero al salir de la vaina. Dedicóse entónces con ardor á la pintura, y pasaba largas horas pintando en su caballete, teniendo á Lilí sentada á su lado, cual si fuese el ángel de su guarda. Así los sorprendieron aquel dia los que para trazar el plan del baile de trajes entraban con Currita, y los niños, resistiendo á la curiosidad, permanecieron en su rincon callados é inmóviles. Mas cuando Celestino Reguera comenzó á formar sobre el tablero maqueado las magníficas piezas del ajedrez, y se puso Jacobo á explicar el pintoresco modo como habian de moverse al jugar la partida, las personas que las representaran, Lilí no pudo resistir á la tentacion, y aproximóse al grupo de puntillas, haciendo señas silenciosas á su hermano para que viniese. ¡Era aquello tan bonito!...

El niño se decidió al fin, y levantóse para mirar un momento con la paleta en una mano y el tiento en la otra. Habia crecido mucho, iba ya á cumplir trece años y prometia

ser muy lindo de cara, y de cuerpo esbelto á la vez que fornido. Acercóse al grupo sonriendo á Lilí, y púsose á mirar, empinándose un poco, por detrás de su madre y al lado mismo de Jacobo. De repente, en el calor de su explicacion, hizo este un brusco movimiento con el brazo y pegó en la paleta del niño; desprendiósele ésta con fuerza de la mano, y fué á caer sobre la manga izquierda de Jacobo, manchándosela toda de pintura. El muchacho retrocedió un paso poniéndose lívido.

Volvióse Jacobo colérico, soltando impaciente una sucia palabrota, con esa obscena grosería que se oculta con frecuencia bajo las pulidas formas sociales de ciertos hombres, y brota espontáneamente en cuanto la excita la ira, ó la impulsa una confianza sin decoro. El chico, al oirla, miró iracundo á su madre y á Jacobo, haciendo un gesto amenazador, en que se veia palpitar al hombre bajo la frágil envoltura del niño.

—¿Qué?—gritó Jacobo desafiándole. Nadie te ha llamado aquí... ¡Vete!...

Inyectáronse en sangre los ojos del niño, y dió tan fuerte golpe con el tiento, que lo rompió en dos pedazos.

—¡No me da la gana!—gritó.

Jacobo hizo ademan de lanzarse á él, mas Currita le detuvo asustada... El niño, ronca la voz por la ira, breve y cortada como la de un calenturiento, volvió á gritar:

—¡No me da la gana!...—¡Vete de aquí!... ¡Aquí no mandas tú!... ¡Esta no es tu casa!...

Y se detuvo jadeante, sin voz, en medio de un silencio siniestro, parecido al que reina en la tempestad entre ráfaga y ráfaga... Jacobo habíase vuelto con los puños apretados, tartamudeando entre sus labios blancos de ira:

—Está pidiendo un cachete...

No terminó la frase: con la fuerza y prontitud que caracterizan al leon en su ataque, con la sanguinaria avidez con que el cachorro de un tigre, se arroja sobre su primera presa, lanzóse el niño á Jacobo, clavándole las uñas en la garganta, dándole cabezadas en el rostro, pateándole todo el cuerpo con las robustas piernecillas, que parecian tener músculos de acero. Sorprendido Jacobo rechazó el brusco ataque, separando al niño con un poderoso esfuerzo de sus nervudos brazos, y arrojólo léjos de sí, cual si fuese un

saco de arena, á cuatro pasos de distancia; su cabeza fué á chocar contra un enorme jarron japonés, de bronce antiguo, que despidió un sonido metálico.

Con los ojos dilatados de terror, púsose Lilí á su lado de un salto, y levantó entre sus manos la lívida cabecita. Celestino le cogió en sus brazos y llevóselo apresuradamente fuera de la estancia.

Quedó Lilí arrodillada en la alfombra, mostrando á su madre sus manitas ensangrentadas, tartamudeando con la opaca vibracion de un terror sin medida.

—¡Sangre!...—Mamá... ¡Sangre!...





IV

PEDRO Lopez creyó sucumbir de plétora de inspiracion, al dar cuenta en *La flor de Lis* del gran baile de *ancha base,* celebrado el lúnes de Carnaval en casa de los excelentísimos señores Marqueses de Villamelon... Hay situaciones, hay espectáculos que el hombre comprende y admira con su instinto, pero no puede describir ni comentar con su talento: en tales casos, el poeta más grande, el escritor más maestro, es el que exhala el grito más natural, la exclamacion más vehemente... Por eso juzgó Pedro Lopez la mejor manera de describir el mágico baile, estampar al frente de una cuartilla un—¡¡¡¡Oh!!!!—pro-

fundo, un verdadero *do* de pecho literario, y dejar todo lo demás en blanco...

Mas allá por la madrugada, cuando retirado en la *serre* tomaba apresuradamente algunas notas, acercósele Butron rendido y satisfecho como el caudillo despues de la victoria, y adelantando la torneada pierna que el calzon corto y la media de seda negra ceñian por completo, haciendo ondular con juvenil garbo la airosa capa veneciana, díjole con entonacion solemne, con misterio profundo, metiéndole la punta de la nariz dentro de la oreja izquierda:

—¡Lopez!...—¡Mucho ojo!... Su *compte-rendu* de V. nos asegura el triunfo... Que toda esa gentecilla cursi vea su nombre en *La flor de Lis*, ensalzada por el *reporter* elegante de los salones, y es nuestra para siempre... ¡Fuera escrúpulos!... ¡La de Martinez, bellísima!... ¡La García Gomez, encantadora!... Esta que viene aquí, un portento; la Victoria Colonna de este siglo...

Y atento y obsequioso corrió á estrechar la mano de la Victoria Colonna del siglo XIX, una jamona muy madura, de metro y medio de largo y doce arrobas de peso, vestida de

Safo, con corona de mirtos en la cabeza, lira de laton dorado en la mano y en la chata nariz.—¡Manes de Phaon, estaos quedos!—gafas de oro!!...

Era la Excma. Sra. D.ª Paulina Gomez de Rebollar de Gonzalez de Hermosilla, eminente literata, poetisa afamada, á quien Butron habia echado el ojo para secretaria de la Junta de señoras.

La redada habia sido en efecto completa, y calificábala Butron de *pesca milagrosa:* el caritativo anzuelo de socorrer á los heridos del Norte habia prendido en todos los corazones, verificando la fusion deseada, y el heterogéneo personal de la Asociacion de señoras quedó reclutado, faltando tan sólo organizarlo. Triunfante Butron y rejuvenecido, felicitaba á unos, animaba á otros, multiplicábase por todas partes tendiendo siempre la caña, y entre el calorcillo de la cena y el humo de las satisfacciones, estuvo á pique de desquiciarse aquella cabeza tan firme, hasta el punto de pasar por ella la idea de invitar para el cotillon á la Excma. Sra. D.ª Paulina Gomez de Rebollar de Gonzalez de Hermosilla. Un extraño rumor que comenzaba á

circular por los salones, vino á detenerle al borde de aquel abismo, más profundo que el agitado mar, sepulcro de la Safo auténtica, al pié de la roca de Léucades.

Susurrábase que allá en un apartado gabinete, habia surgido un lance de honor entre dos personajes de mucha cuenta. Azorado Butron corrió á informarse por sí mismo, temeroso de que aquel incidente imprevisto viniese á romper los lazos de union con tanto trabajo anudados. Acercóse á un grupo; en medio peroraba Gorito Sardona, vestido de peon de ajedrez y muy enterado del caso; habíalo él presenciado todo y era uno de los contendientes el tio Frasquito.

—¡Polaina!—exclamó Diógenes. ¿Y á qué es el duelo?... ¿A tijera ó á aguja?...

—Algo parecido anda de por medio,—replicó Gorito.

Y prosiguió diciendo con grandes ponderaciones y mucho misterio, que el otro contendiente era Sir Roberto Beltz, capitan de guardias agregado á la embajada inglesa, hombre muy posma, muy preguntón, muy aficionado á investigar el por qué de todas las cosas, y metódico y ordenado hasta el punto de reirse

por la mañana de los chistes oidos la noche ántes.

Al oir hablar de Sir Roberto Beltz, hizo Diógenes un gesto como si le asaltara gran tentacion de risa, y quedóse sin embargo muy serio escuchando la narracion del gomoso. De ella resultaba que el tio Frasquito habia observado con sorpresa al principio, con recelo luego, y con inquietud más tarde, que Sir Roberto Beltz le seguia á todos lados sin perderle un momento de vista; atribuyólo al pronto á la admiracion que pudiera causarle su magnífico traje de gran mandarin, capaz de despertar las envidias del Mikado, porque era el tio Frasquito el feliz mortal que habia tenido la honra insigne de figurar como rey blanco al lado de Currita, en la famosa partida de ajedrez que acababa de representarse. Mas al terminar ésta encontróselo repetidas veces entre los frecuentes apretones del baile, rozándole siempre con intencion muy marcada y sacudiéndole en dos ocasiones.

—¡Unos codazos,—decia la víctima en su capítulo de cargos, horrrorrosos, horrrorrosos!... Ni más ni ménos que si pretendiese averriguarr si sonaba yo á hueco...

Y algo más tarde, hallándose el venerable mandarin hablando con unas señoras, un poco inclinado hacia delante por estar ellas sentadas, acercósele Sir Roberto con mucho disimulo, oculto entre el gentío, y sin provocacion ninguna, sin objeto alguno justificado, ¡zas! hundióle con flema británica hasta la cabeza un alfiler en la nalga izquierda...

—¡Majadero!—exclamó Diógenes. Si le dije que era la derecha... La derecha es la de corcho...

Y en medio del pasmo de todos y de sus risas despues, explicó entónces Diógenes el enigma... Mientras las cuadrillas de ajedrez bailaban, hallábase Sir Roberto Beltz al lado de Diógenes mirando con grande atencion al tio Frasquito, que muy pomposo y satisfecho en su papel de rey, movíase con pausa y majestad sobre el tapiz á cuadros rojos y blancos, que representaba el tablero.

—¿Quién es ese góven?—preguntó á Diógenes.

—¿Góven?...—¡Polaina!... Dos años me lleva á mí y tengo sesenta y tres, con que ajuste V. la cuenta.

Estiróse la cara de pasmo perpetuo de Sir

Roberto, y Diógenes acrecentó su asombro añadiendo muy serio:

—Ahí donde lo ve V., lleva en el cuerpo treinta y dos cosas postizas.

—¡Oh señor de Dióguenes!...—Usted estar un andaluz muy crecido...

—¿Que no?...—Pues vaya V. contando...

Y comenzó á enumerar los componentes que suponia en el tio Frasquito la leyenda, acabando por poner en el catálogo la nalga de corcho. Sir Roberto, asombrado, creyendo encontrar un nuevo modelo de *hombre elástico*, que colocar en el British Museum, quiso aplicar al hallazgo su método experimental, y recibió en cambio un espontáneo abanicazo que en la irascibilidad de sus nervios excitada, le sacudió el tio Frasquito con su abanico de mandarin, en lo alto de la cabeza.

La sangre no llegó, sin embargo, al rio; intervino Currita muy indignada contra las zafias bromas de Diógenes, y puso fin á la contienda apoyándose en el brazo de Sir Roberto Beltz, para dar una vuelta por la *serre*, y encargando ántes al tio Frasquito que convidase para el dia siguiente á comer con ella,

á todos los que habian tomado parte en las dos cuadrillas, blanca y negra. Fernandito queria fotografiarlas en varios grupos y en sus respectivos trajes, para que publicasen luego un gran grabado de ellas en la *Ilustracion Española y Americana.*

La comida fué divertidísima; Currita tuvo el capricho de mandar preparar á su cocinero un *menu* japonés, y todos se sentaron á la mesa con los mismos trajes japoneses con que en diversos grupos y actitudes se habian retratado en la cabaña de Fernandito. A los postres tuvo el tio Frasquito una idea nueva y felicísima, una verdadera inspiracion nacida entre los vapores de su estómago agradecido, y acogida con entusiamo por todos los presentes. Ocurriósele para eternizar la memoria de aquel baile famoso, para grabar el recuerdo de aquellos trajes lujosísimos, para no separar nunca de su reina aquella aristocrática cuadrilla japonesa, reclutada por él mismo en los salones del Veloz-Club, prolongar la mascarada transformándola en una especie de guardia de honor que sirviese y acompañase á Currita por todas partes, llevando alguna particular contraseña que la

diferenciase del resto de los mortales... Currita aceptó encantada la idea, y señaló como distintivo de la nueva órden de caballería, una corbata azul. color de la famosa liga de la Condesa de Salisbury, que dió pretexto á Eduardo III, segun cuenta la leyenda, para fundar la antigua y nobilísima Orden de la Jarretiera. Brindóse la dama á regalar á todos la insignia de la nueva órden, y envióle á cada uno una preciosa corbata azul de rica seda japonesa, sujeta con un alfiler formado por una gruesa perla, procedentes todas de un magnífico collar que habia pertenecido á su madre. El tio Frasquito fué nombrado por aclamacion gran maestre de los ilustres caballeros, que tomaron el dictado de *Mosqueteros de Currita*. La cáustica sátira madrileña, la más sangrienta quizá que hemos conocido, hízoles bien pronto variar de nombre. Cármen Tagle, profundamente resentida porque habiendo representado ella á la reina negra en la partida de ajedrez, no se habia formado ninguna guardia en honra suya, comenzó á designar á la de su rival, por su orígen japonés, con el nombre de *Mikado*.

—¡Ese, ese es el nombre propio!—gritó

la Mazacan entusiasmada al oirlo. Lo natural y lógico es, que para guardar á la mona Jenny, se cree un cuerpo de *micos*.

Y desde aquel entónces quedó confirmado el cuerpo de mosqueteros, con la nueva denominacion de *Micos de Currita*.

Tambien el tio Frasquito conquistó en aquella escaramuza otro sobrenombre, que vino á aumentar ese largo catálogo de ellos que prodigan la malignidad y la envidia con tan grande profusion, en la alta sociedad madrileña. La Duquesa de Bara habíale encontrado gran parecido, vestido de mandarin, con un retrato publicado en la *Ilustracion*, de Pan-Hoei-Pan, célebre literata china, y Pan-Hoei-Pan comenzó á llamarle desde entónces la inmensa falange de sus sobrinos legítimos y espurios.

Jacobo, con la egoista y rapaz avaricia con que moderaba todos los gastos de Currita, y la despótica autoridad que sobre ella ejercia, reprendióle agriamente aquel derroche de perlas, desperdiciadas en regalar corbatas á sus *micos*. Ella, ciega por la más temible y la más tupida de todas las vendas, y temerosa siempre de verse privada de las

luces y consejos de aquel hombre, que llenaba la escasa cavidad de su corazon y satisfacia las inmensas proporciones de su vanidad, resolvió entónces para desagraviarlo, hacerle el treinta de Abril, dia de su cumpleaños, un magnífico regalo. Iluminó, pues, con ayuda de Reguera, una gran fotografia en que se hallaba representada ella misma con su rico traje de reina japonesa, y encargó dibujos para un marco suntuoso que habian de ejecutar en oro, plata y pedrería, Marzo y Ansorena. Los dibujos, sin embargo, no la satisfacian, el treinta de Abril se acercaba, y apremiada por lo breve del plazo, desesperaba ya de ver realizado su proyecto. Propúsole entónces Celestino Reguera comprar un marco antiguo, de plata cincelada, que procedente de cierta casa ducal muy conocida, estaba de venta en la Exposion de arte retrospectivo. Currita se dió una palmada en la frente.

—¡Tonta de mí!—dijo. Si no se necesita; si tengo yo aquí mismo, en casa, al alcance de la mano, algo mejor y más rico que cuanto pudieran ofrecerme.

Con la viveza de una niña que corre á satisfacer un soñado capricho, atravesó Currita

los vastos departamentos del palacio, en que resplandecia por todas partes el lujo y la molicie, y llegó á uno de sus extremos, ala de honor en otro tiempo, habitada entónces por la servidumbre. En una especie de rotonda adornada con antiguas pinturas al fresco, ya del todo desteñidas y borradas, abríase una gran puerta de roble con herraje de bronce y bellos tableros de talla. En vano intentó la Condesa levantar con sus delicadas manecitas el enorme pestillo cincelado: estaba la llave echada. Acercóse entónces á la salida de un corredor que daba á la cocina, y gritó muy impaciente:

—¡German!... ¡Basilio!...—¿No hay nadie?...

Acudió German muy presuroso y extrañado de encontrar á la señora Condesa por aquellos andurriales.

—La llave de aquí—dijo ella.

German se encogió de hombros. ¿Quién iba á saber donde estaba aquella llave?

—¡Pues buscarla en seguida!—gritó Currita. ¡Pregunte V. á D. Joselito, en la contaduría, en todas partes!... ¡Jesus! ¡Qué fastidio!...

Y daba pataditas en el suelo llena de

impaciencia, mientras German se lanzaba presuroso por toda la casa en busca de la llave. Volvió al fin despues de un cuarto de hora, trayendo una muy grande, llena de orin, con un tarjeton de pergamino colgando, en que se leia:—*Oratorio.*—La llave entró rechinando en la cerradura, y en vano forcejeó German para hacerla dar vueltas; preciso fué sacarla de nuevo, untar las guardas con aceite, é introduciendo un palo por el ojo giró al cabo al sexto ó séptimo empuje. Otros dos ó tres vigorosísimos que dió German con todo su cuerpo sobre una de las hojas, hicieron girar á ésta lentamente, dejando escapar una bocanada de viento húmedo: el interior estaba oscuro.

—Espere V. aquí—dijo Currita con cierto airecillo de miedo.

Y adelantóse ella con las manos extendidas para no tropezar, cerrando los ojos un momento para poder acostumbrarse á aquellas tinieblas. Algunos reflejos de ténue luz entraban por dos altas y rasgadas ventanas laterales, cubiertas ambas con grandes cortinones de rojo damasco, desteñido y empolvado. Currita quiso descorrer uno de ellos,

tirando violentamente del cordon de seda que á lo largo de la pared bajaba desde lo alto; mas la cortina rechinó sin descorrerse, y podrido sin duda el cordon, rompióse por arriba, cayendo sobre Currita enroscado, cual si fuese una larga y delgada serpiente. La dama dió un chillido y una nube de espeso polvo se desprendió al mismo tiempo, y dos murciélagos salieron de entre los pliegues del brocado, y comenzaron á revolotear de una á otra parte.

—¡German!—gritó Currita muerta de miedo.

Y disimulando al verle entrar su repentino azoramiento, añadió huyendo del malhadado cordon, cual si fuese en realidad una serpiente:

—¡Jesus, hombre, qué torpeza!...—Acabe V. y descorra esa cortina...

Con gran trabajo y tirando de los dos cordones á la vez con sumo tiento, pudo German descorrer la contraria, y asustada por la luz salió entónces del altar una gallina, y echaron á correr dos ó tres pollos cacareando, entrándose por una puertecilla entreabierta, que á la derecha del retablo habia. Currita

miró á German estupefacta, y éste, conteniendo á duras penas una carcajada, que le pareció falta de respeto á su ilustre dueña, contestó muy grave:

—El cocinero encierra aquí á los que ha de matar, para tenerlos más á mano.

—¿Pero por dónde los mete?...—¡Si estaba la puerta tan atrancada!...

—Por la otra puertecilla de la sacristía, que da junto á la cocina.

—¡Ya!...

Penetraba la luz por los sucios y empolvados cristales escasa y como avergonzada, mas era suficiente para iluminar aquel cuadro desolador de impío abandono... Era el oratorio una preciosa capilla de alta bóveda pintada al fresco, construida con grande gusto y riqueza, á fines del siglo XVII. Hallóse en tiempos tapizada de arriba abajo con ricos paños de damasco encarnado, que caian entónces en sucios guiñapos á lo largo de las paredes, llenas de manchas y desconchones, como el rostro de un virolento: á trechos, veíanse encerrados en ricos marcos ya podridos, amarillentos pergaminos en que constaban las innumerables gracias y privilegios

concedidos por los Sumos Pontífices, á los fundadores de la capilla. La rica talla algun tanto churrigueresca del retablo, desaparecia bajo una espesa capa de polvo y de telarañas, y las varias imágenes que ocupaban las hornacinas, parecian tener esa palidez lívida, que indica en los hombres lo supremo del espanto. Sobre el altar, veíanse el ara rota, el tabernáculo hundido, y dos bellos ángeles que á un lado y otro sostenian ántes lámparas de plata, levantaban entónces sus manos vacías, crispadas, como anunciando la cólera del Señor... A los pies de la capilla, sobre un confesionario destrozado y varios reclinatorios rotos, hallábanse amontonados trastos viejos, muebles inservibles, y el armazon de un teatro en que habia representado la Condesa, tiempos atrás, unos famosos *cuadros vivos*. Sobre las dos gradas que formaban el presbiterio, habia á la izquierda del retablo una especie de armario de cristales, embutido en la pared, donde se guardaban reliquias: allí se dirigió Currita, mandando á German que abriese la puerta. En la parte inferior, habia varios estuches medio abiertos, que encerraban vasos sagrados, y tirada en un rin-

con, arrugada y hecha un lío, una casulla de terciopelo negro, con ricos bordados de oro, que presentaban en primoroso realce las armas de la casa. Al verla Currita, acordóse instantáneamente de la última Misa celebrada en aquel recinto profanado: habia sido quince años ántes, estando allí mismo, de cuerpo presente, la vieja Marquesa de Villamelon, madre de Fernandito: aún se veian á lo léjos entre los amontonados restos del teatro, las piezas del catafalco que habia sostenido su cuerpo... Currita sintió una especie de escalofrio de miedo, y miró instintivamente al sitio en que solia oir todos los dias Misa la anciana Marquesa: allí estaba su sillon de terciopelo, hundido todo y destrozado, y delante el reclinatorio, conservando aún sus almohadones apolillados, las huellas de sus rodillas y sus brazos. Currita volvió bruscamente la espalda, como si temiese ver aparecer allí, pálida y airada, la sombra de la vieja dama.

Estaba la parte superior del armario forrado de terciopelo rojo, bastante bien conservado, y sobre almohadillas del mismo terciopelo, hallábanse varios relicarios de plata,

guardando huesos de santos: en un rincon, de pié contra la pared, habia un objeto de más de una tercia de largo, envuelto en una funda de oscuro tafilete, roida toda de ratones, y esto fué lo que cogió Currita, sosteniéndolo por su mucho peso con ambas manos, y saliendo al punto de la capilla muy de prisa, azorada, como si hubiese cometido un robo en lugar sagrado.

A solas ya en su estudio, cuando abrió la destrozada funda, quedóse ella misma admirada: era aquello una preciosidad artística de valor inmenso, un marco de plata cincelada, obra admirable de orfebrería del siglo XVI, que ostentaba cual noble ejecutoria, esculpido en el pedestal de una de sus mil bellas figurillas, el nombre ilustre de Enrique de Arfe, autor de la custodia de Córdoba, y de la llamada Cruz antigua. Aquella maravilla servia, sin embargo, de marco á un objeto harto extraño é insignificante: sobre un fondo de raso blanco, y cubierto por limpidísimo cristal chaflanado, veíase sencillamente un harapo, un pedazo de burdo y raido sayal pardo. Por el reverso, cerraba el cuadro una gran chapa de plata, sujeta por finas tuercas, que no sin

grandes esfuerzos consiguió destornillar Currita. Liados en blancos tafetanes, amarillos ya por el tiempo, halló dentro dos papeles, escritos con clarísima letra del siglo XVI, que sin esfuerzo ninguno podia perfectamente descifrarse. En uno decia: *Pedazo de la cogulla del Venerable siervo de Dios Fray Alonso de Luján, muerto en olor de santidad en su convento de Talavera de la Reina, á los 23 de Enero de 1590.*—Y á renglon seguido, con la candorosa arrogancia de los magnates de aquella época, firmaba sencillamente:—*Doña Catalina.*

—¡Ya!—exclamó Currita muy admirada. ¡Con que *esto* era de *aquel!*...

Y sus ojos fueron á buscar entre las mil preciosidades que adornaban el estudio, una admirable cabeza pintada por Pantoja, de un capuchino muerto, en cuyo rostro resplandecia esa serena calma que deja impresa la muerte, como señal de predestinacion, sobre la frente de los justos. Era en efecto aquella cabeza venerable, el retrato de Fr. Alonso de Luján, hermano del cuarto Marqués de Paracuellar, y habia sido trasladado años atrás del oratorio á los salones de la casa, no

como objeto de piedad, sino como monumento de arte.

En el otro papel hallábase copiada esta cláusula del testamento de doña Leonor Manrique de la Cerda, repartiendo entre sus parientes un hábito de su primo hermano el V. P. Fr. Alonso de Luján, religioso capuchino (1).—«Mi señora, la Duquesa del Infantado, escoja la pieza que le pareciere, y otra se dé al Conde de Salvatierra, y otra al Conde de Montijo, y otra á mi sobrina doña Catalina, Marquesa de Paracuellar, y el cordon se dé al Conde de Salinas, mi sobrino, que lo tenga y venere como cordon y reliquia de un tan venerable y santo varon como yo lo he tenido; y una cosilla que yo tengo del dicho P. Fr. Alonso, mando tambien á mi señora la Duquesa, y le suplico la dé cuando á su Excelencia le pareciere, al Conde del Cid, y la pieza que su Excelencia escogiere, la dé al Duque de Béjar, de cuya casa era muy devoto el dicho P. Fr. Alonso.»

Currita estaba admirada... Mentira parecia

(1) Esta cláusula está tomada literalmente del testamento citado, sin otra variacion que la de introducir en ella el nombre supuesto de la Marquesa de Paracuellar.

que aquellas buenas gentes, tan grandes señores por otra parte, tan famosos en la historia muchos de ellos, se repartiesen entre sí como joyas preciosas, el burdo sayal de un pobre fraile. ¡Lo que varían los tiempos!... La buena de doña Catalina se habia gastado un dineral en fabricar una joya para su pedacito de cogulla, sin sospechar siquiera que habia de ahorrarle á ella el gastarlo en...

Con una brusca sacudida echó fuera, sin tocarla, la reliquia, y puso despues en su lugar el retrato. Estaba perfectamente, y sólo con recortarle un poco los bordes, encajaria tan bien como si hubiese sido hecho el marco á su medida. Currita calculaba complacidísima el efecto, alejando de sí el retrato, y la mano con que lo sostenia fué á tropezar con el pedazo de cogulla del fraile: retiróla bruscamente, cual si hubiese tocado una brasa ardiendo, y miró con miedo, con espanto casi, la magnífica cabeza de Pantoja, que tan admirablemente expresaba sobre el lienzo, la imponente y serena calma de la muerte. Con los mismos papeles que encerraban la auténtica y la cláusula testamentaria, cogió la reliquia de Fr. Alonso, y sin tocarla, con un

gesto que lo mismo expresaba la repugnancia que el miedo, el asco que el respeto, arrojólo todo en una preciosa cestilla destinada á recibir papeles para la basura. Arrepintióse al punto; habia oido ella que las cosas santas no deben tirarse, sino quemarse, y volviólo á recoger todo de la misma manera para no tocar la reliquia, y fué á echarlo entónces en una chimenea encendida que ardia en un ángulo... Otra vez lanzó, sin poderlo remediar, una mirada á hurtadillas, con medroso recelo, á la pálida cabeza del fraile muerto.

Un fuerte olor acre y desagradable del paño que se quemaba, extendióse al punto por toda la estancia. En aquel momento entró Villamelon muy alegre y satisfecho, que volvia de Chamartin de la Rosa, donde en su preciosa quinta de *Miracielos*, estaba ensayando con gran entusiasmo la incubacion artificial de los huevos de gallina.

—¡Jesus, hija, qué mal olor!—exclamó deteniéndose á la entrada. ¿Qué has quemado?... Si huele aquí á infierno.

Currita se puso muy seria, muy enfadada y hasta un poco pálida.

—Mira, Fernandito—no digas tonterías...

No me gustan bromas con las cosas del otro mundo...

Y como si fuese cosa de él, volvió á lanzar otra mirada furtiva y medrosa á la imponente cabeza de Fr. Alonso.

—Pero, hija, Curra,—¿Sabes?... Que abran esa ventana; si huele aquí á chamusquina, á cuerno quemado...

—Pues nada, hombre;—un pincel viejo que tiré en la chimenea... Vamos, dejemos ya eso. ¿Has visto á Lilí?...

Villamelon dió una gran palmada.

—¡Mujer!...—Se me olvidó...

—¿Pues no te dije que fueras á verla?—gritó Currita muy colérica.

—Pues nada, hija, se me olvidó...—¿Qué vamos á hacerle?...

—¡Jesus, qué hombre este!...—Se acuerda de ir á ver las gallinas y se olvida de visitar á su hija...

Porque el lector ignora aún, que ninguno de los dos niños estaba ya en la casa... Cuatro dias despues de la escena que en el anterior capítulo queda referida, cayó Currita en la cuenta y convenció de ello á Fernandito, de que no pudiendo dedicarse ella exclusiva-

mente á la educacion de sus hijos como hubiera sido su deseo, era lo mejor enviar á Lilí al colegio que tienen en Chamartin las religiosas del Sagrado Corazon, y á Paquito al que por aquel tiempo tenian los jesuitas en Guichon, del lado de allá de los Pirineos... Ni ella ni Jacobo habian tenido en cuenta, que en aquel mismo colegio se educaba Alfonsito Tellez-Ponce, el hijo de éste.

Villamellon, muy contrito de su falta, prometió remediarla al dia siguiente, cuando fuese á Chamartin á inspeccionar los períodos de la incubacion artificial, que ocupaba en aquella época toda su atencion y todo su tiempo. Diógenes, al saber las nuevas aficiones del ilustre prócer, habia dicho:

—No hay que extrañarse... Está clueco.





V

LA cola que formaban los coches frente al palacio del Marqués de Butron, cogia casi toda la calle de Hortaleza, atravesaba la red de San Luis é iba á perderse en la de la Montera. Los carruajes avanzaban lentamente, parábanse un momento, abríanse y cerrábanse con estrepito las portezuelas, y corrian luego á estacionarse en la plaza de Santa Bárbara. Los transeuntes deteníanse extrañados, y quedábanse muchos contemplando aquella larga procesion de damas, rara en Madrid á la clara luz de las tres de la tarde. El Gobierno parecia alarmado: varios agentes de Orden público paseaban por

la acera de en frente, á lo largo del palacio, y algunos polizontes se mezclaban entre los curiosos ó trababan conversacion con cocheros y lacayos, que charlaban entre sí desde los pescantes, designándose, segun la clásica costumbre, por los ilustres nombres de sus amos.

Las damas saltaban ligeramente de los coches, atravesaban el gran portal, subian la escalera alfombrada, y perdíanse con aire de conspiradoras en aquel ancho salon del teatro, famoso en otro tiempo por haber representado en él D. Ventura de la Vega *El hombre de mundo,* y dirigido Breton de los Herreros en persona los ensayos de *El pelo de la dehesa.* Reinaba en él una media luz prudentísima, un prematuro crepúsculo que velaba con paternal indulgencia entre sus sombras misteriosas, los grandes deterioros del decorado, incapaces de resistir con honra la descarada luz de las tres de la tarde.

Desde fuera parecia aquello el zumbido de una colmena colosal, en que doscientas mujeres murmurasen al mismo tiempo entre el crujido de las sedas, el ric-rac de los abanicos, las tosecillas afectadas que dan tiempo

á preparar una respuesta, las melífluas risitas que acompañan siempre á la afectuosidad femenina, y los perfumes peculiares á doscientos gustos diversos y doscientos tocadores distintos. A veces reinaba de repente uno de esos súbitos silencios, que el pueblo andaluz atribuye al involuntario respeto que infunde el invisible aleteo de un ángel que pasa: era más bien algun diablillo que llegaba, alguna dama famosa por cualquier concepto que traspasaba el dintel, obligando á la crítica á replegarse sobre sí misma, para estudiar el blanco sobre que habia de disparar su metralla.

Ningun hombre aparecia á la vista: en el fondo, tras la sencilla cortina de rojo terciopelo con las armas de Butron bordadas en el centro, que cerraba la embocadura del teatro, adivinábase, sin embargo, algo masculino, algun espíritu no santo que tosia y estornudaba como el resto de los mortales, porque dos toses y un estornudo habian llegado al oido avizor de la señora de Barajas, que estaba allí cerca: tocó con el codo á su hermana, diciéndole muy bajo:—Aquí hay duendes—y la otra, sin volver la cabeza contestó muy seria:

—Robinson y su negro Domingo, que se habrán constipado en la isla desierta.

Así era en efecto: el gran Robinson y el Sr. Pulido hallábanse tras el telon, observando por los dos imperceptibles agujeritos que servian en otro tiempo para registrar la sala á los ilustres actores que habian pisado aquella escena aristocrática. El respetable diplomático parecia inquieto, y el Sr. Pulido iba y venia sigilosamente de uno á otro agujero, apretando los labios y moviendo la cabeza, con muestras tambien de alguna zozobra.

La concurrencia era numerosa, escogida y á propósito para secundar los planes del diplomático; mas notábase, sin embargo, un síntoma alarmante, una peligrosa falta de disciplina en la mesnada aristocrática, las alfonsinas de raza, pertenecientes en su mayor parte á familias de la Grandeza. Habíanse sentado todas ellas hacia el lado izquierdo, formando un grupo, y cuchicheando y cambiando entre sí risitas y señas burlonas, miraban entrar y amontonarse en el lado opuesto á las cursis radicalas, con el aire de desdeñosa proteccion de la gran señora que permite á su doncella sentarse en su presencia,

á cuatro metros de distancia. Tan sólo la Duquesa de Bara, fiel á la consigna del caudillo, habíase apresurado á sentarse entre las dos ministras cesantes, la de Martinez, mujer sencillísima y modesta, que se hallaba allí como gallina en corral ajeno, y la de García Gomez, cursi pretenciosa, que pretendia deslumbrar á pájara tan larga como la Duquesa, con sus alardes de elegancia y de buen tono.

En vano iba de un lado a otro la Marquesa de Butron, intentando con su fino tacto y sus delicadas maneras, ahogar en gérmen aquellos puntillos mujeriles, aquellas vanidades alborotadas que amenazaban dar al traste con la suspirada fusion á duras penas obtenida en el baile de Currita; tan sólo pudo conseguir su ímprobo trabajo, colocar á la Duquesa de Astorga, mujer bondadosísima, al lado de la Excma. Sra. D.ª Paulina Gomez de Rebollar de Gonzalez de Hermosilla, cuya colosal figura se destacaba sobre un asiento muy alto, aislada entre Tirios y Troyanos, silenciosa y pensativa, cual Safo meditando su suicidio en lo alto de la peña de Leúcades.

Las carlistas por su parte, pocas en número, pero en valor muy aguerridas, formaban otro grupito sospechoso, teniendo al frente una viejecita chiquitilla, flaca y nerviosa, de ojos vivísimos. Era la Baronesa de Bivot, ilustre catalana, que se removia sin cesar en el asiento esgrimiendo el abanico con el bélico ardor del veterano, ansioso de combate, que huele la pólvora á lo léjos. Cármen Tagle la bautizó al punto.

—Allí está Zumalacárregui,—dijo á su vecina... Mírala, el cuerpo le pide pendencia.

El respetable Butron se daba á todos los demonios temiendo una catástrofe, y aplicaba el oido en vez del ojo al agujero, á ver si podia pescar alguna palabrilla suelta que indicase el rumbo que tomaba la tormenta. No se oia nada: un zumbido colosal de colmena en momentos de mudanza, que le sacaba de quicio, poniéndole nervioso.

—¡Pero que siendo tantas no haya una sola que calle!—exclamó hecho un basilisco; y el Sr. Pulido, sin perder su pausa, con filosófica profundidad replicó muy bajito:

—Las prefiero hablando, Pepe...—Callar seria contra naturaleza.

Y en aquel momento, como si quisieran probar aquellas amables criaturas, que llevar siempre la contra es el rasgo peculiar del sexo, callaron todas de repente, siguiéndose un silencio profundo, un *calderon* prolongadísimo de cerca de un minuto, seguido á su vez de un *allegro* alborotado, un *crescendo* inverosímil, rápido y *vivace*... Algo gordo sucedia, y el respetable Butron y el filosófico Pulido, acudieron al punto muy azorados á sus respectivos observatorios... Entraba la Condesa de Albornoz, con aquel paso de que habla Virgilio, que revela una reina ó una diosa, inclinando la cabeza con el aire de vanidad satisfecha de aquel emperador romano que encogia la suya al pasar bajo los arcos de triunfo, por miedo de tropezar en ellos con la frente; seguíala la Marquesa de Valdivieso, una de las cómodas amigas de fácil contentar, que traia ella siempre á retortero para que la acompañasen como damas de honor, sirviendo, segun su frase, de marco á su elegancia.

Cogióla Leopoldina Pastor por las faldas al pasar á su lado, y quiso obligarla á sentarse entre ella y Cármen Tagle... Era nece-

sario escarmentar á aquellas indecentes radicalas que estaban allí con la boca abierta, *dándose pisto,* soñando quizá con la presidencia.

—¡Míralas, qué retablo!...

Deseando estaba que Genoveva tomase la palabra, para tener ocasion de decir á aquellas cursis cuatro palabritas bien dichas, ¡pero iba á estar aquello muy frio!... A ella le hubiese gustado discutir á caballo, como los hunos de Atila. Dióle Currita cariñosamente en el hombro con el abanico, murmurando: —*c'est drôle:*—saludó con una monísima cabezadita al ámplio círculo de sus ilustres amigas, y dejóse llevar suavemente por la Butron al lado opuesto, sentándose al fin junto á la Duquesa de Bara y las dos ministras. Apretóle cariñosamente la mano á la de Martinez, diciéndole: —¡Querida mia!—y manifestó á la García Gomez su desolacion profunda por no haberse encontrado el dia ántes en casa, cuando estuvo ésta á visitarla.

—Coraje me dió al ver su tarjeta...—Hubiera deseado que charlásemos un rato... Quiero que seamos amigas...

La García Gomez creyó reventar de dicha

ante honra tan repentina, y miraba á todas partes tan oronda y satisfecha entre aquellas dos Grandes de España, como la rata de la fábula en el queso de Holanda. María Valdivieso, con prudencia inusitada en ella, mordíase los labios para no soltar la risa. El venerable Butron seguia desde su agujero toda aquella pantomima, y murmuraba nervioso y exaltado:

—¡Bien por Currita!...—¡Es lista esa mona Jenny, caramba!... ...¡Con que María Villasis haga lo mismo, triunfamos!

El Sr. Pulido, profeta siempre de desdichas, se permitió dudarlo; su olfato finísimo habia adivinado un escollo en que el respetable Butron no paraba mientes.

—Aquella trae ya cara de Presidenta, Pepe,—dijo.

—¿Quién?...

—La Currita, Pepe...—¡Te lo dije!...

Así era en efecto: tan penetrada estaba ésta de su superioridad, que ni por un momento dudó de ser elegida, y pareciéndole que tras del baile habia de venir la presidencia, de manera tan lógica y fatal como tras de la noche viene el dia, habia ya comunica-

do varias órdenes al tio Frasquito, gran maestre de los micos de su guardia, y confiado á María Valdivieso aquella misma tarde, en el camino, varios de los mil regocijos caritativos que á beneficio de los heridos del Norte proyectaba, y sobre todo, una *Kermesse* famosísima que habia de producir millones y millones.

Púsose Butron al oir á Pulido muy enfadado, levantando los brazos como si quisiese coger las bambalinas.

—¿Que trae cara de Presidenta?...—¡Pues se quedará con la cara, Pulido!... ¡No faltaba más! Una mujer sin crédito, sin pizca de vergüenza... Me espantaba toda la gente de sacristía... ¿Qué diria el Arzobispo cuando fuera á pedirle la bendicion para la obra?... María Villasis es la única... la única, Pulido...

Nueva manifestacion de duda de la ninfa Egeria, acompañada siempre del vocativo de su Numa Pompilio, fórmula de la íntima y familiar amistad que le unia con el personaje.

—Lo dudo,—Pepe...

—¿Tambien á esa le encuentras peros?...

—Le encuentro calabazas,—Pepe...

Butron, muy incomodado, dió media vuelta diciendo que más bien serian camuesas, y el Sr. Pulido sin perder su paz, repitió muy bajito:

—Digo calabazas, porque no vendrá,—Pepe...

—¿Que no vendrá?...

—Es muy propensa á constipados...—Acuérdate de la última junta, Pepe...

—Que viene, hombre, que viene...—Si se lo prometió ayer á Veva, que la mandé yo expresamente.

Y así era en efecto: la Marquesa de Butron habia estado la víspera en casa de la Villasis, á pedirle por todos los santos del cielo que no dejara de asistir á la junta: la pobre señora parecia azorada y pedíaselo con tal ahinco, como si le fuera en ello la vida. La Villasis, sin embargo, no se mostraba muy propicia, y echándose á reir le dijo:

—¿Pero qué falta hago yo, mujer?...—La misma que los perros en Misa...

—No digas eso, María, porque ni tú misma lo crees,—replicó la otra muy apurada.

—Pues mira, Genoveva, te seré franca...—Si fuera cosa tuya... tuya exclusivamente,

iria con el alma y con la vida... Pero tratándose de lo que se trata... vamos... que no me gusta ese *barrer para dentro* de tu marido, que la pone á una siempre en el riesgo de tropezarse con basura... Y francamente, no quiero ponerme en el caso de encontrarme mano á mano con una... Curra Albornoz ú otra de su ralea.

—Tienes razon...—¿Pero qué se le va á hacer, si Madrid es un lodazal?...

—No, no es un lodazal;—porque tú y yo y otras muchas somos Madrid, y gracias á Dios no somos lodazales... Di más bien que en Madrid *hay un lodazal,* que puede perfectamente evitarse andando con la ropa un poquito recogida... Pero sin duda es el maldito lodazal de agua de colonia, y como huele bien, á pocos veo que le repugne zambullirse dentro.

—Pero mi casa no está en ese lodazal,—María...

—Lo sé;—lo sé mejor que nadie, porque como nadie te conozco y te quiero... Por eso yo no me niego á ir á tu casa, sino á la junta que *tu marido hace celebrar en tu casa.* ¿Me entiendes?...

Y como si temiese que la otra encontrase la distincion harto metafísica, apresuróse á torcer un poco el camino, añadiendo prontamente:

—No creas por eso que me niego tambien á contribuir á los fines de la asociacion como una de tantas...—Sé muy bien que lo de socorrer á los heridos es una pantalla, que se trata de preparar al ejército... No importa: yo tambien contribuiré á ello; pero sin disfrazarlo de obra caritativa... Lo hago, porque he visto nacer al Príncipe y le miro y le quiero como cosa mia; y lo hago, sobre todo, porque se me ha prometido solemnemente que el primer cuidado de la Restauracion, será restablecer la unidad católica; que sin este requisito, nada, nada haria...

La Villasis se detuvo un momento, y sin el menor alarde de esplendidez, con la sencilla naturalidad de quien ofrece una cosa insignificante, añadió en seguida:

—Por eso, en cuanto quieras disponer de ellos, tengo á tu disposicion diez mil duros...

—Si más pudiera, más daria...

La oferta de aquel cuantioso donativo no deslumbró á la Butron; habíase turbado mu-

cho mientras hablaba su amiga, y moviendo la cabeza vivamente, dijo:

—Lo creo, porque naciste para ser rica y sabes serlo...—¡Pero tu nombre, tu nombre vale más que los diez mil duros!...

Y la otra dándole palmaditas cariñosas y remedando su mismo tono lastimero, añadió en son de burla:

—Pues mi nombre, mi nombre es justamente lo que no doy...—Díselo así á tu marido.

La de Butron dejó caer ambas manos abatida, y dijo con voz acongojada, imperceptible casi:

—¡Dios mio!... ¿Y cómo le digo yo eso?...

Y de repente, dejando escapar un súbito sollozo, tapóse el rostro con el pañuelo y un llanto desconsolador brotó de sus ojos, revelando un profundo abismo de amargura, un dolor hasta entónces callado y oculto. Quedóse un momento suspensa la Villasis, atónita y afligida por el temor de haber causado aquella honda pena.

—¡Pero Genoveva, por Dios!...—¿Te he ofendido?...

La otra meneaba vivamente la cabeza, intentando decir entre sollozos:

—No... no... no...—Es que Pepe...

—Pues bien;—¡No le digas nada!... ¿Quieres tú que vaya?... Pues iré, iré de mil amores... ¿Cómo habia yo de imaginarme que iba á causarte esa penà?...

Y tan afligida como su amiga, estrechaba entre las dos suyas una de sus manos, mientras la de Butron, sin quitarse el pañuelo del rostro, cual si la vergüenza al par que las lágrimas la ahogaran, tartamudeaba:

—Pepe... el pobre...—es tan violento...

Esta última palabra fué para la Marquesa de Villasis, un rayo de luz que le descifró el enigma: cruzó las manos con un gesto de ira, de sorpresa, de lástima profundísima, de compasion sin medida... ¡Luego era verdad, luego era cierto el chisme que varias veces habia llegado hasta ella, de que el noble Butron, el leal caballero, el correcto diplomático, maltrataba con frecuencia á aquella esposa modelo, aquella ilustre señora, aquella débil anciana que sollozaba allí ocultando la vergüenza de su marido en el fondo de su pecho, envuelta en su propia desdicha!...

Un violento impulso de noble ira se levantó pujante en su corazon, y hubiera querido arrancar del todo á la infeliz su secreto, no sólo para remediar su dolor, sino tambien para vengarlo. Mas la noble anciana, fiel á su decoro de esposa, guardó ese difícil silencio con que las almas heróicas saben coronar una de las penas más vivas que existen en la tierra, el sacrificio despreciado, el sacrificio inútil, y la Marquesa de Villasis no se atrevió á interrogarla: el primer cuidado de la delicadeza al consolar un dolor es respetarlo, y nada hiere tanto una pena como la curiosidad, sacrilegio, por decirlo así, de la impertinencia.

Un llanto callado, el más sublime de todos los llantos, el llanto de la caridad, que cuando no remedia ni alivia, consuela llorando con el que llora, brotó entónces de sus ojos, y tan sólo al asegurarle una y mil veces que iria con sumo gusto al dia siguiente á su casa, atrevióse á añadir con uno de esos brotes del corazon, en que aparece la amistad tan santa y tan bella:

—¿Quiéres otra cosa, Genoveva?...—¿Te puedo servir en algo más? ¡¡Dímelo!!...

Otro quejido que revelaba el complemento de los grandes dolores, la falta del último consuelo, la soledad del alma, se escapó entónces de los labios de la anciana.

—¡Sí, sí; de mucho!...—¿Pues no lo ves? ¡para poder llorar delante de alguien; para tener quien llore conmigo!...

Y al despedirse, serena ya del todo, y consolada en lo posible, dijo á la Villasis con intencion marcadísima:

—Te advierto, que yo sólo te he pedido que *vengas mañana á casa*... De lo demás que pudiera sobrevenir, nadie me hará responsable, y puedes negarte sin miedo.

Y añadió con tristísima sonrisa:

—Si yo estuviera en tu caso, haria lo mismo.





VI

La Marquesa de Villasis tardaba, eran ya las tres y media, y el respetable Butron sentia angustias de muerte, temiendo verse por segunda vez chasqueado por la dama. Con el ojo pegado al agujerillo del telon, disimulaba su mal humor y sus temores, por no exponerse á las machaconas observaciones del Sr. Pulido, mientras observando éste por el otro agujero, se afirmaba más y más en los suyos, ofreciendo ambos al que entraba por el fondo del teatro, un espectáculo original y extraño en demasía. Hallábanse los agujeros bastante bajos, por estar disimulados en el lado opuesto entre el

bordado del escudo, y hacíase preciso para observar por ellos, ponerse en cuclillas, posicion harto molesta, muy semejante, por no citar otras, á la que usan los salvajes del Ohío para deliberar en el consejo. Ovidio no refiere si el enamorado Piramo se ponia en actitud tan cómica, cuando buscaba en la muralla una hendidura por donde contemplar á Tisbe; si así era, fortuna tuvo el galan en no ser visto por la dama.

De repente, sonaron hacia el fondo del teatro pasos importunos, que hacian crujir las tablas del escenario: furioso Butron volvióse agitando las manos extendidas, é interpelando en colérico *sotto voce* al imprudente, como al bueno de Kent el rey Lear:

—¡Despacio, demonio,—despacio!...

Era el tio Frasquito, que llegaba atropellando la consigna de no permitir la entrada en aquel recinto, apresurado y ansioso por ver lo que pasaba en el congreso femenino, luciendo una corbata vistosísima, prenda hermafrodita en que profundos observadores suelen encontrar reflejado con frecuencia, el carácter moral del individuo. La del tio Frasquito era la corbata de Gran Maestre de los

micos de Currita, de seda azul japonesa, sujeta coquetamente con el alfiler de una sola perla. Habíale encargado la Albornoz venir á buscarla á casa de Butron, para darle sin pérdida de tiempo sus primeras disposiciones de Presidenta.

Hizo el recien venido al diplomático mudas señas de que no se molestase, y renegando Robinson por lo bajo, volvió á su observatorio, encargando disimuladamente al Sr. Pulido, que saliese á repetir á los criados la rigorosa consigna. Mas temeroso éste de que le usurpara su puesto el intruso, hízose el desentendido, dejando abierta la puerta á la mayor calamidad que por ellas pudiera entrarse.

Mientras el tio Frasquito buscaba en vano otro agujero, y decidíase, no encontrándolo, á abrirlo él mismo disimuladamente con un cortaplumas, una gran sombra apareció en el fondo de la escena, deslizándose muy despacito, con el cuerpo agobiado, los pies arrastrando, la mano extendida... Era Diógenes, el cínico Diógenes, que al ver á los tres personajes pegados al telon, vueltos de espalda y puestos en cuclillas, detúvose un momento

dejando escapar una risa silenciosa, risa de chacal, risa de hiena, que de verla el tio Frasquito hubiera sentido erizarse los pelos de su peluca. Cruzóse de brazos, movió de arriba abajo la gran cabezota, y desapareció sigilosamente por entre los bastidores, metiéndose luego por debajo del escenario, como un nihilista que se zambulle en el centro de la tierra, para fraguar siniestros proyectos...

—¡La Villasis! ¡La Villasis!—susurró en aquel momento Butron con aire de triunfo; y pegó al punto el ojo al agujero, para no perder ningun incidente de la escena que iba á seguirse.

La Marquesa entraba, en efecto, causando su presencia un movimiento general de sorpresa, seguido de un murmullo prolongado, que disipó las angustias de Butron, hizo sonreir triunfalmente á la de Bara, y morderse los labios á Currita, adivinando desde luego una rival, la más temible, porque era la más detestada. En la conciencia de todas las señoras presentes brotó al mismo tiempo la idea de que aquella era la llamada á ser la Presidenta, porque á todas se imponia la Marquesa por diversos conceptos: las sensa-

tas y honradas miraban en ella el tipo de la gran señora de virtud y de prestigio, digna y afable, que firme en sus convicciones en medio de una sociedad frívola y corrompida, imponia sobre todos, callando siempre, la poderosa crítica del buen ejemplo. Las otras, más ligeras ó ménos honradas, veian sin embargo en ella, la mujer de talento, la dama de gran nombre, de riquezas inmensas, de carácter firme é independiente, que sin prescindir jamás de las justas conveniencias que exige un rango elevado, sabia sacudir toda imposicion que repugnase á su conciencia ó á su decoro, constituyendo así lo que admiran tanto las medianías rutinarias, que sólo saben copiar lo que halaga la vanidad ó seduce al instinto: un tipo original, genuinamente noble, digno y honrado.

Algunas, ignorando, como ignoraban todas, excepto la Butron y la de Bara, el modo como habia de nombrarse la junta, dejaron escapar la idea entre sus misteriosos cuchicheos, y la señora de Martinez, con ingénua sinceridad, algun tanto lugareña, soltó esta frase, que hubiera provocado en otra ocasion las crudas sátiras de la de Bara.

—¡Esa sí que es una Marquesa de veras!...

María Valdivieso, con su falta de tacto acostumbrada, inclinóse hacia Currita como para quitarle una pelusilla que desperfeccionaba el complicado lazo de las bridas de su sombrero, y le dijo muy bajo:

—¿Eh?... ¿Qué tal?...—Con esta prójima no contábamos... ¿Te inquieta?...

Irguióse la otra como una Juno á quien dijeran que la ninfilla más patimondada del Olimpo iba á sentarse en su carro tirado por pavos reales, y contestó desdeñosamente:

—¿A mí?...—Jamás me ha merecido ni un bostezo, que es el último de los gestos despreciativos...

Tambien la Marquesa de Villasis hacia sus observaciones. Tendió la vista por la sala, y pudo contemplar desde luego el Madrid heterogéneo de siempre, en que la virtud y el vicio se mezclan en amigable consorcio, representando la historia eterna de la manzana podrida que comunica á las sanas su podredumbre y sus gusanos, sin tomar de ellas ni el sabor exquisito, ni la fragancia saludable; la indecorosa y dañina mescolanza de grandes nombres y grandes vergüenzas,

honras sin tacha y reputaciones escandalosas, revestidas todas con el mismo brillante barniz de formas elegantísimas, barajadas y confundidas por el mismo apetito ciego de placeres, por los mismos impulsos necios de vanidad, por el mismo afan irresistible de sacudir el ocio, de distraer el tédio, espantosa y continua tentacion de los grandes y de los ricos, que les arrastra á todas sus extravagancias y les lleva á todos sus extravíos.

—¡Señor!—pensaba la dama. ¡Qué grande obra seria la de deshacer esta mescolanza que repugna, que envenena, que liberta al vicio de toda sancion social que le marque la frente como con una señal de infamia, y lo contenga, ya que no con el temor de Dios, con la vergüenza al ménos y con el respeto humano; que familiariza con el escándalo hasta á las conciencias más rectas, y destruye la poderosa barrera de horror y de extrañeza que debe separar al bueno del escandaloso, y comenzando por hacer á éste tolerable, acaba por hacerle pasar por imitable!... ¡Qué grande obra haria quien con el mismo espíritu de caridad cristiana con que se fundan asilos para huérfanos y casas de refugio

para doncellas en peligro, fundase *un salon* para mujeres *honradas* y hombres *decentes,* en que sin riesgo alguno de mal ejemplo pudiese encontrar la juventud las justas, legítimas y áun necesarias distracciones propias de sus años; hallar sin desvergonzada levadura, ese trato señoril y digno á la vez que alegre y placentero, que afina y suaviza las inclinaciones del hombre, fortalece y alecciona las de la mujer, y fomenta el trato mútuo y el mútuo conocimiento de que brotan castas simpatías, gérmen de puros y tranquilos amores, que sirven de base solidísima á matrimonios felices y meditados, de que nacen luego familias cristianas y ejemplares!... Y la caridad, la caridad derivada del cielo, única santa y legítima, que todo lo ve con sus ojos de lince, que todo lo abarca con su actividad insaciable, que todo lo precave con su perspicacia amorosa, y no deja dolor sin alivio, ni pena sin consuelo, ni llaga sin remedio, ¿no se ha fijado nunca en esta úlcera gangrenada?... ¿Acaso es más digna de lástima la pobre labriega, la infeliz criada de servicio, que el abandono precipita en un lodazal de escaleras abajo, y salva la caridad en una casa de

refugio, que la encopetada señorita, la rica heredera que un abandono distinto, sólo en la forma, precipita del mismo modo en otro lodazal de salones adentro?... ¡Y pensar que no es tan difícil el remedio como á primera vista parece; que bastaria quizá que una mujer de prestigio y de energía, cerrando los oidos á indecorosos respetos humanos y á culpables condescendencias sociales, fundase por amor de Dios un *salon de refugio*, lanzando á los cuatro vientos de la alta sociedad madrileña, por toda esquela de convite esta estupenda noticia: «La Marquesa tal, ó la Duquesa cual, se queda todas las noches en casa, para las señoras honradas y los caballeros decentes!...»

Y cuando algo muy hondo, pero muy claro y distinto, le decia á la Villasis en el fondo de su conciencia, que ella podia y áun debia ser aquella tal Marquesa ó aquella cual Duquesa, vino á distraerla de sus extrañas reflexiones la voz de Genoveva Butron, que dando ya por reunido el congreso femenil, comenzaba á exponer el objeto de aquella junta.

La Marquesa ateníase en sus palabras á la

pauta trazada de antemano por Butron, evitando con habilidad suma los puntos escabrosos y las mentiras gordísimas marcadas por el diplomático; hablaba muy despacio, con sencillez exenta de toda pedantería, y el aplomo y la seguridad que dan á las personas nacidas y criadas en altas esferas, el trato continuo de gentes y la conciencia de su propia grandeza. Butron, en cuclillas delante de su agujero, seguia con el alma en un hilo el discurso de su mujer, extendiendo las manos y llevando el compás como un director de orquesta que dirige una partitura, ó como un magnetizador que desprende de sí con extraños pases el misterioso fluido. Quedó bastante satisfecho.

La miseria en que yacian los infelices soldados heridos en la campaña del Norte, era grande y dolorosa, y debia precisamente despertar en el corazon de todas las señoras españolas los sentimientos más compasivos... Por eso habíase atrevido ella, la Butron, á citar á todas las presentes para pedirles por amor de Dios y compasion hacia aquellos infelices, que uniesen sus esfuerzos para socorrerlos, formando una asociacion de seño-

ras que, propagada por todas las provincias, pudiera allegar cuantiosos recursos para este objeto.

A esto se redujo la primera parte del discurso de la Marquesa, que fué escuchado con religioso silencio. Hubo una pausa en que las diversas fracciones se miraron unas á otras, alerta todas, silenciosas, con la solemne expectacion de ejércitos enemigos que esperan para venir á las manos, el sonido de la primera descarga.

La Baronesa de Bivot, el bizarro Zumalacárregui rompió el fuego la primera, con la certera puntería de la lógica más exacta.

—El pensamiento no puede ser más caritativo ni más santo, y supongo que merecerá la aprobacion de todas estas señoras, como merece la mia—dijo echándose lentamente fresco con el abanico... Pero debo hacer notar, que en la campaña del Norte hay dos ejércitos *españoles*...

Y la pícara vieja acentuaba lo de *españoles*, con una ambigua risita, que hacia saltar á Butron detrás de su agujero...

—...Uno del Gobierno y otro carlista: en los dos hay heridos, y en los dos hay mise-

ria... Supongo, por lo tanto, que esos recursos que se alleguen, se dividirán en dos partes iguales; una para los heridos del Gobierno, y otra para los carlistas...

Silencio sepulcral en toda la sala, y saltos nerviosos de Butron, que bufaba fuera de sí en su escondite.

—¡El demonio de la vieja!...—¡Pues no faltaba más!... ¡En eso estaba yo pensando! ¡En que con los fondos de mi asociacion comprasen fusiles los carlistas!... ¡Y la estúpida Veva se calla!... Contesta, Geno, demonio; contesta que no, que se vaya si quiere, que no saca de aquí un ochavo... ¡La denuncio primero!

Aturdida la Marquesa no contestaba en efecto, porque ninguna respuesta tenia aquella lógica observacion, tan oportuna é inesperada. La Villasis, compadecida de la angustia de su amiga, acudió al punto en su auxilio.

—La Baronesa tiene mucha razon,—dijo; pero sin duda no se ha fijado en un inconveniente insuperable... El Gobierno permitirá sin duda que se repartan en el ejército toda clase de recursos; pero imposible es que to-

lere el pase de dinero alguno para los carlistas... Por eso, la asociacion tendrá que limitarse á socorrer á los heridos del ejército, dejando que secretamente acudan todas las que quieran, al socorro de los carlistas...

Y dirigiéndose á la Baronesa, añadió con significativa sonrisa:

—Supongo, Baronesa,—que V. conocerá bien el camino, pero si alguna no lo conoce, yo puedo indicarle un medio muy seguro, por donde enviar socorros á esos infelices, que no están ménos necesitados, ni son ménos dignos... Yo tengo tirado ya mi plan; la mitad de lo que pueda dar, lo entregaré á Genoveva, la otra mitad, la enviaré por este conducto de que hablo, á los carlistas...

¡Bonito se puso Butron! A las primeras palabras de la Marquesa, respiró con fuerza, murmurando:—No está mal el remiendo.—Mas cuando vió por el giro que daba la dama á su respuesta y por el plan que exponia, que no era una estratagema la que usaba, sino un verdadero proyecto que podian imitar otras muchas, saltó fuera de sí muy incomodado, gruñendo entre sus bigotes puestos de punta:

—¡Demonio... demonio... demonio!...—Si el remedio es peor que la enfermedad, si lo echa todo á rodar con eso... Se lleva la mitad, nos lo quita, nos lo roba...

El Sr. Pulido, con su flemática suavidad, díjole entónces:

—Descuida, Pepe...—Pocas darán, si hay que dar en secreto...

El valiente Zumalacárregui, parado en firme con la réplica no ménos lógica de la Villasis, replegó su guerrilla y parapetóse en el monte Aventino, con una retirada digna de Jenofonte.

La Marquesa de Butron aprovechó tan favorable coyuntura, para reanudar su discurso por la parte más espinosa... Era necesario nombrar una junta directiva, y á este propósito iba á leer una candidatura formada con el consejo de personas autorizadas, para sujetarla á la aprobacion de todas las señoras presentes.

El golpe era atrevido, y la imposicion resultaba manifiesta: preciso era suponer que nadie osaria oponerse á un plan propuesto en su propia casa, por dama tan respetable... El silencio era profundo, y hubiérase podido

oir el inquieto pestañear de Butron y de Pulido, pegados á sus agujeros, los resoplidos que costaba al tio Frasquito mantenerse tieso en su incómoda postura, y los amagos de risa de Diógenes, que metido en la concha del apuntador, frente al telon y de espaldas á la concurrencia, ocultábase á todos, oyendo á unos y otros, y maquinando sin duda algun plan endiablado, que le hacia reirse á sus solas.

La Marquesa sacó un gran pliego, y comenzó á leer esforzando la voz un poco:

—Presidenta: Excma. Sra. Marquesa, viuda de Villasis...

Murmullo general de aprobacion... Brusco movimiento de Currita, y repentina llamarada de ira, de rabia reconcentrada presta á desbordarse en sus claras pupilas... Tras el telon, Butron sonríe satifecho y Pulido suspira desahogado: el tio Frasquito, sorprendido y acongojado al ver á su reina destronada, pierde el equilibrio y se agarra al telon, poniendo en riesgo el que guardan sus compañeros: mudos ademanes y miradas furibundas de éstos, le llaman al órden... En la concha, Diógenes hace una mueca, que quiere

decir:—¡Estais frescos!—y prosigue riéndose solo... La Marquesa de Butron, continúa leyendo:

—Vicepresidenta: Excma. Sra. Condesa de Albornoz...

Silencio profundo... Doscientos ojos escrutadores se fijan en la elegida, é Isabel Mazacan la envía desde léjos un irónico saludito de enhorabuena... Currita se muerde los labios y aparecen istrías sanguinolentas en torno de sus pupilas: un pedacito de encaje del pañuelo resbala por la seda de su falda, y cae sobre la alfombra... Tras el telon, Butron se azora de nuevo, Pulido murmura:—¡lo dije!—y el tio Frasquito desiste de velarse el rostro con las manos por miedo de perder de nuevo el equilibrio... Diógenes ha desaparecido de la concha... La Marquesa de Butron prosigue:

—Vocales: Excma. Sra. Duquesa de Astorga.

Excma. Sra. Condesa de Villarcayo...

Movimiento de horror en las huestes de Zumalacárregui... Gesto de protesta del caudillo... La agraciada sonríe con una cara de babieca que revela la razon por qué figura

en la lista... La Marquesa de Butron continúa:

—Excma. Sra. Marquesa de Minahonda.

Excma. Sra. D.ª Servanda Molinillos de Martinez.

Modestísimo rubor en el rostro de la agraciada, que extiende las manos y mueve la cabeza, diciendo que no... La Dupuesa de Bara la anima cariñosamente... La García Gomez detiene su indignacion, hasta ver si está ella incluida en la lista... Tras el telon Butron mira á Pulido, y Pulido mira á Butron, y ambos se rien... El tio Frasquito, envuelto en su dignidad, permanece en cuclillas... Diógenes aparece sobre el tablado, y busca algo junto á la pared, dentro de los bastidores del lado izquierdo... La Marquesa de Butron prosigue:

—Excma. Sra. Condesa de Macharnudo.

Excma. Sra. Duquesa de Bara...

Recóndito asombro de ésta, al verse incluida en el grupo en que por exigencias de Butron, habian de figurar tan sólo mujeres honradas... La Marquesa hace una pausa examina un momento al auditorio, y prosigue leyendo:

—Secretaria: Excma. Sra. D.ª Paulina Gomez de Rebollar de Gonzalez de Hermosilla...

Fogosísimo brinco de Leopoldina Pastor que esperaba la plaza, y enérgico—¡indecente!—que revolotea anónimo en el aire, sin saber dónde posarse... Cármen Tagle se desternilla de risa... La agraciada guarda majestuoso silencio, compónese las gafas de oro, y proyecta repasar en la retórica de Marco Tulio, la parte preceptiva de los documentos oficiales... La Duquesa de Astorga la felicita sin pizca alguna de malicia... Tras el telon Butron espera, Pulido teme, el tio Frasquito medita... Diógenes ha encontrado junto á la pared un cordelito que parece bajar del techo, y lo examina detenidamente... La Marquesa de Butron concluye:

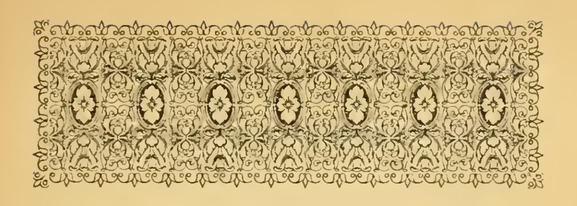
—Tesorera: Excma. Sra. D.ª Ramona Gomez de Lopez Moreno...

Amago de apoplegía en la interesada... La Duquesa consuegra la saluda desde léjos... Grandes cuchicheos que crecen, crecen cual ráfaga de viento huracanado que comienza por silbar y acaba por rugir... De repente,

crujido misterioso... Silencio profundo... Sorpresa general.

Diógenes ha tirado del cordelito, el telon sube rapidísimo, y aparecen los tres Píramos en cuclillas, Butron, Pulido y el tio Frasquito, ante los ojos asombrados de aquel centenar de Tisbes... Cuadro final.





VII

LA asociacion de señoras hizo fiasco y sólo dos meses más tarde pudo Butron á costa de trabajo organizar otra nueva, en forma muy distinta, que no dejó de hacer, sobre todo en provincias, un agosto abundantísimo. La Marquesa de Villasis habíase negado rotundamente á aceptar la Presidencia; Currita rechazó la humillante oferta de un cargo secundario, con muestras de gran resentimiento; las carlistas, muy indignadas, tiraron por un lado, y las radicalas muy ofendidas se fueron por el otro, dejando vacante el canto épico á la caridad que perpetraba en silencio la Excma. Sra. D.ª Paulina Go-

mez de Rebollar de Gonzalez de Hermosilla, y vacío el gran bolson Pompadour de terciopelo rojo que la señora de Lopez Moreno pensaba encargar á la modista, para recoger las colectas. El Sr. Pulido desplegó las tres falanges de su dedo índice para decir, agitándolo de arriba abajo:—¡Lo dije, lo dije!—y el sesudo diplomático, con la energía de la constancia que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin, tomó por otro camino para llegar á su objeto, consolándose con que Napoleon cometió tambien faltas en la guerra de Rusia, Cyro en la de los Scytas, César en Africa y Alejandro en la India.

Hubo al otro dia en casa de la Albornoz congreso de ofendidos, y la altiva dama adoptó por suya la respuesta de Marat á Camilo Desmoulins y Freron, cuando le proponian éstos refundir el periódico de ellos, *La tribuna de los patriotas*, en el suyo, *El amigo del pueblo*.—«El águila va siempre sola: los pavos forman manada.»—Ella era el águila, y las demás señoras los pavos; Butron era el pavero.

La suerte de aquellos infelices heridos del

Norte condolia sin embargo á la sensible Condesa, y resolvió hacer ella sola y por su cuenta propia, cuanto estuviese en su mano para aliviarla, entendiéndose directamente con el general en jefe del ejército y con el bizarro general Pastor, hermano de Leopoldina. Convocó á sus *micos,* reunió á sus íntimos, y trazóse un plan encantador de fiestas, bailes y regocijos, á beneficio todo de los heridos, entre los que habia de llevarse la palma una famosa *Kermesse* ideada por Currita, á imitacion de la organizada en París por *El Fígaro,* en el teatro de la Opera, á beneficio de los inundados de Szegedin. Las actrices más famosas y las damas más conspícuas, niveladas por el mismo sentimiento compasivo, habian hecho en ella prodigios de caridad, sacrificando en aras de los pobres, los quilates más ó ménos subidos de sus respectivas vergüenzas. En dos horas escasas, habia recaudado Mme. Judic más de cinco mil francos, vendiendo *Marons glacés:* ¿Qué no recaudaria Currita vendiendo por media hora, aunque sólo fueran altramuces ó garbanzos tostados?

Faltaba sin embargo al proyecto el visto

bueno de Jacobo, requisito sin el cual no osaba la dama dar un paso en nada en que hubiese que aventurar dinero, y justamente Jacobo no pareció por allí en toda la noche, ni vino tampoco á almorzar al dia siguiente, segun su costumbre ordinaria. Alarmada Currita, envió un recado á casa del amigo ausente, para informarse de la causa de su extraño eclipse: la respuesta del lacayo fué terminante:

—El Sr. Marqués de Sabadell, habia salido de Madrid la noche ántes.

Currita se quedó helada... ¿Marcharse Jacobo sin decirle una palabra, sin enviarle un recado, sin ponerle siquiera cuatro letras?... ¡Qué puñalada para su corazon, y sobre todo, qué bofeton para su amor propio! Porque, ¿qué dirian las gentes cuando llegaran á traslucir el desprecio y el desvío que aquello representaba?...

Pasaba esta escena en el comedor, donde los dos esposos almorzaban en compañía de María Valdivieso, Celestino Reguera y Gorito Sardona, cuya flamante corbata azul indicaba ser aquel dia el mico de guardia. Miraron todos á Currita con grande extrañeza y

aire de pregunta, al saber la marcha de Jacobo, y Villamelon, suspendiendo por un momento la actividad febril con que manejaba el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII, dijo con voz lastimosa:

—¡Jacobo anda mal; y me da pena!...

Y como si el dolor que le inspiraban los males de su amigo, sirviera para facilitar sus funciones digestivas, embaulóse de un golpe una *côtelette* entera, que se le deshizo en la boca, de puro blanda, cual si fuese un merengue.

—Pues hijo,—replicó María Valdivieso; no sé que padezca del pecho... Está gordo y robusto: Paco Velez me lo decia ayer. Va echando papada de comerciante de ultramarinos.

—Si no es eso, María, ¿Sabes?—dijo Villamelon con la boca llena. Digo que anda mal, porque anda en malos pasos. ¿Me entiendes?

Callaron todos metiendo las narices en el plato, y los rabillos de cada ojo fueron á fijarse en Currita, que desganada sin duda, mondaba con suma pulcritud y esmero un hermoso albaricoque. Villamelon, que lucha-

ba siempre en la mesa entre sus ganas de hablar y sus ganas de comer, prosiguió con alguna impaciencia:

—La francesita esa... esa..—¿Cómo se llama?... ¡Señor, por dias pierdo la memoria!... Tú, Gorito, ¿Sabes?... ¿Cómo se llama, hombre?... La de las camelias...

Gorito abria mucho los ojos y estiraba la boca, sin acordarse de nada, nada... Su memoria se habia quedado de repente limpia, rasa, cual una hoja de papel blanco. María Valdivieso hizo á Currita un rápido guiño, como dándole á entender que ella podia informarle de grandes cosas, y Villamelon concluyó cada vez más impaciente.

—Pues nada, no me acuerdo...—Pero en fin, esa... esa es la que lo está desplumando.

Hizose el silencio aún más embarazoso, y el geniecillo maléfico de la hilaridad comenzó á revolotear en torno de los comensales, como si á todos ocurriese que las plumas arrancadas á Jacobo, salian del pellejo de Villamelon. Currita, mondando siempre su albaricoque, aprovechó un momento en que los criados se alejaban, para decir á media voz con su acento más suave:

—Pero Fernandito,—vida mia, si tienes el don de la inoportunidad; si pareces un reloj descompuesto... ¿A quién se le ocurre hablar de esas cosas delante de los criados?... Sabe Dios lo que pensarán del pobre Jacobo...

Villamelon, con mucha dignidad, replicó al punto:

—Mira, Curra, en la mesa no discuto...—¿Sabes?... Pero tienes parcialidad por Jacobo, y vas á llevarte un chasco muy grande, muy grande... ¿Me entiendes, Curra?... Ese viajito repentino me da mala espina: apuesto á que no va solo.

Currita puso en el plato el albaricoque ya mondado, lavóse las puntitas de los dedos en el enjuagador de rico cristal de Venecia que tenia delante, y mirando las gotitas de agua que se desprendian de sus rosadas uñitas, dijo ingénuamente:

—¡Pues claro está!...—Llevará algun ayuda de cámara...

Sulfuróse Villamelon y miró á su mujer, y luego á Gorito, y despues á Reguera, con cierta especie de colérica complacencia retratada en el semblante, arrebatado y apoplético por los vapores que le subian del repleto

estómago... ¡Le exasperaba á veces, aquella sencillez de Curra, que jamás podia comprender la malicia de ciertas cosas!...

Terminóse al fin el almuerzo, y Currita salió del comedor del brazo de su prima, llevando en la mano un platito de porcelana con migas de pan, para dar de comer á los pececillos de colores que en una magnífica pecera de cristal y bronce dorado, adornaban una de las galerías... La enamoraban á ella aquellos animalejos de colores tan brillantes, y la pesca era entre los placeres del *sport*, el que más emociones le causaba.

Regalaréte entónces
Mil varios pececillos
Que al verte, simplecillos
De ti se harán prender.

María Valdivieso oia estupefacta aquellas expansiones idílicas, cuando esperaba ella que Currita se apresuraria á interrogarla con el mismo furor y los mismos transportes con que Otelo interrogaba á Yago. El chasco le pareció pesado, y exclamó muy despechada:

—¡Vaya unas emociones que tiene la pesca!...—No encuentro definicion más exacta, que la que daba uno de la caña de pescar.

«Un palo largo, que termina por un lado en un pez y por otro en un tonto.»

—Cuestion de gusto,—replicó tranquilamente Currita.

Y se puso á echar sus miguitas á los peces, hablándoles con el cariño y el mimo de una madre que acaricia á sus hijuelos...

—¡Hola tragoncillos!—¿hay apetito?... Vamos, haya paz, que para todos hay... ¡Mira, mira, María, cómo abren el hociquito!... ¡Qué delicia! ¡Qué monada!

—Pero esta mujer tiene sangre de chufas, —pensaba la Valdivieso muy enfadada. ¿Sí?... Pues aguarda; allá va... ¡Anda, fastídiate!...

Y se puso á contarle en apoyo de la tésis de Villamelon, horrores... horrores de Jacobo... Paco Velez se lo habia dicho todo la noche ántes: ella—¡claro está!—por prudencia habia callado tanto tiempo; pero ya era hora de hablar, y á fuer de buena amiga, debia desengañarla...

—¡Pícaro! ¡Tragon!—dijo en aquel momento Currita. ¡No le muerdas!... ¿Habráse visto?... ¿Para quién son esos sopirritones? —Para ti.—¿Para mi esos sopirritines?...

E incorporándose un poco, dijo mirando siempre á la pecera:

—Hija, dispensa...—¿Dónde decias que vive esa francesa?...

—¡No, si no lo decia!—gritó la otra pasando del despecho á la furia, pero te lo digo ahora para que abras los ojos... Vive en la calle de Rebollo, núm. 68, en un Hôtel. ¿Te enteras?... En un Hôtel muy bonito; y se llama... ¿Cómo se llama?... Pues señor, no me acuerdo; ello era un nombre así como de píldora...

—Chismes, mujer, chismes de gente ociosa,—replicó Currita sobando tranquilamente sus migas.

Y con ansia febril repasaba en su interior los nombres de todas las píldoras conocidas, y hacia esfuerzos inauditos para grabar en su memoria la calle de Rebollo, y el número 68.

—¿Chismes?—exclamó fuera de sí la Valdivieso. ¿Y tambien es chisme lo del viaje... con el ayuda de cámara por supuesto?...

—¡Pues claro está que lo es!—exclamó Currita de repente, echando con mucha cólera todas las migas en la pecera. ¡Chisme,

chisme y de malísima intencion, María!... ¿Si lo sabré yo, caramba!... Sino que de todas las cosas, no se ha de dar un cuarto al pregonero... Tú eres mi amiga, y te lo digo en secreto: Jacobo ha ido á negocios del partido, y estará de vuelta muy pronto... ¡Ya ves cómo se escribe la historia!...

—¡Ya!—exclamó María Valdivieso tragándose la bola; y Currita respiró al fin algo más desahogada, porque aquella mentira que se apresuraria la prima á propagar por todo Madrid, por habérsela dicho en secreto, dejaria á los ojos de las gentes, la herida de su amor propio disimulada.

A las tres pidió la señora Condesa la berlina, y dió al lacayo, como la cosa más natural del mundo, las señas de Jacobo. Vivia éste en la calle de Alcalá, en un precioso cuarto de soltero, y constaba su servidumbre de un ayuda de cámara, un jockey, una ama de llaves, y un cocinero: en las cuadras, situadas al final de la calle del Barquillo, tenia cuatro caballos ingleses, tres de tiro y uno de silla, una berlina, un *charc-á-bancs* y una victoria. La munificencia de los esposos Villamelon sufragaba todos estos gastos, que

habia de pagar el fiel amigo, cuando al verificarse la Restauracion pudiera sacar el jugo á la cartera, precio de sus misteriosos papelitos...

Currita subió ligeramente al entresuelo, vivienda de Jacobo, y por tres veces tocó el timbre, sin que nadie contestara: abrióse al fin la puerta, y apareció el jockey sin librea, cuello ni corbata, brillantes los ojos, arrebatadas las mejillas, y oliendo á vino á dos metros de distancia: aturdido al verse frente á frente de la dama, dió un paso atrás, diciendo atropelladamente:

—El Sr. Marqués está fuera...

—Ya lo sé...—Busco á Damian.

No fué necesario llamarlo: por el extremo del pasillo asomaba éste la cabeza, y veíanse detrás el ama de llaves y el cocinero, todos rubicundos y sofocados, como si viniera á sorprenderles la visita al final de un opíparo banquete. Damian se adelantó muy sereno, cruzando con el turbado jockey un guiño picaresco, un gesto de pillo redomado, que vió muy bien la Condesa, sintiendo á pesar de su desvergüenza, que se le sublevaba allá por dentro lo poco de gran dama que quedaba en ella.

—Pase V. E., señora Condesa,—dijo.

Y abrió muy presuroso de par en par las dos puertas del salon, levantando la cortina de terciopelo para dar paso á la dama: atravesó ésta rápidamente la pieza, abrió por sí misma la puerta de un gabinete, y no se detuvo hasta llegar al despacho de Jacobo, como si todo aquello le fuese muy conocido. Sentóse en un sillon y dijo:

—¿Pero qué es esto, Damian?...—¿Cómo ha sido esa marcha tan repentina?... Sólo pude ver al Sr. Marqués un momento, y eso delante de gente...

—Pues no sé,—replicó Damian encogiéndose de hombros. El Sr. Marqués se levantó ayer á la una, y salió sin almorzar de casa... Volvió á eso de las seis, y mandó preparar las maletas.

—¿Llevó mucho equipaje?...—Me dijo que pensaba detenerse varios dias.

—Sí, señora:—llevó un mundo y dos maletas. Yo mismo las hice.

—¿Y fué por fin solo?...—Me dijo que quizá tendria que acompañar á unas señoras francesas...

Quedóse Damian muy parado, y tornó á encogerse de hombros.

—Demetrio le acompañó a la estacion...—Yo me quedé en casa.

—Llame V. á Demetrio...—Me interesa saberlo.

Llegó Demetrio medio borracho, y tornó á mirar á Damian, disimulando una sonrisa... El no habia visto nada entre tanto bullicio; pero en el coche en que se acomodó el señor Marqués habia ya otros equipajes...

—¿No iba en *sleeping*?

—No;—era un reservado.

Currita se mordió los labios.

—¿Y les ha dejado aquí sus señas?

—No, señora.

—Lo decia para que pudieran enviarle el correo...—A mí me las ha dejado.

—Si la señora Condesa quiere enviarselo, yo le llevaré las cartas que lleguen.

—Sí; eso es lo más derecho y lo más pronto,—dijo vivamente Currita...

Y en aquel momento entróle deseo vehementísimo de ver toda la casa; era muy bonita y estaba todo muy bien puesto, el salon, los dos gabinetes, el despacho, la alcoba, el cuarto de baño, el tocador... Un cuadro le llamó la atencion en esta última pieza: repre-

sentaba un ramo de camelias, saliendo del centro el busto de una mujer rubia muellemente reclinada en aquel lecho de flores, con mucho arte dispuesto... ¡Oh! no habia duda; era la francesa anónima, la del nombre de píldora que tan cruelmente se le estaba atragantando á ella. Detúvose á mirar el cuadro con aire de inteligente.

—¡Bonita idea!...—La *fattura* es correcta... ¿Quién es?...

De nuevo se encogió Damian de hombros.

—Es una francesa, huérfana de un general, que pinta esas cosas...—El Sr. Marqués le compró hace tiempo ese cuadro...

—¡Ah, sí!...—Ya sé quién es: vive en la calle de Rebollo, núm. 68... ¿Cómo se llama?...

—Se llama... se llama...—Pues no me acuerdo... Una cosa rara, así como un nombre de jarabe...

Currita moderó un movimiento de impaciencia, porque la cosa iba ya picando en historia. La una decia que era nombre de píldora y el otro que de jarabe, y sólo se sacaba en claro que era cosa de botica.

Al pasar por el comedor salió á saludar-

la el ama de llaves muy atenta y obsequiosa, ensanchando cuanto pudo su robusta persona, para taparle la vista de la mesa en que se hallaban los restos de la francachela que en ausencia de su amo, celebraban aquellos granujas. Acudió el cocinero por el otro lado, pillo de siete suelas con aire bonachon y campechano, y la invitó tambien á ver su cocina. Currita se puso muy encarnada... y no se atrevió á rehusar.

Apretando los puños de rabia y de despecho entró la dama en su berlina, y dió órden al cochero de ir á casa del general Belluga... Aquella taimada risita del jockey, aquel barullo inverosímil que le impedia ver si su amo acompañaba á unas damas, dábanle malísima espina, y preciso era que ella apurase la verdad por sí misma.

El coche del general estaba en la puerta, reclinado el lacayo contra el quicio, tieso el cochero en el pescante con la fusta enarbolada. La Condesa encontró en la escalera prestas á salir á paseo, á la generala y sus hijas, dos ángeles acabados de salir del colegio de York, en Inglaterra, que comenzaban á perder en la atmósfera viciada de los salo-

nes su perfume natural de candor y de pureza, como pierden su sana fragancia el romero y el tomillo encerrados en una caja de almizcle. Llamábalas la Condesa sus ahijaditas, porque en su famoso baile de *ancha base* habian sido presentadas bajo los auspicios de la dama, por primera vez en el mundo.

Las señoras quisieron volver atrás, y Currita, sin oponerse mucho al cumplido, consintió bien pronto en ello... ¡Oh! traia ella lás de Caín; como que venia nada ménos que á embargarle por toda la tarde á una de sus ahijaditas; estaban atareadísimas ella y otras señoras, pidiendo por todas partes hilas para los pobrecitos heridos y objetos de todo género para la rifa, la *Kermesse*, que prometia estar divertidísima. Habíanla dejado á ella sola aquella tarde, y por eso venia á buscar una compañera agradable, un *ángel de la guarda*, que la ayudase á tender la caña.

—¡Qué corazon compasivo resiste á un anzuelo semejante?...

Y besó en la mejilla á la mayor de las dos hermanas, Margarita, que fijaba en ella sus ojazos de color de cielo, sonriendo con la inocencia con que sonríe un niño á los varios

juegos de luz que forma el reflejo sobre las brillantes escamas de una serpiente. La generala aceptó en seguida creyéndose honradísima, y aquella señora ejemplar, aquella madre cariñosa y cristiana que habia educado á sus hijas en el santo temor de Dios y en el cercado de la pureza, fió sin reparo alguno el más bello de sus ángeles, á aquella pícara redomada, aquella bribona indecentísima!...

Salieron todas juntas, delante la Albornoz, apoyada en el brazo de Margarita; en mitad de la escalera volvióse aquella muy animada:

—Como despacharemos tarde, me llevaré á comer á mi ahijada...—¿Me da V. su permiso?...

—¡Pues no faltaba más,—Condesa!

—¡Gracias, querida,—gracias!...

En el tarjetero de la berlina traia Currita un papelillo, en que se veian apuntados gran número de nombres y de señas; hicieron dos visitas, á una magistrada del Tribunal Supremo y á una brigadiera de artillería, dignísimas señoras, á quienes despues de sacar los cuartos la olímpica Condesa, puso en ridículo con desvergonzado gracejo, haciendo

desternillar de risa á la inocente Margarita. Entónces dió al lacayo unas señas que estaban apuntadas con lápiz, las últimas, de su letra misma.

—Calle de Rebollo, núm. 68... Hôtel...

—¿Quién vive allí?—preguntó Margarita.

—Pues no sé... Es una francesa que pinta... Con tal que le saquemos algun cuadrito...

—¿Sabe V. que esto es muy divertido?...

—¡Ya lo creo: divertidísimo!...—Ver las caras tan cómicas de esa pobre gente, cuando se les pone al pecho el puñal de la caridad.

—¡La bolsa ó... el ridículo!...—Y entregan las pobrecillas la bolsa, y se quedan tambien con el ridículo.

—¿Me traerá V. otra tarde,—Condesa?...

—Sí, hija mia, de mil amores...—Pero no me llames de V., háblame de tú, dime Curra... ¡Vamos, que no soy tan vieja!...

Llegaron á la calle de Rebollo, núm. 68, y paró el coche ante el Hôtel, especie de bombonera, más pretenciosa que artística, más bonita que lujosa. Currita bajó la primera, nerviosa, un poco pálida, pero no de vergüenza ni de miedo, sino de ira, de anhelo, de despecho... Por fin iba á entrar agarrada

al manto de la caridad, haciendo hincapié en las llagas de los heridos del Norte, en la guarida de la fiera, y á cerciorarse por sí misma de si eran de la droga aquella, fuese píldora ó jarabe, los equipajes que habia visto Demetrio en el coche reservado. Por eso, y sólo por eso habia emprendido la bribona aquella ronda caritativa, escogiendo por compañera aquella inocente niña, incapaz de sondear la capa de cieno que estaba pisando. Un *groom* monísimo, el que habia visto Currita en el teatro Real la noche del estreno de *Dinorah*, se hallaba á la puerta: preguntóle ella si las *señoras* estaban en casa, y el chico contestó afirmativamente, haciendo entrar á las damas en un saloncito de la planta baja. Currita pensaba:

—De fijo que está de viaje y me encuentro cara á cara con la vieja...

Un perrillo microscópico y feísimo salió de entre unas mantas al lado de la chimenea, y comenzó á ladrar, retirándose despues gruñendo y tiritando. Dióle á Margarita miedo el feo animalejo.

—¡Parece un diablillo malo!—decia.

Estaba el salon medio á oscuras, los mue-

bles sucios y revueltos, y veíanse prendas de vestir sobre algunas sillas. En una mesa maqueada, de trabajo muy lindo, habia entre varios juguetes de porcelana y un álbum de retratos, una gran chocolatera de cobre, vieja y requemada, con su molinillo de palo muy tieso, chorreando el espeso líquido. La Condesa mostró á Margarita con la punta de la sombrilla el extraño *bibelot*, diciendo muy bajo:

—Caprichos de artista...

Margarita rompió á reir conteniéndose á duras penas, y la Condesa, no obstante su preocupacion, vióse forzada tambien á soltar la risa, añadiendo á media voz:

—Con tal que no nos mande á la *Kermesse* este utensilio...

Sonó una puerta en el interior, luego otra más cerca, y el *groom* levantó la cortina: Currita respiró desahogada... Entraba la dama duende, la incógnita de las camelias, con el aplomo y el descoco de una *diva* de café cantante que se presenta ante el público, fijando en él una mirada de provocacion más bien que de temor ó de extrañeza. La Condesa no se aturdió tampoco; con la exquisita

distincion de la gran señora de raza, que tan en alto grado poseia, y el aplomo de la mujer de mundo que encuentra reparos para todos los apuros, y salida para todos los laberintos, y palabras para todas las situaciones, expuso á la dama anónima el objeto de su visita. Ella se conmovió mucho... *Amabá á la España muy fuerte, y estaban los carlistas unos brigantes muy atrevidos, como Diego Corrrientes y Gosé María.*

Currita al oirla chapurrear tan desastrosamente el castellano, hablóle en francés, y ella agradeció la atencion con una amable sonrisa. Comenzó entónces á hablar con grande soltura y elegancia, lamentando los estragos de la guerra, ensalzando la mision de la mujer, ponderando la virtud de la caridad con el fuego y el entusiasmo de Vicente de Paul en persona. Currita le dijo sonriendo:

—Veo que no me he engañado al apelar á sus sentimientos de V., y espero que nos enviará algun socorro para nuestros pobres heridos.

—¡Oh! sí, sí...

—Cualquiera cosa; lo que V. pueda... Algun *bibelot* para la *Kermesse.*

—¡Oh! sí, sí...—Enviaré algun objeto de arte...

Margarita se mordió los labios para no soltar la risa; pensaba si seria la chocolatera el objeto de arte prometido. Currita díjole entónces con graciosa sonrisa:

—Y si ese objeto de arte es obra de su genio de V., será mucho más agradecido.

—¡Oh!... ¿Mi genio?—exclamó la otra muy sorprendida.

—Sí; su genio he dicho...—Ya sabe V. que esas cosas no pueden ocultarse... Su paisana Mme. Staël lo dijo: donde hay genio, brilla.

—¡Oh!...

—El Marqués de Sabadell,—prosiguió Currita dejando caer lentamente las palabras, me enseñó aquel ramito de camelias que... *le vendió* V. hace tiempo... ¡Es un *quadretto* delicioso! Si manda V. á la *Kermesse* una *pochade* parecida, no habrá regalo que la iguale...

La dama anónima sonreia, sonreia siempre, con los ojos bajos, como abrumada por el peso de aquellas lisonjas que hacian vibrar las aletas de su fina nariz, con estremecimientos de rabia. Currita quiso darle el

golpe de gracia, y con aire de bondadosa proteccion, díjole entónces:

—¿Y tiene V. muchas discípulas?

Enderezóse la otra bruscamente, como si la idea de que trabajase para vivir la ofendiera demasiado.

—Me habia dicho el Marqués que daba usted lecciones de pintura.

—¡Oh! no, no.—No soy profesora: discípula, pobre discípula...

Y con su suave acento y sus modestos meneos, disimulaba y contenia el impulso feroz que hace á la gata rabiosa tirarse á los ojos del contrario: dióse al fin Currita por satisfecha, y marchóse dejando á su parecer á la dama duende confundida y humillada. Al arrancar la berlina soltó al fin Margarita la risa, exclamando entre inocentes carcajadas:

—¿Pero qué haria en el salon aquella chocolatera?...

—¿Pues no te lo he dicho?—replicó la Albornoz haciendo coro á las risas de la niña. De seguro que la manda á la *Kermesse*, como un *bibelot* nunca visto: verás como no me equivoco.

Tres dias despues, pudo Margarita convencerse de que su ilustre amiga y madrina se equivocaba por completo... Pedro Lopez habia dicho, y millares de lectores lo vieron en *La flor de Lis*, que el ángel de la caridad habia sentado sus reales en el palacio de la celestial Condesa de Albornoz... Fuese ó no esto cierto, éralo sin embargo que de los cuatro ángulos de la villa y corte, afluian al palacio preciosos regalos para la *Kermesse,* patrocinada por la dama, que iban quedando expuestos al público, con grande primor colocados en los varios salones: por las noches, en uno de ellos espléndidamente iluminado y en torno de una larga mesa cubierta por rico tapiz de tintas oscuras, agrupábase un risueño enjambre de jóvenes doncellas y apuestos donceles,—así los llamaba Pedro Lopez,—que barajados y confundidos formando parejas, y más pegaditos entre sí ellas y ellos de lo que la temperatura ordinaria pedia de suyo, dedicábanse á la caritativa tarea de hacer hilas para los infelices heridos del Norte. Currita, deseando despertar la emulacion en provecho de los pobrecitos heridos, distribuíalos de esta suerte, y era

verdaderamente un encanto que arrasaba en lágrimas los ojos, ver aquellas tiernas parejas de inocentes doncellitas de quince á veinte años, y castos mancebitos de veinte, treinta y hasta cuarenta, sacando hilas del mismo trapito, sosteniendo por lo bajo pláticas caritativas que les animaban á la santa obra, todo, por supuesto, bajo la inspeccion de la angelical Condesa de Albornoz, que iba de un lado á otro distribuyendo las parejas, repartiendo los trapitos, recogiendo en bandejas de plata, ayudada de sus micos, la obra ya hecha, animando á los perezosos con una sonrisa, enfervorizando á los tibios con una palabra, prendiendo por todas partes el fuego de caridad que la abrasaba á ella misma. Ni el báculo de San Francisco, ni el manto de Santa Teresa, ni el ceñidor de San Ignacio de Loyola hicieron nunca curas tan milagrosas, como las que habian de operar aquellas hilas con tan pura intencion trabajadas, en las heridas, llagas y tolondrones de los pobrecitos heridos del Norte. Aquello merecia ser visto, y Diógenes, que lo vió una vez, manifestó en el Veloz-Club ya muy entrada la noche, lo que le habian parecido las pare-

jas de operarios, y lo que le habia recordado su directora y maestra...

Los personajes más conspícuos de la corte pasaban por allí pagando su tributo, y hasta D. Casimiro Pantojas habia hecho una noche sus hilitas, sin más que un ligero percance, hijo de su cortedad de vista: equivocó el trapo con el rico pañuelo de batista de la dama vecina, olvidado encima de la mesa, y púsose muy afanado á sacar hilas de éste, haciendo dos pelotones finísimos. Alzó el grito la dama, porque tenia para ella el pañuelo grandes recuerdos, y desolado D. Casimiro al reconocer su error, devolvióselo con un fleco en torno, de cuatro dedos de ancho.

Dos figuras de primera magnitud habíanse, sin embargo, hecho notar por su ausencia, y eran estas el Marqués de Butron y el tio Frasquito: creíase que un pertinaz constipado tenia encerrado á éste entre las cuatro paredes de su casa, y no se ignoraba tampoco que las relaciones del gran Robinson con la ilustre dama, habíanse enfriado algun tanto con motivo de la Vicepresidencia ofrecida y desairada. Sorpresa causó, pues, aquella noche ver entrar al peludo diplomático

en el caritativo taller de las hilas, y acercarse á la Condesa con la más risueña de sus caras y el más expresivo de sus gestos: ella dejó escapar al verle una ligera exclamacion de infantil alegría, y acrecentó el pasmo de todos, gritándole con sus mimitos más suaves:

—¡Butron... un trapito!...—Nada, nada, aquí no se quieren ociosos... Venga V. á sacar hilas conmigo... Allí, junto á mí; en mi mismo trapo...

Y dejando abandonada á su propio impulso, la filantrópica tarea de enardecer el fervor de sus operarios, retiróse á un rincon con el diplomático, llevando en la mano un fino trapito cuadrado y una bandeja de plata para colocar las hilas. Nada sabia aún Currita de Jacobo, y al ver entrar al sabio Mentor, figurósele que éste le traeria noticias del prófugo jóven Telémaco. Butron estaba, sin embargo, en la misma ignorancia, y el mismo pensamiento y los mismos interesados deseos, traíanle en busca de la invulnerable Calipso. La repentina marcha de Jacobo habíale alarmado, temiendo se ocultase tras de ella algun enredo que perjudicase á sus trabajos políticos, y fingiéndose enterado de lo que

deseaba saber, proponíase arrancar con maña á la dama, el hilo del ovillo.

Currita y Butron se miraron un momento en el apartado rinconcito, como invitándose á hablar mútuamente, y ella, viendo que el respetable diplomático no daba luz ninguna, púsose muy afanada á sacar sus hilas, y comenzó á confiarle sus pesares domésticos... Fernandito andaba muy mal, y le inspiraba su salud serios cuidados: su falta de memoria llegaba ya al punto de habérsele olvidado dias atrás que habia comido, y armar una pelotera terrible, queriendo por segunda vez sentarse á la mesa... Sanchez Ocaña y Letamendi le habian reconocido, y ambos opinaban que era aquello un principio de reblandecimiento cerebral que le llevaria lentamente á la sepultura... Ella estaba acongojada: si fuese siquiera una enfermedad repentina que se lo llevara Dios en pocos dias... vamos, sensible era siempre quedar una mujer sola, con dos hijos que educar, sin tener á su lado hombre alguno... ¡Pero verle padecer tanto tiempo, consumirse poco á poco, sin esperanza ninguna!...

—Y cada dia más tonto, Butron, crea V.

que no exagero... Yo creí que era imposible serlo más, pues nada, todos los dias progresa...

El respetable Butron dió un suspiro, y poniendo en el anzuelo el cebo de un consuelito, tendió delicadamente la caña.

—Siempre te quedará Jacobo, excelente amigo que sabrá aconsejarte...—¿No te ha escrito?...

Ella, arreglando con mucho primor su manojito de hilas, contestó sencillamente:

—Sí, ayer tuve carta...—Por supuesto, que á V. tambien le habrá escrito...

—No, no he recibido carta ninguna, pero no me extraña...—Al despedirse me dijo que hasta tener noticias seguras, no me escribiria. ¿De dónde te escribe ya?...

Las hilas se enredaron, y preciso fué inclinarse hacia la luz para buscar el hilito, haciendo una pausa mientras tanto.

—¿Querrá V. creer que no pone fecha ninguna?...—Me dice, sin embargo, que escribe en el *restaurant* de la estacion, esperando el tren ascendente... Como el pobre es tan extremoso, quiso á toda prisa sacarme de cuidados...

—Sí, muy extremoso—replicó Butron; pero tambien muy atolondrado. ¿A que no te pone señas ningunas?...

—No, ningunas...

—Pues ya tú ves, á mí tampoco me las ha dejado, y me precisa enviarle ciertas instrucciones que despues de su marcha he recibido...—Por eso venia á preguntarte esta noche, si sabias tú dónde paraba.

—Pues no lo sé, Butron; y me tiene esto muy perpleja...—Porque Damian me ha traido varias cartas que le han llegado por el correo, y no sé donde enviárselas...

—¡Si falta en esa cabeza algun tornillo!... Preciso será esperar á que escriba de nuevo, y te encargo mucho que en cuanto recibas sus señas, me las envies de seguida.

—Descuide V., Butron; pero le encargo tambien que no tarde en mandármelas si las recibe V. primero...

—¡Oh!—replicó Butron con mucha galantería: imposible es que Jacobo cometa semejante pifia...

—¡Ay no, no, Butron!—dijo Currita con melancólico acento. No crea V. que me hago yo ilusiones algunas: sé muy bien que no hay

rival tan temible para una mujer, como la sota de bastos ó la esperanza de una cartera...

Y aquí se detuvieron los dos convencidos por completo de haberse engañado recíprocamente, creyendo ella, hecha una furia, que Jacobo de acuerdo con Butron habia marchado á negocios del partido, sin decirle una palabra: juzgando él, hecho un basilisco, que Currita y Jacobo se emancipaban de su tutela, constituyéndose en canton independiente, y obrando por cuenta propia en los negocios políticos... Un suceso repentino impidióles seguir explorando con la misma habilidad, los respectivos campos: entró un criado trayendo un gran estuche de terciopelo granate muy oscuro, magnífico regalo para la *Kermesse*, que acababan de traer á aquella hora intempestiva, con la idea deliberada sin duda, de que pudiera ser admirado al mismo tiempo por toda la brillante concurrencia. Gorito Sardona, mico de guardia aquella noche, tomó el estuche de manos del lacayo, y púsolo sobre la mesa, llamando á gritos á Currita. Acudió ésta seguida del diplomático, y un ligero grito que pareció arrancarle la admiracion, y le arracaban en realidad el

temor y la sorpresa, se escapó de sus labios á la vista del estuche... Habíale recordado al punto otro enteramente semejante, con la sola diferencia de que sobre el oscuro terciopelo de la tapa de aquel otro, se destacaba bajo una corona de Marqués, una caprichosa S de oro mate, y en este sólo se veia en aquel lugar un poco chafado el terciopelo... Tres segundos permaneció, sin embargo, inmóvil, contemplando el estuche, sin osar abrirlo: agrupábanse todos á su alrededor, oprimiéndola y estrujándola contra la mesa, ansiosos de contemplar la maravilla, y no hubo más remedio que apretar el resorte y levantar la tapa...

Una exclamacion general de asombro se escapó de todos los labios, ahogando el sordo rugido de rabia y despecho, que hinchó la garganta de Currita... Sobre el blanco terciopelo que forraba el interior, destacábase en toda su magnificencia la obra maestra de Enrique de Arfe, el marco antiguo de plata cincelada que habia regalado ella á Jacobo en aquel mismo estuche, con su propio retrato de reina japonesa... Este habia desaparecido, y veíase en su lugar otra extraña fo-

tografía: representaba una camelia de tamaño natural, y echada sobre ella como sobre el alfeizar de una ventana, aparecia el busto de una mujer, de la dama duende que todos conocian, apoyada la mejilla izquierda sobre ambas manos cruzadas, mirando al frente con provocativa insolencia, sacando la lengua con gesto de pilluelo redomado, á todo el que mirase el retrato por cualquier lado que fuese: por debajo, leíase escrito con muy buena letra inglesa:

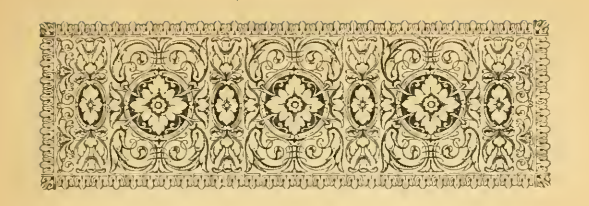
A LA EXCMA. SRA. CONDESA DE ALBORNOZ,

Mademoiselle de Sirop.

Nadie dijo una palabra, nadie hizo un comentario... En el embarazoso silencio que deja al descubierto las grandes vergüenzas, oyóse tan sólo la suave vocecita de la Albornoz, que decia algun tanto temblorosa:

—¿Mademoiselle de Sirop?...—¡Qué delicia!... ¿Si será prima del jarabe Henry Mure, que han recetado á Fernandito?...





VIII

El despertar de Jacobo fué alegre: habia ganado la noche ántes jugando en el Casino hasta las cuatro de la mañana, más de cinco mil duros. Hay, sin embargo, algo en el hombre que despierta ántes que la razón y los sentidos, y levanta la voz y grita y no calla ni áun en esos momentos de duermevela en que flotan las ideas como cabos sueltos, sin que la voluntad, dormida todavía, haya tenido tiempo de atarlas y enderezarlas ó torcerlas á su albedrío. Este algo se llama remordimiento, y él con su punzante aguijon, puso ante los ojos de Jacobo, ántes que los cinco mil duros ganados, las aterradas

fisonomías de la mujer y de los hijos del que los habia perdido, padre de familia, jugador de oficio, marcado con ese sello de desdicha comun á los del gremio, que por ser desdicha buscada, no despierta hacia ellos mismos compasion, sino enojo. En las ganancias del juego, ha dicho uno, hay siempre algo parecido al robo, porque con razon puede decirse que se toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y si bien es cierto que se gana este dinero ajeno exponiendo el propio, tambien lo es que los ladrones en cuadrilla exponen sus vidas en las encrucijadas de los caminos, y la vida, aunque sea de un facineroso, vale más que el dinero.

Volvióse Jacobo del otro lado, ahogando estas reflexiones con su voluntad ya despierta, y tiró de la campani la murmurando entre dientes:

Amar á nuestro prójimo
Nos manda la doctrina,
Y al prójimo en la guerra,
Le dan contra una esquina.

Entró Damian, trayendo como todos los dias el correo y los periódicos, que puso al alcance de la mano de Jacobo sobre la mesa

de noche. Abrió luego las persianas, descorrió las cortinas y entróse en el cuarto de vestir para preparar el agua caliente y la ropa del señorito. Habian dado ya las doce y media.

Era Jacobo muy perezoso y costábale gran trabajo arrancarse del lecho; dió en él varias vueltas, estirándose y revolviéndose, con esa dejadez del que no tiene cuidados, ni le esperan obligaciones, ni encuentra para saludar al nuevo dia otra fórmula, otra oracion, otro brote del sentimiento, que un prolongado bostezo. Decidióse al fin á sacar una mano, y tomó de sobre la mesilla de noche las varias cartas; eran estas cuatro ó cinco, y llamóle la atencion desde luego, una grande y cuadrada que traia el sello del Congreso, porque parecióle notar al tacto que venia en el interior, ademas del papel, un pequeño objeto redondo. Dióle vueltas por todos lados examinando el sobre, con esa necia perplejidad que al recibir una carta de letra desconocida, nos impulsa á conjeturar y adivinar lo que con sólo romper el sello podemos saber de cierto. Hízolo así al cabo, rasgando el sobre por completo, y á la duda sucedió en-

tónces en él la sorpresa y el azoramiento; encontróse con un pliego en blanco, de papel muy recio, doblado por la mitad en dos partes; en la superior destacábase cuidadosamente pegado con goma, un gran sello de lacre verde, del diámetro de medio duro... Al pronto no distinguió bien Jacobo lo que era aquello; llegaba la luz muy debilitada, filtrándose por los visillos del balcon, y la gran cortina de tul bordado, en una sola pieza, que arrancando de los lambrequines de damasco amarillo, llegaba hasta el suelo barriendo la alfombra. Con grande ansiedad incorporóse bruscamente, inclinando el cuerpo fuera del lecho para buscar la luz, y pudo distinguir entónces en todos sus detalles la empresa del sello: era la escuadra y el compás cruzados en forma de rombo, y la rama de acacia, emblema de los masones...

Una sospecha terrible, una idea aterradora con visos ya de evidencia, cruzó al punto por su mente cual un pájaro siniestro. Arrojóse de un salto fuera del lecho y corrió al balcon para examinar con mejor luz todavía, la extraña carta y el misterioso sello... No habia duda: si no era el mismo, era igual á uno de

los que habia arrancado él en París en el Grand-Hôtel, de los cartapacios que en la logia de Milan le habian entregado... ¿Qué significaba, pues, aquello?. . ¿Era una broma? ¿Un aviso? ¿Una amenaza?...

Con los ojos muy abiertos quedóse mirando á la calle, como si buscase allí la solucion á sus dudas, la respuesta á sus temores... Frente por frente de la suya estaba la gran casa del Marqués de Riera, cerrada hacia tantos años, con ese aspecto de secreto, ese aire de misterio, que parecen tomar los edificios abandonados por largo tiempo, haciendo fantasear á la imaginacion detrás de sus muros, recuerdos de crímenes y sombras de aparecidos. El dia estaba triste; uno de esos dias de lluvia menuda y continua, en que sólo se ven en el suelo cieno y lodazales, y en el cielo nubes pardas, inmóviles, pegajosas, que parecen lamer las torres y las cúpulas, cual la viscosa baba de un monstruo inmenso. Los transeuntes cruzaban por la acera muy de prisa, armados de paraguas é impermeables, chapalateando sobre el fango que salpicaba las sayas remangadas de las mujeres, los pantalones recogidos ó las altas

botas de los hombres. Un capitan de lanceros, muy gordo y rubicundo, bajaba de la Puerta del Sol, pisando muy fuerte, con las espuelas y las polainas manchadas de cieno, calada la corta capota azul con vueltas blancas: antojósele á Jacobo que aquel militar era de la clase de tropa, que iria al Ministerio de la Guerra, y siguióle con la vista muy atentamente... Mas el militar dobló la esquina de la casa de Riera, dando un resbalon, y desapareció por la calle del Turco... ¡La calle del Turco!... ¡Ah! ¡la calle del Turco!... Allí se habia cometido cuatro años atrás un asesinato, *otro* asesinato en la persona de un hombre famoso, de un amigo que le habia hecho á él grandes favores, favores de lobo á lobo, pero al fin y al cabo siempre favores... Tambien entónces habíase vislumbrado en *aquello* la mano de los masones, y él ¡oh! él sabia bien á qué atenerse... Por eso tuvo que huir á toda prisa, impulsado por el destino—¡pícaro destino!—que le arrebataba á Constantinopla á resbalar en otro charco de sangre, y á emprender otra fuga á Italia, á Francia, á España más tarde...

Jacobo sintió mucho frio, un frio muy gran-

de y muy natural, porque estaba medio desnudo, y que parecíale á él le penetraba las carnes, y le llegaba hasta los huesos y le pasaba el alma de parte á parte, con una sensacion glacial y desagradable que se le figuraba semejante á la de la hoja de un puñal, al hundirse en un pecho. Volvióse á la cama buscando el calor de las mantas, y acurrucóse entre ellas, escondiendo el rostro en las almohadas para pensar, para reflexionar, para meditar, para no mirar al hueco del balcon, donde le parecia ver al general Prim, y á la Cadina Saharaí, y al ennuco estrangulado, dándose las manos, haciéndole cortesías, como hacen los actores cuando salen á la escena á recibir la ovacion al final de un drama. ¡Y él, que se habia despertado tan alegre, imaginando el medio de ocultar á sus acreedores los cinco mil duros ganados!

Damian asomó discretamente la cabeza, preguntando si el Sr. Marqués no iba á levantarse, porque el agua caliente se enfriaba.

—Allá voy... allá voy,—respondió Jacobo.

Y mientras se calzaba las pantuflas y se envolvia en una bata de abrigo muy bien enguatada, iba discurriendo que el modo se-

guro de averiguar de cierto lo que sobre el particular hubiera, era preguntar al tio Frasquito lo que habia hecho de aquellos tres sellos que en el Grand Hôtel le habia regalado.

Quedóse con esto más tranquilo, casi sereno del todo: indudable era que se reducia aquello á una necia broma... Cierto que habíale sucedido á él en aquel negocio espinosísimo, lo que acontece á todos los caracteres fogosos; que una vez dado el primer empuje, caen luego en la mayor apatía, abandonando los planes con tanta rapidez fraguados y con tanto calor emprendidos. Mas tampoco era verosímil que al cabo de año y medio de silencio absoluto, de completo olvido, salieran los masones reclamando los papeles é iniciando su peticion con la ridícula bromita—muy en carácter por cierto—de enviarle un sellito... Y ademas—¡qué demonio!—á él le habian entregado unos papeles para el rey Amadeo, y el rey Amadeo se habia ido. ¿Iba á correr de ceca en meca en busca del rey cesante?... ¿Y con qué derecho le pedia cuentas la masonería española, perteneciendo él á la italiana? Porque la carta era de Madrid mismo, puesto que el

sello del Congreso la franqueaba... Nada, nada, fuera temores, que el derecho era suyo. ¡Qué demonio! á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga, y el que está más cerca de la cabra, ese la mama.

Púsose Damian á afeitarle como todos los dias, y al sentir sobre la garganta el frio del acero, no pudo contener un estremecimiento de espanto... Un ligero golpecito, un leve movimiento, y correria la sangre, y vendria la muerte, y se acabaria la vida allí mismo, sin auxilio, sin remedio, pasando de la agonía á la sombra pavorosa de eso que llaman eterno, corriendo por Madrid la noticia del *Crímen de la calle de Alcalá,* como habia corrido cuatro años ántes, la del crímen impune y misterioso de la calle del Turco... Y aquel ligero golpecito, aquel leve movimiento, podia determinarlo en la mano de Damian, otro ligero golpecito del oro de los masones. Porque ¿qué sabia él lo que era Damian?... Un pícaro probablemente, un bribon como todos, puesto que á juzgar por lo que de sí mismo sentia él, sólo pueden admitirse dos clases de hombres: los ahorcados y los que merecen serlo.

Ríóse al cabo de sus locas imaginaciones, y vestido ya del todo, pidió un sombrero, unos guantes, un paraguas...

—¿El Sr. Marqués almorzará en casa?...

—No.

—El cochero espera la órden...

—Que se vaya, que vuelva á las cuatro.

Y se dirigió á la puerta, para retroceder al momento... ¡Qué tontería! Quizá en alguna de aquellas otras cartas que habia olvidado en su azoramiento, vendria algun dato, alguna explicacion de la estúpida broma del sellito. Abriólas una á una, y una á una las fué arrojando con furia sobre la gran piel de oso blanco, colocada al lado del lecho... Nada, nada: una invitacion para un baile, una carta de Angel Castropardo preguntando si le acompañaria á cenar aquella noche con las bufas de Arderius despues del teatro, una diatriba de un acreedor exasperado que le amenazaba con el embargo...

Seguia cayendo aquella lluvia menuda, lenta, constante, que cala hasta los huesos y los enfria, como cala hasta el corazon y lo hiela, un pensamiento triste y monótono que no se puede desechar. En las Cuatro Calles,

frente á las ruinas *seculares* de la calle de Sevilla, coronadas ya como las de Itálica por el amarillo jaramago, tomó Jacobo un simon para evitar la afluencia, eterna en aquel sitio, de gentes que van y vienen, formando en las aceras cordones interminables de hombres, de mujeres, de niños, cobijados todos aquel dia bajo sus paraguas, que remedaban yendo y viniendo y cruzándose, una larga procesion, una contradanza fantástica de hongos fenomenales. Diez minutos despues, apeábase á la puerta del tio Frasquito.

Peinado, teñido y reluciente de puro limpio, sentábase éste á la mesa para almorzar, en su lindo comedor perfectamente caldeado por magnífica chimenea de mármol negro, atestada de leña. Con el ansia cariñosa con que recibe todo el que tiene gana de charlar, á cualquiera que puede servir de auditorio, recibió el viejo á Jacobo, mandando al punto poner otro cubierto en la mesa... Necesitaba él desahogarse, porque el berrenchin, el bochorno que habia pasado el dia anterior, aún no le habia salido del cuerpo. Las cosas de Diógenes iban llegando á un extremo, que si hubiera en Madrid autoridades, si hubiera

en España un gobierno, se castigarian lo ménos, lo ménos con cadena perpetua... ¡Oh! ¡lo del dia anterior merecia por primera providencia que le cortasen la mano derecha! ¡Burlarse de ese modo de todas las señoras de Madrid, congregadas para un asunto piadoso! ¡Poner en evidencia, en ridículo, en berlina, á tres... á dos personas respetables; porque el tal Pulidete, era un *parvenu,* un cursi, un cualquier cosa, que se lo tenia todo muy bien merecido... Mentira parecíale que Pepe Butron, un hombre de tanto talento, se hubiese *tirado una plancha* semejante, y sin duda fué el Pulidete quien le dió el mal consejo. ¡Proponer á María Villasis para Presidenta!... ¡Si eso no se le ocurre ni á el que asó la manteca!... Y claro está; sucedió lo que tenia que suceder, que la muy mojigata dió con todo al traste, pero con un atrevimiento, con una insolencia, aludiendo claramente á la pobre Curra, diciendo con una risita de mil demonios, que su modestia le impedia ser ella Presidenta, donde habia una Vicepresidenta tan digna... Y la pobre Curra calló, calló por prudencia; pero bien se le conoció que quedaba sentidísima...

Hizo aquí una pausa, tragóse un buen bocado, preparó otro muy grande, y dijo mientras tanto:

—Perro no comes, hombre...—Si no has tomado más que las ostras.

—No tengo ganas...

—Ni yo tampoco...—Porr supuesto, que lo mejorr que ha podido sucederr, es lo que ha sucedido; porrque si mi sobrina Villasis llega á serr Presidenta, quedaban rreducidas las obras de la Asociacion á novenas y triduos de rrogativas, y á las limosnitas rrecogidas porr las socias á la puerrta de las iglesias... Y ni áun esto siquierrra; porrque yo mismo le he oido decirr, yo, yo mismo,—y el tio Frasquito, con ademan imponente, se tiraba de una oreja—que es un escándalo, una profanacion, ponerr rreclamos de niñas bonitas á la puerrta de las iglesias. ¡Vaya V. á verr qué modo de entenderr las cosas!... Perrro en fin, los pobrecitos herridos no se quedarrán sin socorro, y lo que la perrfecta viuda les quita por un lado, se lo proporrcionarrrá porr otro la pícarrra Samarritana. Porrque Currra, con ese corrrazonazo que tiene,—¡clarro está! —¡lo ha tomado con un calor, con un empe-

ño!... y lo que es la *Kerrmesse*, ha de darr mucho dinerrro... Anoche, como no estuviste allí, no podrias enterrarrte, perrro se trata ahorrra de buscarr el sitio; unos dicen que en la platerría de Marrtinez, otros que en el Rreal. ¿Qué te parrrece?...

Jacobo, aburrido de aquella charla insustancial y mujeriega, estuvo por decir que le parecia mejor la punta de un cuerno, y el tio Frasquito, viendo que no contestaba, se apresuró á añadir:

—Yo creo que en el Rreal...—En la Operra se hizo la de Parrrís cuando los inundados de Szegedin, y estuvo brillantísima... Perrro francamente, le temo á Diógenes, que se colocarrá allí, de segurro... Le temo, le temo; te digo que le temo. Porrque ¿qué se hace uno, si ni áun queda el rrecurrso de desafiarrlo?...

—¿Que no?—replicó Jacobo riendo á pesar suyo. Desafíalo tú, y córtale las orejas.

—¡Oh! ¡lo que es porr mí no quedarrria! —exclamó lleno de ardor bélico el tio Frasquito... ¡Perrro si es imposible! ¿Sabes lo que le pasó con Paco la Granda... otro animal como él?... Pues le hizo Diógenes una barrra-

basada y Paco le mandó sus padrinos. Diógenes dijo que sí, que se batirria; perrro como le tocaba la eleccion de arrmas, exigió que el duelo fuerrra á cañonazos; ¡figúrrate tú!... Paco le envió á decirr entónces que donde quierra que le encontrase le darria de bofetadas; Diógenes contestó que se le acerrcarrra si podia... Y se le acerrcó en efecto. ¿Perrro parra qué, Jacobo, parra qué?... Parra que el animal de Diógenes, como es tan grandote, le diese un estacazo que le rrompió dos costillas... ¡dos costillas!... ¡No creas que exagerro, dos costillas!...

Y el tio Frasquito, rebosando indignacion, palpábase con el reverso de la mano, el sitio en que naturales ó postizas, debia de tener las suyas.

Jacobo nada decia, y comenzando el viejo á notar su preocupacion, indicóle bonitamente que el almuerzo terminaba, y le estaba ya estorbando.

—Pues creo que pondremos al fin la *Kerrmesse* en el Rreal, dijo... Ahorra mismo voy á casa de Currra, parra que decidamos... ¿Cómo no has almorrzado tú allí hoy?...

Jacobo arrojó la servilleta hecha un lio

encima de la mesa, y dijo gravemente mirando al tio Frasquito:

—Porque necesitaba hablarte.

—¡Ya!—exclamó el viejo.

Y abrió palmo y medio de boca y púsose muy azorado, porque desde aquella noche fatal en que descubrió Jacobo en el Grand-Hôtel el secreto de su peluca y de sus dientes, mirábale y temíale con ese temeroso recelo que inspira siempre la persona que puede perder nuestra reputacion ó nuestra fortuna, con sólo dar suelta un poquito á la lengua. No le deseaba la muerte; pero hubiérale visto con gusto descender á la tumba, con tal que se llevase á ella el secreto. Jacobo preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella noche en que se te quemó el gorro de dormir en el Grand-Hôtel?...

Alborotóse el tio Frasquito pensando—¡ciertos son los toros!—é inmutado y nervioso y lleno de sobresalto, comenzó á mirar á los criados, diciendo por lo bajo:

—¡Calla, hombre, calla!...—En el *boudoir* tomarremos el café, y allí nadie vendrá á incomodarnos...

Porque el tio Frasquito tenia tambien su *boudoir;* un verdadero *boudoir* de dama elegante, atestado de todas esas chucherías que llaman los franceses *bibelots,* y han venido á sustituir en los palacios modernos á las antiguas obras de arte. No faltaban allí sin embargo estas, y era la más notable el retrato de un caballero, tipo de arrogancia y varonil hermosura, pintado por Van Dyck en Inglaterra, al mismo tiempo que aquel otro famoso de Cárlos I, imágen admirable en que se refleja junto al orgullo del monarca, una especie de adivinacion de su trágica desventura. Era aquel personaje el quinto Duque de Aldama, embajador en Lóndres de Felipe IV, y era el tio Frasquito hijo tercero del vigésimo Duque del mismo nombre. Al pié del retrato habia colgadas una daga y una espada de gavilanes, de exquisita labor y gran precio, que habian pertenecido al personaje. Frente por frente, en muy buena luz colocado, habia un pulido bastidor de caoba, en que el tio Frasquito, nieto en el siglo XIX del prócer del siglo XVII, bordaba en tapicería unas preciosas babuchas.

Sirvieron el café, Jacobo habíase dejado

caer negligentemente en una butaca, con la pierna derecha echada por encima del brazo de ésta, y puéstose á fumar el exquisito cigarro puro que le ofreció el tio Frasquito. Este sacó con mucho misterio una preciosa tabaquera de oro, guarnecida de brillantes, con el retrato de la reina María Luisa en la tapa, y tomó un polvo de rapé haciendo mohines picarescos:

—Es mi vicio,—decia: nadie lo sabe; un secreto... *Péché caché, est tout à fait pardonné.*

Y estornudó por tres veces, haciendo figuras y monadas con que creia apartar de la mente de Jacobo la maldita idea del gorro quemado; mas éste, no bien salieron los criados, despues de servir el legítimo ron de Jamaica, tornó á preguntar:

—¿Te acuerdas de aquella noche?...

El tio Frasquito contestó un—¡Sí!—tímido y vergonzoso, cual si le recordase la pregunta algun crímen nefando.

Jacobo volvió á preguntar:

—¿Y te acuerdas de unos sellos de lacre, dos verdes y uno rojo que te regalé aquella noche?...

—Sí,—replicó el tio Frasquito más animado.

—¿Qué has hecho de ellos?...

—En mi álbum los tengo...—¿Quieres verlos?...

—Enséñamelos.

El tio Frasquito, libre ya de temores, volvióse vivamente, y arrastró hacia Jacobo un precioso caballete, sobre el cual descansaba un gran infólio, una especie de libro de coro, cuyas lujosas tapas eran una obra de arte, un mosáico acabadísimo, hecho sobre piel de zapa, con peregrinos dibujos y colores muy vivos, formando el todo un conjunto digno de competir con las más lujosas encuadernaciones antiguas que se admiran en la Biblioteca del Vaticano; cerraba el libro un gran broche de acero calado, representando las armas de los Aldamas, rematadas por la corona ducal del jefe de la casa.

—No hay otra coleccion igual, es la primera de Europa,—decia el tio Frasquito abriendo el libro sobre el caballete, con el ardor de un *amateur* que luce sus aficiones.

Y se puso á repasar el índice, porque estaba el libro dividido en varias partes: sellos

reales, nacionales, particulares y miscelánea. El tio Frasquito buscaba en la miscelánea, y dió al fin con ellos, en la pág. 117.—*Sellos masónicos.—Marqués de Sabadell.*—Porque tenia la atencion el coleccionista, de apuntar siempre junto al donativo el nombre del donante.

Apareció al fin la pág. 117... y el tio Frasquito miró á Jacobo estupefacto, y Jacobo miró al tio Frasquito horriblemente pálido. Las numerosas casillas de la hoja aparecian cubiertas de sellos, excepto dos de ellas que estaban en blanco; en ambas decia arriba:—*Masónico,*—y abajo:—*Marqués de Sabadell.*—Los sellos habian desaparecido, y notábanse sobre la fina vitela las asperezas de la goma con que habian estado sujetos. Jacobo, con voz ahogada y gesto de medrosa ansia, dijo entónces:

—El otro... el rojo...—¿dónde está?...

Asustado el tio Frasquito al notar la emocion de Jacobo, no acertaba á decir palabra temiéndose algo gordo, y comenzó á buscar precipitadamente entre los sellos reales, murmurando aturdido:

—De Víctorr Manuel erra, me acuerrdo

muy bien... Estarrá entre los soberanos de Italia; con un Duque de Parrma y un Ferrnando de Nápoles lo puse... Porrque la Italia una, no me pasa; vamos, que no me pasa...

Y apareció al fin despues de mucho revolver la pág. 98, llena de sellos reales, y entre uno del último Duque de Parma reinante, y otro de Fernando de Nápoles, hallaron otra casilla en blanco. Arriba decia: *Rey de Cerdeña.*—debajo:—*Marqués de Sabadell.*

Dió entónces Jacobo una gran puñada en el brazo de la butaca, diciendo con voz sorda:

—¡Me has perdido!...

—¡Ay Jesus, Jacobito!... ¡Porr Dios, dímelo!... ¿Qué pasa?—exclamó el tio Frasquito muerto de susto.

—¡Me has perdido!... ¡Me has perdido!—repetia Jacobo.

Y bajo la impresion del temor y el aturdimiento, confió con su impremeditacion ordinaria al necio viejo, si no la parte más culpable, la más peligrosa al ménos de la aventura de los masones. El tio Frasquito, muerto de miedo, creyendo ver brotar puñales masónicos á través de la mullida alfombra, comenzó á dar vueltas desatinado, tropezan-

do por todas partes como corneja puesta de repente á la luz del sol.

—¡Ay, ay, ay, Santa Marría, qué berrengenal!—Porr supuesto, Jacobito, que tú te acorrdarrás muy bien de que yo no querria tomarr los sellos. ¿Te acuerrdas?... Tú me los distes y yo no los querria tomarr... Porr complacerrte, porr darrte gusto los tomé y me arrrepiento; que yo no los necesitaba, ni quierro nada con esos señorres. ¿Te enterras?... Y conmigo no cuentes, porque yo lo digo todo, todo, clarrito, clarrito, y me lavo las manos...

Detúvose de pronto y dióse una gran palmada en la frente, como quien ata de improviso un cabo importante: ¡Tú, tú, tú!... Aumentóse su terror, y fuéle preciso sentarse.

—¡Ahorra lo entiendo todo!...—Ahorra me lo explico y lo veo clarro... ¡Santa Marría, lo que me está pasando!...

—¿Qué?—dijo Jacobo con ansia.

La emocion de éste parecia haber pasado al tio Frasquito, y conociendo el pobre viejo su debilidad, decidióse á buscar apoyo en el más fuerte... Cogió por un brazo á Jacobo y llevólo sigilosamente á su alcoba, nido ri-

sueño, tapizado con seda de Persia celeste, cubierto el pavimento de pieles blancas, con una cama de palo de rosa muy baja, muy aérea, vago conjunto de encajes, holandas y sedas celestes, semejantes á una crespa ola del mar, coronada de espumas blancas. Habia allí un mueble precioso, tambien de palo de rosa, con cerraduras de plata, donde el tio Frasquito guardaba los papeles importantes; abrió un cajoncito y sacó un paquete de cartas.

¡Lo que le estaba pasando hacia más de tres meses!... Si aquello era para volver loco al más pintado: primero le incomodó, dióle despues rabia, y al presente, ahora, en aquel momento, le espantaba; vamos que le espantaba, que le ponia los pelos de punta!...

—Un dia, me acuerrdo muy bien,—el nueve de Diciembre, rrecibí porr el corrreo una carrta de San Peterrsburgo...

Y el tio Frasquito sacaba la primera del paquete, cuyo sello tenia, en efecto, la efigie del Czar Alejandro II.

—¿De San Peterrsburgo?...—La abrí extrañado, y me encontré con esto...

Y abria á la vez que hablaba, la carta, po-

niendo ante los ojos atónitos de Jacobo un pliego en blanco, en cuyo centro se leia escrita esta sola palabra:

¡Mentecato!

Un gran flujo de risa brotó por encima de todos los terrores de Jacobo, y soltó el trapo á reir con todas sus fuerzas. Mas el tio Frasquito, muy desolado, prosiguió diciendo:

—¿Te rries?... Aguarrda, aguarrda?... Yo decia cavilando toda la noche:—¿Mentecato en San Peterrsburrgo?—y me devanaba los sesos y se me espantaba el sueño sin acerrtarr... Al otro dia, otra carrtita... ¿Perro de dónde crees?... ¡De Chinchon, Jacobo, de Chinchon!... La abro, y el mismo lema:—¡Mentecato!—Al dia siguiente, carrta de Fuente Ovejuna, provincia de Córrdoba, y lo mismo... En fin, hijo, desde entónces, todos los dias, sin faltar ninguno, una carrtita de letra diverrsa, de parrte distinta, las más rremotas en todas las parrtes del globo, de Francia, de Inglaterrra, de Alcorrcon, de Alemania, de Chinchilla, de Calcuta, ¡ya tu ves! de Calcuta, de Constantinopla, de Terrones, Jacobito, de Terrones, pueblecillo de tres

casas en la provincia de Salamanca; y siempre con el mismo lema:—¡Mentecato!...—Un dia, el veinte de Enerro, San Sebastian márrtir,—¡me acuerrdo muy bien!—estaba más tranquilo; llegó el correo y no trajo carrta ninguna... Porr la tarrde, abro ahí—y abrió la mesilla de noche—y allí... dentro, me encuentro una carrta; la abro... ¡Mentecato!... dime tú si eso no es para volverrse loco; si no encierrra un misterrrio terrrible, que tu carrtita del sello me va ahorra explicando...

Jacobo iba tambien comprendiendo, y desde luego pensó que nadie que no fuera Diógenes, era capaz ni en Madrid ni en todo el mundo, de dar una broma tan constante á aquel pobre majadero, para lo cual se necesitaba paciencia á toda prueba, relaciones muy extensas y medios de comunicacion difíciles y complicados. Con verdadero asombro, preguntóle entónces:

—¿Pero de veras no te ha faltado ningun dia?

—¡Ninguno!...—A veces, cuando la carrta venia de muy léjos, sobre todo, estaba dos ó tres dias sin rrecibirrla; perro luego llega-

ban juntas... ¡Si te digo que ni un dia me ha faltado! Mírrralas, cuéntalas,—añadió con acento de desolacion profunda, desparramándolas todas sobre la mesa, y verrrás como salen á carrta por dia... Desde el nueve de Diciembre hasta el quince de Marzo, que somos hoy, van noventa y siete dias, porrque Febrero trae veinte y ocho... Pues nada, ahí tienes noventa y nueve ¡Mentecatos!... Aquí está el de hoy...

Y sacó del bolsillo otra carta de Chiclana, provincia de Cádiz, en la cual se leia tambien la palabra sibilítica, el misterioso conjuro: ¡Mentecato!...

La situacion de Jacobo no era para reir mucho, y apagóse bien pronto el arranque de hilaridad que le habia producido aquella burla pacientísima que no podia ser de otro que de Diógenes. Arrepintióse al mismo tiempo, al ver los medrosos aspavientos del tio Frasquito, de haberle confiado en parte su secreto, y resolvió asegurar su silencio, haciéndole creer que le alcanzaba á él tambien la inminencia del peligro. Detenidamente examinó las cartas, conteniendo á pesar de los pesares, nuevos accesos de risa, y

dijo al cabo con aire de conviccion profunda:

—¡Evidente que esto viene de los masones!...—A mí me sentencian por lo que hice, y á ti te avisan que eres un mentecato por haberme encubierto...

—¡Perro si eso no es verdad!—gritó el tio Frasquito muy apurado. Si yo no te he encubierrto, si tomé los sellos porrque tú me los distes...

—Lo cual quiere decir,—prosiguió Jacobo sin hacerle caso, que si á mí me *apiolan* al volver de una esquina, á ti te dan una paliza en cuanto te cojan á mano.

Pegósele al tio Frasquito la lengua al paladar, y exclamó medio llorando:

—¡Darrré parrte al Goberrnadorr de Madrid!...—Le hablarré á Paco Serrrano!...

—Lo cual seria meterte tú mismo en la boca del lobo, porque lobos de la misma camada son uno y otro... Mira, tio Frasquito, aquí no hay más que una salida... En primer lugar, echarse un nudo en la lengua, y que ni tu sombra trasluzca lo que pasa...

—Lo que es eso, corrre de mi cuenta...

—¡Bueno!...—En segundo lugar, tener dispuesta la bolsa, porque, amigo mio, con

mosca á la mano se va léjos, y entre masones y no masones, por dinero baila el perro.

El tio Frasquito hizo el gesto de resignacion del paciente á quien sentencian á sacarse una muela, y Jacobo continuó:

—En tercer lugar irse con pié de plomo, siguiendo la pista... Así es que vamos á cuentas... ¿Quién sospechas tú que haya podido robar esos sellos?...

El tio Frasquito comenzó á hacer sobrehumanos esfuerzos para coordinar sus recuerdos... Seguro, segurísimo estaba de que quince dias ántes estaban allí los tres sellos; habíale enseñado despacio todo el álbum á otro *amateur*, el Baron de Buenos-Aires, y no notó hueco alguno... A los pocos dias vino un individuo desconocido recomendado por su camisero, que queria venderle con mucho empeño tres ejemplares curiosos: entónces hojeó otra vez el álbum... Despues no le habia tocado.

—¿Quién era ese individuo?...

—Pues no sé...—Un pobre diablo con carra de hambre, cualquierr cosa...

—¡Ahí está el hilo del ovillo!—exclamó

con grande interés Jacobo. ¿Le dejaste solo? ¿Tocó el álbum?...

—No... no... ¡Ay, sí, sí, Jacobito!... Ahorra me acuerdo que sí, que vino Vicentito Astorrga y le recibí en el salon porrque no vierra semejante estaferrmo, y estuvo solo más de diez minutos... lo ménos, lo ménos...

—¡Aquí tenemos ya la púa del trompo!... Vamos ahora mismo á casa del camisero.

A la puerta esperaba enganchada la berlina del tio Frasquito, y en ella subieron ambos, dirigiéndose á casa del camisero, honrado comerciante de la calle de Carretas... Tampoco conocia éste al incógnito; sabia tan sólo que era un comisionista italiano, amigo de otro francés que tenia negocios con la casa, en el ramo de perfumería... Al oir la nacionalidad del desconocido, llegó á su colmo la inquietud de Jacobo, porque parecióle ya evidente que se entendian en aquel asunto las logias de Italia y de España. Indicó, pues, al tio Frasquito, que no era necesario averiguar más, y regresaron preocupados y silenciosos á casa de éste. Despertóse por el camino la fogosa actividad de Jacobo á la vista del peligro, y en aquel breve trayecto

trazó un plan atrevido, único á su juicio que podia remediar los yerros pasados y detener las consecuencias de su imprudente apatía. Aquella misma noche, sin despedirse de nadie, sin dar á persona alguna razon de su marcha, ni dejar sospechar siquiera el fin de su viaje, saldria para Italia, avistaríase en Caprera con Garibaldi, que le habia iniciado en otro tiempo en las logias de Milan, y ante él trataria de justificar el secuestro de aquellos documentos, inventando un embuste, una historia, un enredo cualquiera, que viniese á sacarle de una vez de aquella situacion falsa y angustiosa. Dinero tenia de sobra con los cinco mil duros ganados la noche ántes, y la mina del tio Frasquito podia tambien muy fácilmente explotarse. Manifestó, pues, al atribulado viejo al llegar á casa de éste parte de su plan, y concluyó diciendo que puesto que el riesgo era de ambos, justo era tambien que ambos pagasen los gastos, y que era necesario le aprontase en aquel momento dos mil duros en billetes de Banco; el viaje duraria dos semanas, y á su vuelta ajustarian cuentas, partiendo como hermanos los gastos que la empresa ocasionara.

Alborotóse el tio Frasquito juzgando que le salian los tres sellos harto caros, y vencido al fin por las razones, vaticinios y amenazas de Jacobo, aprontó el dinero que le estafaban, y despidió al compadre haciendo pucheros. Acrecentáronse sus temores al verse solo, sintióse malo, y se metió en la cama, dando órden rigorosa de no recibir á nadie. A la mañana siguiente trajéronle el correo; venia una carta de Segura, pueblecillo célebre por sus quesos, escondido en el rincon más áspero de las montañas de Guipúzcoa; en ella decia: ¡Mentecato!

Subióle dos grados la fiebre, y mandó llamar al cura de la parroquia: se queria confesar.

FIN DEL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO



I

El miguelete que cobra el portazgo en lo alto de la cuesta de los Meagas, aseguró formalmente á José Ignacio Bernaechea, que jamás habia cruzado de San Sebastian á Zumárraga un coche más elegante, ni unos caballos más hermosos, ni unas gentes más locas. Aún se oia á lo léjos, allá por la cuesta abajo, el estridente sonido de su corneta, que resonaba entre aquellas altas montañas de una manera extraña, profana, como pudiera resonar una risotada en un templo, una chanza en una oracion, el himno de una bacante entre las solemnes y pausadas notas de un can-

to gregoriano. Porque aquella naturaleza séria y salvaje, aquellos valles profundos cortados por riachuelos, salpicados de caseríos sumergidos en un mar de verdura, á que las distintas luces y los distintos matices parecen prestar flujos y reflujos; fecundados por el trabajo, santificados por iglesias, siempre verdes, siempre bellos, siempre pavorosamente melancólicos, como lo es en la imaginacion del campesino vasco la idea misteriosa de las Maitagarris, tienen algo de la silenciosa majestad de un templo, de la serena tristeza de los paisajes de otoño que parecen llorar y sonreir al mismo tiempo, de la suave melancolía que inunda el alma al caer de la tarde, cuando la campana de la iglesia hace resonar el toque del *Angelus*, y se despide el dia murmurando al oido del hombre, aquella palabra mil veces repetida sin pensar jamás en su alcance infinito. ¡Adiós!...

La bajada era peligrosa por lo inclinado de la pendiente y lo rápido de las vueltas, y los seis caballos del tiro hincaban con fuerza los cascos delanteros, inclinaban hasta los pechos las airosas cabezas, henchian con ahinco los poderosos ijares, y aparecia el sudor

bajo los brillantes arneses, en forma de espuma blanca. Rechinaba sin cesar el torno bajando ó subiendo la plancha, y en la banqueta más alta del elegante *mail-coach,* chillaba Leopoldina Pastor como una desesperada, gritando que aquellos indecentes caballos iban á despeñarla por la montaña abajo... Sentado á su lado el tio Frasquito, con un finísimo pañuelo prendido en su sombrero de paja, para preservar de los ardores del sol la blancura de su cútis, miraba con gesto de susto lo profundo del precipicio, y agarrábase á cada vaiven del coche á los hierros del asiento, gritando angustiado:

—¡Currra,—porr Dios, cuidado!... ¡Cuidado, Currra!...

En la primera de las banquetas de detrás, María Valdivieso, Paco Velez y Gorito Sardona reian á carcajadas, disputándose el honor de soplar con alientos de buzo en la sonora corneta, avisando á los pacíficos aldeanos y á los mesurados bueyes, á las modestas *cestas*-de camino y á las chillonas carretas cargadas de helechos, que se quitasen de en medio, que se echasen á un lado y se tirasen todos de cabeza por cualquier barran-

co, porque el *mail-coach* con seis caballos de la Excma. Sra. Condesa de Albornoz, necesitaba libre toda la carretera de Guipúzcoa. En la última banqueta de detrás, tendido cual una masa inerte, iba un hombre cubierto con un *waterproof* de señora, que los rayos del sol recalentaban: bamboleábase con grave riesgo de caer á los movimientos del coche, y roncaba con esa especie de ruido asmático, propio de los borrachos viejos cuando duermen la mona.

En los asientos del centro, entre varias fiambreras, cajas y piezas de una pequeña tienda de campaña desarmada, iban Kate, la doncella inglesa de la Condesa de Albornoz, Fritz, su lacayo prusiano, y Tom Sickles, su famoso cochero, que sin perder su flema inglesa, miraba de cuándo en cuándo con inquietud, las evoluciones no del todo diestras que imprimia al fogoso tiro, la débil manecita de su ilustre dueña. Porque la Condesa de Albornoz en persona, era quien venia guiando los briosos brutos desde Biarritz, de donde habia salido el convoy la víspera, prefiriendo aquella molesta caminata por la carretera, al cómodo trayecto del camino de

hierro, por uno de esos caprichos, de esas excentricidades que forman las leyes de la moda y constituyen las reglas del buen tono, basadas las más de las veces, en aquella razon tan filosófica y profunda:

Cuando pitos, flautas;
Cuando flautas, pitos.

Sentado á su lado en el pescante iba el Marqués de Sabadell, afable y cariñoso, defendiendo de los rayos del sol el rostro de la dama, con una gran sombrilla de grueso tafetan encarnado, y atento siempre á remediar con su vigoroso puño, cualquier descuido que en su árdua tarea de guiar el coche, pudiera tener el aristocrático cochero. Pronto se le ofreció ocasion oportuna: á una vuelta del carruaje enredóse la sombrilla en las ramas de un roble, y despedida aquélla con violencia, vino á caer sobre uno de los caballos: espantóse el animal reculando bruscamente, retrocedió el coche á su empuje, osciló un momento y quedó inmóvil, inclinado, hundiéndose, hundiéndose suavemente... Un grito de espanto escapóse de los labios de todos, y una vieja que cruzaba guiando un borriquillo, gritó extendiendo los enjutos

brazos, con esa energía de la fe en los momentos de angustia:

—¡*Aita San Ignacio... salvaizazu!* (1).

El peligro era inminente; hallábase una de las ruedas traseras fuera del camino, sostenida sobre el precipicio tan sólo por el tronco de un roble inclinado, cuyas raíces se sentian crujir y ceder á cada momento, arrancando grandes pelotones de tierra... Un instante perdido, un sólo movimiento de cualquiera de los espantados brutos, y coche, caballos y viajeros rodarian por el alto repecho de la cuesta, haciéndose trizas. Jacobo no se aturdió, ni Tom Sickles tampoco: empuñó el primero las riendas sin hacer ningun movimiento, y saltó el segundo fuera del coche, abalanzándose á la rueda opuesta á la hundida, y tirando hacia el centro del camino con todas sus fuerzas: la vieja casera acudió en su ayuda, tirando con sus descarnados brazos, que parecian tener el aguante de dos poderosos cables. Saltó Fritz detrás de Tom, y fué á sujetar por el diestro al caballo espantado, que era el de la izquierda del primer

(1) ¡Padre San Ignacio... sálvalos!

tronco. El terror habia enmudecido á todos, dejándolos inmóviles, sin osar rebullirse por miedo de apresurar la catástrofe: el hombre del *waterproof*, seguia roncando.

A un grito de Tom Sickles, fustigó Jacobo los caballos bárbaramente, azuzólos Fritz dando voces, y el coche arrancó al fin crujiendo, bamboleándose un momento hacia el precipicio, dando al entrar en la carretera un vaiven violentísimo, que despidió al hombre dormido desde lo alto de su banqueta en mitad del camino, donde cayó inerte y pesado cual una piedra de diez arrobas, mientras el coche desaparecia entre una gran polvareda por el declive de la cuesta, y seguia corriendo hasta llegar frente de Oiquina, donde pudo al fin Jacobo detener el tiro á la sombra de unas higueras, cubierto de polvo, sudoroso, jadeante... Ya era tiempo: el roble, descuajado por completo, cayó á lo largo del violento repecho del camino, quedando suspendido sobre el precipicio por algunas raíces. Tom Sickles, sin cuidarse del hombre tendido en tierra, miraba correr el coche apretando los puños y dirigiendo en inglés tremendas imprecaciones, no á los

caballos, sino á su ilustre señora y dueña.

Mientras tanto, Fritz y la casera acudian al caido, en el momento en que desembarazándose éste del *waterproof* que le envolvia, y sentándose en el suelo, dejaba ver la granujienta faz de Diógenes, azorada, reflejando todavía la colosal borrachera que se habia tomado la víspera, mirando á todas partes con aire de extrañeza, sin acertar á explicarse cómo habiéndose dormido en lo alto de una banqueta del *mail-coach*, despertaba sentado en el suelo en mitad de un camino. Los dolores de sus huesos vinieron á revelárselo, y agarrándose á Fritz, trató de levantarse, murmurando:

—¡Polaina!...—Si parece que me han dado una paliza...

Comenzó á andar sin embargo, sin sentir grave molestia, con el sombrero en la mano, cubierto de polvo, arrastrando por detrás el *waterproof*, que llevaba terciado al hombro izquierdo. Los del coche habian recobrado el habla al verse fuera de peligro, y chillaban todos al mismo tiempo, comentando el suceso, sin acordarse ninguno de dar gracias á Dios que les habia arrancado de las garras

de la muerte, con un verdadero prodigio: tan solo Kate, la doncella inglesa, encogida en su rincon, blanca cual un papel todavía, con las manos cruzadas, cerrados los ojos, inclinada la cabeza, parecia rezar entre dientes... Echaron entónces de ménos á Diógenes y viéronle venir á lo léjos, seguido de Tom Sickles y el prusiano, que traia la sombrilla encarnada, causa del percance. El buen humor acabó de disiparles el susto, y recibieron todos al caido con grandes carcajadas, excepto Leopoldina Pastor, que dominando las risas con su poderosa voz de contralto, gritaba furiosa:

—¡Pues mira el indecente como trae mi *waterproof* arrastrando!...—¡Diógenes, hijito!... ¡recoge ese impermeable!... ¿No ves que me lo estás poniendo hecho un asco?...

Oyóla muy bien Diógenes, y liándose al cuerpo el *waterproof*, con el garbo del torero que se ciñe la capa para hacer con la cuadrilla el saludo al presidente, quiso hacer una pirueta: un ligero vahido se la cortó sin embargo. Al pasar junto al balneario de Cestona, acometióle otro ligero desvanecimiento, y Leopoldina Pastor, que unia siempre algun

rasgo de locura á los impulsos de su corazon, realmente bueno y compasivo, empeñóse en hacerle beber un par de vasitos de aquellas famosas aguas medicinales. Contestóle Diógenes una de sus indecentes paparruchas, que rieron todos en coro, y detúvose, en efecto, en el balneario para beber una enorme copa de ginebra que tomó, segun su costumbre, echando ántes en el fondo un par de terrones de azúcar. Volvióle el alcohol la salud y la alegría, y desde Cestona hasta Azpeitia, charló sin cesar, comentando con grandes risas de todos su tremendo batacazo.

—¡Polaina, señá Frasquita!...—Si lo llegas á dar tú: ¿eh comadre?... Te desbaratas en treinta y dos partes, lo mismo, lo mismo que un rompe-cabezas...

¡Saltar así á los sesenta y cinco años!... ¡Polaina!... Pero se acordaba él de otro salto aún más mortal todavía: el que dió cierto *barbian* amigo suyo, desde el almuerzo de un lúnes á la comida de un juéves, sin tropezar siquiera en un garbanzo.

Al trote largo atravesaron las calles de Azpeitia sin hacer caso de los bandos del alcalde y las multas impuestas, y con riesgo de

atropellar á cada paso á los pobres alpargateros que trabajaban en los umbrales de las tiendas, y á los chiquillos que por todas partes pululaban, entraron al fin en el trozo de carretera que lleva en línea recta al prado de Loyola... En el fondo, sombreado por la alta cumbre del Izarraiz, destacábase la majestuosa mole del Real Colegio y Santuario trazados por Fontana, rico joyel construido por una reina, para engarzar la casa de un santo. En mitad del prado, levantábase sobre un pedestal, resguardado por una verja, la estátua de San Ignacio de Loyola, hijo y patrono de Guipúzcoa, alzando la mano como para bendecir aquella comarca en que se meció su cuna, y en que parece proyectarse aún la sombra benéfica de su figura gigantesca.

Formando ángulo recto con el Real Colegio de Loyola, hay otro edificio construido en la misma época, que llaman *la Hospedería:* allí suelen albergarse los viajeros que acuden á visitar el Santuario, y allí pensaba Currita partir la jornada, deteniéndose á comer, descansando un par de horas y prosiguiendo su camino hasta Zumárraga, para alcanzar el

tren expreso para Madrid, que pasaba á las cinco y media.

El dia estaba magnífico, aunque algun tanto caluroso, como suelen serlo en Guipúzcoa los últimos de Setiembre, y bajo el espacioso cobertizo que forman los ocho arcos que dan entrada á la Hospedería, mandó la Condesa de Albornóz disponer la mesa: extendíase al frente el prado, verde, risueño, lleno de luz y de alegría, con una fuentecilla alegre y bullidora, que por cuatro caños murmuraba: á la izquierda, alzábase la majestuosa mole del Colegio, adelantando el soberbio pórtico de su iglesia como adelantaria un soldado de Cristo el fuerte brazo mostrando un crucifijo, elevando la grandiosa cúpula como elevaria al cielo la frente, buscando allí la fortaleza, el impulso, la luz. A la derecha, abríase el valle de Azpeitia, cruzado por el Urola, alegre tambien y risueño, ligando al pueblo con el Santuario como con un lazo de flores, pareciendo su alegría sobre el tinte melancólico de todo el paisaje, un ramo de rosas sobre la tumba de un justo, una dulce sonrisa sobre el austero rostro de un trapense: el alto Izarraiz, verde en la fal-

da como la vida en su primavera, áspero y ceniciento en la cumbre como la vejez ya desengañada, cerraba bruscamente el fondo, y en medio de todo aquello, elevada sobre la tierra, inalterable entre lo alegre y lo triste, indiferente entre lo pobre y lo rico, elevábase la estátua de San Ignacio, la imágen de la santidad, serena siempre, igual, tranquila, orando y bendiciendo...

Sonó una campana en el interior del Colegio, y á poco contemplaron los viajeros un espectáculo comun en aquel lugar, pero nuevo y extraño para ellos. Por la escalinata que da entrada á la portería, salian los novicios á paseo, de tres en tres, con el rosario al ceñidor, el continente modesto, los ojos bajos: tomaban todos hacia la carretera, serenos y alegres, descubríanse al pasar ante la estátua de su Fundador, con el cariñoso respeto con que se saluda á un padre, y repartíanse luego en distintas direcciones, por diversos caminos y senderos. Dos ó tres ternas de novicios pequeñitos, encantaron á Leopoldina: con la servilleta en la mano levantóse de la mesa y salió fuera de los arcos para verlos mejor, diciendo entusiasmada:

—¡Mira, mira... que indecentillos más monos!...—¡Si parecen curitas de barro! ¡Qué chiquitos! ¡Qué preciosos!...

—Pues cómprales dulces,—replicó Jacobo despechado.

—¡Ya lo creo que se los compraria si quisieran tomarlos!...—Si dan ganas de coger un par de ellos y ponerlos en una rinconera, como si fuesen juguetes!...

—No están malos juguetitos los tales nenes,—dijo Jacobo con ira reconcentrada. La primera pifia que ha dado la Restauracion, ha sido abrir la puerta á esta canalla... ¡Dejar que se forme ahí una almáciga de intrigantes, una *pépinière* de hipócritas revolucionarios!...

Entablóse entónces una discusion acalorada sobre los jesuitas, en que salieron á relucir autorizados textos de Eugenio Sué, en su novela el *Judío errante*, quedando al cabo decidido que terminada la comida y mientras los caballos descansaban, irian todos á visitar la tenebrosa madriguera... Diógenes, que hasta entónces nada habia dicho, aseguró terminantemente que él no iba, porque no acostumbraba á poner los pies donde tenian

derecho á ponerle en la calle, y si aquellos señores obraban en razon, era eso lo que debian hacer con las parejas de mocitos y mocitas que amenazaban invadirles la casa. Echarónsele todos encima con grande furia, y él comenzó á soltar á diestro y siniestro enormes desvergüenzas, mientras Currita, con altivez de reina ofendida, llamaba á Fritz el lacayo, y dábale órden de ir al punto á Loyola para anunciar al Superior que la señora Condesa de Albornoz, iria de dos y media á tres, á visitar la casa y el Santuario.

Hablaba Diógenes pálido y agitado, con el tono iracundo que solia usar cuando hablaba de veras, y levantándose de repente de la mesa, entróse por un cobertizo que iba á parar en las cuadras: viéronle á poco salir lívido más bien que pálido, y dejarse caer como sin fuerzas en un banco de hierro que bajo de los arcos estaba: con grandes ansias y sudores habia arrojado en un rincon de la cuadra lo poco que habia comido. Acercáronsele entónces Gorito y Leopoldina, temerosos de que el batacazo de por la mañana comenzara á tener consecuencias, y ésta, con verdadero interés, le dijo:

—Mira, Diógenes: tú estás malo, y es necesario que te vea el médico.

—¿El médico?—balbuceó Diógenes con los ojos extraviados. En mi vida llamé á ninguno... La alopatía es un cañon Armstrong, y la homeopatía la carabina de Ambrosio: con que vete á freir monas con tus médicos y medicinas, que yo me curo solo...

—Pues llamaremos entónces al albeitar,—repuso Gorito.

—Eso es otra cosa: estos tienen más ciencia, porque curan al paciente sin sacarle palabra alguna... Pero tampoco es necesario, porque yo me curo á mí mismo.

Y pidiendo una botella de ginebra, comenzó á beber copa tras copa, echando en vez de dos, tres y hasta cuatro terrones de azúcar. Mientras tanto, María Valdivieso hacia una escena sentimental á Paco Velez, porque léjos de ocuparse de ella durante el riesgo de la mañana, habia pensado tan sólo en salvarse á sí mismo; Jacobo y el tio Frasquito habíanse entrado en la Hospedería sin decir á donde iban, y Currita, llevada de sus gustos idílicos, entreteníase en echar migas de pan á un altanero gallo que merodeaba

por el prado, seguido de algunas sumisas gallinas. Acercósele entónces un hombre de aspecto modesto que traia una carta en la mano, y preguntóle sin ceremonia si la señora Condesa de Albornoz era ella misma: la altiva dama dignóse tan sólo responder con una ligera inclinacion de cabeza, y el hombre le entregó entónces la carta, entrándose al punto en Loyola, de donde habia salido, por la escalinata de la portería. Currita leyó extrañada estas solas líneas:

«Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola á confesar sus pecados y pedir á Dios perdon de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos... Pero si viene tan sólo á hacer á esta santa Casa testigo del escándalo de su vida, se le suplica encarecidamente evite el disgusto de tener que cerrarle la puerta, á su afectísimo en Cristo y humilde servidor, PEDRO FERNANDEZ, S. J.»

Quedóse Currita atónita con la carta en la mano, mirando atentamente al gallo, que con una pata en alto, torcida la cabeza y fijo en ella el ojo inflamado, parecia ofrecerle caballerosamente, en caso de guerra, el auxilio

de sus espolones. La dama volvió á leer la carta, y comprendió entónces una sola cosa; pero una cosa para ella inverosímil, que vino á despertar en su ánimo el movimiento de ira, de sorpresa, de rabia desesperada, que causa al potro bravío el primer espolazo que desgarra sus ijares, el primer serretazo que le hace detener su voluntariosa carrera, anunciándole que hay alguien que puede, y quiere, y debe sujetarle y humillarle... Comprendió que por primera vez en su vida le cerraban una puerta, y que era el que se la cerraba un hombre desconocido, un pobre fraile, un Pedro Fernandez!!... La fuentecilla que corria allí al lado murmurando, llegó á los oidos de Currita como el eco de la sarcástica carcajada que habia de soltar el mundo, al verla vencida por Pedro Fernandez!...

Resonó en aquel momento á su espalda la voz de Jacobo, y apresuróse á esconder prontamente en el bolsillo de su falda, la malhadada carta. Jacobo reunia á su grey, porque iban ya á dar las dos y media, y á poco que se detuvieran en la visita á Loyola, podrian llegar á Zumárraga demasiado tarde. Currita salió á su encuentro, andando

lentamente, diciendo con mucha displicencia:

—¿Sabes que me encuentro mala... y seria lo mejor dejarlo?...

Creyéronla todos porque aparecia su rostro pálido y alterado, y decidióse entónces salir al punto para Zumárraga y descansar allí en la fonda una hora larga, ántes de que el tren llegase. La ginebra habia repuesto á Diógenes por completo, y púsose á ayudar á Tom Sickles y al prusiano á enganchar el tiro, cantando con la aguardientosa voz de cualquier mozo de cuadra, una tonada antigua que llamaban *El Mayoral:*

Vamos, caballeros,
Vamos á marchá.
¡Al coche, al coche!
¡Basta de pará!

—

Vamos ligerito,
Vamos á partí.
Empues los calores
Nos van á freí ..

Jacobo y Currita ocuparon el pescante, tomando aquel esta vez las riendas, y colocáronse los demás en el mismo órden en que habian venido. Al pasar ante la estátua de San Ignacio, quitóse Diógenes el sombrero,

como habia visto hacer ántes á los novicios, y repitió en voz muy alta, con el acento de un cariñoso saludo, aquella hermosa frase que inspiran á los caseros de Guipúzcoa su piedad, su sencillez y su amor al Santo, gloria de sus montañas.

—*¡Aita San Ignacio... agur!* (1).

Luego, sin hacer caso de los furiosos aspavientos de Currita, que le amenazaba con plantarle en medio del camino si no guardaba silencio, comenzó á cantar de nuevo las estrofas de *El Mayoral:*

¡Cuidiao ese bache!...
¡Bájate, zagal!....
Si voy, Salerosa,
Te voy á matá...

Volaba el *mail-coach* por la carretera, dejando atrás los baños de San Juan, el caserío de Juin-Torrea emboscado en sus jardines, el convento de Santa Cruz encaramado en su monte, el palacio ruinoso de la Florida, en que Juan Jacobo Rousseau en persona, presidió más de un conciliábulo de enciclopedistas. Atravesaron al paso, más sosegados que por la mañana, las calles de Az-

(1) ¡Padre San Ignacio... adiós!...

coitia, y entraron de nuevo en la carretera, flanqueada siempre por el rio, hundiéndose á poco en la cañada estrechísima y bravía que forman dos altas montañas, cubiertas de bosques sombríos que trepan cual escuadrones de árboles que quisieran escalarlas, para desgarrar en su cumbre el seno de las nubes, azuladas á veces, vaporosas como la flotante túnica de una poética maitagarri; cenicientas otras, flotantes tambien, pero tétricas, como el sudario que cubre las rígidas formas de un muerto. Era aquella naturaleza agreste y sombría, y hacíanla pavorosa los muchos saltos de agua que se despeñaban de los riscos, el continuo lamentar de la corriente del rio detenida por las peñas, y la falta del sol que ocultaban ya en aquella hora las dos altas montañas.

Currita, sentada en el pescante, sombría como la naturaleza y no como ella en calma, daba vueltas en su memoria á la carta de Loyola. Sentia una especie de irritacion sorda que no acertaba á comprender quién se la inspiraba, porque por un extraño fenómeno que no sabia ella misma explicar, aquel Pedro Fernandez, autor de la carta, causante

de la ofensa, tan sólo acudia á su mente en un lugar secundario, presentándosele más bien como representante, como instrumento de un ser más poderoso que parecia imponerse á la orgullosa dama, obligándola á confundirse, y á humillarse y á callar...

Un poco más léjos, al volver una punta, vió parados en la vertiente misma de la montaña, á tres de los novicios pequeñitos que habian entusiasmado á Leopoldina. No estaban solos: habia con ellos una vieja decrépita, cubierta la cabeza con la blanca toca de las caseras vascongadas, esforzándose por cargar en sus hombros, ayudada de los novicios, un pesado haz de leña que habia puesto en el suelo para tomar alientos un instante y descansar. Inútil fué su empeño: á los diez ó doce pasos rindióla la fatiga, y el haz de leña, superior á sus fuerzas, cayó de nuevo en tierra: la mujer se echó á llorar. Los novicios hablaron entre sí un momento, y uno de ellos, el más fuerte, cargóse entónces el haz á la espalda y comenzó á trepar por la áspera pendiente, hacia un caserío ruinoso que se divisaba en la cumbre, pequeño y escondido cual un nido de pájaros.

Leopoldina comenzó á alborotar, conmovida á su manera, gritando que aquellos indecentillos eran unos ángeles del cielo, unos santos chiquititos á quienes era necesario venerar, y que en cuanto llegara á la corte habia de enviarles á cada uno un par de medias negras, hechas por sus propias manos, con el estambre más fino que pudiera hallarse... Riéronse todos: Currita callaba sin embargo, sintiendo un extraño enternecimiento que la humillaba, y que se apresuraba por lo mismo á combatir, oponiendo á su benéfico influjo el parapeto del orgullo, del inquebrantable orgullo, que viene á ser en el alma como la fortaleza del mal... Aquellos tres novicios, aquellos tres Pedros Fernandez en embrion, humillándose por *caridad* á una mendiga, hiciéronle comprender que aquel otro Pedro Fernandez habria podido imponérsele por *deber* á ella, orgullosa Grande de España, y una luz súbita, semejante á la de un relámpago que ilumina á la vez que aterra, hízole ver claramente lo que ántes sospechaba; que aquella carta, que aquella ofensa, no venia de un desconocido, de un pobre fraile, de un Pedro Fernandez; porque aquella puerta primera que

se le cerraba en la vida, no era la puerta de Loyola, era la puerta de Dios!...

Sintió frio y pidió á Kate un ligero abrigo en que se envolvió pensativa siempre y silenciosa... Seguia aquella luz alumbrando en su alma, y á su reflejo parecióle contemplarse á sí misma por fuera de sí misma, como debia de contemplarla el mundo entero, como debia de contemplarla el desconocido Pedro Fernandez, sentada en aquel pescante al lado de Jacobo... Instintivamente miró á éste, y por primera vez en la vida, parecióle lo que no le habia parecido nunca: le pareció un cómplice.

Rodaba ya el coche por las calles de Villarreal, atravesó el puente que separa á esta villa de Zumárraga, y se detuvo frente á la estacion, entre varias diligencias y coches desenganchados, á la puerta de una conocida fonda, cuyo extenso comedor se abre á la plaza misma, en la planta baja. Apeáronse todos: las damas pidieron un cuarto para arreglarse un poco; los caballeros tiraron cada cual por un lado; Tom Sickles y el prusiano recogieron el *mail-coach* y los caballos en una cochera próxima, para conducirlos á

Madrid en el correo del dia siguiente: faltaba para la llegada del tren, una hora larga.

El tio Frasquito, cepillado ya, limpio y resplandeciente, con sus finísimos guantes de piel de Suecia en una mano, y un ligero *cabas* de Leopoldina Pastor en la otra, entró en el comedor y pidió un refresco de grosella... No llegó á tomarlo: una muchacha de las del servicio apareció dando gritos, sin poder articular, haciendo gestos desesperados de que la siguiese... En un pasadizo, cerca de la cocina, frente á una puerta entreabierta, estaba Diógenes tendido boca arriba, con los brazos en cruz, doblada una pierna, revestido el semblante de una palidez cadavérica, sobre la que se destacaban sus rojas manchas granujientas, amoratadas entónces, casi negras: parecia muerto.

El tio Frasquito dió un chillido y echó á correr, llamando á voces á Jacobo y á Gorito: acudieron todos los de la fonda, y llegó tambien Jacobo, mirando el reloj con gesto de grande enfado.

—¡Hasta para morirse es importuno!—dijo al verse frente á Diógenes.

Llevábanle ya dos robustos mocetones,

hijos del dueño de la fonda, y pusiéronle en la cama de un cuarto del primer piso. Llegó el médico á toda prisa, llamado poco ántes, y al saber la caida de por la mañana y despues de reconocerle, hizo un siniestro pronóstico: aquello era un ataque cerebral, efecto de la caida, y si volvia en sí del primero, no tardaria en sucumbir al segundo.

Las damas muy sobrecogidas, no se atrevian á salir del cuarto, y mucho ménos á ver al enfermo. María Valdivieso, con profunda compasion, preguntó si se habia puesto muy feo. Leopoldina, con pesar no fingido, gimoteaba ruidosamente. De pronto dijo:

—¿Si traerá el pobrecito dinero?...

Acercóse mientras tanto el fondista á Jacobo, y pidióle órdenes; mas éste, encogiéndose de hombros con estudiada indiferencia, díjole que ni él ni ninguno de sus compañeros tenian nada que ver con aquel hombre; que era un amigo, un mero conocido que en Biarritz se les habia colocado en el coche sin que nadie le llamara, y que ni podia responder de él, ni mucho ménos dar órdenes. La hora del tren se aproximaba, y decididos todos á partir, despues de una ligera discusion

en que triunfó el más cruel egoismo, pusiéronse en marcha. Leopoldina, muy desasosegada, suplicó entónces á Currita que dejase por lo ménos al cuidado de aquel infeliz, á Fritz, su lacayo prusiano. Currita le contestó:

—Si quiere quedarse esta noche, no tengo inconveniente... Será una mala noche que pase á su cuenta... Pero lo que es mañana, tendrá que marcharse en el correo: Tom no puede ir solo á Madrid con los seis caballos.

Fuése entónces Leopoldina al fondista y díjole con grande ahinco.

—Yo no sé si ese pobrecito traerá dinero... Si no lo trae, todo cuanto pueda necesitar, me lo pone V. en cuenta... Soy hermana del general Pastor, y mis señas son estas.

Y se las dió apuntadas con mucho primor en una tarjeta: acercóse tambien el tio Frasquito, y suplicóle encarecidamente que no bien muriese aquel infeliz, se lo avisase al punto por telégrafo: dióle entónces su nombre y señas, y el importe del telegrama, una peseta.

A las nueve de la noche pareció el enfermo experimentar gran fatiga, y asustado el

dueño de la fonda, mandó llamar al cura párroco para que le administrase los Santos oleos. Pasó, sin embargo, la crísis, y ya cerca de las doce, abrió Diógenes los ojos, y vió delante de sí al fondista, un hombre gordo, alto, completamente afeitado, sin corbata, calada la boina, y el chaqueton largo, tipo característico del guipuzcoano del pueblo acomodado. Tardó algun tiempo el enfermo en coordinar sus ideas, y dióse al fin cuenta de algo de lo que le estaba pasando: un pensamiento para él muy pavoroso, acudió el primero á su mente... Con voz quebrantada, agonizante, que dejaba sin embargo traslucir todas las agonías del terror, las inflexiones de la súplica, las ansias de la incertidumbre, dijo muy bajo:

—¿Me llevarán al hospital?...

Miróle el fondista extrañado, con ira casi, y contestó con toda la brusca hombría de bien, del genuino guipuzcoano.

—¡Quite V. caballero, allá!...—¿Usar eso en Guipúzcoa?... ¡Nunca!...

Diógenes dió un suspiro de descanso, y se echó á llorar.





II

DIÓGENES no se dió cuenta de haber recibido la Extremauncion, y tranquilo en parte con la respuesta del fondista, comenzaron á abrirse paso otros pensamientos, entre las espesas nieblas que envolvian su mente... Mas un sopor pesadísimo, un letargo profundo que tenia ya dejos de la muerte, avasallaba á veces todo su ser, y esparcia acá y allá aquellas ideas que se afanaba por coordinar, apareciendo éstas entónces como imperceptibles puntos luminosos flotando en una inmensa bruma, alejándose lentamente, apagándose poco á poco todos ellos hasta quedar uno solo, que ora se le presentaba

desconsolador como la candela de la agonía, ora triste como el cirio que arde ante un muerto, ora terrible como un resplandor de las llamas del infierno: ¡era la idea de morir, acompañada y rodeada de la incertidumbre de lo eterno!...

Crecia á veces el letargo, y apagaba tambien aquella luz pavorosa, pero al fin y al cabo luz, y al verse á oscuras Diógenes, al sentirse caer en aquel sueño que le parecia el último, en aquella sombra negra en que se perdia la mirada, y en aquel silencio siniestro en que se perdia la voz, clavaba las uñas en las sábanas y las hacia jirones, como si se agarrase desesperadamente al borde de la fosa en que le hubieran de enterrar... Y despertaba, despertaba no bien habia pegado los ojos, como si algun importuno le empujara de improviso, con pesadillas horribles en que los más ligeros ruidos tomaban proporciones colosales, pareciéndole el rumor del tren el de una catarata de bronce fundido que se despeñase en sus orejas; el de los cascabeles de un coche, redobles de mil tambores golpeando en sus propios tímpanos; el chirrido peculiar de las carretas vascongadas, el *soñua*

que avisa al casero vasco en las revueltas del camino, un ruido del infierno, que por diábolico prodigio se encarnase en una sierra candente, y le dividiera la masa de los sesos mitad por mitad... Así pasó la noche: un poco ántes del alba desapareció el sopor, huyó el letargo con sus pesadillas, y un sueño tranquilo le adormeció entre sus brazos más de dos horas. Un ruido acompasado que hacia mal á su cabeza y resonaba como un eco amigo en su corazon, despertóle entónces: era la campana de la iglesia que tocaba á misa.

Diógenes abrió los ojos y le pareció encontrarse mucho mejor; incorporóse un poco y creyó hallarse bien del todo: su cabeza estaba despejada, sus miembros débiles, pero ágiles; hasta le pareció sentir un poco de hambre, hasta le ocurrió pedir para desayunarse una gran copa de ginebra con su par de terrones de azúcar. Miró en torno suyo: chisporroteaba una lamparilla sobre la mesa, una mujer de edad madura roncaba desapaciblemente al pié de la cama, en un gran butacon, y por las rendijas de las dos ventanas, cerradas ambas, entraban discretos rayos de

luz, cual si el nuevo dia se adelantase de puntillas y sonriendo, á dar la enhorabuena al enfermo. Sentóse éste en la cama alegremente sorprendido, y recobrando con la vida su humor chancero, tiróle á la mujer lo primero que halló á mano, una almohada, soltando un gran grito, un—¡polaina!—formidable, que la hizo saltar en el sillon despavorida, murmurando algunas palabras en vascuence.

Mandóle entónces abrir de par en par las dobles puertas de ambas ventanas, y la luz entró á torrentes y el aire fresco á raudales, jugueton como un niño, acariciando los blancos cabellos del enfermo, trayéndole como un nietecillo cariñoso sus presentes, el olor á búcaro de la tierra cubierta de rocío, el sano perfume de las montañas, el alegre trinar de los pájaros, el solemne acento de la campana de la iglesia, que parecia repetir en su oido como una amorosa voz de lo alto:—¡Ven! ¡Ven!...—¡Qué necios temores los suyos! ¡Qué espantos tan ridículos los de la noche!... ¡Morir! ¿Quién piensa en morir cuando nace el dia, y sube el sol por el azul de un cielo tan bello, y se divisan á lo léjos las

montañas verdes, floridas, doradas por resplandores tan alegres y risueños?...

Entró á poco el médico acompañado del fondista, y Diógenes los recibió chanceándose con el primero, dirigiendo al segundo cariñosos gruñidos, expresivas miradas de sus ojos inyectados en sangre, que no carecian de ternura, é iban á demostrar la gratitud que le inspiraba su caritativa conducta. Mas el médico, registrándole cuidadosamente, haciéndole un sin fin de preguntas á que Diógenes contestaba entre mohino y risueño, levantóle los párpados que encubrian á medias dos pupilas dilatadas y sanguinolentas, faltas de convergencia, y meneó la cabeza siniestramente... El primer ataque habia pasado, pero ya estaban allí los síntomas del segundo, y era imposible que aquella naturaleza alcoholizada por completo, pudiera resistir á su tremendo empuje. Cruzó entónces con el fondista algunas palabras en vascuence, que escuchaba Diógenes mirando á uno y otro, lleno de inquietud, y de repente, sin paliativos ni preámbulos, díjole con rudeza campesina, que la muerte se aproximaba sin remedio, y érale necesario aprovechar aquellos

momentos lucidos que el mal le concedia, para arreglar sus negocios con los hombres y saldar sus cuentas con Dios.

El golpe fué cruel, porque al oirle Diógenes sintió que le arrancaban de allá muy hondo, algo que era la esperanza de la vida, la más arraigada de todas las esperanzas por ser la última, que no se arranca nunca sin llevarse detrás lágrimas de los ojos y sangre del corazon... Cególe un movimiento feroz de ira, porque nada hay más ilógico que el terror, y pareciéndole aquello un robo descarado que venian á hacerle, revolvióse furioso contra el médico como si fuese él quien pretendiera hacerle el hurto, y arrojóle á la cara cuantas injurias y obscenidades encontraron en la sentina de su alma, la cólera y el horror... Asustados y sorprendidos el médico y el fondista, retiráronse al punto, dejando á Diógenes solo, revolcándose furioso, comprendiendo por la postracion y la angustia que le embargaron al punto tras su arrebato, que el médico no exageraba ni mentia, que la muerte se aproximaba en efecto, y que era forzoso condenarse ó capitular...

Créese con razon que nada hay tan horri-

ble, como sondear la conciencia de un pecador endurecido en el trance de la muerte: supónense tras aquel rostro lívido y desencajado, luchas aterradoras que sostienen el imperio del mal y la mocion del bien, fantasmas pavorosos que se levantan en la conciencia, combates encarnizados que traban en torno de aquella alma empedernida, el ángel del arrepentimiento y el demonio de la impenitencia. Horrible es esto; pero hay allí lucha, y donde hay lucha, hay siempre una esperanza, una probabilidad de vencer... Por eso, sobrepuja á este horror aquel otro horror que suele encontrarse tras aquellas pupilas vidriosas, aterradoras en esos momentos cual la puerta siniestra ante la cual se sintió Dante desfallecer y vacilar: el marasmo, la quietud horrible de un alma que se hunde poco á poco en lo eterno, dándose cuenta de ello, pero sin que crucen por su mente más que ideas triviales, bagatelas con que procura distraerse y divertirse ocultándose á sí propia el abismo, hasta que la muerte descarga de súbito la guadaña, y despierta de improviso aherrojada ya en lo profundo del infierno. ¡Letargo letal, pendiente horrible que sin

un prodigio de la divina gracia, va á parar derecha en la condenacion eterna!...

Este fué el estado de Diógenes al quedarse solo, y rabioso y fatigado se dejó caer en las almohadas, volviéndose de cara para la pared. El pensamiento del infierno cruzó el primero su mente, mas se distrajo en seguida mirando el feísimo papel verduzco que tapizaba las paredes, cruzado de arriba abajo por guirnaldas de flores, entre las cuales se entrelazaban largas ristras de micos, que subian hasta el techo en actitudes grotescas, dándose todos las manos: pareciéronle diablillos aquellos feos animalejos, y púsose á contarlos uno á uno, haciendo para seguirlos esfuerzos increibles con la vista, y contando en todo lo que con ella abarcaba, más de quinientos veinte...

La mujer que habia velado durante la noche estaba allí, sentada en un rincon haciendo calceta: llamáronla desde fuera un momento, y Diógenes pensó entónces que tambien á él le llamaban á dar cuenta, y encontró al punto la respuesta en uno de sus mil cuentos chocarreros, que le puso delante la memoria. Confesábase un gitano, ladron em-

pedernido, y díjole el Cura: ¿Qué harias, infeliz, si el Juez Supremo te llamara ahora á juicio?—¿Pues qué habia de jacer?... ¡No dir!...

—¡No ir!... ¡No ir!—repetia Diógenes, y púsose á combinar al punto un fantástico viaje de huida, en que se le figuraba subir al coche que acababa de parar en la puerta, cuyos sonoros cascabeles llegaban á su oido taladrándole la cabeza, y correr á escape á San Sebastian, y embarcarse allí para el fin del mundo, huyendo como Cain de aquel Juez que le perseguia, dando vueltas por la tierra, vueltas y más vueltas, que vinieron por fin á marearle, produciéndole bascas terribles, entre las que creyó ver asomar ya la guadaña de la muerte... ¡La muerte! Aquel maldito despertador que estaba sobre la mesa se la recordaba de continuo, pareciéndole que al compás de su siniestro tic-tac regulaba su paso, rapidísimo como nunca, y lleno de ira, mandó á la mujer que lo parase; mas entendió ésta que queria verlo para enterarse sin duda de la hora que apuntaba, y apresuróse á llevárselo... Diógenes, arrancándoselo de la mano con un arrebato feroz

de rabia, estrellólo contra la pared de enfrente, haciéndolo trizas.

Mientras tanto, enviábale el cielo un auxilio inesperado, en aquel mismo coche en que su desasosegada imaginacion fantaseaba huir del Juez Supremo: en él volvia de Zaldivar, cuyas aguas medicinales tomaba todos los años, la Marquesa de Villasis, con su nieta Monina, el aya de ésta, una doncella, un mayordomo viejo que la acompañaba en todos sus viajes, y un criado antiguo que venia en el pescante: era su idea alcanzar el sur-expreso que pasa por Zumárraga á las dos y media, y estar en Madrid aquella noche misma. Trabó al punto conversacion el fondista con D. Federico el mayordomo, y preocupado con la estancia de Diógenes en la fonda, contóle su percance y sus apuros. Sorprendido el viejo apresuróse á dar á la Marquesa aquella nueva que tanto habia de interesarla, y ésta, profundamente conmovida, quiso al punto ver al moribundo: reflexionando, sin embargo, un momento, y deseosa de ir sobre seguro, hizo llamar al fondista para conocer ántes en todos sus detalles, aquella triste aventura cuyo fúnebre desenlace esta-

ba ya á la vista. Mas no bien supo que el médico no garantía la vida del enfermo más allá de la media noche, creyó saber bastante y dió al punto á D. Federico la órden de suspender el viaje, y pedir cuartos para todos, allí mismo en la fonda. Entróse en seguida en el despacho mismo del fondista, y escribió rápidamente al superior de Loyola, pidiéndole que enviase un Padre á toda prisa para auxiliar á un moribundo, cuyo nombre y condicion le manifestaba en la carta: un propio á caballo partió al galope á llevar ésta, y una hora despues estaba ya entregada.

La Marquesa pensó entónces en ver al enfermo; mas ántes, temerosa de que su presencia repentina pudiera causarle alguna emocion violenta, pidió al fondista que fuese á anunciarle poco á poco su llegada. Subieron ambos hasta la misma puerta que se abria á un corredor, y el fondista asomó por ella tímidamente la cabeza. Diógenes, muy postrado, con la repugnante cabezota hundida en las almohadas, tendidos ambos brazos sobre la colcha, y arrollando entre las manos las sábanas sin notarlo, comenzaba á sentir de

nuevo aquel horrible sopor, aquel letargo siniestro que le habia atormentado la noche ántes... Adelantóse el fondista unos pasos, dejando la puerta entreabierta, y díjole en voz alta:

—Señor... señor...—Aquí tiene visita...

Torció Diógenes un poco la cabeza, y balbuceó con ira:

—¿Visita?...—¿Quién?... ¿El enterrador?... ¡Polaina!... ¡Que aguarde!...

—Es una señora...

—¿Una señora?...—¡Polaina!...

Y soltó una atrocidad, una indecencia que aturdió por completo al fondista é hizo enrojecer á la Marquesa detrás de la puerta, con ese santo rubor que realza tantas veces á los fuertes y castos ángeles de la caridad que sirven en los hospitales, sin asustarles por eso, ni hacerles huir de la cabecera de ciertos enfermos. El fondista, muy turbado, quiso terminar de un golpe, diciendo:

—Es la señora Marquesa de Villasis.

Diógenes dió una gran voz, un grito doloroso como si acabara de pronunciar una blasfemia; quiso arrojarse de la cama, incorporarse siquiera, y le faltaron las fuerzas, cayendo

pesadamente, levantando los brazos, agitando las manos, lanzando bramidos ininteligibles, extraños balbuceos que parecian retratar la emocion de una fiera agonizando en su caverna. La Marquesa se adelantó entónces, y sin asco ni temor, apretó entre las dos suyas aquellas manos sudorosas.

—¡María!... ¡María!...—clamaba Diógenes.

—¿Qué es eso, Perico?... ¿Qué es eso, hombre?—decia ella dulcemente, inclinando su rostro lleno de lágrimas sobre el desencajado del viejo.

—¡Me muero, María!...—¡Me muero!... Te salistes con la tuya... No es en el hospital, pero es de caridad... En la fonda.

—¿Y qué importa?...—Más cerca del cielo está la cama de un hospital que la de un palacio.

Diógenes calló sollozando, y la Marquesa fué á dar otro paso adelante; mas el moribundo, sin dejar de sollozar, preguntó entónces:

—¿Y Monina?...

—Abajo está...—¿Quiéres verla?...

—¡Sí!... sí quiero...—¡Angelito!... Le daré un beso... ¿verdad?... ¿Me dejas?... ¡Será el último, María!... ¡Le besaré el zapatito... nada

más que el zapatito!... Anda, por Dios te lo pido; déjame... Si no le dará asco...

La Marquesa, conmovida hasta lo sumo, pareció tener entónces una inspiracion repentina: desprendió sus manos de las de Diógenes que se las sujetaba fuertemente, y dijo:

—Espera un poco...—Voy á traértela.

Fuera ya de la estancia enjugóse precipitadamente las lágrimas para no asustar á Monina, y sentando á ésta en sus rodillas, púsose á explicarle muy bajo y con gran vehemencia, algo que debia de ser importante... Escuchábala la niña con los ojos muy abiertos, con ese aire de atencion profunda que revela á veces en los niños un instinto superior á sus años, para adivinar lo peligroso ó lo terrible: cuando cesó de hablar su abuela, dijo que sí con la cabeza... Besóla ésta en la frente con amor inmenso, y volvió á repetirle con gran cuidado lo que ántes le habia dicho, recalcando mucho algunas frases: Monina, sin decir palabra, volvió á decir que sí con la cabeza. Tomóla entónces la dama de la mano, y entró con ella en el cuarto de Diógenes; púsola sobre la cama sin decir palabra, y salió de la estancia cerrando la puerta.

¿Qué sucedió entónces?... ¿Comprendió realmente aquel ángel de seis años, el encargo de su abuela? ¿Habló por su inocente boca el ángel de la guarda de Diógenes?... Es lo cierto que la niña, sin asustarse de aquella horrible cabeza desgreñada, en que se pintaba ya la agonía de la muerte, sin mostrar repugnancia al asqueroso vaho que exhalaba el sudor del enfermo, hundió sus rosadas manitas en las blancas patillas del viejo, y tirando de ellas á medida que hablaba, segun su antigua costumbre, díjole muy bajo, poniendo sobre el oido de él su roja boquita.

—Teno bizcochos de Mendaro, y te daré uno... Y no me traiste la muñeca que dicia papá y mamá; pero mamá abuela me compró un niño lloron grande, grande... Y dice mamá abuela que te vas á morí, y si quieres confesá... Y yo rezaré por ti, cuando rece por mi papá, y por mi mamá y por el abuelito, que están en el cielo... Y yo iré tambien... ¿Tú quieres i?... ¡Pues confiesa!...

Y Monina, cumplida su mision, dióle un beso en la frente, escurrióse de la cama y echó á correr hacia la puerta. Diógenes lan-

zó tal sollozo que pareció romperse su pecho, como si le estallara el corazon dentro: crujió la cama á los violentos impulsos de su cuerpo, y agitando los brazos en alto, balbuceaba con la lengua cada vez más torpe.

—¡Quiero!... ¡Quiero!... ¡Quiero confesar!... ¡María... María!... ¿Oyes lo que dice la niña?... ¡Quiero confesar!... ¿Pero con quién... con quién?... ¿Quién me confiesa á mí, Dios mio?... ¿Dónde hay espuerta tan sucia que reciba mis pecados?... ¡Soy un infame, un perverso!... ¡Me pesa, Dios mio, me pesa!...

Y con ambos puños cerrados se daba terribles golpes en el pecho, que retumbaban en todo el aposento y le hacian toser horriblemente, y le produjeron á poco un ligero vómito de sangre... Monina, falta ya de valor al verse del lado de allá de la puerta, agarrábase con los labios blancos á las faldas de su aya, preguntando muy bajito:

—¿Se ha morido ya?...

Mientras tanto, procuraba la Marquesa sosegar á Diógenes, diciéndole que habia mandado á toda prisa á Loyola por un Padre jesuita, que debia de llegar de un momento á otro. Diógenes exclamó:

—Con ellos me eduqué...—Pero no lo digo nunca... ¡Los deshonro!...

Aquella emocion violentísima parecia haber despejado las facultades del enfermo, mas su físico resentíase de ella, y veíasele perder fuerzas por momentos. La Marquesa pidió un crucifijo, y poniéndoselo delante, díjole que hiciera ante él exámen de conciencia, en tanto que llegaba el Padre: tomólo Diógenes con ambas manos, y besólo devotamente; mas dejólo caer á poco sobre la colcha, llorando desconsolado.

—¡Si no sé, María...—Si no me acuerdo!...

—No te apures, hombre;—yo te enseñaré en un momento...

Y púsose con gran cariño á explicarle el modo de hacer exámen de conciencia, escuchándola Diógenes atentamente, mirando á veces el crucifijo. Cuando la Marquesa cesó de hablar, díjola él con sencillez de niño:

—Se me va á escapar algo... Lo mejor será que te lo diga á ti todo... y tú se lo dices luego al Padre... y entre los dos ven si falta algo...

—¡No hombre, si no es preciso,—replicó la Marquesa sin poder contener una son-

risa. Piensa tú ahora, y luego el Padre te ayudará.

Largo rato permaneció Diógenes silencioso, sosteniendo con ambas manos el crucifijo, fijos en él los ojos. A veces levantaba su pecho el temblor de un sollozo, y lágrimas abundantes corrian por sus mejillas: besaba entónces los pies del Cristo, entornaba los párpados y parecia rezar... La Marquesa habíase sentado á los pies de la cama, en el gran butacon, y rezaba el rosario. Sonaron los cascabeles de un coche, y la dama hizo un movimiento para levantarse.

Diógenes abrió los ojos muy azorado.

—María...—¿Te vas?...

—No...—Iba á ver si llegaba el Padre.

—¿Pero no te irás?...

—No, hombre, descuida; no me voy...

—¿Estarás aquí hasta que muera?...

—Hasta que mueras estaré,—replicó ella dulcemente.

Diógenes cerró los ojos, sosegado y tranquilo, como el niño que duerme á la vista de su madre... Al cabo de un gran rato, dijo:

—María...—no me acuerdo del Credo...

¿Cómo era aquello?... *Subió á los cielos, y está sentado*... ¿Dónde está sentado?...

—*A la diestra de Dios Padre,*—dijo sonriendo la Marquesa.

—*Todo poderoso,*—prosiguió Diógenes; y terminó lentamente y en alta voz el símbolo de la fe, besando luego con grande afecto el crucifijo.

Entreabrióse á poco la puerta, y asomó la cabeza el fondista, diciendo que dos Padres de Loyola habian llegado. La Marquesa quiso levantarse para salir á su encuentro; mas Diógenes, con gran sobresalto, apresuróse á decir:

—¡María... no te vayas!...—Que entren ellos... ¿Para qué has de ir tú?...

Abrióse entónces la puerta para dar paso á una extraña figura, que sorprendió á la Marquesa é hizo á Diógenes echarse atrás en la almohada, al verla adelantarse hacia él extendiendo los brazos: hubiérase dicho que la muerte en persona, cubierta con la sotana de un jesuita, se presentaba en el aposento. Era un viejo alto y descarnado, hasta el punto de traslucirse todos sus huesos: traia una vieja sotana ceñida á la cintura por un orillo

de que pendia un rosario, y escapábanse de su gran becoquin largos mechones blancos. Andaba lentamente, tambaleándose, con las manos extendidas como si temiese tropezar, porque estaba medio ciego, y así llegó sin ver á la Marquesa hasta el lecho de Diógenes, y allí comenzó á palpar hasta tropezar con una mano de éste: entónces, con sonrisa de niño que contrastaba con sus cabellos blancos, con voz cascada, pero dulce, que el asma atroz que padecia tornaba un poco premiosa, dijo muy bajo:

—¡Perico... Periquito... hijo mio!...—Soy yo... ¿No me conoces?...

Asombrado Diógenes miraba aquella extraña aparicion, sin acertar á decir palabra, é interrogaba con la vista, ora á la Marquesa, ora á otro Padre más jóven que tras el viejo habia entrado: éste añadió:

—Soy el P. Mateu... tu inspector del Colegio de Nobles... ¿Te acuerdas?...

—¡Sí!... ¡Sí me acuerdo!—exclamó Diógenes con una gran voz, estrechando entre las suyas, sin soltar el crucifijo, aquella mano helada de esqueleto, que llevó con gran vehemencia á sus labios.

El viejo, con su serena sonrisa de niño, volvió el rostro hacia su compañero, diciendo con satisfaccion íntima:

—¡Se acuerda... se acuerda!...—¡Bien lo decia yo!... Sí por cierto!...

—¡Sí que me acuerdo!—repetia Diógenes con grande ahinco... Usted fué muy bueno para mí, y me queria ¡oh sí! me queria mucho... y me enseñó á rezar el *Bendita sea tu pureza*, y luego las tres Ave Marías... que decia V. alcanzaban de la Vírgen misericordia...

—Y lo digo, Perico, lo digo,—repuso gravemente el viejo. La alcanzan, sí por cierto... Y en ti mismo lo ves ahora... porque tú las habrás rezado...

—¡Sí, Padre, sí!...—siempre, siempre... Y se las enseñé á Monina... Ni una noche las dejé; aunque hubiese...

El viejo le atajó con gran viveza la palabra:

—¿Lo ves?...—¿Lo ves como la Vírgen nuestra Señora te concedió la misericordia?... Yo se lo pedia, se lo pedia,—y sin dejar de sonreir cruzaba las manos y las levantaba mirando al cielo con expresion beatífica—por-

que me dijo Miguelito Tacon, hace algun tiempo, cuando lo vi en Cuba de capitan general, el año treinta y cinco, que andabas... vamos... un poco alegre... ¡Y mira que buena fué nuestra Madre!... Porque lo viese yo, me ha conservado ochenta y seis años, Perico, ochenta y seis años!... Sí por cierto...

Diógenes, cada vez más postrado, lloraba en silencio: el viejo, buscando á tientas la mano del enfermo, añadió apretándosela con todas sus escasas fuerzas:

—Porque tú querrás que yo lo vea...—¿No es verdad, Perico?... Querrás confesarte...

—¡Sí, Padre... sí quiero!... Con V.... Ahora mismo! —exclamó Diógenes tendiendo los brazos hacia él, como un niño que llama á su madre.

Y el otro viejo, sin dejar de sonreir, pero rompiendo tambien á llorar, se arrojó en ellos murmurando:

—¡Ochenta y seis años!...—¡Ochenta y seis años esperándote!...

Mientras tanto, la Marquesa de Villasis y el otro Padre habíanse salido del cuarto, y aquel explicaba á la dama la historia del viejo. El P. Mateu habia conocido á Dióge-

nes muy pequeñito, en el Colegio de Nobles, y enterado de que se hallaba moribundo en Zumárraga, pidió permiso al Superior para ir á auxiliarle: negóselo éste, temeroso de que en su edad avanzadísima le costara aquella obra de caridad la propia vida; mas el anciano instóle con tanto afan, suplicóle con tal ahinco, asegurándole con conviccion tan profunda que Dios le habia conservado ochenta y seis años sólo para aquello, que el Superior no pudo ménos de darle gusto.

A través de la puerta cerrada oíanse á veces los sollozos de Diógenes, y escuchábanse otras los gritos de horror que él mismo se inspiraba á sí mismo, seguidos del llanto de la contricion, desolado, abundante, pero dulce y sin amargura, como lo es el de todo dolor que se apoya en la fe y en la esperanza. Sonó al cabo de una hora una campanilla dentro del cuarto, y la Marquesa y el otro jesuita, se apresuraron á entrar... El P. Mateu estaba sentado á la cabecera del lecho, extenuado y jadeante, como si en aquella hora escasa hubiera perdido el corto resto de fuerzas que le quedaba. Dos hilos de lágri-

mas que iban á perderse en sus blancas patillas brotaban de los ojos de Diógenes: con una leve señal llamó á la Marquesa, y díjole al oido con sencilla expresion de gozo inefable:

—Dice el P. Mateu... que Dios me ha perdonado...

Y luego, con el profundo desprecio del pecador que se considera á sí mismo, con la cristiana humildad del hombre que se ve á dos pasos de convertirse en tierra, añadió muy bajo, como si fuera su voz un débil quejido, queriendo y no pudiendo levantar una mano para golpearse el pecho:

—¡A mí!...—¡A mí!...

Hizo entónces el otro jesuita que el P. Mateu se volviese á Loyola ántes que cerrase la noche, acompañándole D. Federico en el coche que esperaba, y los dos ancianos, los dos moribundos, separáronse sin pesar, como dos amigos que en el dintel de un palacio en que han de entrar por puertas distintas, se estrechan la mano diciéndose: ¡Hasta luego!...

Pensóse entónces en traer el Santo Viático al enfermo, y éste acogió la noticia entor-

nando los ojos con humildad profunda, diciendo siempre.

—¡A mí!...—¡A mí!...

De allí á poco vióle la Marquesa agitarse mucho, gemir profundamente, revolver los ojos azorado: acercóse á él... Habíasele olvidado un pecado muy gordo, muy gordo... y ántes que tuviera tiempo la dama de llamar al Padre, decíale ya él con gran trabajo:

—Yo... por divertirme... por fastidiarle... escribia todos los dias una carta á Frasquito... diciéndole ¡Mentecato!... ¡Cuatro meses le escribí!... Cuando Jacobo volvió de Italia, dejé de hacerlo... Me lo pidió él: decia que le interesaba... Tú le pedirás perdon á Frasquito... ¡Me pesa!... ¡Me pesa!...

Llegó el Viático, y recibiólo el enfermo con muchas lágrimas, y cierta especie de pavor afectuoso y humilde, que le hacia repetir de continuo.

—¡A mí!...—¡A mí!...

Entónces pidió la Extremauncion, y dijéronle que ya la habia recibido la víspera; mas él, con gran sencillez, quiso recibirla de nuevo.

—Si no me enteré, decia...—Que me la den otra vez: así iré más limpio.

A las siete hallábase áun bastante entero, y dando una gran voz de repente, llamó á Monina... La Marquesa hizo traer á la niña, y púsola como por la mañana, frente á él, encima del lecho: la inocente criatura agarrábase asustada al cuello de su abuela, y miraba al enfermo con los ojos muy abiertos, sorprendida y silenciosa, sin atreverse á llorar. El moribundo quiso levantar una mano y no pudo; miró á la niña con ternura inmensa, y haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

—Yo te enseñé... *Bendita sea tu pureza...* Dilo.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, y su pechito se comenzó á estremecer como el de un pájaro asustado: su abuela le dijo al oido:

—Dilo, hija mia...—Si lo sabes tú; dilo...

La niña cruzó sus manitas y comenzó su oracion, repitiéndola Diógenes en voz baja, muy lenta, con cierta especie de solemnidad augusta, que recordaba las notas de un órgano acompañando el canto de un ángel:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tu graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Vírgen Sagrada María,
Yo te ofrezco en este dia,
Alma, vida y corazon.
Mírame con compasion...

Apagóse aquí la voz de Diógenes, y oyóse tan solo la temblorosa vocecita de Monina, que por un feliz error ó por una inspiracion del cielo, equivocaba el último verso.

· ¡No *le* dejes, Madre mia!...

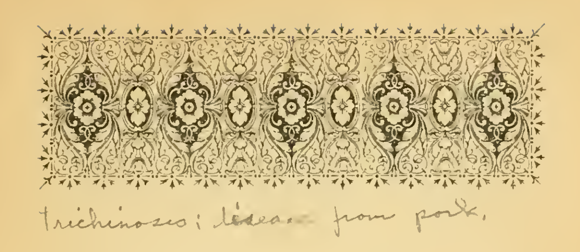
Diógenes ya no la oia: comenzaba entónces el estertor, y su angustioso resuello interrumpíase á veces por más de un minuto. Llevá-ronse á la niña: la Marquesa y el jesuita se arrodillaron, y comenzaron á rezar la recomendacion del alma: á las once ménos cuarto, sin ningun estremecimiento, sin verdadera agonía, sin soltar de las manos el crucifijo, abrió un poco la boca, y espiró...

A la otra mañana, cuando despues de la solemne Misa de *requiem* que hizo celebrar la Marquesa en Zumárraga, volvió el jesuita á Loyola, oyó que las campanas de la iglesia

tocaban tambien á muerto... Habia fallecido aquella noche el P. Mateu: encontráronle al amanecer, ya frio, tendido en su lecho. Tenia en las manos el rosario, y vagaba aún en sus labios su pura sonrisa de niño: sobre su frente, amarilla como el márfil antiguo, un nimbo de cabellos blancos realizaba el tipo más peregrino de belleza moral que puede fingirse el hombre. La inocencia con la cabeza blanca... (1).

(1) La muerte de este santo anciano, acaecida casi al mismo tiempo que la de la persona que auxiliaba, es un hecho rigorosamente histórico.





trichinosis: disease from pork.

III

MUCHOS y graves sucesos habian tenido lugar, desde que al terminar el libro anterior dejamos á Jacobo camino de Italia, hasta que hemos vuelto á encontrarle en la carretera de Guipúzcoa, guiando al lado de Currita el *mail-coach* con seis caballos. Y fué el primero, la aparicion de un extraño fenómeno á las puertas de Madrid, que vino á causar al Marqués de Villamelon un pavor tan grande, como no lo causó nunca Catilina á las puertas de Roma, ni Mahomet II á las de Constantinopla, ni Isabel la Cotólica á las de Granada, ni Guillermo I á las de París. ¡¡La trichina!!...

Aquello era un dolor y un horror: tener que renunciar con severidad israelítica al jamon extremeño rosado y aromático, y al salchichon de Génova matizado como un mosáico, ó exponerse á tragar el endiablado microbio, que el atribulado Fernandito seguia con la imaginacion en todas sus transformaciones, viéndole alargarse, alargarse hasta convertirse en ténia, y engordar, engordar luego hasta trocarse á costa de los jugos de su estómago, en una serpiente boa, igual á las que habia visto tragarse gallinas y conejos y áun cabritos, con la facilidad con que se tragaba él, una tras de otra, un barrililllo entero de aceitunas sevillanas.

Sucedia esto á los ocho ó diez dias de la repentina marcha de Jacobo, y entre aflicciones de espíritu, quebrantamientos de estómago y apreturas de entendimiento, recibió Villamelon una cariñosa carta de este tierno amigo, en que con prevision amorosísima y delicadeza exquisita, le enviaba una receta infalible contra la trichina, recogida de los labios mismos de los hermanos Tramponetti, fabricantes de embutidos en la salchichonesca Génova. La receta era bien sencilla: bas-

taba pasar tres veces por el hervor de agua ordinaria las carnes de cerdo y los utensilios en que hubieran éstas de cocinarse. Fernandito, creyéndose en posesion de un talisman precioso, corrió á dar la noticia á su cara esposa Currita, dispuesto á pasar por agua todos los jamones de su despensa, todas las cacerolas de su cocina, y todos los pinches de ella con el cocinero á la cabeza. ¡Y por qué no!... Dias ántes relataba un periódico que el emperador de Birmania habia mandado enterrar vivas á setecientas personas, para aplacar los espíritus diabólicos que habian esparcido por sus estados la viruela negra. ¿Por qué no habia él de hervir á un cocinero y tres pinches, para librar de la trichina á su persona y á la de sus deudos y amigos?

Currita recibió la noticia con frialdad aterradora, y negóse rotundamente á hacer uso de la receta, con cierta especie de rencorosa terquedad, impropia del caso; tambien ella habia recibido aquel dia carta cariñosa de Jacobo, fechada asimismo en Milan, hablándola vagamente de grandes peligros y grandes negocios, y prometiéndole con la fatua seguridad de quien presume ser esperado con ár-

sia, el gozo imponderable de su próximo regreso y la explicacion satisfactoria de su repentina marcha.

—¡Excelente amigo!—exclamaba Villamelon. Ahora mismo voy á contestarle dándole las gracias.

Currita abrió la boca con un gesto de ira como para decirle algo, y dominándose repentinamente la volvió á cerrar, diciendo á poco con su suavidad acostumbrada:

—Pues mira...—mándame la carta y le pondré yo cuatro letras; así me ahorro escribirle largo....

Media hora despues, presentábale un lacayo en una bandeja de plata la carta de Fernandito, y la dama, despues de leerla, hízola mil pedazos con extraños gestos de rabia... Otras dos cartas de Jacobo habian llegado en aquel mismo dia á la corte; una larga y enfática para el Marqués de Butron, llena de mentiras y enredos que sin engañar del todo al presuntuoso diplomático, hiciéronle comprender que léjos de emanciparse el jóven Telémaco de su tutela, la necesitaba más que nunca, y podia, por lo tanto, seguir explotándole en sus trabajos políticos. Habia

leido en *La Bruyère* y hecho suya, aquella sentencia muy comun entre políticos y no políticos, que despojaba él del tinte de finísima ironía con que su autor la escribe: «Aun los grandes y ministros mejor intencionados, necesitan tener á su lado bribones; su uso es muy delicado y se necesita saber manejarlos; pero hay ocasiones en que no pueden ser suplidos por otros. Honor, virtud, conciencia, cualidades siempre respetables y á menudo inútiles. ¿Qué quereis á veces que se haga con un hombre de bien?»

Era la otra carta, larga tambien, para el tio Frasquito, escrita con grandes visos de misterio, asegurándole haber conjurado el peligro á fuerza de astucia y de dinero, y prometiéndole la completa extirpacion del misterioso—¡Mentecato!—en cuanto llegara él á Madrid y pudiera comunicar á las logias las órdenes que de Italia llevaba. Firmaba esta carta con un nombre supuesto, no ponia en ella fecha ninguna, y encargábale mucho quemarla despues de leida, y aventar luego las cenizas. Hízolo así el tio Frasquito lleno de miedo, y creyendo ya poder aventurarse á salir con algunas precauciones, presentóse

aquella noche en casa de Currita, en el taller de las hilas, tosiendo lastimosamente, y ofreciendo á todas las damas caramelitos de rosa, único remedio para la *horrrrible* tos que le habia dejado el pertinaz *catarrrro.*

Currita no contestó á Jacobo, y extrañado éste tornó á escribirle, sin obtener tampoco respuesta. Alarmóse entónces el futuro ministro, y escribió á Butron pidiéndole categóricas explicaciones de aquel obstinado silencio, que le hacia sospechar en la dama algun resentimiento, peligroso siempre y funesto en aquellas circunstancias, en que la amistad íntima y la repleta caja de los consortes Villamelon, le eran de todo punto indispensables.

Con mesurado tono y severidad paterna contestó entónces el sabio Mentor al jóven Telémaco, enterándole del regalo hecho por Mlle. de Sirop á la *Kermesse*, del justo enojo de Currita al recibir aquel ultraje, que revelaba la traicion del amigo íntimo á quien tantos beneficios habia prodigado, y de la ferocidad con que las lenguas murmuradoras se habian echado sobre la aventura, comentándola y riéndola á mandíbula batiente. El se-

sudo Mentor, terminaba con protectora solicitud y paternal indulgencia: «Tu ligereza ha sido grande; pero inventa una disculpa, apresúrate á venir, y trataremos de arreglarlo.»

Jacobo no se hizo repetir el aviso, y cinco dias despues, el jóven Telémaco y el sabio Mentor se presentaban en el *boudoir*, es decir, abordaban á las playas de la isla de Ogigia, retiro encantador de la invulnerable Calipso... La escena debió de ser conmovedora; mas ninguna ninfa hizo traicion á la diosa, revelando lo que oyó ó pudo ver en la misteriosa gruta, é ignórase al presente cómo llegaron los tres personajes á la perfecta avenencia que todo Madrid pudo observar desde entónces entre ellos. Corrió, sin embargo, á los pocos dias por los periódicos la noticia de que el Marqués de Sabadell habia acusado de ladrona ante los tribunales á cierta aventurera francesa, llamada Mademoiselle de Sirop; súpose más tarde que ésta habia desaparecido, y murmuróse, por último, muy *sotto voce*, que el mismo Marqués, su acusador público, la tenia escondida en su casa: nadie pudo comprobar, sin embargo, la exactitud de este hecho inexplicable.

Las cosas quedaron, pues, como estaban un mes ántes, y tan sólo Jacobo pudo notar en Currita, con harto despecho suyo, esa extraña anomalía de la mujer, que consiste en mostrarse servilmente sumisa con el hombre que la oprime, y ferozmente tirana con el que se le somete: rasgo á la verdad poco noble, que hace comun San Ignacio de Loyola en su famoso libro de los *Ejercicios* al mismísimo demonio, con estas textuales palabras: «El enemigo se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado...» Mientras en sus relaciones íntimas con la dama se mostró Jacobo duro y despótico, imponiéndole en todo su voluntad como dueño, hallóla siempre dócil y sumisa, pronta á sacrificarse por él y á prestarle todos los homenajes, con la humildad del pobre que al quemar ante el ídolo su incienso, no espera ni pide otra recompensa que la satisfaccion de verlo aceptado. Mas cuando por las circunstancias que quedan referidas, tuvo Jacobo que humillarse á ella y mostrársele rendido y avasallado, crecióse Currita al punto, y sin disminuirle en nada su íntima confianza, ni cercenarle tampoco los continuos y siem-

pre indecorosos beneficios que le prodigaba, comenzó á dejarle sentir su yugo, á hacerle comprender que ella era allí la dueña absoluta, y á saciar su vanidad, primer elemento que en todos los actos de su vida y todos los sentimientos de su corazon entraba, presentándole á los ojos del mundo, vencido, sujeto y atado, como un hermoso rey prisionero, á las ruedas de su carro.

Por lo demás, nunca supo nadie lo que habia hecho Jacobo en Italia: guardóse él muy bien de decirlo, y con muchas y variadas mentiras explicó á todo el mundo los motivos de su ausencia, quedando esta nueva aventura envuelta en las nubes vagas é indecisas que habrá notado siempre el lector, así en las cosas como en el carácter de este histórico personaje.

Era, sin embargo, cierto que habia visitado en Caprera á Garibaldi, y confiádole una peregrina historia que explicaba por completo la desaparicion de los papeles, sin culpa de nadie por supuesto. Mas el viejo mamarracho, sin guardar siquiera memoria de aquello, encogióse de hombros al oirle, y seducido por la labia de Jacobo, ofrecióle cordial-

mente cartas comendaticias para los venerables de Milan y de España, que le pusieran á cubierto de todo recelo. Aceptólas Jacobo gozosísimo, creyendo ya con esto conjurado el peligro, y gastóse alegremente en excursiones por Italia todo su dinero, dejándose en la ruleta de Mónaco hasta el último céntimo del que habia sacado al tio Frasquito. Las noticias del sabio Mentor hiciéronle apresurar su vuelta á España, y engolfándose de nuevo á su regreso en su antigua vida ordinaria de crápula elegante y vagancia aristocrática, interrumpida á veces por solemnes intervalos políticos, quedáronsele en la gabeta las cartas de Garibaldi, pasósele el susto que le habia llevado á Italia, y en su imprevision natural de niño revoltoso, no volvió á acordarse de los masones, juzgando que tambien ellos le tendrian olvidado.

Mientras tanto, los trabajos alfonsinos tocaban á su término, y Jacobo, creyendo haber pagado á buen precio con la entrega de sus papeles el logro de sus ambiciones, importunaba de continuo á Butron y hacíase presente á todas horas en el centro de hombres políticos que dirigian los trabajos del

partido, en demanda de una cartera que jamás se le habia prometido en serio, pero que se le habia hecho siempre vislumbrar á lo léjos, como precio de su hurto, en los tiempos en que era la consigna, barrer para dentro. Mas habia llegado ya la hora de barrer para fuera, y el taimado Butron levantaba con disimulo la escoba, para sacudir al jóven Telémaco el primer escobazo, sin echar de ver que otra escoba más poderosa se levantaba tambien á su espalda, con la idea deliberada de ejecutar con él la misma maniobra. La estrategia de unos y otros era graciosa: comenzaban ya á organizarse las combinaciones ministeriales, y en todas ellas hacíase el papel delante de Butron y delante de Jacobo, de reservarles á uno y otro las ansiadas carteras; mas volvia la espalda el jóven Telémaco, y decian todos al prudente Mentor, y éste era el primero en afirmarlo, que era una temeridad, un descrédito para el partido, dar entrada en el futuro gabinete á un botarate, un loco sin decoro como Sabadell, y que la cartera que éste esperaba, habia de darse al Sr. Fernandez Gallego, hombre probo, orador famoso, capaz de desatascar un

carro cuanto más á un gobierno, con sólo hacer oir en las orejas del tiro, los rotundos períodos de su enérgica palabra.

Así quedaba convenido; mas tocábale la vez al respetable Butron de volver la espalda, y decíanse todos entónces que era una necedad, una pifia, desperdiciar una cartera en aquel pobre hombre, político mujeriego, que debia de contentarse á lo más con una plenipotenciaría, pudiendo emplearse aquélla, si no con honra, á lo ménos con provecho, en el Sr. D. Eusebio Diaz de la Laguna, pajarraco gordo en tiempo de Amadeo, que como acontece en todas las restauraciones, habíase pasado con armas y bagajes al bando alfonsino, en cuanto vislumbró en él la aurora del triunfo, ejecutando una de esas maniobras que en la farisaíca jerga de los hombres gubernamentales se llaman *cambios políticos*, debiendo de llamarse charranadas ó vilezas. Su entrada en el ministerio, habia de ser un poderoso puntal que marcase las tendencias tolerantes y olvidadizas de la política restauradora.

Al olfato finísimo del Sr. Pulido habian llegado todos estos apartes, y apresuróse á

notificarlos al amigo Pepe, temeroso de perder la deslumbradora proyeccion que sobre su persona y parentela, arrojaria la poltrona ministerial de éste. Entróse, pues, una mañana en casa del respetable Butron, nervioso y descompuesto, y con las falanges de su dedo índice ya desplegadas, y la frase sacramental—¡lo dije!—colgando de los labios, traspasó el misterioso biombo de nueve hojas, que servia de reducto en el despacho, á los secretos del diplomático. Allí estaba éste, sumido en profundas meditaciones, ante unos papeles que debian de encerrar altos secretos de Estado, de los cuales apartó los ojos tan sólo un segundo, para mirar al recien venido murmurando con aire distraido:

—¡Hola Pulidito!...

Mas Pulidito, alargando el inexorable dedo indicador cual si fuesen sus falanges elásticas, y agitándolo de arriba abajo con la fatal oscilacion de un péndulo acompasado, exclamó con temeroso acento:

—¿Lo ves, Pepe?...—¿Lo ves?... ¡Lo dije!... ¡Lo dije?...

—¿Qué?—replicó Butron con el aire re-

signado de quien se prepara á recibir un importuno chubasco.

—¿Qué?—repitió el Sr. Pulido en el mismo tono. Pues nada... ¡que te birlan la cartera, Pepe; que te la birlan!...

Y al compás de las oscilaciones de su dedo, comunicó al diplomático sus noticias alarmantes... El respetable Butron no se conmovió ni pizca. ¿Acaso era él bobo?... Al tanto estaba de todos aquellos manejos; pero callaba, callaba y hacia la vista gorda, porque tenia la seguridad—y su vanidad inmensa se la daba en efecto,—de que el futuro gabinete no podria prescindir de su persona y sus servicios... En cuanto á Sabadell era otra cuestion: habíase forjado ilusiones absurdas, que en el futuro órden de cosas era imposible realizar. Sabadell era un loco, un mentecato que habia prestado por carambola algunos servicios al partido, pero que no era de la madera de que la Restauracion habia de hacer sus ministros: hubiera podido serlo con un Prim ó con un Serrano; pero nunca con un Cánovas del Castillo y con un Butron.

Detúvose aquí el diplomático con solemne pausa, y añadió sentenciosamente:

—Todo árbol es madera;—pero el pino no es caoba... En mi opinion, ni Sabadell puede ser ministro, ni yo puedo dejar de serlo.

El dedo del Sr. Pulido comenzó á subir y bajar con riesgo manifiesto de descoyuntarse, cual si marcaran sus oscilaciones los grados de impaciencia de su dueño.

—¿Y crees tú, Pepe,—que el Sr. Cánovas del Castillo será de tu misma opinion?...

Miróle el diplomático con aire de lástima, y díjole al cabo:

—Mira, Pulidito, hijo mio,—cree que no soy del todo imbécil... Cánovas no da un paso sin contar ántes conmigo.

—¿Y ha contado contigo para proponer la candidatura del Sr. Diaz de la Laguna?...

Pasmóse interiormente el gran Robinson, porque ignoraba por completo que semejante candidatura se hubiera presentado; mas pareciéndole contrario á su decoro manifestar ignorancia, y cediendo á su hinchada vanidad, que le llevaba siempre á disfrazarlo todo con solemnes mentiras y enigmáticos conceptos, á fin de mantener en alza su crédito político, replicó imperturbable:

—Ha contado.

—Entónces...

—Entónces,—puedo asegurarte que el señor Laguna quedará siempre rana del pasado charco.

Y dando una gran palmada con su mano de Esaú extendida, sobre los papeles que tenia delante, dijo solemnemente, con cierto aire de reserva dignísima que indicó al Sr. Pulido, que tras el biombo de la mesa estaba el biombo de las cejas del diplomático, custodiando dentro de su frente arcanos misteriosos, que á él no le era dado penetrar.

—Mira, Pulidito,—dejemos ya eso... Los secretos mios, puedo confiarlos á un amigo; los ajenos, jamás... Para tu tranquilidad y tu gobierno, te diré, sin embargo, dos cosas... Primero, que anoche estuvo Antonio Cánovas conferenciando conmigo, en esa misma silla en que estás sentado, hasta las cuatro de la mañana...

Hizo el respetable Butron un alto para dejar saborear al Sr. Pulido la gordísima mentira, y prosiguió diciendo:

—Segunda...—que al despedirse Cánovas, me entregó este proyecto de tratado secreto con Alemania—y golpeaba los papeles que

tenia delante—y necesito para estudiarlo... tiempo y soledad...

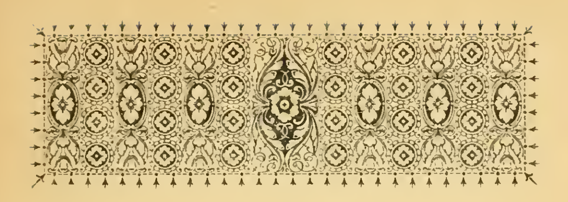
Quedóse tamañito el Sr. Pulido ante el perfil de perro dogo de Bismarck que las palabras del diplomático evocaban sobre la mesa, y comprendiendo que se le recordaba con aquel elegante giro, que el undécimo mandamiento de la ley de Dios es no estorbar, despidióse esta vez con el dedo índice muy plegadito, medrosico y esperanzado, mas no sin echar ántes una ojeada furtiva al proyecto de tratado secreto con Alemania, que la extendida mano del diplomático parecia proteger contra todo amago de curiosidad. Algo atisbó, sin embargo, que vino á despertarle la sospecha de que el tal proyecto de tratado secreto no era precisamente con el gobierno aleman, sino con la repostería de Lhardy, poderosa potencia gastronómica de la Carrera de San Jerónimo: entre los peludos dedos del diplomático, asomaba por una esquinita, la viñeta de las cuentas del célebre Emilio.

Mas no era el Sr. Pulido hombre que una vez puesto en la pista, retrocediese ante ningun peligro ni reparo: fuése, pues, derecho á

casa de Lhardy, y preguntóle si el Sr. Marqués de Butron tenia en su repostería alguna cuenta pendiente. Emilio, creyendo sin duda que aquel señor vendria á pagársela, díjole que tenia cuatro, de las cuales era la más antigua la del *buffet* de un baile, dado tres años ántes en honra de Currita, y que el dia anterior se las habia remitido todas juntas por centésima vez, sin haber logrado aún cobrar ninguna. Enderezóse entónces el dedo del Sr. Pulido con la fuerza de una catapulta, y atónito Emilio, oyóle exclamar dos veces:

—¡Lo dije!...—¡Lo dije!...





IV

AMANECIÓ por fin el dia 29 de Diciembre de 1874, y á las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el ministro de la Guerra, Serrano Bedoya, saltaba violentamente de la cama, como habia de saltar veinticuatro horas más tarde violentamente tambien, de la poltrona ministerial... Anunciábale un telegrama del gobernador militar de Sagunto, que el general Martinez Campos habia proclamado rey de España al príncipe Alfonso, en las Ventas de Puzol, al frente de la brigada Daban. Alborotóse el Gobierno, reunióse al punto Consejo extraordinario en el Ministerio de la Guerra, y tomóse por primera providencia

la de echar el guante al Sr. Cánovas del Castillo, y á otros muchos personajes de cuenta, entre los que se contaban el Sr. Pulido, el jóven Telémaco y el respetable Mentor: encerráronles por de pronto en el Saladero, con la santa intencion de enviarles más tarde, una vez sofocada la intentona, á tomar, camino de Filipinas, los saludables aires de mar. La cortesanía del Gobernador de Madrid, Sr. Moreno Benitez, proporcionóle horas despues mejor alojamiento, en el Gobierno civil; mas fuese pérfida íntriga de los amigos, ó cruel ensañamiento de los contrarios, es lo cierto que los tres compadres, Jacobo, Butron y Pulido, quedaron presos en el Saladero, pasando entre temores y sobresaltos todo el dia veinte y nueve y tambien el treinta, hasta que en la madrugada de éste, muy cerca ya del alba, abriéronse ante ellos las puertas de su prision, para cerrarse ante sus ojos la puerta de sus esperanzas... A las nueve y cuarto de aquella misma noche, hundido para siempre el gobierno de la Revolucion, habia quedado investido de todos los poderes el capitan general de Madrid, D. Fernando Primo de Rivera, y pues-

tos al punto en libertad los prohombres alfonsinos detenidos en el Gobierno civil, apresuráronse á nombrar un Ministerio-Regencia, del cual formaban parte el Gallego y el Laguna, quedando excluidos por supuesto, el jóven Telémaco y el respetable Mentor (1).

Quedóse éste anonadado, púsose Jacobo furioso, y el Sr. Pulido, sin fuerzas para enarbolar el dedo indicador, sin alientos para murmurar—¡lo dije!—enmudeció como Casandra á la vista de Troya destruida y Grecia triunfante. Butron bufaba, Pulido gemia,

(1) Formaban este primer gabinete alfonsino, bajo la presidencia de D. Antonio Cánovas del Castillo, los Sres. Castro, Cárdenas, Jovellar, Salaverría, Marqués de Molins, Romero Robledo, Ayala y Marqués de Orovio. Excusado nos parece advertir, que al fingir nosotros un Sr. Gallego y un Sr. Laguna, formando parte de este Ministerio, no aludimos para nada á ninguno de los señores que en realidad lo formaron. Y ya que de alusiones hablamos, bueno será hacer constar una vez más, que yerran por completo los que han creido ver en algunos personajes de la presente novela, retratos de personas harto conocidas, que sin duda lo fueron muy poco de los que tal juzgan, cuando encuentran semejanza entre unos y otros. Nuestros personajes no son retratos de individuos determinados, sino tipos de caracteres sociales; y si puede halagar la vanidad del artista, que resulten sus creaciones tan reales que no pueda concebírselas sin un modelo vivo, debe de repugnar á la delicadeza y áun á la conciencia del escritor honrado, el convertir por este medio un libro escrito con altos fines morales, en un intencionado libelo.

Jacobo echaba ajos, y entre peroratas enérgicas, amargos reproches, violentas reclamaciones y planes de campaña propuestos para derrocar aquel Gobierno que les habia estafado, pasáronse algunos dias, hasta que desembarazado algun tanto el Ministerio-Regencia con la llegada del jóven monarca, pudo al fin dar vuelta á la llave de la despensa, y enarbolando la rama de sustanciosos dátiles, que ha venido á sustituir á la de olivo, antiguo símbolo de la paz, comenzó á distribuir puestos, honores y destinos entre sus diversos paniaguados, tocándole á Butron una plenipotenciaría de primer órden. Hízose de rogar éste cuanto sufria por una parte la prudencia, y exigia por otra el decoro, y teniendo en cuenta sin duda que á buena hambre no hay pan duro, que á falta de pan buenas son tortas, y que más vale pájaro en la mano que buitre volando, marchó al fin resignado y majestuoso, á representar en tierra extranjera la persona de Alfonso XII. Hubo tambien una direccion de segundo órden para el Sr. Pulido, y ofrecióse á Jacobo otra plenipotenciaría igual á la aceptada por Butron. Mas el jóven Telémaco era hombre

capaz en sus rencores, de comprender y practicar aquella venganza de los chinos, que consiste en ahorcarse á la puerta de su adversario, para atraer sobre él la cólera celeste y el odio de los ciudadanos; lleno, pues, de saña rechazó con altivez la oferta, y creyendo alcanzar por sus propias fuerzas lo que de grado no le habian querido dar, alistóse de nuevo entre sus antiguos amigos los revolucionarios áun no resellados, que capitaneaba á la sazon el Excmo. Martinez, y prometian formar una oposicion formidable, el dia en que se decidieran á reconocer la monarquía de Alfonso XII. Recibiéronle ellos como á un Hércules bajado del cielo para emprender de nuevo á su lado los doce trabajos sobre la tierra, y en el momento en que le encontramos volviendo de Biarritz al lado de Currita, traia ya lograda, con ayuda de esta fiel amiga, la senaduría vitalicia, altísima tribuna desde donde pretendia escalar al lado del Excmo. Martinez, el Olimpo ministerial, una vez efectuada la temida y esperada maniobra, que con gran sigilo preparaba el taimado buey Apis.

A poco presentaba Madrid su animado as-

pecto de invierno, y dos sucesos trascendentales ocupaban la atencion de los políticos y los elegantes; la apertura de las Cortes y el casamiento del monarca. Prometia la primera, campañas parlamentarias nunca vistas; hacia esperar el segundo, diversiones y regocijos jamás disfrutados, y unas y otras discutíanse y áun preparábanse en los salones de Currita, centro por aquel tiempo de los más importantes hombres políticos de la futura oposicion dinástica, á la vez que de lo más *gommeux*, lo más *poisseux* de la alta sociedad madrileña. Sus *après diners* de los viérnes llegaron á tener fama, y con igual facilidad se concertaba en ellos un gabinete, que se desconcertaba un matrimonio, se ganaba un diputado para la oposicion, que se perdia una muchacha para siempre, minada, al amparo bienhechor de la dama, por esa galantería de algunos salones, que llama un autor nada asustadizo por cierto, *trabajo de zapa que el vicio emplea para minar la virtud*. Pedro Lopez comparaba en *La flor de Lis* el salon de Currita, con aquellas famosas tertulias que comenzaron en el Hôtel Rambouillet, y acabaron con Mmes. Staël, Reca-

mirer, Tallien y Girardin; y ciertamente que si no se encontraba en aquel como en éstas, la culta y amena conversacion y la urbanidad exquisita de antaño, que ha venido á ser hoy entre damas y caballeros, como atributo exclusivo de las pelucas empolvadas y las chorreras de encaje, encontrábase de igual modo aquel principio disolvente de toda moral, que consiste en tolerar y autorizar el escándalo.

Vióse entónces claro como nunca, la funesta influencia que ejerce en una sociedad entera, una de esas reinas de la moda que comienzan escotando los trajes y acaban escotando las costumbres; que empiezan imponiendo el yugo de sus elegantes extravagancias y terminan imponiendo el de sus desvergonzados vicios; que familiarizan con el escándalo y lo hacen tolerable y de buen tono hasta á los ojos de las personas virtuosas, que llegan á contemplar sin extrañeza, sin rubor y sin protesta, espectáculos como el que ofrecia Currita haciendo los honores de su casa con distincion elegantísima, en compañía del Marqués de Sabadell, mientras sus hijos yacian olvidados cada cual en un cole-

gio, y Villamelon, reblandecido ya casi por completo, jugaba al *besigue* ó al tresillo con las celebridades del momento, ó tentaba la paciencia de sus tertulianos encerrado como en un círculo vicioso en sus ordinarios tópicos de conversacion, el combate *terro-naval* de Cabo Negro, los prodigios de su cocinero, los adelantos de su fotografía, las ventajas de la incubacion artificial de los huevos de gallina, ó las extrañas peripecias del Dr. Tanner y el italiano Succi, que con gran pasmo suyo parecian haber resuelto el problema para él horripilante é incompresible de vivir sin comer.

Un nuevo escándalo iniciado y meditado en casa de Currita y llevado á efecto á la sombra de ésta, y quizá, quizá bajo su proteccion misma, vino á probar á las personas sensatas, que tan peligrosa es la proximidad del vicio, que áun sin estar de él contaminado, se respira en su atmósfera cierta ponzoña que trastorna y extravía, y hace al cabo resbalar y caer... Margarita Belluga, una de las jóvenes que al pisar por primera vez los salones del gran mundo, habia llamado más la atencion por su candor y su pureza, desapareció

un dia súbitamente de casa de sus padres, para aparecer á poco en Italia, *magna parens artium*, y refugio insondable de pillos de todas naciones, casada con Celestino Reguera, el pintorzuelo cómplice de Currita en sus atentados pictóricos, que habia conservado siempre la dama á su lado, para alumbrar su corte con los resplandores de un genio, á la manera que Filipo mantenia en la suya á Aristóteles, y Augusto á Virgilio, y Cárlos V á Garcilaso, y Luis XIV á Molière.

Comenzaron entónces las lamentaciones y las extrañezas, los comentarios y los sobresaltos, y la murmuracion no fué ya el ruido de una ola al reventar en la playa, sino que cundió y se hizo formidable, y resultaron todos los imponentes estrépitos del mar batiendo las costas... Mas á pesar de que todo el mundo vió claro el viento que habia desatado aquella tormenta y los polvos de que salian aquellos lodos, tan solo dos de las muchas madres honradas que acudian á los saraos de Currita, dejaron de llevar allí á sus hijas; tan solo uno de los muchos maridos con decoro que á ellos concurrian, retrajo á su mujer de aquella casa funesta á que se

hacia necesario acudir, porque... porque... se pasaban allí ratos deliciosos, era la dama quien fijaba en sus salones las leyes del buen tono, y el ser admitido en su casa, era un *brevet* de elegancia y de notoriedad.

Mas un dia corrió por Madrid una noticia estupenda, que se escuchó al principio como un absurdo inventado por algun ocioso del Veloz; concediósele más tarde la verosimilitud que hubiera merecido la de que Sagasta cantaba Misa, ó el Gran Turco se habia hecho monje Bernardo, y extendióse al fin como un hecho inverosímil, pero cierto, absurdo, pero verdadero, desde los salones hasta las antesalas, y desde los pasillos del Congreso hasta los de los teatros, llenando á todo el mundo elegante de asombro, de extrañeza y de curiosidad. La imaginacion siempre exaltada de los madrileños aderezó el hecho con interpretaciones y comentarios, y unos vieron en él un manejo político, otros una rivalidad femenina, algunos una señal de reconciliacion entre el mundo devoto y el profano, y varios, los que se decian más enterados y eran más hábiles en aquello de ajustarle las cuentas al prójimo, vieron por el contrario

una emboscada peligrosa que la más inflexible de las beatas tendia á la más tolerante de las pecadoras, un reto del calendario piadoso á la mitología pagana, un combate singular entre la Marquesa de Villasis, que arrojaba el guante, y la Condesa de Albornoz, que se apresuraria sin duda á recogerlo.

Porque era el caso, que habian circulado por ciertas casas privilegiadas de la alta sociedad madrileña, unas lindas tarjetas litografiadas, en que la Marquesa de Villasis anunciaba á sus numerosos amigos, que abria las puertas de sus salones, y fijaba como dia de recepcion—¡aquí estaba el busilis!—el mismo fijado por Currita ¡¡los viérnes!!... La noticia llegó á casa de ésta un miércoles por la noche, estando presentes tan sólo la Duquesa de Bara, Cármen Tagle, Leopoldina Pastor y la Valdivieso; algunos señores mayores jugaban al tresillo, y en la sala de billar oíanse á lo léjos los secos golpes de las bolas y los tacos. Currita recogió en efecto el guante, y puesta en guardia al punto, manifestó su asombro con ingénua sencillez de cándida tortolilla.

—¿De veras?...—¡Cuánto me alegro!... Su-

pongo que habrá convidado á las novicias del Sagrado Corazon...

Riéronse todos á carcajadas, y ella, muy extrañada de aquellas risas, prosiguió diciendo:

—Pues no lo digo de burlas...—Cree que lo decia sin ningun *arrière pensée*... Como María es tan piadosa, y suele darle á todo un tinte devoto...

—¡Pues claro está!—replicó muy seria la de Bara. Por eso ha convidado tambien á los congregantes de San Luis.

—Y por lo ménos exigirá á los presentados la cédula del cumplimiento pascual.

—Y el certificado de buenas costumbres del cura párroco...

—¡Qué delicia!...—¿Y abrirán el baile rezando el rosario?

—Como que tocará el cuarteto de la Capilla Real, y se cantarán en los intermedios los gozos de San José.

—¡Ya lo creo!...—La Villasis sabe hacer bien las cosas, y de seguro que ha pedido al Arzobispo indulgencia plenaria para todos sus tertulianos.

—Pero en suma,—dijo al fin Currita dete-

niendo aquella granizada de burlas... ¿Qué es lo que se propone esa pobre María?...

Aquí miró á todas partes con gran misterio, el que habia traido la noticia, y las cinco señoras alargaron las cabezas y abrieron las orejas, con curiosidad intensísima.

—Pues dice...—dice... que se propone recibir á... mujeres honradas...

Un—¡ya!—general preñado de extrañas é intencionadas inflexiones se escapó de todos los labios, y la Albornoz, abriendo cándidamente los ojos, dijo con su suave vocecita:

—Pues á mí no me ha convidado hasta el presente.

Las señoras soltaron el trapo á reir, y dijeron todas al mismo tiempo.

—Ni á mí...

—Ni á mí...

—Ni á mí...

Leopoldina Pastor no dijo nada; púsose muy encendida, y dando una brusca media vuelta, sentóse al piano y comenzó á tocar furiosamente la antigua cancion del *¡Trágala!...*

Anocheció por fin el viérnes, llegó la hora

de comer, y tan sólo trece, de los veinte personajes convidados, se sentaron aquella noche á la mesa de los consortes Villamelon. El número era funesto, y la Duquesa de Bara que supuso al punto la causa de tan repentina baja, dijo muy quedito á su sobrino el Duque de Bringas.

—Mal número...—¿Si será esta la *última cena?*...

—Con tal que no te toque á ti el papel de Judas.

—¡Oh no, no!...—Yo le soy fiel á Curra.

—¿Pero por qué han desertado los otros?

—Pues nada, hijo;—que ha habido conjuncion de pucheros, y el de María Villasis triunfa.

—Será más delicado.

—¡Psch!...—Bizcochitos de monja y tocino de cielo... Prefiero el de Curra: es más sustancioso.

—¿Pues cuál es?...

—*Olla podrida.*

Y con tales ganas comenzaron á reir la tia y el sobrino, que casi vinieron á echar por las narices el *consommé á la Regence,* servido en magnífica vajilla de plata, con

que los ilustres comensales comenzaron á apaciguar sus respectivos apetitos... Con estos augurios funestos dió principio la comida, lenta y desanimada: Villamelon, con gravedad señoril y solemne aspecto embaulaba en silencio, sin ocuparse gran cosa de la embajadora de Alemania y la Duquesa de Bara que tenia á derecha é izquierda, consultando á cada paso el *menu,* impreso con vivos colores en apergaminada vitela, al estilo de los antiguos misales de la Edad Media, y no satisfecho con esto, preguntando de cuándo en cuándo con sigilo prudentísimo al criado que le servia:

—¿He comido de todo?...

Frente por frente estaba Currita, teniendo á su derecha al embajador de Alemania y á su izquierda al Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martinez, buey Apis por otro nombre, que olvidando con loable magnanimidad antiguos rencorcillos, era á la sazon íntimo de la dama, como sustituto del respetable Butron en el cargo de Mentor del jóven Telémaco. Prodigábale Currita atenciones delicadísimas, y hablábale á veces en voz baja, con muestras de íntima confianza: en una de estas,

mostróle rápidamente con ademan misterioso, un pequeño objeto que habia sobre la mesa. Entre los mil primores y monerías que la adornaban, veíanse ante el cubierto de cada caballero pequeños *bouquets* de violetas para el ojal del frac, puestos en diminutos vasitos de cristal ligeros y diáfanos cual si fuesen de aire petrificado, y teniendo todos en el centro una pequeña flor de lis, lindísima maravilla natural, criada á fuerza de cuidados en las estufas de Currita. Con significativa sonrisa mostróle la dama al buey Apis el *bouquet* que tenia delante, y éste, sonriendo tambien, dijo entre dientes, sin que ella protestase:

—El diablo son las mujeres...

Entre estos dos grupos principales que ocupaban ambas cabeceras, sentábanse el resto de los convidados; la señora de Lopez Moreno, que redondeaba á la sazon su inmensa fortuna prestando al veinte por ciento; la Marquesa de Valdivieso, que no atestiguaba ya sus sentencias con la autoridad de Paco Velez, sino con la de Fermin Doblado; la Condesa de Balzano, divorciada de su marido y en pleito con sus hijos; el Duque de Bringas,

declarado pródigo por los tribunales á instancias de su esposa; D. Casimiro Pantojas, buscando siempre el *paulo post futurum* de algun verbo griego; dos diputados novatos, cándidos provincianos todavía, á que la ilustre Condesa, de acuerdo con el Excmo. Martinez, tendia el anzuelo de sus banquetes para pescarlos en la oposicion futura; el espiritual Pedro Lopez, que pagaba su cubierto todos los viérnes, con algunas columnas en *La flor de Lis*, de prosa *gelatinesca*, y el Marqués de Sabadell, que al notar las siete bajas habidas en el número de convidados, dirigia á Currita miradas impacientes, que hacian en la comprimida cólera de ésta, el efecto que el viento hace en el fuego, y parecian demostrar en ambos el pesar de ver frustrado en parte algun plan que proyectaban.

El berrenchin de Currita igualaba en efecto á su inquietud, porque justamente pertenecian sus convidados prófugos á aquella parte sana y virtuosa de la sociedad madrileña, que se complacia ella en atraer á su casa, para acallar con el ejemplo de éstos los escrúpulos de algunos otros, á la manera que en ciertos garitos de industrias prohibidas,

colocan en el portal la muestra de alguna otra industria inocente, que desorienta á la policía y sirve de cebo á los incautos. Faltaban, pues, aquella noche los Duques de Astorga, que con gran acierto habian sido elegidos por el nuevo monarca, para formar parte de la alta servidumbre de la jóven Reina; los Condes de Orduña, nobles figuras del antiguo bando carlista fiel siempre á la desgracia, y la Marquesa de Lebrija, cuyo prurito de socorrer y presidir asociaciones pías, habíale conquistado justamente la doble fama de caritativa y de vanidosa. Faltaba tambien el tio Frasquito, que con gran indignacion de Currita no se habia tomado el trabajo de disculpar su ausencia, y faltaba Leopoldina Pastor, que la habia disculpado tan solo con una lacónica esquelita, diciendo que un indecente orzuelo le habia aparecido en un ojo, poniéndola de humor malísimo. La ausencia de estos dos últimos heria más que ninguna otra el amor propio de Currita, porque eran él y ella de esos pájaros que se retiran á tiempo del árbol que pierde su sombra, y tienden el vuelo hacia el que comienza á verdear.

Azoraba todo esto á Currita, pareciéndole indicio cierto de conjura sospechosa, y al mismo tiempo que procuraba sostener y animar la desmayada conversacion de sus comensales, prestaba oido atento á lo que por fuera del comedor pasaba... Sucedia de ordinario los viérnes, que áun ántes de terminarse la comida poblaban ya los salones gran número de tertulianos, que se apoderaban de las mesas de tresillo y de billar, y formaban grupos y corrillos llenos de la alborotada animacion, que duraba siempre hasta muy entrada la madrugada... Nada se oia aquella noche, y cada vez más inquieta Currita procuraba alargar la comida, agotando todos los recursos de su ingenio, é intercalando entre plato y plato historietas que equivalian á las más picantes salsas, con el fin de dar tiempo á la llegada de la gente, y evitar que los comensales recibiesen la mala impresion de encontrar los salones desiertos. Fuéle ya imposible alargar por más tiempo la ímproba tarea, y puso al cabo fin á la comida con una escena misteriosa, seguida de un golpe teatral hábilmente dispuesto... Su diminuto piececito tocó ligeramente por debajo de la me-

sa la pezuña del buey Apis, y ambos cruzaron con Jacobo una rápida mirada de inteligencia, que parecia significar:—¡Alerta!—Entónces, tomando Currita el *bouquet* que tenia Martinez delante, tuvo la exquisita galantería de ponérselo ella misma en el ojal, repitiendo la acostumbrada frase de las floristas parisienses.

—*Monsieur... Fleurissez votre boutonniére...*

Mas Jacobo, con jovialidad perfectamente afectada, detúvola en mitad del camino, diciendo desde su sitio:

—¡Cuidado, Martinez, cuidado!...—que le tienden á V. un lazo...

—¿Un lazo?—exclamó Currita retirando vivamente el ramito.

—Sí, señor, un lazo,—afirmó Jacobo riendo. ¿Pues no ve V. que lleva el *bouquet* una flor de lis?...

—¡Ay Jesus!—replicó Currita escandalizada. Entónces ¡protesto, protesto!... Yo persuado á quien puedo, pero no sorprendo á nadie... ¿Quiere V. que se la ponga, Martinez?... ¿Sí ó no?...

—¡Jú, jú, jú, jú!—mugió el buey Apis,

haciendo con la cabeza ademan afirmativo.

—¿La acepta V. entónces?—preguntó Currita.

—La acepto.

—¿Con todas sus consecuencias?...

—Con todas sus consecuencias—repitió el buey Apis.

Y paseó por todos los presentes una mirada orgullosa, casi fiera, que no carecia de la tosca grandeza de un Mario á la vez plebeyo y formidable, que se dejase acariciar por afeminados patricios... Un aplauso general acogió la declaracion del antiguo revolucionario, y Villamelon, muy conmovido, propuso un bríndis en honor del rey Alfonso XII. Apuráronse las copas, y Fernandito, tomando entónces la que habia servido á Martinez, dijo solemnemente:

—Esta copa, tendrá con los años gran valor histórico. ¿Me entiende V., Martinez?... Permítame que la guarde... Quiero legarla á mis hijos...

Y con su recuerdo histórico muy empuñado, fué á ofrecer el brazo á la embajadora de Alemania, para pasar al saloncito azul, donde acostumbraba á servirse el café, en aque-

llos dias de gala... Allí acabaron los triunfos: el salon estaba vacío, y por sus puertas abiertas, veíase á la izquierda el otro salon amarillo, y á la derecha, el gran salon de baile, que sólo se abria é iluminaba los viérnes, ambos desiertos. En el primero, divisábanse á lo léjos en un apartado rincon, cuatro señores muy graves, muy tiesos, jugando al tresillo; en el segundo, reverberaban las luces en el brillante *parquet* de finísimas maderas enceradas, y en los colosales espejos, dando á todo aquel recinto el aspecto fantástico y temeroso, en medio de su magnificencia, de aquellos palacios encantados que se describen en los cuentos de hadas.—El fiasco era completo, y aturdida Currita miró espontáneamente hacia el magnífico reloj de bronce dorado que habia allí cerca, sobre una chimenea; ¡eran ya las diez y cuarto!...

Vió entónces á su espalda en el mismo salon azul una dama muy apuesta y elegante dormida en una butaca: tenia en la mano un número de un periódico de modas, caido negligentemente sobre la falda, y dábale de lleno en el rostro la tibia luz de una gran lámpara colocada en un trípode, cuyos refle-

jos recogia amplia pantalla de seda de suaves matices... Era Isabel Mazacan, la pérfida Mazacan, reconciliada dos meses ántes con Currita, y dispuesta á pelearse otras mil veces con ella, en cuanto el tiempo y la ocasion se presentasen. Ninguna tan propicia como la presente, y fingiéndose dormida en aquella soledad, abrió poquito á poco los ojos con tan cómico espanto, con tan chistoso sobresalto, que todos los presentes soltaron la risa.

—Jesus, hija, dispensa...—pero al verme tan sola, me quedé dormida.

Parecióle la broma á Currita de malísimo gusto, y contestó muy picada:

—¡Qué delicia!...--¿Y soñarias sin duda con los angelitos?...

—Algo habia de eso, porque soñaba contigo...

Guardóse muy bien Currita de pedirle la interpretacion del sueño, mas la Valdivieso, con su importunidad acostumbrada, dijo muy gozosa:

—¡Vaya una coincidencia!. .—¿Y qué soñabas?...

—Pues nada, hija...—Que tambien se habia ido á casa de la Villasis la *pobre Curra*.

Y la grandísima tuna de la Mazacan pronunciaba aquel *pobre Curra*, con un aire de lástima, con un acento de chunga, que la compadecida se revolvió furiosa, diciendo con su inocente risita:

—Pues mira, mujer...—ni dormida ni despierta se me hubiera ocurrido de ti semejante cosa.

—¿Y por qué?...

—Pues por dos razones...—La segunda, porque tú no querrias ir...

—Y la primera, porque María Villasis no querria que yo fuese,—dijo la Mazacan echándose á reir con todo su desparpajo.

—Justo—replicó Currita... Lo mismo, lo mismo que D. Simplicio Bobadilla, Majaderano y Cabeza de Buey: Puesto que Leonor renuncia á mi mano, renuncio á la mano de Leonor...

La Mazacan iba á contestar, pero entraron en aquel momento Cármen Tagle, Paco Velez y Gorito Sardona, todos muy compungidos, diciendo que venian del Real, pero que no habia allí nadie, nadie... Al pronto creyeron ellos que *Monsieur tout le Monde* estaria en casa de Curra, porque—¡claro es-

tá!—como era viérnes... Pero supieron luego que el *grand complet* era aquella noche,—¡quién lo creyera!—en casa de la Villasis; y por eso, ellos, muy indignados, habian venido á protestar, porque no les parecia decente acostarse en aquella ocasion, sin dar las buenas noches á la *pobre Curra.*

Escapóse la *pobre Curra* como pudo de aquellas muestras de compasion que le atacaban los nervios, y dirigióse muy de prisa á la sala de billar, donde Jacobo, los dos diputados y el Excmo. Martinez, conferenciaban á solas. Felicitaron todos á la dama por lo hábilmente que habia dispuesto y representado la comedia del *bouquet,* llamada á tener gran resonancia. Al dia siguiente, *La flor de Lis* daria cuenta de ella, preparando de este modo el terreno, para la declaracion solemne que á los pocos dias pensaba hacer en el Senado el Excmo. Martinez... Mas todavía juzgaba éste necesario ántes de dar aquel último paso, atar bien otro cabo importante: parecíale prudente tentar ántes el vado en Palacio.

Currita ofreció al punto sus servicios: era ella dama de honor desde los tiempos de

Isabel II, y al casarse el monarca dos meses ántes, habíase visto obligada la nueva Reina á enviarle tambien su cruz de dama... Martinez meneó la gran cabezota: no era esto precisamente lo que él iba buscando, porque el explorador á que habia echado el ojo para que como heraldo suyo entrase en Palacio, era Jacobo: podia éste como Grande de España...

La Baronesa viuda de Platavieja le cortó la frase, entrando en la sala seguida de sus seis hijas, amables retoños que en union de la madre formaban en cantidad y calidad, la suma total de los pecados capitales, nombre por el cual se las conocia en la corte... Madre é hijas venian tambien presurosas é indignadas á protestar delante de la *pobre Curra*. y la señora Baronesa aseguró *coram populo*, que lo que habia hecho la Villasis aquella noche, era ni más ni ménos que un *timo!*...

—¡Un verdadero timo!—repitieron en coro las amables señoritas de Platavieja, rodeando al punto como enjambre de mariposas á los dos diputados, jóvenes y solteros, con la idea sin duda de pegarles alguno.

Imposible fué ya continuar la plática, ante

aquellos testigos, y la noche corrió lenta y aburrida, sin más incidentes. María Valdivieso, que andaba de monos con su prima, procuraba bostezar con fingido disimulo, siempre que la miraba ésta: la embajadora de Alemania cantó con notable falta de gracia una *balada* que calificó la Duquesa de *ladrido*, y á las doce y cuarto, cuando Pedro Lopez despues de tomar el té y encerrar en sus bolsillos provision de *sandwichs* suficiente para toda la semana, comenzó á hacer el recuento para la crónica de salones que publicaba *La flor de Lis* todos los sábados, sus ojos atónitos pudieron tan solo contar bajo los artesonados techos, el número exiguo de catorce señoras: siete pertenecian á la familia de los pecados capitales, y las otras siete podian repartirse entre la de los enemigos del alma, mundo, demonio y carne...

La Marquesa de Villasis triunfaba en toda la línea, y las *ciento veinte* mujeres honradas que reunió aquella noche en su casa, y siguió reuniendo todos los viérnes, vinieron á probar á los pesimistas, lo que habia dicho ella misma á la Marquesa de Butron, en época no lejana.

—Madrid no es un lodazal...

Cierto que hay en él *algo que huele á podrido*, y esparce por todas partes su mal olor, á la manera que las emanaciones de una pequeña charca se extienden é inficionan toda una hermosa campiña, y tiñen la vegetacion salubre con los mismos desconsoladores tintes de la enferma. Mas este algo podrido, esta charca hedionda, desbordada siempre por la desvergüenza propia y la cobardía ajena, mezclándose con el agua pura y comunicándole en apariencia sus impurezas, habíala ella estancado en casa de la Albornoz, y al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan solo catorce mujeres perdidas, por ciento veinte mujeres honradas.

Un periódico regañon, hizo sin embargo, de las damas de aquel tiempo, otra subdivision distinta.

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que siendo de las primeras, se parecen á las segundas.





V

La noticia cayó como una bomba, y aunque muchos quisieron negarla frente á frente de la evidencia misma, estrellábanse sus negaciones contra un documento oficial, legítimo y auténtico, que habia circulado el dia anterior por todas las casas de la Grandeza. Era un oficio de la Mayordomía mayor de S. M., en que el Jefe superior de Palacio decia letra por letra y punto por punto, á todos los Grandes de España... «Excelentísimo Sr.: S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. D. g.) se ha servido señalar la hora de las dos de la tarde del dia siete de Febrero, para la cere-

monia de cubrirse ante su Real presencia, los señores Grandes de España que al márgen se expresan, etc., etc. .» Y entre aquellos nombres al márgen expresados, por rigoroso órden de antigüedad inscritos, recordando todos ellos la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtudes, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia, leíase con todas sus letras, puesto el segundo, el del Excmo. Sr. D. Jacobo Tellez-Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell.

El caso era curioso, y los aficionados á investigar la razon última de los actos del prójimo, los inteligentes en escudriñar los puntos oscuros de los más sencillos eventos de las vidas ajenas, los más hábiles peritos en el arte sutilísimo de atar cabos con cabos, encontraron al punto empalmes subterráneos entre el oficio del Jefe superior, y el suelto que habia publicado *La flor de Lis* algunos dias ántes. Segun ésta, susurrábase que cierto personaje de gran importancia, retirado algun tiempo de la política, volvia de nuevo á la arena del combate, seguido de *numerosa mesnada*, y enarbolando en su robusta mano.

con honrada independencia, la bandera de Alfonso XII...

Una dama angelical, conocidísima en los altos círculos por su ingenio, su elegancia y su belleza, habíale arrancado en un banquete una confesion explícita, aunque no pública, de sus nuevas simpatías dinásticas...

Un ramo de violetas habia sido la ocasion, y un angel fué el instrumento. ¡Feliz el atleta que entra en la nueva senda bajo tan poéticos auspicios!...

El suelto delataba por lo cursi la pluma de Pedro Lopez, y el resto de la charada fué descifrado sin más que una leve duda... En buen hora que Martinez fuese el atleta; ¿pero cómo diablos podia ser Currita el ángel de la adivina?... Uno descifró el enigma.

—De manera muy sencilla...—Tambien Lucifer lo fué.

Quedaron todos convencidos, y el ministerio de instrucion pública confiado á las lenguas murmuradoras, comenzó á analizar con investigadora atencion, el hecho de que se trataba...

Desde luego saltó á la vista de todos una particularidad, por decirlo así, de índole do-

méstica: Jacobo era tan solo Marqués consorte, y veníanle sus derechos á la Grandeza exclusivamente por su mujer, de la cual estaba separado hacia doce años... Discutióse el punto, y quedó convenido por unanimidad, que el hacer uso de este derecho era, por parte de Jacobo, una verdadera indecencia.

Una vez fallado este punto, pasóse á considerar los hilos diplomáticos que unian la charada de *La flor de Lis*, con el oficio del Jefe superior de Palacio...

Jacobo habíase afiliado despues de la Restauracion, en la *mesnada* revolucionaria capitaneada por el atleta Martinez, que tan sólo habia reconocido hasta el presente al nuevo monarca, en un banquete privado y bajo el símbolo de un ramo de violetas, presentado por un ángel no inscripto en las jerarquías celestiales... El hecho, pues, de presentarse el Marqués consorte en Palacio, indicaba á las claras que el buey Apis, su jefe, daba otro paso adelante, enviando un fiel explorador á la fértil tierra de Mesopotamia...

El hecho resultaba evidente, y quedó tambien convenido que el caso, sin dejar de ser

una indecencia, era al mismo tiempo un acto político: cosas ambas que segun dictámen de peritos, podian aunarse y darse las manos en amigable consorcio, como se las habian dado ya el atleta, el ángel y el ramo de violetas...

Otro tercer problema apareció al punto sobre el tapete, como consecuencia legítima del primero, y secuela irremisible del segundo... ¿Quién seria el padrino que presentase al héroe en la corte?... ¿Quién tendria valor suficiente para apadrinar una indecencia, y correr los futuros contigentes de un avance político?...

Era tradicional costumbre entre los Grandes que habian de cubrirse, convidar para ser apadrinados en la ceremonia, á aquel otro Grande ya cubierto, que de cerca ó de léjos fuese el jefe de la familia, y éralo de la de Sabadell, el anciano Duque de Ordáz, prototipo de honradez y de nobleza...

Los olfatos más diestros en aquello de seguir la pista á un enredo, pusiéronse al punto en movimiento, y á poco quedó averiguado que Jacobo habia tenido la desfachatez de convidar al viejo Duque, y el noble anciano

el decoro de negarle la demanda. La incógnita quedó, pues, sumida en el pozo del misterio, sin que lograsen sacarla á flote los retorcidos hilos de la conjetura: una esquelita litografiada que vino siguiendo paso á paso al oficio de Palacio, encargóse dos dias despues de tirar de la manta: los curiosos batieron palmas:

¡Albricias, albricias!
Padrino tenemos...

En la esquela decia: «El Marqués de Villamelon y de Paracuellar, Conde de Albornoz y de Caltañazor, suplica á V. E. se sirva asistir á la ceremonia de cubrirse de Grande de España el Excmo. Sr. D. Jacobo Tellez-Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell, de quien es padrino, para cuyo acto se ha servido S. M. señalar el dia siete de Febrero de mil ochocientos setenta y ocho á las dos de la tarde, en su Real Cuarto.»

El éxito sobrepujó á la expectacion, y añadióse al caso, *nemine discrepante*, otro tercer carácter... Sin duda era una indecencia, de cierto era un acto político, y de seguro prometia ser un sainete chistosísimo.

El dia amaneció nublado, era el viento

muy frio, y gruesos copos de nieve comenzaron á caer entrada ya la tarde, cual espesa lluvia de jazmines. Un gran landó desembocó entónces como un rayo por la derecha del Real, describió un rápido semicírculo en torno de la Plaza de Oriente, y se detuvo frente á Palacio, en la puerta del Príncipe, de repente, en firme, con una de esas paradas maestras con que sólo la férrea mano de Tom Sickles sabia sujetar un tronco sin destrozarlo. Su cara de remolacha aparecia en efecto en lo alto del pescante, zambullida en enorme cuello de pieles, y su cabeza cuadrada quedó al descubierto, cuando saltando Fritz del asiento como empujado por un resorte, abrió la portezuela tieso, acompasado y expedito, como verdadero lacayo elegante y correcto.

Asomó entónces por la portezuela un sombrero de tres picos con plumas blancas rizadas, y luego un zapato de charol con hebilla de oro, y una pantorrilla bien rellena, calzada con media de seda blanca. Sonó despues dentro del coche un—¡¡Berrr!!—formidable, vehemente y angustioso, como el del que se arroja á un estanque de agua helada, y apa-

reció al fin uniendo aquellas extremidades un magnífico abrigo de pieles de marta que envolvia al Marqués de Villamelon, vestido de gran uniforme. Hubo un momento de pausa, en que Fernandito daba pataditas en el suelo, diciendo con grande impaciencia: ¡Vamos!...

Apareció entónces la formidable cabeza del buey Apis, y á poco, el Excmo. Martinez de cuerpo entero estaba á su lado, envuelto en su leviton, y con su inseparable garrote en la mano. Otra pequeñita oculta bajo un guante oscuro asomó entónces por la portezuela, posóse en la de Villamelon, y sin tocar casi en el estribo, vióse saltar en tierra la elegante figura de la Marquesa de Valdivieso.

Hubo una nueva pausa, hubo nuevas pataditas de Fernandito repitiendo—¡Vamos!—y apareció entónces muy despacito la roja cabecita de la Albornoz, engarzada en un sombrerito negro: recorrió con rápida mirada los varios coches detenidos á uno y otro lado de la puerta de Palacio, y bajó despues lentamente, mirando siempre en torno suyo, y diciendo al cabo muy disgustada:

—Pues no ha venido todavía.

—¡Si no tiene formalidad ninguna!—replicó Villamelon muy impaciente. Apuesto á que llega tarde. ¿Sabes?...

Y como si el reloj de Palacio quisiera aumentar su zozobra, dió en aquel momento la una y tres cuartos. Villamelon ofreció el brazo á la Valdivieso para subir la gran escalera, y Currita subió detrás apoyada en el del buey Apis. Por el ramal opuesto, subia al mismo tiempo un viejo gordo, con la barba blanca muy recortada, hablando vivamente con otro viejo flaquito, muy atildado y pulcro: el gordo vestia sencilla levita abrochada, y el flaco uniforme de teniente general, con sus accesorios de gala.

Al verles Currita apretó vivamente el brazo del buey Apis, diciéndole muy por lo bajo:

—Mire V. quien va allí, Martinez...—Gallego, el Ministro de Gracia y Justicia... En cuanto le vea á V. se asusta... ¡Anda!... ya nos mira... ¡Qué delicia!... De fijo que esta noche se declara en el Gabinete la crísis...

La presencia del buey Apis produjo en efecto honda impresion en el viejo gordo de-

signado por Currita como Ministro de Gracia y Justicia; detúvose un instante sorprendido, llamó la atencion de su compañero, y dialogaron breve rato, él como extrañado y suspenso, el otro como asombrado de su extrañeza.

La cosa íbase formalizando: desde la caida de Amadeo no habia entrado Martinez en Palacio, y su presencia allí en aquel momento, aunque fuera sólo como curioso, prestaba al acto de Jacobo una sancion pública que acrecia su importancia. El Excelentísimo Martinez, mirando de reojo al Ministro, manifestó deseos de conocerle: Currita no le dejó acabar.

—Pues nada más fácil...—Ahora mismo: ya verá V...

Y contestando con un gracioso saludo al profundo que ya en lo alto de la escalera le hacian los dos viejos, dijo de pronto:

—¡Gallego!...—Un momento... Tengo que pedirle á V. un favor... Necesito una cruz sencillita... una encomienda de Isabel la Católica ó de Cárlos III, cualquiera cosa... Se casa un chico de mi apoderado de Granada, y quisiera hacerle ese regalito... Es un po-

quito vanidoso, y le gusta colgarse dijes... Con que le mandaré á V. una notita... ¿Eh, Gallego?...

Y luego, de repente, como cayendo en la cuenta:

—¡Ay, por Dios, dispénseme!...—¿No conocia V. á Martinez?... Martinez... el señor Fernandez Gallego, Ministro de Gracia y Justicia... Mi buen amigo, D. Juan Antonio Martinez...

Saludáronse ambos personajes con grandes cortesías, y Currita, con el airecillo de princesa de los Ursinos, propio de las mujeres cuando juegan en público á las muñecas con los hombres políticos, comenzó á caminar entre ellos hacia la puerta de la Saleta. Allí la esperaba Villamelon, nervioso, azorado, impaciente, mirando sin cesar hacia la entrada de la escalera...

—Pero, Curra, por Dios, te quedas parada por todas partes.—¿Sabes?... ¿Y Jacobo, no ha venido?... De fijo que llega tarde... Tú busca un buen sitio y llévate á Martinez. ¿Me entiendes, Curra?... Con esa calma, ni vas á oir á Jacobo, ni me verás á mí tampoco... ¡Anda!... ¡las dos ya en Palacio!... ¡Se aca-

bó! Me deja plantado: ahora si que llega tarde...

Y tarde y apresurado llegaba en efecto Jacobo en aquel momento por el extremo de la galería, airosamente terciada la blanca capa de santiaguista, con que encubria su pintoresco uniforme de maestrante de Sevilla.

Villamelon no le dejó respirar: apénas si pudo cruzar una cariñosa sonrisa con la dama, un apreton de manos con Martinez, y el impaciente padrino, tirando de él á la rastra, llevóselo por la puerta de la Saleta. Esperaban allí los Grandes que habian de cubrirse, y los que habian de apadrinarlos, formando un brillante conjunto de vistosos y variados uniformes, entre los que se destacaban las negras manchas de alguno que otro frac de severo é irreprochable corte.

Mientras tanto, disponíase en la antecámara la aristocrática ceremonia, instituida en rigor de verdad por el emperador Cárlos V cuando limitó el privilegio de cubrirse ante el Rey, comun ántes á todos los títulos, á doce Grandes de España, que se llamaron desde entónces *Grandes de primera clase,* y fueron los Duques de Medinasidonia, Albur-

querque, Infantado, Alba, Frias, Medina de Rioseco, Escalona, Benavente, Nájera, Arcos, Medinaceli y el Marqués de Astorga.

De entónces acá apénas ha variado esta ceremonia, que acostumbra á celebrarse, como la mayor parte de los actos de etiqueta, en la antecámara de los reyes.

Forma esta pieza un vasto cuadrado, de severa magnificencia, cuyo techo, pintado por Maella, representa una alegoría capaz de infundir pavor á todos los grandes personajes que por allí pasan, destinados á figurar en la historia; la Verdad, descubierta por el Tiempo. Entrando por la puerta de la Saleta, ábrense á la derecha dos balcones que dan á la Plaza de la Armería, á la izquierda dos puertas que llevan á los aposentos interiores, y al frente una mampara que comunica con la cámara.

Hállase tapizada toda la pieza de rica tela azul muy oscura, con grandes flores de lis, y las iniciales A y B entrelazadas y realzadas en terciopelo: cuatro grandes retratos de Cárlos IV y María Luisa, Fernando VII y la reina Amalia, ocupan los huecos correspondientes á uno y otro lado de las puertas de

la cámara y la Saleta. Alrededor de los muros hay banquetas de la misma tapicería que cubre á éstos, y cinco soberbias consolas de mármol y bronce, sosteniendo candelabros y bustos de Isabel II y Francisco de Asís, Felipe V y Fernando VI.

Entre los dos balcones, sobre una de estas consolas y frente á una chimenea de mármol jaspeado que corona un colosal espejo, vése otro gran busto de Cárlos III, cubierta por el manto real, la armadura ricamente cincelada.

Hallábanse abiertas todas las puertas de la antecámara, excepto la de la Saleta, y apiñábanse detrás de las cortinas las familias y amigos de los Grandes, deseosos de contemplar el señoril espectáculo. Ante la puerta de la cámara, veíase una mesa cubierta por rico paño de terciopelo granate, y un gran sitial destinado al Rey.

A las dos en punto entró éste por la puerta de la cámara, seguido del Mayordomo mayor, el Grande de servicio, los ayudantes y todos los Grandes ya cubiertos: vestia el Rey el uniforme de Capitan general, y traia el tricornio en la mano. Sentóse y cubrióse,

y los Grandes se cubrieron y quedaron de pié, á uno y otro lado de la Saleta.

Iba á comenzar la ceremonia.

El Secretario de la Real Estampilla, destinado á dar fe del acto, abrió entónces la gran puerta de caoba maciza, y dijo anunciando:

—Señor...—El Marqués de Benhacel.

Era este el Grande que como más antiguo, debia de cubrirse primero: entró entónces un jóven, dando la mano derecha á un anciano, y la izquierda al Mayordomo de semana que estaba de servicio. Vestia el jóven el uniforme de gala de capitan de artillería, y el viejo, decrépito y encorvado, el de Almirante de la Armada, con todo el pecho lleno de cruces: era el Duque de Algar, abuelo y padrino en aquella ocasion, del jóven Marqués que iba á cubrirse. Traia el viejo el tricornio puesto, y traia su ros en la mano el jóven, dejando al descubierto una cabeza enérgica y muy española, un poco tostado el rostro por el sol, con ojos negros y vivísimos, que parecian retratar el temple de acero de una raza de valientes.

Su entrada fué magnífica, y un murmullo

de respetuosa simpatía acogió á la ilustre pareja, que apareció en la puerta, apoyada en la juventud la vejez, como una esperanza evocando un recuerdo, como una alegoría de la experiencia conduciendo de la mano al valor, á depositar una espada sin mancilla en las gradas del trono.

En el dintel mismo de la puerta hicieron ambos la primera reverencia de corte, en el centro del salon la segunda, y frente á frente ya del Rey, la última: saludaron despues á los Grandes colocados á derecha é izquierda, y estos contestaron al punto quitándose los sombreros.

El viejo Duque y el Mayordomo hiciéronse entónces un paso atrás, y quedó solo el Grande novicio en mitad de la sala. El Rey, haciendo un saludo militar, dijo:

—Marqués de Benhacel, cubríos y hablad.

Cubrióse en el acto el Marqués, y dirigiéndose al Rey, pronunció un breve discurso, en que segun la costumbre trazó á grandes rasgos la gloriosa historia de su familia, que comenzaba en aquel Fortun de Torres que peleó con Alonso el Sabio, y murió en el Alcázar de Jerez, agarrando con los dien-

tes la bandera de su rey, por no poderla ya sujetar ni defender con sus dos manos mutiladas...

La voz del artillero tímida y entrecortada al principio, fuése poco á poco vigorizando cual si aquellos hechos gloriosos encontraran en su corazon eco suficiente para imitarlos, y cuando llegó á describir un episodio de Trafalgar, que llamó último timbre de su familia, su acento vibraba con esas misteriosas inflexiones del sentimiento que parecen elevar al orador á una esfera más alta, presentándole no sólo facultad para persuadir y fuerzas para conmóver, sino hasta derecho para mandar...

Gravina agonizaba en la cámara, y el navío *Príncipe de Asturias* volvia á Cadiz desmantelado, al mando de un hombre que entró en el combate con tres hijos y volvia á su hogar con uno solo, el más jóven, guardia marina de pocos años. La tempestad arreció al promediar la noche, y fué necesario picar un palo, que quiso la desgracia quedase sujeto por un cable á la cofa haciéndole escorar con riesgo cierto de hundirse: tres gavieros subieron uno tras otro á cortar el ca-

ble, y á los tres los arrebató la borrasca y los sepultaron las olas.

Entónces, aquel hombre de hierro que vió á la diezmada tripulacion temblar ante la horrible obediencia, volvióse á su hijo, único que le quedaba, ídolo de su corazon y esperanza última de una gran familia, y díjole tan solo:

—Señor guardia marina...—A V. le toca.

El niño, con el hacha entre los dientes, trepó hasta la cofa, y porque la Vírgen María le ayudó, cortó el cable...

Y en medio de ese profundo silencio que ata las lenguas y humedece los ojos, cuando lo sublime embarga el corazon y levanta el pecho con el temblor de un sollozo, volvióse Benhacel lentamente al viejo Duque, y añadió mostrándolo:

—Aquel guardia marina niño, era mi abuelo: el héroe, era su padre.

—El mio—prosiguió con una voz en que se notaban dejos del llanto, sirvió tambien á su rey en la Armada real, hasta el año sesenta y ocho... en el mes de Setiembre, se arrancó los entorchados y rompió su espada... Yo, Señor, desenvainé la mia por pri-

mera vez en la batalla de Alcolea, y fiel á las tradiciones de mi raza, vengo á ofreceros hoy como Grande, lo que ya os dí como soldado...

Y al llevar, diciendo esto, la mano derecha á la empuñadura de la espada, vieron todos que le faltaban en aquélla los dos dedos de en medio. Un casco de granada se los arrancó en Alcolea.

Benhacel calló, y en medio del homenaje más grande que pueden prestar la admiracion y el respeto, el silencio, descubrióse, hincó una rodilla en tierra, y besó la mano del Rey: saludó despues á los Grandes de uno y otro lado, y acompañado de su abuelo, fuése á colocar entre ellos. El viejo lloraba como un niño; uno le dijo:

—¡Llora el Almirante, y no lloró el guardia marina!...

Por desdicha no acabó aquí la ceremonia; el Secretario de la Real Estampilla abria de nuevo la puerta de la Saleta, y tornaba á anunciar:

—Señor...—El Marqués de Sabadell.

El sainete comenzaba, y apareció entónces Villamelon, solemne, imponente, erguida

la cabeza, tieso el torso ya algo panzudo, trayendo de la mano á Jacobo, que ofrecia el tipo de hombre más hermoso, elegante y señoril que pudiera imaginarse. Ajustaba su airoso talle la casaca encarnada de los maestrantes de Sevilla, con sardinetas y charreteras de plata, y cruzaba su pecho de un lado á otro, una de esas grandes bandas que se crean para premiar el mérito y fomentar la virtud, y se usan para satisfacer vanidades ó adornar buenos mozos; el calzon de punto blanco ceñia la bien formada pierna, y la alta y charolada bota y el tricornio con finísimo penacho blanco, completaban aquel pintoresco traje.

Cumplido el ceremonial, Villamelon abandonó la mano de su ahijado, y quedóse atrás en actitud señoril, pero estudiada, contemplando estático las grandes narices de Cárlos III que tenia frente á frente, mirando de cuándo en cuándo con el rabillo del ojo á uno y otro lado, y diciendo para sus adentros:

—Mucho me miran...—Debo de estar hermoso.

Quedó Jacobo solo en medio de la ante-

cámara, un poco cortado; mas al sentirse blanco de una atencion que harto comprendió él no serle benévola, crecióse su orgullo y despertó su natural audacia, y lanzó en torno una mirada que quiso hacer altiva y fué sólo insolente, quiso hacer serena y fué sólo provocativa.

Los curiosos se apiñaban tras las cortinas, y Currita, en primera fila, devoraba á Jacobo con la vista; Martinez, á su lado, estrujado casi contra el quicio mismo de la puerta, no podia verle, mas prestaba oido atento lleno de ansiedad, mordiendo con la cabezota baja el puño de su garrote.

Tras la mampara de la cámara, á espaldas mismas del Rey, sentíase el crujir de algunos trajes de seda; díjose después, que desde allí habia presenciado la Reina la ceremonia.

Los Grandes alargaban las cabezas ansiosos de oir á Jacobo... Acababan de ver retratado cual en un espejo en el discurso de Benhacel lo que debe de ser un Grande, lo que significa aquel lema de la antigua hidalguía *nobleza obliga*, que no exige ciertamente que cada título de Castilla sea un genio, ni cada

Grande de España un héroe, ni cada apellido ilustre un santo; porque ni el genio se hereda, ni la inteligencia se vincula, ni el heroismo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo. Pero que exige é impone con la fuerza imperiosa de un deber de conciencia, la obligacion de considerar en la Grandeza una *carga* á la vez que un *honor;* de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; de sostener la dignidad de las glorias que representa; de echar como Breno, el peso de la espada ó el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; de sentir algo más que voluptuosidades; de querer algo más que placeres; de saber defender un trono cuando se hunde, como en España el sesenta y ocho; de saber morir con un rey cuando le degüellan, como en Francia el noventa y tres...

Y entónces, reciente aún aquella impresion nobilísima que elevaba las inteligencias y movia los corazones, iban á ver en Jacobo lo que es esa misma Grandeza cuando refleja en un charco los rayos de su gloria, cuando el vicio la deslustra y la bajeza la empuer-

ca, y el olvido de la propia dignidad la pone al servicio de un Martinez, que apoya en ella la pataza para encaramarse en lo alto, y darle despues, una vez arriba, desde la cumbre de su insolencia, la más ignominiosa de todas las coces, la coz del asno...

Jacobo hablaba bien, y era la más mimada de todas sus vanidades la vanidad de su elocuencia; mas no osó, sin embargo, confiar su discurso á la memoria y limitóse á leerlo, temeroso de pasar por alto alguno de los habilidosos rodeos con que procuraba sortear los grandes escollos que por todas partes le cerraban el paso.

Hízolo en efecto con notable maestría, en que creyeron descubrir algunos las macizas huellas del buey Apis, y cuando cesó de hablar, las miradas significativas de todos se cruzaron de uno á otro lado...

El hecho era cierto; Martinez y su mesnada cantaban la palinodia, y el Grande de España consorte era el encargado de hacer llegar el reverente clamor á los oidos del monarca.

Alarmáronse los parciales del Gobierno, y el Sr. Fernandez Gallego, que entre los cu-

riosos andaba agazapado, frunció el acento circunflejo que sobre la nariz tenia, á la vista de aquella nube de bárbaros hambrientos que salian de los bosques talados de la Revolucion, y amenazaban invadir las fértiles llanuras del Presupuesto, que ellos solos cultivaban. ¿Cuál seria la actitud del monarca?...

Esto se preguntaban todos los ojos, y esto excitó todas las curiosidades, mientras los doce Grandes que aún quedaban por cubrir, leian sus discursos y terminaba la ceremonia.

Levantóse al fin el Rey, y con la cabeza descubierta dió una vuelta á la antecámara, hablando y saludando á todos los Grandes.

Nadie chistaba; habia llegado el momento de conocer si el memorial de Martinez era acogido ó rechazado, si era necesario pactar con los invasores ó perseguirlos como á perro que huye con maza al son de almireces y cencerros, hasta los confines de sus bosques desiertos.

Hubo un mal síntoma: el Rey pasó ante Villamelon sin hablarle, haciéndole tan solo un leve saludo; detúvose despues un gran rato con el viejo Duque de Algar y su nie-

to, y llegó al fin á Jacobo que se hallaba de pié en pos de éstos. Hubiérase podido escuchar en la antecámara el vuelo de una mosca; percibir el rumor de la huella más callada, del paso mismo de la muerte.

Paróse el Rey ante Jacobo, y le miró sonriendo con cierta chusca malicia:

—¿Qué tal, Sabadell?...—¿Y su amigo de V. Martinez?... Me han dicho que le gustan mucho las violetas... Dígale V. que en la Casa de Campo las hay muy tempranas... Por allí iré yo el juéves: á las cuatro...

Y sin añadir una palabra más, volvióle la espalda...

Harto habia dicho sin embargo, y un resoplido inmenso resonó entónces tras la cortina de la izquierda, como el aliento de un pechazo comprimido, que al fin se desahoga: era el buey Apis, el Excmo. Martinez que hubiera soltado en aquel momento un relincho, como en sus expansiones de alegría los mozos de su tierra, y estrujado entre sus brutales brazos, como un Hércules que abrazara á un insecto, á su ilustre aliada Currita.

Ella, sin poder disimular tampoco el vivo

gozo del triunfo, díjole imprevisoramente:

—Martinez...—encargue V. el uniforme.

Y una vocecita burlona, que jamás se pudo averiguar de donde habia salido, contestó á su espalda:

—Con que vuelva del revés el de D. Amadeo, sale del paso sin gastos.

Quedaba aún la parte más pintoresca de la ceremonia, que habia de ser para Jacobo la apoteosis del triunfo. Retirado el Rey á sus habitaciones, salieron de la antecámara por órden de antigüedad los Grandes recien cubiertos, para ser presentados al cuerpo de Alabarderos.

Hallábanse estos formados á uno y otro lado de la doble escalera, y los Grandes, llevando á la derecha sus padrinos, debian de bajar por un ramal y tornar á subir por el otro, al son del golpe de las alabardas, que les hacian el saludo de honor.

Los curiosos llenaban el frente de la galería y la parte baja de la soberbia escalera, cuya bóveda, pintada por Giaquinto, representa á la España ofreciendo á la Religion sus virtudes y trofeos.

Cuando Jacobo puso de nuevo el pié en la

galería, y salieron á su encuentro Currita y otros amigos, ansiosos de darle la enhorabuena, el orgullo satisfecho reflejaba en su semblante una especie de vértigo, y hubiera gritado como el Nabucodonosor de la ópera:

¡Io non Ré, so Dio!...

Buscó con la vista á Martinez, y vióle á diez pasos de distancia, con la cabezota ladeada, apoyado en su garrote, y su risa de paleto sobre los labios, recibiendo tambien sus homenajes.

Un grupo de palaciegos le rodeaba, oprimiéndose y estrujándose por estrechar su velluda manaza, entre las suyas finas y enguantadas, al compás de previsoras lisonjas. El general que acompañaba ántes al Ministro de Gracia y Justicia, invitábale muy finamente á una cacería en sus tierras de Pardillo: era Grande de España, y llamábanle en Palacio el *cuclillo indicador,* por ser siempre el primero en adivinar la mata, por donde habia de saltar un ministro.

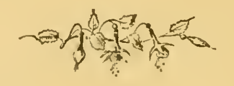
Nevaba furiosamente, y angustiado Fernandito daba prisa por marcharse. Currita convidó á comer á Martinez y á Jacobo, y

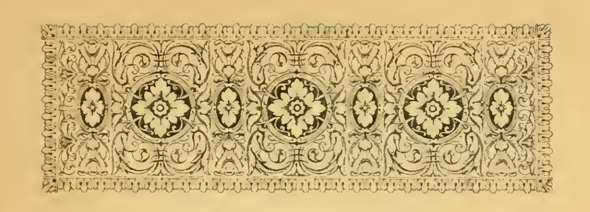
ambos aceptaron; mas éste quiso llegar ántes á su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala á recibir las tarjetas y las cartas, vió un gran oficio entrelargo, y lo recogió al paso, mientras le quitaba Damian la blanca capa de santiaguista, con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar á Damian, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba: no pudo sin embargo conseguirlo del todo, y quedóse con ella á medio descalzar, sentado en una butaca, esperando al ayuda de cámara. Tardaba éste, é impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio.

Sobre un pliego de papel blanco, vió destacarse ante su vista el sello rojo que habia cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Mirólo un momento aterrado... Parecíale una gota de sangre.





VI

Era al dia siguiente Domingo de Carnaval, y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco: un fuerte viento del Norte habia barrido las nubes, y helado por los rincones los restos de nieve que habian logrado sustraerse á las pesquisas de la escoba municipal.

El frio era grande y ayudaba á la pereza á mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho áun á los más madrugadores. Damian oyó las ocho en su cama, y volvióse del otro lado, esperando que el Sr. Marqués no necesitaria de sus servicios, segun su cos-

tumbre, hasta muy entrada la mañana: un violento campanillazo vino sin embargo á hacerle saltar despavorido...

El Sr. Marqués llamaba, y llamaba tan de prisa, que áun ántes de que Damian lograse medio vestirse, sonaron otros dos fuertes repiques, en cuyo timbre creyó reconocer el ayuda de cámara, todas las intemperancias del mal humor que se desborda, y de la impaciencia que estalla.

Arreglándose con los dedos la negra y rizada cabellera, abrió violentamenta la puerta del despacho, para llegar por allí más pronto á la alcoba, y quedóse parado en el dintel, tieso como un huso, cuadrado como un quinto, y estupefacto cual si hubiese visto levantarse el sol, en mitad de la noche.

El Sr. Marqués, vestido ya por completo de mañana, hallábase sentado á su mesa de escribir, con una carta cerrada en la mano.

—¿El Sr. Marqués ha llamado?...

—No he llamado... he repicado trescientas veces—exclamó Jacobo con ira; y dominándose al punto, alargó á Damian la carta, diciendo sin mirarle:

—Esta carta á su destino...—La llevas tú

mismo al momento... Si no viviese allí ese... señor,—que bien pudiera ser,—preguntas al portero dónde se ha mudado, y allí la llevas... ¿Te enteras?...

Hizo Damian una muda reverencia, y salió leyendo el sobrescrito de la carta, que era el siguiente:—«Señor D. Francisco Javier Perez Cueto.—Calle de X.**, núm. 10.—Tercero.—Derecha.»

Encogióse Damian de hombros por parecerle el tal Perez Cueto algun pobre diablo que no merecia se molestase él en llevarle una carta, y Jacobo quedó solo, preguntándose qué se hace un hombre en esta vida, levantado desde las ocho de la mañana.

La campana de la vecina iglesia de San José comenzó á tocar en aquel momento, como si quisiera contestarle que ir á Misa, y Jacobo recordó entónces que hacia catorce años, desde el primero de su matrimonio, que no habia oido ninguna.

Sintió entónces cierta tristeza, cierto malestar que le aquejaba á pesar de sus satisfacciones de la víspera, desde el momento en que los masones habian repetido por segunda vez aquella ridícula *broma del sellito,* que

ahora como entónces habia venido á asustarle primero, á irritarle despues, y á despertar por último su fogosa é irreflexiva actividad de un momento, á la vista de aquel peligro misterioso que hubiera debido conjurar ya dos veces, sin haberlo hecho ninguna. Lamentábase entónces de su imprudente apatía, y prometiéndose remediarla, confesábase allá en el fondo de su corazon,

Que propio del cobarde es,
Llorar la ocasion perdida.

No la juzgaba él, sin embargo, pasada del todo, puesto que tenia en su poder las cartas de Garibaldi, que explicaban su conducta y garantían su persona. Cierto que habian perdido ya estas cartas mucho de su fuerza, por haber muerto en aquel intervalo el viejo revolucionario, y por su demora propia en entregarlas; mas no le faltarian á él mentiras complicadas y habilidosos enredos para explicarlo todo á su gusto, y ademas, su posicion habia de variar muy pronto, adquiriendo grande importancia.

Opinion de todos fundadísima era que el buey Apis estaba abocado á ser Presidente del Consejo, en cuanto viniera á tierra aquel

Gabinete que ya se tambaleaba, y entónces, ¡oh entónces! seria él seguramente ministro, y desde las alturas del banco azul, teniendo él la sarten por el mango, podia ya reirse impunemente, así de las burlas como de las amenazas de los masones.

Aquella noche, mientras desvelado daba vueltas en el lecho sin poder desechar su inquietud, no obstante sus razonamientos, decidió, sin embargo, no esperar esta vez para tomar un partido, al tercer acto de la estúpida comedia, á la llegada del tercer sellito...

Venian dirigidas las cartas de Garibaldi á un H.º.·. Neptuno, gran personaje en las logias, que despojado del tridente, la corona de algas y los simbólicos tres puntos, quedaba reducido en la vida ordinaria á un don Francisco Javier Perez Cueto, fabricante de almidon en uno de los arrabales de la corte: entidad perfectamente desconocida para todo el mundo, tras de la cual, segun opinion de algunos, ocultábase cierto personaje famoso que vivió y murió haciendo ruido.

Jacobo no lo ignoraba, y habia tenido ocasion de comprenderlo en sus tiempos de

amistad íntima con el Conde de Reus. A este pues Perez Cueto escribió Jacobo una carta, en que con frases muy corteses á la vez que apremiantes, pedíale una entrevista para tratar un asunto de grande importancia; observaba en ella todo el ceremonial masónico, y firmaba con su antiguo nombre de guerra, H.º.·. Byron, basado en su prodigiosa semejanza con el lord poeta...

Media hora larga debia de emplear Damian en ir y volver de casa de Perez Cueto, y púsose Jacobo mientras tanto á formar en un papelito con las cartas de Garibaldi delante, una especie de cróquis de las mentiras y enredos con que habia de probar su inocencia al H.º.·. Neptuno.

Sorprendióle la llegada de Damian en esta operacion todavía, é interrogóle al punto con la vista: el Sr. Perez Cueto estaba en casa, y la carta le habia sido entregada.

Jacobo respiró desahogado, como si viera ya con esto finalizado el negocio, y no ocurriéndole otra cosa que hacer desde aquella hora hasta la del almuerzo, parecióle lo mejor meterse de nuevo en la cama; decididamente era una aberracion incomprensible, la

de aquellas gentes que se levantan ántes de las doce del dia.

—Si viene alguna carta,—dijo á Damian, me despiertas en seguida... Si no, entra á las dos en punto...

Y como ninguna carta vino, entró Damian en la alcoba á las dos en punto, encontrando al Sr. Marqués profundamente dormido. Levantóse éste de muy mal humor, vistióse muy despacio con su elegancia acostumbrada, almorzó parcamente y sin apetito, y marchóse luego al Veloz, dejando á Damian la órden de llevarle allí al momento, cualquiera carta ó recado que para él llegase.

En el Veloz, disipóse de repente su humor negrísimo, y comenzó á reir y divertirse como un muchacho: Gorito Sardona y Paco Velez, asomados á un balcon, tiraban á los transeuntes un *saquillo*, y púsose Jacobo á ayudarles; era el saquillo un lindo canastito, adornado con cintas y cascabeles, y atado con un cordon de seda lo bastante corto, para que no llegase á dar en los sombreros de los traseuntes.

Lanzábanlo con grande fuerza sobre las damas que pasaban, y asustadas ellas con el rui-

do, encogiánse prontamente, levantando las cabezas: entónces, si eran jóvenes y bonitas, arrojábanles una lluvia de dulces y flores: si eran viejas ó feas, sacábanles la lengua con la mayor insolencia.

El juego, aunque poco digno de un futuro ministro, parecióle á Jacobo muy divertido, y mandó encargar al punto para el dia siguiente, en la Mahonesa, un par de arrobas de *confetti*, especie de bombones rellenos de harina, con que se apedrean las máscaras en el Corso de Roma.

Al oscurecer, abandonó Jacobo el balcon para dirigirse á casa de Currita, donde estaba citado con el buey Apis desde la víspera: cierto Senador famoso, disgustado recientemente con el Gobierno, habia solicitado de Martinez por medio de la dama una entrevista, y ella apresuróse á ofrecerles, como terreno neutral, su propia mesa; ambos debian, por lo tanto, comer aquella noche en casa de la Albornoz con este objeto, y Jacobo, el niño mimado del nuevo partido, no podia faltar tampoco en aquella ocasion, al lado de su jefe.

El futuro ministro subió por la calle de Al-

calá, atravesó la Puerta del Sol, y entró por la calle del Cármen: frente á la iglesia de este nombre habia parada una grotesca estudiantina, vestida de amarillo y encarnado, tocando desentonadamente un vals de *La Gran Duquesa*.

Un hombre muy alto, encaramado sobre unos zancos que le ponian al nivel de los segundos pisos, recogia propinas de los balcones, tocando el clarinete y haciendo piruetas: la multitud reia en torno, contemplando las contorsiones del volatinero, y algunos grotescos mascarones chapalateaban sobre el fango, dando vueltas vertiginosas al compás del vals canallesco.

Las sombras del crepúsculo prestaban un tinte oscuro y asqueroso á aquel cuadro de arrabal, en que parecia revolcarse sobre el cieno de las calles, el cieno de las almas.

Jacobo procuraba abrirse paso á través del gentío, arrimándose á la escalerilla de la iglesia; mas detúvose de pronto sorprendido y ocultóse al punto como asustado, detrás de unos mascarones cubiertos con pingajientas colchas de zaraza atadas por la cabeza, que saltaban delante de él, medio borrachos.

Al lado mismo de Jacobo y en su direccion misma, marchaban dos hombres al parecer extranjeros, agarrados del brazo para no separarse el uno del otro, entre los remolinos de la gente. Llevaba el más viejo una bufanda encarnada que le cubria la camisa, un sombrero calabrés algo mugriento, y un arete de oro en la oreja izquierda; el más jóven era bajo, rechoncho y sin pelo de barba en la rolliza cara.

Quedóse atrás Sabadell, mirándoles muy espantado como si quisiera reconocerles...

No habia duda: era el más viejo un italiano llamado Cassanello, que habia conocido él en las logias de Milan, y vuelto á ver aquel mismo año en Caprera, en casa de Garibaldi.

Los dos hombres se volvieron de repente por no poder atravesar el gentío, y asustado Jacobo cubrióse al punto el rostro con el pañuelo cual si se limpiase las narices, y subiendo muy de prisa la escalerilla del Cármen, entróse en el templo...

Al pronto no vió nada, sino una gran oscuridad cortada en el fondo por un foco de luz brillantísimo, en cuyo centro estaba expuesto en la custodia el Santísimo Sacra-

mento. Distinguíase al pié del altar una gran masa negra, y salia de ella á intervalos un suave clamor, lento y pausado, que parecia contestar á otra voz más enérgica y acentuada.

—*¡Ora pro nobis!...*

Detúvose el fugitivo un momento, turbado, con cierto pavor respetuoso, semejante al del profano que se encontrara de repente en el fondo de las Catacumbas, en medio de los divinos Oficios; á lo léjos, oíanse en la calle el vals de *La Gran Duquesa* y los gritos de la canalla... Dió entónces dos pasos á tientas, extendiendo el brazo para salir por la puerta de enfrente á la calle de la Montera, y tropezó con un confesonario arrimado á la pared de la derecha; abrióse al punto la puertecilla baja de delante, y apareció una mano muy blanca pegada á una manga muy negra. Jacobo retrocedió un paso sorprendido, y la puertecilla se volvió á cerrar y tornó á desaparecer la mano, oyéndose una voz pausada que decia en el fondo de aquellas tinieblas:

—Dispense V...—Creí que venia á confesarse...

Sublevóse el impío orgullo de Jacobo ante aquellas sencillas palabras, y contestó brutalmente:

—Eso se queda para las viejas...

La voz, sin perder su serena pausa, dijo entónces desde las tinieblas:

— *Vocavi et renuistis...*

—¿*Vocavi et renuistis*?—preguntóse Jacobo sin comprender el significado de la terrible frase.

Y abriendo violentamente la puerta, una gran bocanada de aire ensordeció sus oidos con el vals de *La Gran Duquesa*, apagando por completo el dulce silbo del cielo, el piadoso clamor de la misericordia...

—¡*Ora pro nobis!*...

Por calles extraviadas y volviendo siempre la cara atrás cual si le persiguiesen, llegó á casa de la Albornoz muy agitado. El encuentro de aquel hombre en aquellas circunstancias, habíale inspirado un terror muy parecido al que sintió meses ántes, al ver vacíos en el álbum del tio Frasquito los huecos ocupados en otro tiempo por los tres sellos. ¿Qué vendria á buscar aquel pajarraco en la corte? ¿Tendria que ver algo su venida con

el asunto de los masones? ¿Habria acaso en todo aquello, algo más que una estúpida broma?...

Encantadora estaba Currita aquella noche con sus rojos pelitos peinados á la griega y una extraña *toilette* un poco abigarrada, muy propia del caprichoso tiempo de carnestolendas. No habia ido por la tarde al paseo del Prado; incomodábala mucho aquel eterno dar vueltas de los dias de Carnaval, expuesta siempre á oir las desvergüenzas que escupen la envidia y la insolencia, tras el anónimo de una careta... ¡Cuántas habia escuchado ella ántes de salir escarmentada! Quedóse, pues, en su casita, como mujer de provecho, cuidando de Fernandito que andaba desmazalado, y ya entrada la noche llegó primero el Excmo. Martinez, y á poco el Senador del Reino D. Vicente Cascante.

Jacobo no habia venido todavía, y disgustada Currita por creer que toda palabra del buey Apis pronunciada á espaldas de aquel amigo querido, era un fraude que á este se hacia, salió impaciente en su busca. Solia Jacobo algunas veces entrar en el *boudoir* ó en las habitaciones de Fernandito, como

persona de la más familiar confianza, y no parecer en el salon hasta el momento mismo de la comida. Al atravesar una antesala, encontróse Currita un lacayo, que le presentó una carta en una bandeja de plata.

—Para el Sr. Marqués de Sabadell,—dijo.

Tomóla al punto Currita con grande prisa, y miró el sobre; era su letra una de esas letras inglesas de mujer, de rasgos firmes y corridos, y por debajo del nombre de Jacobo decia: *Urgentísima.*

—¿Quién ha traido esto?—preguntó.

—Damian la ha traido...—El Sr. Marqués ha estado todo el dia esperando esa carta, y dejó dicho que en cuanto viniera se la llevaran al Veloz... Damian fué allí y el Sr. Marqués habia ya salido; tomó entónces un coche y la trajo aquí corriendo.

Currita quedóse un instante muy pensativa y dijo al cabo:

—¿Y el Sr. Marqués no ha venido?

—No ha venido todavía.

—Está bien;—yo se la entregaré cuando venga...

Y con la carta en la mano entróse en el *boudoir*, arrugado el entrecejo, la boca frun-

cida y torvos los claros ojitos. A la luz de la gran lámpara sostenida por el negro de ébano, tornó á registrar la carta por todos lados; era el sobre de rico papel muy recio, no tenia timbre, sello ni inicial alguna, y venia ligeramente pegado con la misma goma de los bordes.

Currita introdujo un fino cuchillo de márfil por debajo, y el recio papel, sin doblarse ni romperse, se despegó fácilmente. Venia dentro una de esas tarjetas cuadradas en que suelen escribir sus esquelas las damas elegantes, cortada de intento la esquina superior izquierda, en que sin duda debió de haber algun timbre ó algun nombre. En breves renglones decia:—«La cita que me pide, me compromete mucho; pero cedo á los sentimientos que me inspira, y le espero esta noche de doce á una, en la calle de X.**, número 4, principal, derecha.—Silencio y discrecion.—No diga al portero mi nombre: pregunte por la señora de Rosales.—N.»

—¡Qué delicia!—murmuró Currita: y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, volvió á leer por dos veces la carta, sentándose ántes en una butaca.

Quedóse luego pensativa breve rato, sin que denunciase su alteracion más que un imperceptible temblorcito en la mano que sostenia la carta, una ligera crispatura en los labios, un torvo reflejo en la vista, fija siempre en la alfombra. No era ya su mirada la de la ninfa Calipso, orgullosa, placentera, rebosando vanidad satisfecha y gratas satisfacciones: era la mirada celosa, furibunda y salvaje, de la Medea que describe Séneca, terrible é imponente en medio de su sombría calma.

Sin perder un punto de la suya, escribió Currita en un plieguecillo de papel timbrado las señas que venian en la carta; volvió á leerla por cuarta vez, y la metió de nuevo en el sobre, tornando á pegar éste con una poca de goma. Mantúvola un momento al calor de la chimenea para dar tiempo á que se secase por completo, y arrojóla luego sobre su lindo escritorio. Entónces llamó á Kate.

—¿El Sr. Marqués de Sabadell ha venido?...

—Ahora mismo acaba de entrar y está en el salon con los señores.

—Ahí encima debe haber una carta... Que se la entreguen en seguida.

Tomóla Kate de sobre la mesa y se diri-

gió á la puerta; mas la señora, siempre taimada y astuta, y sin dejar ver á nadie el juego de sus cartas, díjole con voz muy displicente y quejumbrosa:

—Mira, hija—prepárame ántes una dósis de antipirina... ¡Me está barruntando una jaqueca!...

Volvió Kate á poco, revolviendo en una copa, con preciosa cucharilla, la medicina pedida.

—¿Han entregado la carta?—preguntó Currita.

—Como dijo la señora Condesa que trajese ántes la antipirina...

—Pues anda, mujer...—¡Si dice en el sobre urgente!...

No bien salió Kate, arrojó Currita en la chimenea la medicina, y dirigióse muy de prisa al salon azul, donde acababa de entrar Jacobo. Queria ella ver de cerca la impresion que causaba á éste la lectura de la carta: un momento despues, presentábasela un criado en una bandeja de plata.

Abalanzóse á ella Jacobo con grande ansia, y sin mirar apénas el sobre, rasgólo en dos pedazos... Currita le devoraba con la vis-

ta, mas no pudo notar en su rostro señal de gozo ni satisfaccion alguna; observó tan sólo una gran ansiedad mientras leia, y luego una honda preocupacion que le duró toda la comida. A veces charlaba largo rato sin cesar un punto, con cierta excitacion nerviosa que prestaba brillantez á su conversacion, y alarmaba á Currita: otras enmudecia de repente y quedábase pensativo y preocupado, sin prestar apénas atencion á lo que en torno de él se hablaba.

Hallábase muy perplejo; habia comprendido desde luego que aquella extraña carta era la respuesta del H.º.·. Neptuno, porque á nadie sino á éste habia pedido él cita alguna; mas extrañábale por lo mismo la singular manera de su redaccion, y el empeño manifiesto que en ella se notaba de encubrir todo lo que pudiera denunciar su carácter masónico, y hacerla aparecer tan sólo como una cita galante y misteriosa, segun la habia juzgado ya, engañándose por completo la misma Currita.

Despertóle esto la fundada sospecha de si la carta ocultaria algun lazo, y de nuevo renacieron sus temores; mas recordó luego las

mojigangas ridículas y los aparatosos misterios de que suelen rodearse siempre los masones, y esforzóse por creer lo que más halagaba sus deseos y ahuyentaba sus recelos; que en todo aquello habia tan sólo una broma impertinente y ridícula, que habia que apurar hasta el cabo, y que la carta de Perez Cueto era el chasco de Carnaval que debia coronarla. De repente, en uno de aquellos momentos de preocupacion que la lucha de estas ideas le causaba, dijo á D. Casimiro Pantojas, que se hallaba á su lado:

—Diga V. Pantojas...—¿Qué significa *vocavi et renuisti?*...

Miróle el bueno de D. Casimiro muy asombrado, y satisfecho de poder lucir su erudicion, contestóle al punto:

—Significa literalmente *te llamé y me rechazaste*... y son las palabras de Isaías, si mal no recuerdo, que dirige el Señor á los pecadores empedernidos que resisten á su misericordia.

Echóse Jacobo á reir, y Currita le preguntó con malicia:

—¿Piensas hacer en el Senado alguna homilía sobre ese texto?...

—No pienso yo hacerla, sino que me la han hecho á mí esta tarde,—contestó Jacobo.

Y añadiéndole ridículos pormenores, contó la escena del confesionario en la iglesia del Cármen, guardándose muy bien de decir el verdadero motivo de su entrada en el templo: segun él, habíale sido imposible el tránsito por la calle del Cármen, y atravesó por la iglesia para salir á la de la Montera. Riéronse todos mucho de la ocurrencia del cura, y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, dijo con gran prosopopeya é hinchazon sentenciosa:

—Pero noten ustedes cómo en medio de lo ridículo del caso, resalta siempre la soberbia y la insolencia del clero... ¡Siempre disponiendo de los rayos celestes como si Dios les hubiera dado á ellos la llave!... Eso es insufrible, y cien veces lo he dicho y lo repetiré otras ciento; la dureza y la intransigencia del clero, es lo que está carcomiendo la Iglesia de España.

Y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, para enardecer el celo de la casa de Dios que se lo comia, comióse él una pechuguita de perdiz con gesto de pesar profundo.

A las once de la noche, el palacio de Villamelon parecia por extraño caso, la morada de la quietud y del silencio: la señora Condesa se habia retirado muy temprano á sus habitaciones á causa de una fuerte jaqueca que la molestaba desde la tarde; el Sr. Marqués habíase acostado tambien, aquejado de fuertes mareos, y la numerosa servidumbre, libre de toda traba y segura de no ser echada de ménos, habíase esparcido acá y allá, por los numerosos centros de diversion que ofrecen en Madrid las noches de Carnaval, á las gentes de todas raleas.

No dormia, sin embargo, todo el mundo en la casa; á las once y media abrióse con gran sigilo la puertecilla del jardin pegada por dentro al invernadero, y salió á la calle cautelosamente un bulto negro que cerró por fuera y se alejó rápidamente guardándose la llave.

Era una mujer enmascarada, que á pesar de sus altos tacones y de la especie de gran floron de anchas cintas negras que llevaba en lo alto de la cabeza para aumentar su estatura, aparecia muy pequeña: llevaba sobre un vestido corto de seda negra, un ámplio

dominó de igual color, y abrigábase el cuello, espaldas y brazos, con una rica talma de pieles grises.

La incógnita cruzó rápidamente varias callejas sin muestras de miedo alguno, y entró por la calle Ancha de San Bernardo en la plazuela de Santo Domingo. Detúvose un momento en la esquina y miró á todas partes; la concurrencia era allí todavía numerosa de máscaras que se dirigian á los bailes, transeuntes que iban de un lado á otro y carruajes que cruzaban. Hacia la calle de Tudescos, habia tres simones parados, dormitando sus cocheros en los pescantes: dirigióse la incógnita al de en medio, abrió ella misma la portezuela, y mandó al cochero que despertaba sobresaltado, parar en el paseo de Recoletos á la entrada de la calle de X.**: era esta calle una de las varias que van á parar perpendicularmente en la de Serrano.

Apeóse la incógnita en el sitio indicado, y ordenando esta vez al cochero que aguardase, entró por la calle X.** mirando á una y otra acera, como si inspeccionase el terreno. Es esta calle muy corta, y formábanla en aquel tiempo, por la acera de la izquierda, la

gran verja del jardin que rodea á un Hôtel de Recoletos, un solar lleno de escombros, y la esquina de una casa de la calle de Serrano, en la cual se abria una puertecilla al parecer condenada: á la derecha, extendíase primero la fachada lateral de cierto edificio público; seguia luego un Hôtel suntuoso, y terminaba la acera con otro solar en construccion, y la esquina de otra casa de la calle de Serrano, en que no habia puerta ninguna.

La incógnita, en que el lector habrá ya reconocido sin duda á la intrépida Currita, pareció muy perpleja: indudable era que en la calle X.** no existia el núm. 4, puesto que no habia otra casa que el suntuoso Hôtel, y en este vivia precisamente,—¡qué coincidencia!—la Mazacan en persona...

¿Vendria quizá equivocado el número de la casa, y seria aquella buena alhaja la autora de la carta?... Parecióle esto á Currita improbable, y un hecho positivo la sacó de dudas: abrióse de repente la gran mampara de cristales, que cerraba en el Hôtel el fondo del vestíbulo, y apareció un coche que vino á detenerse al pié de la escalera: ni el cochero ni el lacayo traian librea, ni veíanse tam-

poco en el coche armas, iniciales ó corona: al ejercitado olfato de Currita, olióle todo aquello desde luego á principios de aventura.

Bajaron á poco dos damas, vestidas de chulas, con riquísimos mantones de Manila, pañuelos de seda en la cabeza, y antifaces de terciopelo color de rosa: en la estrepitosa carcajada que soltó una al entrar en el coche, reconoció Currita á Leopoldina Pastor, y en su alta estatura y el aire de dueña con que dió al lacayo la órden, adivinó al punto en la otra á su mortal enemiga, la Mazacan misma. Arrancó el coche, y Currita respiró desahogada: indudable era que las dos amigas se marchaban al Real, á correr alguna *juerga*...

Volvióse entónces la dama á su coche, decidida á esperar allí pacientemente, y recatándose lo posible, acomodóse lo mejor que pudo en el fondo, sin dejar de mirar por la ventanilla á lo largo de la calle. Extendíase ésta frente á ella, solitaria por completo, subiendo en suave declive hasta la de Serrano, y veíanse cruzar á través con cierto aspecto fantástico, como por el cristal de una linterna mágica, transeuntes que el frio hacia mar-

char apresurados, coches que llevaban máscaras á los bailes, y de cuándo en cuándo los tranvías que subian y bajaban con sordo ruido, pareciendo á lo léjos monstruosos faroles ambulantes. Solo dos reverberos de gas alumbraban la calle; el portero del Hôtel habia entornado la puerta, y el cuarto menguante de la luna derramaba su suave claridad, permitiendo distinguir claramente los objetos.

Un reloj lejano dió las doce y cuarto, y á poco bajó pausadamente de la calle de Serrano un hombre muy alto, con gran leviton y sombrero de copa, trayendo ambas manos cruzadas á la espalda: parecia un loco desocupado que fuera á tomar el fresco de la media noche en Recoletos, ó un genio que meditara una obra maestra, ó un desesperado que fuera á escoger el árbol más á propósito para ahorcarse á la luz de la luna, ó el lugar más solitario para descerrajarse un tiro en mitad del pecho.

Currita le miró con ese sentimiento de terror que inspira á las altas horas de la noche, todo lo que suponemos extraño ó misterioso, y escondióse más en el fondo del coche. En la esquina misma de Recoletos, cruzóse

el hombre del leviton con otro que venia apresuradamente de aquel mismo sitio; asomóse Currita al vidrio trasero, y el corazon le latió con fuerza...

Era Jacobo, gallardamente embozado en una capa andaluza con vueltas rojas, y cubierta la cabeza con un sombrero hongo de color claro; torció la esquina sin fijarse en el coche, y comenzó á subir por la calle ya más despacio, examinando las casas atentamente. La misma perplejidad que asaltó á Currita, asaltóle á él tambien, al notar que faltaba el núm. 4; la dama, ahogándose de ira, veíale marchar con la mano puesta en la llave de la portezuela, como si acechase el instante de salirle al encuentro.

Jacobo, cansado al fin de dar vueltas, acabando de creer que el asunto todo de los masones era una farsa, y la carta de Perez Cueto un chasco de Carnaval que debia completarla, decidióse á llamar como última prueba á la puertecilla condenada, única que, fuera á parte de la del Hôtel, habia en la calle: los golpes retumbaron en el silencio, y un eco muy extraño que asustó á Currita, los reprodujo á lo léjos.

Nadie contestaba, é impaciente Jacobo llamó hasta tres veces, cada vez con más fuerza; dió entónces una gran patada en el suelo, y siguiendo adelante, dobló la esquina de la calle de Serrano.

Este fué el momento escogido por Currita para lanzarse del coche, y correr tras de Jacobo, temerosa de que la puerta de la casa estuviese por el otro lado, y se le escapara dentro. Jacobo, sin embargo, no habia pensado en esto, ó no habia podido lograrlo. Encontróle Currita parado en la acera, examinando atentamente la fachada de la casa; era esta de modesta apariencia y estaba ya la puerta cerrada; en la planta baja hallábanse establecidas las oficinas de una Agencia Funeraria.

Encontráronse los dos amigos frente á frente, y no obstante el disfraz de la dama, reconocióla al punto Jacobo; con más sorpresa que disgusto, salió entónces á su encuentro:

—¡Criatura!...—¿Qué haces aquí?... ¿A qué has venido?...

Ella, agitada por mil sentimientos encontrados, entre los que sobresalia la ira, contestó con amarga burla:

—Pues nada...—Venia á indicarte dónde está el núm. 4.

—¿Pero quién te ha dicho eso?—exclamó el otro asombrado. Vamos, tú has creido otra cosa...

Y cogiéndola del brazo, dobló con ella de nuevo la esquina de la calle de Serrano; entónces, ciega de ira la dama, parada en la acera cual si la rabia la hubiese allí enclavado, comenzó á arrojar por la boca todos los sentimientos de su corazon mezclados y confundidos, pero bajo la forma siempre del insulto, á la manera que lanza un volcan todas las materias contenidas en su seno, formando un solo cuerpo, un solo torrente de lava que tala y destruye por donde quiera que pasa... Esforzábase en vano Jacobo por probarle su inocencia; ella no le dejaba hablar, y con sus flacas manecitas habíale deshecho el embozo, levantando hasta el rostro de él las uñas, como si quisiera arrancarle los ojos.

Jacobo, irritado tambien por la burla de Perez Cueto, acosado por los reproches de Currita, y temeroso de perder la amistad para él indispensable de ésta, vióse al fin forzado á confesarle toda la verdad, con el fin de aplacarla...

Consiguiólo al punto; al oir la dama el nombre de masones, apagóse en el acto su ira, y llenóse en cambio de un espanto casi pueril, extraño en un carácter de tan enérgico temple.

—¡Vámonos, vámonos!—decia: por Dios te lo pido, Jacobo; no te quedes aquí.—¡Vámonos!

Y con acento de verdadero terror, mirando á todas partes espantada, repetia muy bajo:

—¡Excomulgados!—¿Sabes? ¡Están excomulgados!...

Jacobo, creyendo con razon que el terror es contagioso, porque sentia él comunicársele el que á la dama agitaba, procuró sin embargo sosegarla.

—Pero no seas tonta,—mujer, no seas chiquilla... Vámonos si quieres, pero sosiégate. ¿No estoy yo contigo?... ¿Has venido sola?...

—Sí...

—¿Pero á pié?...—¡Qué locura!

—No...—tengo ahí un simon...

—Pues te acompañaré en él á tu casa, y me llevará despues á la mia.

—¿Traes armas?—dijo ella muy bajo.

—Sí; un revólver.

Siguieron ambos hacia Recoletos, mirando ella á todas partes muy azorada, procurando él rechazar con la idea de que era un chasco de Carnaval la carta de Perez Cueto, la inquietud que á pesar suyo le causaba el extraño terror de Currita...

Al volver la esquina, miráronse ambos en silencio, cual si el exceso de su espanto les paralizara las lenguas... El coche habia desaparecido, y ni por una ni por otra parte del paseo se divisaba á lo léjos.

—¿Le habias ya pagado?—preguntó Jacobo estupefacto.

Y ella, pegándose á él con el temblor de un calenturiento, contestóle muy bajo:

—No...—no le habia pagado.

El caso era extraño, y Jacobo sintió renacer con mayor fuerza todas sus inquietudes; imposible era que el cochero se hubiese marchado sin cobrar, si álguien no le hubiera obligado ó persuadido á marcharse; tuvo entónces un momento de angustiosa perplejidad, de verdadero miedo que pasó por su ánimo naturalmente valiente, estremeciéndolo, como á un cuerpo robusto un soplo helado.

—Vámonos andando,—dijo.

Y ambos echaron á andar agarrados del brazo, sin pronunciar una palabra, atravesando diagonalmente el paseo para ganar la acera opuesta, por parecerle quizá ménos solitaria. Currita marchaba muy de prisa, sin mirar á ningun lado, fijos siempre los ojos en las luces de los faroles que le parecian la salvacion y la vida, sintiendo á la vez deseos y terror insuperable de volver atrás la cara. Al poner el pié en la acera, respiró Currita algo más desahogada, y atrevióse á mirar á un lado y otro: todo parecia solitario, y tan sólo por la calle del Almirante vió á un hombre que marchaba á lo léjos, con las manos en los bolsillos, silbando la marcha de *Pan y toros*. Al pasar por San Pascual santiguóse Currita muy de prisa, y Jacobo, oprimiéndole el brazo cariñosamente, dijo en son de burla:

—¡Tonta!...

Llegaban ya al Ministerio de la Guerra, y allí Currita se tranquilizó más todavía, porque comenzaba á poblarse aquella soledad que la aterraba. Un coche subia por la calle de Alcalá y entraba por el paseo del Prado;

en el jardin del Ministerio brillaba el fusil de un centinela, y algunas voces de hombres que venian cantando, escuchábanse muy cerca, por el lado de allá de la verja.

Forma la esquina del Ministerio un pabellon aislado, de un solo piso, con cuatro fachadas y tres ventanas en cada una. Dos hombres decentemente vestidos, pero dando gritos y risotadas de borrachos, volvieron la esquina del pabellon, y emparejaron con Currita y con Jacobo, ante la tercera ventana: el más alto pegóse á la acera, y el más bajo llamóse á la corriente, dejándoles pasar por en medio... Hubo entónces una horrible escena de un segundo: Currita sintió que un brutal empellon la arrancaba violentamente del lado de Jacobo; que otra mano vigorosa tiraba del embozo á éste, que caia al suelo al pié de la ventana, y algo líquido y caliente brotaba como de un surtidor, chorreándole las ropas y las manos. El terror dióle alas para huir por la calle de Alcalá, sin una idea en la mente para definir lo que le pasaba, sin un acento en la garganta para lanzar un grito... Uno lastimero y agonizante llegó á sus oidos, y otra voz vigorosa y angustiada

hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche.

—¡Cabo de guardia!...—¡Un hombre muerto!...

Sonó luego por tres veces la voz de ¡alto! y de seguida, uno tras de otro, como dos gritos de protesta y de amenaza, se oyeron dos tiros.

Currita, desfallecida y sin alientos, se agarraba ya á la verja dę la iglesia de San José: pensó volver atrás, pensó seguir corriendo, pensó gritar pidiendo socorro, pensó morirse allí mismo... Oyó entónces los pitos de los serenos, sintió abrirse algunas ventanas, vió correr por la acera de enfrente un hombre encapuchado, con el chuzo en ristre y el farol en lo alto.

El instinto, más bien que la reflexion, hízole comprender entónces el riesgo que corria ella misma, y huyó de nuevo por la calle del Caballero de Gracia, sin detenerse un momento, sin resollar siquiera, sin ver nada, ni oir nada, ni pensar nada tampoco, hasta que jadeante y sin saber cómo se encontró en su *boudoir*, rígidos los miembros, huraña la vista, fuera de las órbitas los ojos,

teniendo delante el negro de ébano que levantaba en lo alto la lámpara encendida, como para alumbrar en su entendimiento el horrible cuadro, que le mostraba con temerosa inmovilidad los blancos dientes, en su sonrisa siniestra, eterna como la mueca del condenado.

A la luz de aquella lámpara miróse las manos, que sentia húmedas y pegajosas, y vióselas teñidas de sangre... Un horror inmenso invadió entónces su cuerpo y anegó su alma, y una idea taladró al fin su mente, como un clavo ardiendo al empuje de un mazo: la de su hija Lilí, arrodillada en el estudio, mostrándole sus manitas manchadas tambien con la sangre de su hermano, repitiendo con la opaca vibracion de un terror sin medida:

—¡Sangre...—mamá... sangre!...





VII



NA hora larga tardó la justicia en acudir para reconocer y levantar el cadáver: hallábase éste atravesado en la acera, tendido sobre el lado derecho, descansando la cabeza contra el zócalo del pabellon del Ministerio de la Guerra, debajo de la segunda ventana. Tenia en la sien derecha una fuerte contusion, producida sin duda por el golpe dado al caer, y en el lado izquierdo del cuello, una tremenda puñalada que le dividia por la mitad la artéria carótida. Un gran torrente de sangre que de allí habia brotado, empapaba su ropa y humedecia la tierra. En la esquina misma de Recoletos y

la calle de Alcalá, veíase sobre la acera una rica talma de pieles de castor, manchada tambien de sangre: hasta que llegó el juez, nadie se atrevió á tocarla.

Pronto quedó identificado el cadáver: encontráronle en el bolsillo la esquela recibida aquella misma tarde, dando la falsa cita, las dos cartas de Garibaldi al H.º.·. Neptuno, y varias tarjetas en que constaba el nombre del Marqués de Sabadell. Era este nombre harto conocido, y al horror natural que inspira todo crímen, unióse entónces en los presentes ese espanto mezclado de sorpresa, con que ve el vulgo derrumbarse una fortuna en el abismo de una desgracia, caer á un poderoso desde los almohadones de su coche, sobre la mesa destinada en un hospital á hacer á los cadáveres la autopsia. La noticia corrió de un extremo á otro de la corte, sin hacer derramar una lágrima, pero despertando por todas partes la admiracion, el espanto, y sobre todo, la curiosidad; la curiosidad ansiosa y hasta por decirlo así, rabiosa, de conocer los pormenores de aquel drama misterioso, más interesante que los lúgubres episodios de Ana Radcliffe, y las dramá-

ticas aventuras de Clara de Harlowe. Varios socios del Veloz corrieron al hospital á ver el cadáver, y en la esquina del Ministerio de la Guerra, vióse todo el dia un gran cerco de gente contemplando con cierta curiosidad pavorosa el pié de aquella ventana, en que parecia vagar aún la sombra siniestra del crímen. Por la tarde, cuando la mayor afluencia de máscaras y de gente acudia al Prado y á Recoletos, nadie osaba pisar aquel sitio regado de sangre, y llamábanse todos á la acera opuesta, lanzando á la segunda ventana una mirada larga y medrosa.

Los periódicos publicaron extensos suplementos que se vendian á gritos por las calles, y entónces comenzaron á conocerse y comentarse algunos pormenores del crímen. Constaba entre ellos la declaracion del centinela del Ministerio de la Guerra: segun éste, vió pasar á la una de la madrugada á través de la verja de Recoletos, un hombre y una mujer que venian muy de prisa de la Castellana. Marchaban agarrados del brazo, embozado él en una capa andaluza con vueltas rojas, cubierta ella el rostro con un antifaz negro, y envuelta en un abrigo de pieles

grises: vió tambien al mismo tiempo á través de la verja de la calle de Alcalá, venir por aquel lado dos hombres gritando y cantando, cual si estuviesen borrachos: cruzáronse ambas parejas delante del pabellon, por la fachada que da á Recoletos, y allí los perdió el centinela de vista; mas oyó á poco en el silencio de la noche el rumor de un cuerpo que cae á tierra, y uno de esos gritos de agonía que jamás se olvidan ni se confunden: vió huir desesperadamente por la calle de Alcalá á la mujer enmascarada, y vió correr á los dos hombres, borrachos ántes y bien firmes entónces, uno hacia la Castellana y otro hacia la Plaza de Toros. Tropezó este último en la fuente de la Cibeles, y oyóse el ruido del agua, cual si hubiese caido dentro: levantose sin embargo al punto, y su veloz carrera púsole bien pronto al abrigo de las tinieblas. El centinela, imposibilitado por la consigna y por la verja para abandonar su puesto, abalanzóse á los hierros de ésta, y vió al hombre de la capa, tendido en la acera: gritó entónces al cabo de guardia, dió á los fugitivos por tres veces la voz de alto, y con el fin de despertar la alarma, disparó el fusil

por dos veces. Llegaron á poco tres serenos y un oficial y dos soldados del Ministerio, y por la puertecilla pegada al pabellon, salieron á la calle: el hombre de la capa, estaba ya muerto.

Desprendíase de todo esto que habia una ella de por medio, y la curiosidad, excitada hasta la rabia, sobre todo en los altos círculos, venia á estrellarse contra el secreto de la sumaria. Súpose que en la mañana siguiente á la noche del crímen fué preso Damian, el ayuda de cámara de la víctima, y llamado á declarar aquella misma tarde un D. Francisco Javier Perez Cueto, fabricante de almidon en uno de los arrabales de la corte... Desde entónces, ningun signo exterior dió á conocer que las investigaciones judiciales adelantasen un solo paso, y comenzóse á murmurar con cierta estupefaccion temerosa, que andaba en todo aquello la mano de los masones, que los asesinos de Sabadell quedarian desconocidos é impunes como los de su amigo el general Prim, y que el crímen de Recoletos seria siempre un arcano misterioso, como lo fué el de la calle del Turco. Mas de repente, cuando esta voz tomaba cuerpo y comen-

zaba á excitar en los ánimos el terror que infunde todo poder oculto, y la indignacion que inspira toda cobarde añagaza, levantóse otra voz contraria que nadie supo nunca de donde salia ni quien la atizaba, y que se extendió sin embargo por todas partes, con grandes visos de certeza, á la manera que esparce un pozo subterráneo por todos lados, sus húmedas filtraciones... Díjose que en el fondo de todo aquello habia tan solo una intriga galante, que existia en el juzgado un billetito concediendo una cita, y que obraba tambien en poder del Juez, una prenda acusadora perteneciente á la *promovedora del crímen:* una talma de pieles de castor, marcada por la parte de dentro con una etiqueta negra, en que con letras rojas decia:—*Worth.—Rue de la Paix.—París...*

Dos periódicos que á juicio de muchos pertenecian á la secta de los masones, publicaron violentos artículos contra los tribunales de España, que recluyen al pobre como un criminal y le barren de las calles como una inmundicia, y se cruzan de brazos y cierran los ojos ante el poderoso que oculta sus crímenes bajo una armadura de oro, contra la

cual se hace pedazos la espada de la justicia.

Porque un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al sol bambonea;
Y otro se pasea
Con cien mil delitos.
Cuando pitos, flautas;
Cuando flautas, pitos.

El atrevimiento era tan grande, la audacia tan increible, que extraviada la opinion por completo con estas pérfidas insinuaciones, señaló entónces con el dedo á la Condesa de Albornoz, y comenzó á mirarse el dintel de su palacio, con el mismo horror con que se habia mirado tres dias ántes la esquina del Ministerio de la Guerra.

¡Singulares extravíos de la conciencia pública, que Dios permite á veces en su infinita justicia, para castigar con una calumnia el delito verdadero que habia quedado impune!

Nadie en Madrid pidió cuentas á Currita de la sangre de Velarde, derramada á la vista de todos por culpa suya, y ahora le arrojaban al rostro la de Sabadell, de la cual se hallaba inocente, y hubiera ella rescatado con gusto á costa de cualquier sacrificio...

Porque el dolor de la dama fué en realidad grande, aunque no expansivo ni alborotado: uno de esos dolores, por decirlo así, secos, propios de las almas enérgicas, que se repliegan sobre sí mismos en el fondo del corazon como para no perder su energía, á la manera que el gladiador herido encuentra fuerzas en su misma agonía para encoger el cuerpo y doblar los músculos é intentar un último y más formidable avance... Aquella débil mujercilla encerraba en su endeble cuerpo una de esas almas enérgicas, que se crecen á la vista del peligro y lo desafian, y no necesitan en el dolor apoyo, ni cómplices en el crímen; bastábase ella misma á sí misma, y sacudiendo los terrores que la habian invadido la víspera, con el vigoroso empuje del toro que arroja léjos de sí los rejones que le lastiman y embarazan, aprestóse á la defensa, decidida á arrostrar á pié quieto y con firmeza, todas las consecuencias de aquella horrible noche.

Mas necesitaba ántes que nada reflexionar, trazarse un plan, preparar sus respuestas y ordenar sus preguntas, y aprovechando la ocasion de hallarse en cama Fernandito, pos-

trado por uno de esos ataques de imbecilidad que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, tomóse todo el dia del lúnes y dió la órden terminante de no recibir á nadie. Creia ella tener que habérselas de seguida con las visitas importunas, las preguntas indiscretas, las impertinentes lástimas y las molestas compasiones que la habian asediado cuando la muerte de Velarde, catástrofe tambien espantosa, que sin saber explicarse el por qué, parecíale en estos momentos más terrible que le pareció en aquellos primeros instantes. Mas con gran sorpresa suya pasó todo el dia del lúnes, y pasó tambien el mártes, y llegó y pasó asimismo el miércoles, sin que ningun coche parase á la puerta, ni atravesase una sola visita las antesalas, ni recibiera el oso del vestíbulo en su bandeja ninguna tarjeta, ni llegara tampoco el menor recado, la más insignificante misiva de atencion, de interés ó de consuelo... Aterróla entónces aquella soledad que no sabia explicarse, porque ignoraba que la opinion habia atravesado en el dintel de su puerta el cadáver de Jacobo; mas cuando llegaron á su noticia las voces que corrian y supo que una pérfida y misteriosa

mano explotaba el funesto hallazgo de la capa de pieles, para hacer recaer sobre ella las sospechas del crímen, tuvo en su soledad vértigos de ira, estremecimientos de fiera acorralada, y decidió desafiar frente á frente á la calumnia con un golpe de enérgica audacia.

La casualidad presentóle bien pronto ocasion propicia; el viérnes muy de mañana, trajéronle el aviso de que le tocaba al dia siguiente hacer su guardia como dama de honor en Palacio. Enviábale este aviso, segun la costumbre, la dama que habia hecho la guardia el dia ántes, y era esta una buena mujer, sencilla y piadosísima, que desechando como terribles calumnias las voces que corrian, apresuróse á cumplir con su deber avisando á Currita, y dejando al arbitrio de la dama el acudir ó no acudir á la cita de Palacio.

Por primera vez despues de la espantosa catástrofe, sonrió Currita con aquella sonrisa de diablillo, señal en ella de alguna idea feliz que pasaba por su mente. Tocabale la guardia el sábado, y segun la tradicional costumbre, habian de asistir los reyes á la Salve de Atocha; la novedad atraia todavía gran con-

curso de gente á conocer y contemplar á la jóven Reina, y presentándose Currita á su lado en el primer puesto, parecióle que habia de detener desde allí los tiros de la calumnia. Conocia ella bien el mundo que frecuentaba, que forma sus juicios y regula sus actos por los del poderoso que mira en lo alto, y creyó con razon que le bastaria presentarse una vez en público al lado de la Reina y á raíz del suceso, para que todos acallasen sus escrúpulos y se apresurasen á conservarla en el puesto de honor que habia ocupado siempre en la corte.

Sin llamar á Kate saltó Currita de la cama ántes de las nueve, y fué á abrir ella misma una ventana para enterarse del estado del tiempo; el sol brillaba despejado, no se descubria una nube en el cielo, y prometia la mañana una tarde deliciosa. Currita sintió un movimiento de gozo vivísimo, que le pareció el presentimiento del triunfo; los carruajes de la corte saldrian por el buen tiempo descubiertos, y sin duda irian despues de la Salve á dar una vuelta por la Castellana, donde todo el mundo elegante tendria ocasion de verla y contemplarla en su honorífico puesto... Algo

la espantaba sin embargo, la idea de que iba á serle forzoso pasar por aquel mismo trayecto que habia recorrido con Jacobo la noche funesta, por aquella misma iglesia ante la cual pronunció su última palabra, por aquella esquina en que le habia visto caer lanzando un gemido de agonía... ¿Mas qué iba á hacer ella? ¿Enterrarse en vida á los cuarenta y cinco años? ¿Dejar por escrúpulos sentimentales que le arrebatase una calumnia el prestigio, la soberanía suprema, el cetro de la elegancia y el buen tono que á pesar de mil vergüenzas verdaderas, habia conservado en su mano hasta entónces?...

Rióse ella misma de sí misma al notar la febril impaciencia con que esperaba la hora de ir á Palacio, porque ni la señora de Lopez Moreno habia sentido mayores ansias ni más vehementes deseos, el dia de su famosa presentacion en el Hôtel Basilewsky. Con esmero redoblado y gusto exquisito escogió una *toilette* elegantísima, con ese estudio de los pequeños detalles que se observa en los grandes genios, y acredita en ellos el conocimiento práctico del terreno que pisan. Púsose un riquísimo vestido de terciopelo azul

muy oscuro, guarnecido de piel de chinchilla, con sombrero y abrigo de lo mismo; dos perlas negras en las orejas, y un trébol en el pecho formado por otras tres perlas, blanca la una, negra la otra y rosa la tercera. En el hombro izquierdo, sujetas con un lazo encarnado, llevaba las dos cruces de dama de honor, cruz de esmalte rojo la antigua de la reina Isabel, y una M de brillantes y rubíes, la de la nueva reina Mercedes. Despues, mientras le traia Kate el rico pañuelo de encajes y los guantes de piel de Suecia, buscó ella en una cajita un relicario de plata que contenia un *lignum crucis*, besólo con gran piedad, oprimiólo un instante contra su pecho cerrando los ojos é inclinando la cabeza, como si pidiese algo al cielo con grande ahinco, y guardóselo despues en el bolsillo como se hubiera guardado un amuleto que tuviese virtud para alejar cualquier daño ó peligro.

Al subir la escalera de Palacio latióle el corazon y tembláronle las piernas, porque vió á dos lacayos que cuchicheaban entre sí mirándola á ella. Mas cuando el alabardero de guardia á la puerta de la Saleta dió el golpe de alabarda, que anuncia la llegada de una

Grande de España, crecióse el orgullo de Currita, despertó de nuevo su energía, y armada de toda su audacia atravesó la antecámara y penetró en la cámara misma, dispuesta á comenzar la batalla, creyendo encontrar allí á la Camarera mayor ó al gentil hombre de servicio, ó quizá á todos juntos. La cámara, sin embargo, estaba desierta, y Currita sintió el desahogo de un momento del enfermo que ve detenerse un instante la temida operacion por haberse retrasado el médico. Sentóse en una banqueta frente á la mampara que lleva á las habitaciones régias, á fin de esperar que la Reina la llamase ó alguien saliese; mas la excitacion nerviosa no la dejaba sosegar un momento, y levantóse al punto para asomarse á uno de los balcones y mirar á la Plaza de la Armería: púsose luego á arreglarse los ricitos de la frente ante uno de los magníficos espejos, y reparó entónces en el soberbio retrato de Alfonso XII, pintado por Casado, que habian colocado allí la víspera y se destacaba sobre la rica tapicería de seda granate con grandes flores amarillas, con todo el esplendor de una obra maestra.

Pasó un cuarto de hora que le pareció á ella un cuarto de siglo, y de pié siempre ante el retrato, sintió abrirse á su espalda la mampara de las habitaciones de la Reina; volvióse vivamente, y vió que la mampara se volvia á cerrar y quedaba medio abierta, como si el que fuera á salir se hubiese detenido de repente. Oyó entónces sin que pudiera distinguir las palabras. una suave voz de mujer que parecia hablar acongojada como si suplicase algo, y otra de hombre, fuerte y colérica, que exclamaba enérgicamente:

—¡No, no... ahora mismo!...

Inmutóse Currita atrozmente, y metióse la mano en el bolsillo como si buscara el *lignum crucis;* abrióse entónces la mampara y apareció el Mayordomo mayor, tambien muy inmutado... La dama, fingiendo siempre hallarse absorta en la contemplacion del retrato, volvió ligeramente la cabeza, y saludó con la mano al personaje diciendo con vocecita á su pesar temblorosa y angustiada.

—¡Magnífico retrato! — Yo no lo habia visto ¿Cuándo lo han puesto?...

Mas el Mayordomo, sin contestar á la pre-

gunta y con el esfuerzo de quien cumple un deber penosísimo, díjole balbuceando:

—Su Majestad la Reina la dispensa del servicio... y me encarga le manifieste su deseo de que devuelva la cruz de dama...

Currita dió una rápida media vuelta, apretando los puños y echando atrás la cabeza cual si fuera á embestir al Mayordomo, fijando en él la mirada de sus claros ojos enormemente abiertos, que reflejaban toda la ira del que recibe un salivazo en el rostro, todo el espanto del que ve derrumbarse una última esperanza, toda la solapada é impotente amenaza que encierra el terror del débil, aniquilado por una mano más fuerte...

Luego, como si despertase en ella de repente la altiva rica-hembra, al ignominioso contacto de una bofetada, arrancóse ambas cruces del pecho, y las arrojó en el suelo...





VIII

Aquel golpe terrible no anonadó á Currita, ni le infundió tampoco el extraño sentimiento, mezcla de pavor y de ira, que al recibir en Loyola un bofeton semejante, la habia obligado á confundirse, y á humillarse y á callar... Detrás de la mano de Pedro Fernandez habia visto entónces la mano de Dios, que le impedia profanar con el escándalo de su vida su santa Casa, y detrás del bofeton del Mayordomo de Palacio, tan sólo veia la mano del Rey, que no era para ella una idea, sino un hombre, contra el cual se podia luchar, y al cual se le podia tambien vencer.

Mas harto comprendió desde el primer ins-

tante, con la rápida percepcion de su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo, que en vano emplearia todas las astucias de su ingenio, todos los atrevimientos de su audacia y todos los recursos de su dinero, en atraerse de nuevo á sus amigos y formar en torno suyo aquella brillante corte que era la médula de su vida, porque era tambien la de su vanidad. Nada arrastra tanto como el ejemplo de un príncipe, capaz por sí solo de salvar ó perder á una sociedad entera, y la severa repulsa dada á Currita en Palacio, justa en medio de su severidad, que si de algo pecaba era sólo de tardía, habia de arrastrar sin duda á Madrid entero, derrumbando á la ilustre dama desde la altura de su gloria, con todo el estrépito de los grandes escándalos, con todo el ensañamiento con que del árbol caido se apresuran todos á sacar leña.

Por eso, sin darse ella por vencida, ni cejar un punto en su tenaz empeño, y fortaleciendo siempre con el despecho y la rabia y hasta el dolor mismo, su terquedad de mujer voluntariosa siempre mimada, optó desde luego por el camino de los hábiles políticos, y los diestros estratégicos, y los conocedores

prácticos del mundo y del corazon humano; una prudente retirada que sosegara los ánimos, y diese tiempo á que las memorias olvidaran, cesasen las prevenciones, se cansaran las lenguas, y los escándalos nuevos hicieran olvidar y áun perdonar los escándalos pasados. ¡Habia visto ella tanto de eso!... La ocasion, por otra parte, no podia ser más oportuna; Fernandito habia llegado al estado de imbecilidad completa, que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, y preciso era llevarlo á París á que alguna notabilidad médica intentase el verdadero milagro de despertar un chispazo de inteligencia en aquel meollo huero, que jamás habia dado luz alguna.

El viaje fué, pues, decidido, y dos dias ántes dirigiose Currita al colegio de Chamartin de la Rosa, para sacar á Lilí... La niña habia cumplido ya doce años, y más bien que una criatura que comenzaba á vivir, parecia un ángel que iba á volar. Habia en sus grandes ojos azules algo que recordaba el cielo, algo á la vez triste y sereno, candoroso y profundo, que comunicaba á todo su ser cierto poderoso y triste encanto, semejante al que in-

funde en el alma la inocente sonrisa de un niño huérfano.

Acogióla la madre con sus más suaves mimitos, y díjole al oido, abrazándola, que le traia una noticia muy buena, muy alegre, muy grande...

—¿A qué no la aciertas?...

La niña, con los grandes ojos llenos de lágrimas, y teñidas las mejillas del carmin más puro, dijo prontamente:

—¿Que mi papá está mejor?—¿Que se ha confesado?...

Quedóse Currita desconcertada, como le sucedia siempre con las salidas intempestivas de aquella criatura. ¿Quién habia de creer que iba á acordarse de su padre, y á pensar en si le habian ó no administrado aquel Sacramento que le hacia tanta falta?... Echóse á reir muy maravillada. ¡Ca! si no era eso... era mejor todavía; era una cosa referente á ella misma; lo que mejor le podia suceder, lo que sin duda estaba ella esperando...

Y de nuevo tornó á maravillarse, porque la sangre entera de Lilí afluyó entónces á su rostro, un temblor nervioso agitó sus manitas, y levantó los ojos hacia su madre, re-

bosando anhelo comprimido, esperanza dulcísima de oir lo que era sin duda su más ferviente deseo. Su boquita de ángel se entreabrió un momento para dejar escapar su secreto, como deja escapar una flor su fragancia, y de nuevo tornó á bajar los ojos, poniéndose más y más encarnada, y guardando silencio, con una cándida sonrisa dibujada sobre los labios.

—Pero tontilla, ¿no lo adivinas?...—Es que se acabó ya el colegio: que te vas á venir conmigo...

¡Quién lo habia de creer!... Al oir esto la niña, apagóse en sus labios la sonrisa, como una luz que mata de repente una ráfaga de viento; cruzó las manos angustiada, miró á su madre con espanto, y se echó á llorar á lágrima viva, con el corazon encogido...

—¡Pero vaya por Dios, vida mia!—exclamó Currita estupefacta. ¿A qué viene ese llanto?... ¿Es que no quieres venir?...

Lilí, enjugándose con ambas manitas los ojos, repetia sollozando:

—Aquí me quieren todos... todos...—Las Madres y las niñas...

—Pero hija mia, ¿acaso en tu casa no te

quieren?—exclamó Currita poniéndose muy seria; y la niña, titubeando un momento, contestó con candorosa sencillez, cuyo alcance no supo medir sin duda.

—Ahora no está allí Paquito...

Currita sintió un movimiento de ira, que se trasformó al punto en dolor profundo, en dolor vivísimo que jamás habia sentido, allá en el fondo de sus entrañas de madre... Sus ojos se llenaron de lágrimas, atrajo hacia sí á la niña, separóle del rostro ambas manos, y besándola en la frente, díjole con mucho cariño:

—Pero lo recogeremos al paso, tonta, y nos iremos á París todos juntos.

La niña meneó la cabeza apartándose del regazo de su madre, y procurando dominar su afliccion, como si se aprestase á una batalla, dijo resueltamente:

—Y ademas... yo no puedo irme de aquí...—No, no puedo.

—¿Pero por qué?...—Si eres ya una mujer, y aquí están solo las niñas...

—Y las mujeres tambien...

—¡Pero hija, por Dios!—¿dónde están esas mujeres?...

—Las Madres son mujeres.

—¿Pero tú quieres ser monja?—exclamó Currita abriendo mucho los ojos; y la niña, cerrando los suyos y moviendo enérgicamente la cabeza, contestó con firmeza:

—¡Sí!...

—¡Yaaa! Muy bien: ahora lo entiendo, —dijo Currita muy despacito con su tono de voz más suave... Y las Madres, como te quieren tanto las... pobrecitas, te habrán metido esa idea en la cabeza...

—¡No, no señora!...—Las Madres no me han dicho nada.

—Pues entónces habrá sido el confesor, el P. Cifuentes.

—Tampoco...

—¿Pues quién te lo ha dicho?...

—Paquito.

—¿Paquito?... ¡Vaya un apóstol!...—¿Y por qué no se mete él fraile?

—Eso le escribí yo... Y le envié la vida de San Estanislao, y una estampita de San Luis Gonzaga... Pero me contestó que él era muy desgraciado, y tenia que hacer en el mundo una cosa muy grande, muy grande... Yo no sé lo que será...

Currita comenzó á sospecharlo, y se puso muy pálida; la escena terrible de su estudio, cuando el niño se habia arrojado sobre Jacobo como una fiera sedienta de sangre, acudió á su memoria con gran viveza, estremeciéndola de espanto, infundiéndole esa especie de terror retrospectivo que causa un peligro pasado, despertando en su alma el aguijon de un remordimiento, avivando en su corazon el dolor de una herida chorreando áun sangre!... ¡Oh! ¡Ya no tenia que hacer el pobre niño aquella *cosa muy grande, muy grande*, porque otra mano más culpable le habia tomado la delantera en la esquina de Recoletos!...

Lilí, sin imaginar siquiera en su sencillez de ángel, el efecto que en su madre podian causar sus palabras, continuó diciendo:

—Me decia que fuese siempre muy buena, y no saliera nunca del colegio, y rezara mucho por él, y por V. y por mi papá; porque la ira de Dios iba á descargar sobre nuestra casa... Yo lloré mucho, mucho, y ofrecí entónces ser monja, y se lo dije á la Madre Larín y al P. Cifuentes.

—¿Y qué te dijeron?—preguntó Currita con los labios blancos.

—La Madre se echó á llorar...

—¿Y el Padre?...

—Se echó á reir, y me consoló mucho, y me dijo que no ofreciese nada, sin que él me avisase.

Currita se quedó muy pensativa, y permaneció largo rato en silencio, mirando á la niña: de pronto dijo:

—¿Pero el P. Cifuentes, te querrá mucho?...

—¡Oh sí!...—Es muy bueno; me quiere mucho...

Calló otra vez, seria y meditabunda; porque en medio de aquel rudo oleaje de afectos con que la gracia de Dios combatia su alma para sacarla á flote, santos unos como el amor de madre, saludables otros como el remordimiento, apareció muy honda, y comenzó á subir, á subir hasta flotar en la superficie y sobrenadar en lo alto, y llenarlo todo y dominarlo todo, la idea fija, su ángel malo, el pensamiento constante que llevaba clavado en la frente como un dolor neurálgico, de satisfacer su vanidad y vengar su despecho, recobrando de nuevo su antigua po-

sicion y su brillante corte de mujer elegante. Habia visto de repente un camino desconocido, un sendero tortuoso, que allí llegaba dando rodeos, y ya no oyó más, ya no se ocupó de otra cosa... Cinco minutos largos permaneció callada, inmóvil, tirando al parecer sus planes. Lilí, con las manitas cruzadas sobre las rodillas y la cabeza baja, la miraba de cuándo en cuándo á través de sus largas pestañas, extrañada de aquel singular silencio.

Rompióle Currita al cabo; aquella pichoncita suya monísima y preciosa, la habia enternecido... pero todo aquello era muy serio, muy grave, y hacíase preciso pensarlo despacio, muy despacio, y no decidirlo así de repente, en un segundo... Por de pronto, dejaria á la niña en el colegio, y detendria ella su viaje para hablar con el P. Cifuentes.

Lilí, al oir esto, saltó espontáneamente de la silla y se arrojó al cuello de su madre, cubriéndole el rostro de besos, llorando y riendo al mismo tiempo, como se mezclan la lluvia y el sol en un chubasco de Mayo. Ella se enterneció un poquito, y derramó tres lagrimitas:

—Con que nada, pichona mia;—mucho juicio y pide á Dios que á todos nos ilumine... Y ahora, vidita mia, dile á la Madre Larín que quiero hablarle un momento... ¿Eh, pichona?... Cosa de un segundo; avísale tú, vidita...

Llegó la Madre Larín, muy alarmada, temiéndose alguna trapisonda, y Currita, con patético ademan, se arrojó llorando en sus brazos... Era aquel dia el más grande de su vida; por fin le concedia Dios lo que con tanto ahinco le habia pedido siempre: ¡tener una hija Religiosa!... Cierto que le pasaba aquello el alma de parte á parte, que quizá le costaria la vida separarse de aquel pobre angelito; pero lo que sentia ella era no tener siete hijos como Santa María Magdalena de Pazzis, para ofrecérselos á Dios uno á uno. ¡Estaba el mundo tan malo!...

La Madre Larín, muy escandalizada al ver á Santa María Magdalena de Pazzis, hecha de repente madre de tan dilatada familia, se apresuró á protestar con mucho respeto:

—Santa Sinforosa, querrá decir sin duda la señora Condesa.

—¿Fué Santa Sinforosa?...—¡Pues yo creí

que habia sido la otra; como leo todos los dias el *Año Cristiano*. armo á veces unos galimatías!... ¿Y dígame, Madre Larín, cree V. que perseverará mi hija? ¿qué su vocacion será verdadera?

La Madre enarcó las cejas, y con mucha humildad, dijo:

—La niña es formalita, y á lo que yo puedo colegir, así lo espero... Pero siempre será mejor que el Padre espiritual informe á V. de todo esto.

—¿Y quién es?

—El P. Cifuentes.

—¿El P. Cifuentes?...—¿De veras?... ¡Cuánto me alegro!... Si es un santo, un hombre de tanto saber y prudencia...

—¡Ya lo creo!...—Consúltele V. y verá...

—Pero si no lo conozco...—¡Ay Madre Larín!... ¿Quisiera V. escribirle una cartita... *deux mots*, recomendándome?... Dígale V. cuáles son mis deseos, lo que yo quiero á mis hijos, la sencillez con que procedo siempre... Así me escuchará con benevolencia... Usted me conoce bien, Madre Larín... ¡Soy tan desgraciada!... ¡Se tiene de mí un concepto tan falso!...

Y Currita, persuadida ella misma de lo que decia, cual suele suceder á los embusteros de oficio, extendia las manos y abria mucho los claros ojitos, como para que la Madre Larín la estudiase por dentro, concluyendo por echarse á llorar amargamente, cubriéndose el rostro con el pañuelo. La Madre, muy compadecida y creyendo que aquella oveja extraviada llamaba de nuevo al aprisco, procuraba consolarla, y prometíale escribir aquella misma noche al P. Cifuentes, anunciándole su visita.

—¡Se lo agradeceria á V. en el alma,—Madre Larín; no lo olvidaré en toda mi vida! gimió Currita. Porque no crea V. que en el asunto de mi pobre Lilí faltarán dificultades... Fernandito es muy bueno; pero al cabo, como hombre que es, no tiene la piedad de nosotras las mujeres, y verá la cosa de manera muy distinta.

Y ya en la puerta, despidiéndose cariñosamente de la buena Madre, volvió á repetirle:

—Que no se olvide V. de lo esencial...—Que comprenda el Padre la buena fe con que procedo en todo; lo rectas que son mis intenciones...

Y de pronto, volviendo atrás desde la puerta como si de repente recordase algo...

—¡Ay Madre Larín, se me olvidaba!...— No sé si lo encargué á Lilí, porque con este noticion, se me fué el santo al cielo... Me han dicho que están ustedes haciendo un monumento nuevo para el Juéves Santo, y quiero que sea á mi costa... Deseo mucho dejar á ustedes ese recuerdo: que Lilí haga ese pequeño obsequio al còlegio...

—Gracias, gracias,—señora Condesa...

—¿Gracias?... ¡Ay Madre Larín, qué mundo, qué mundo!... ¡Ojalá y solo se gastara el dinero en cosas semejantes!...

Entró en la berlina... Verdaderamente que aquella idea debia de venir del cielo, porque era Lilí, un ángel del Señor, quien se la habia inspirado. Lo raro era que no se le hubiese ocurrido á ella ántes, porque en aquella carta de Loyola, en aquella famosa carta de Pedro Fernandez, que se sabia ella de memoria, estaba perfectamente encerrada en su primera parte... «Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola á confesar sus pecados y pedir á Dios perdon de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo,

porque todos son igualmente oportunos...»

Y glosando allá en su imaginacion el parrafejo, discurria de este modo... Si la señora Condesa de Albornoz va á Loyola, es decir, al P. Cifuentes, y confiesa sus pecados y pide á Dios perdon de sus extravíos, ó lo que es lo mismo, embauca á aquel varon respetable, diciéndole lo que le parezca, y callándole lo que juzgue conveniente para ponerle de su parte... á la sombra de su respetabilidad, agarrada á su manteo, entrará en el gremio de las beatas aristocráticas, y se abrirá paso, rosario en mano, por el atajo de la piedad, hasta el alto puesto de que la calumnia y la ingratitud la han arrojado.

Porque no era necesario para ello llegar hasta el sacrilegio, que tanto le habia aterrado siempre y la seguia aterrando; dispuesta estaba ella á lo que creia únicamente necesario para confesarse bien; acusarse de todos sus pecados y enumerar todos sus extravíos... ¿Qué le importaba á ella que el Padre Cifuentes supiese lo que hasta en los mismos periódicos se habia publicado y habia leido ella sin sonrojarse?... Si hubiera algun sacrificio que hacer, si hubiera algo

que cortar, seria entónces otra cosa; pero la muerte, el puñal de un asesino, se habia encargado de sacrificar, se habia encargado de romper, y ya no le quedaba á ella nada, nada, sino aquella herida en el corazon y aquel despecho en el alma!... Y ante aquellas dos ideas que la exasperaban, Jacobo muerto, y ella caida de su pedestal, sentia hervir su sangre de dolor y de ira, y parecíale lo primero el crímen más nefando que se habia cometido en el universo, y juzgaba lo segundo el acto de tiranía más atroz, que pudiera atribuirse á Neron, á Tiberio ó á Busiris.

Con cierto miedecillo muy natural y fundado fué á ver al P. Cifuentes, porque tenia el Padre fama de marrullero; mas su voluntad, repentina como el capricho de una mujer, era robusta como la resolucion de un hombre, y tranquilizábala en parte la íntima conciencia que tenia ella de que pocos la aventajaban en astucias y marrullerías. Con habilidad suma dió principio al desarrollo de su plan, comenzando por exponer la vocacion de Lili, anhelo de su corazon, esperanza dulcísima de su alma, que estaba ella dis-

puesta á apoyar con todas sus fuerzas, aunque hubiera que luchar con las serias dificultades que habia de poner Fernandito; hábil estaquita esta última que plantaba desde luego la taimada, para agarrarse á ella más tarde, y destruir cuando hubiera logrado su objeto, los santos planes de la niña. Escuchábala el jesuita impasible, con las manos metidas en las mangas, clavando en ella de cuándo en cuándo la mirada de sus ojos, aguda como la punta de una lanceta, que hacia á Currita ladear los suyos, ora bajándolos, ora paseándolos por las paredes del cuarto. Cuando la dama dejó de hablar, sacó el P. Cifuentes á relucir la tabaquera de cuerno, con su heraldo obligado, el pañuelo á cuadros azules y verdes, y con la mayor naturalidad del mundo, dijo resueltamente:

—Su hija de V. no tiene vocacion, señora Condesa.

Quedóse Currita estupefacta y desconcertada, y tartamudeó moviendo la cabecita.

—Pues ella me habia dicho... yo creia...

—Creyó V. mal,—señora Condesa... Esa niña es un ángel, de entendimiento muy claro, de corazon muy grande y muy recto, y

está aterrada por las cartas de su hermano, que... ¡pasan el alma, señora Condesa; pasan el alma!...

Y las dos lancetas que tenia en los ojos el P. Cifuentes, pasaban de parte á parte la frente de Currita, cual si fuesen á clavarse en el fondo de su pensamiento.

—Por eso,—prosiguió lentamente el jesuita, queria esa pobre niña ofrecer el sacrificio de sí misma, para asegurar la salvacion de los demás, para expiar culpas ajenas por las cuales se aflige, como se afligen los ángeles del cielo; llorándolas, pero sin ponérselas á nadie en cuenta... Y note V. lo que digo, señora Condesa.—*Sin ponérselas á nadie en cuenta...*

La señora Condesa bajó los ojos muy modestita, como haciéndose la desentendida de si era á ella ó no á quien le tocaba pagar aquella cuenta, y el Padre continuó:

—Pero como V. comprenderá, este sacrificio de precio incalculable, cuya idea le fomentaré yo por lo que en sí tiene de útil y meritorio, y porque bastará quizá el ofrecerlo para alcanzar de Dios lo que el pobre ángel pide, no es una vocacion religiosa; es

solo un ofrecimiento que en su afliccion y en su generosidad hace la niña, y mientras Dios no lo acepte, no existe la verdadera vocacion, y yo por mi parte, ni puedo aconsejarla, ni autorizarla tampoco hasta entónces.

—Pues estamos al principio de la conversacion—pensó Currita sin comprender del todo aquellas místicas sutilezas; y dando vueltas entre sus manos á un precioso Devocionario que habia traido de intento para demostrar su piedad al Padre, dijo modestamente:

—¿Y qué cree V. entónces que debe de hacerse?...

—Dejar obrar á la gracia de Dios, que quizá le conceda como premio la vocacion que aún no tiene, y mientras tanto, no sacarla del colegio.

—¿No cree V. entónces, que le convenga volver á su casa?...

El P. Cifuentes abrió la tabaquera, y con la impasibilidad del hombre que golpea en los oidos de un sordo, con la sencillez con que hubiera dicho que hacia calor ó estaba lloviendo, dijo tranquilamente:

—No señora...—Los ejemplos que veria

en ella, no conseguirian quizá corromperla; pero de seguro lograrian matarla.

Currita no protestó contra aquel reproche tremendo; no se avergonzó ni se indignó tampoco. Asióse, por el contrario, para llegar á su objeto, á la punta de aquella maza que la aplastaba, y dijo lastimeramente:

—¡Ay sí, sí, Padre, es verdad!...—¡Si V. supiera lo que pasa en mi casa! ¡Si V. conociera la situacion en que me encuentro!...

Y adoptando el cálculo más hábil del disimulo, el de apropiarse la ingenuidad y disfrazarse con la sencillez y la franqueza, refirió con toda verdad al P. Cifuentes el escándalo de su vida, la trágica muerte de Jacobo, la calumnia difundida por aquellos enemigos invisibles, la imposibilidad en que estaba de acusarlos á ellos y defenderse ella misma ante los tribunales, y la necesidad que tenia de *alguien respetable*, de alguna *persona autorizada* por su santidad y su prestigio, que sacase la cara por ella perdonándole las *faltas* verdaderas y defendiéndola de los *falsos crímenes*, concediéndole su proteccion y su amistad, y rehabilitándola por este solo hecho á los ojos del mundo... Y no pedia es-

to por ella misma, que nada merecia y así lo confesaba; pedíalo por caridad de Dios, por lástima, por compasion hacia sus propios hijos...

Calló Currita, y con la cabeza baja y las manos cruzadas y entornados los ojitos, esperó muy devotica, el sermon formidable, la peluca tremenda que creia ella iba á venir tras de aquello, seguida de alguna violenta exhortacion á la confesion y á la penitencia, con algunos toquecitos de llamas del infierno, y luego, más tarde de lo que ella deseaba y con tanto anhelo iba buscando; un generoso ofrecimiento, noble, sincero y ámplio... Mas el P. Cifuentes, que habia escuchado sin pestañear todo aquel cúmulo de vergüenzas y de horrores, que no habia hecho el menor gesto de asombro, de disgusto, de compasion ni de protesta, sacó la tabaquera de cuerno, tomó un polvo, y dijo lacónicamente:

—Haga V. los Ejercicios...

—¿Los Ejercicios?—preguntó ella muy sorprendida.

—Sí; los Ejercicios de San Ignacio digo... Ayer los han empezado en el Sagrado Corazon, en la calle del Caballero de Gracia...

Todavía tiene V. tiempo; empiece esta misma tarde.

—Yo... bueno... desde luego,—dijo Currita titubeando. Pero segun tengo entendido, solo se entra allí con papeleta, y yo no la tengo.

—Pues yo la recomendaré á V. á la Superiora, y le hablaré á la Marquesa de Villasis, que es Presidenta del Consejo...

Currita sintió tal movimiento de gozo, que estuvo á pique de venderse... ¡Por fin triunfaba, y á pesar de su impasibilidad y no obstante sus marrullerías, hacia tragar al bendito Padre todo el anzuelo!... Entre la Marquesa de Villasis, la dama de mejor nombre en la corte, y el P. Cifuentes, el sacerdote de más prestigio, haria ella su entrada triunfal en el gremio de beatas aristocráticas, y una vez dentro, no bien tomase ella terreno, ya sabria reconquistar palmo á palmo los aplausos y las adulaciones, y colocarse de nuevo en el antiguo puesto perdido.

Vistióse sencillamente, siempre con aquel prolijo cuidado de los detalles pequeños, que desprecian los talentos vulgares y tienen en mucho los privilegiados y prácticos; una mo-

desta falda de seda negra, un abriguito de terciopelo con pieles, y la mantilla recogida por completo sobre los hombros, *chiffonnée* con mucha gracia, cubriendo las blondas del velo parte del rostro, pero dejando ver perfectamente los rojos pelitos, contraseña suya característica, que cuidó muy bien de dejar á la vista con cálculo prudentísimo, para que en caso de oscuridad ó de duda, pudieran todos reconocerla.

A las cinco comenzaba el santo Ejercicio, y á las cinco y siete minutos calculó ella muy bien su entrada, para que fuese de todos vista. Apeóse del coche y entró en el zaguan, creyendo encontrar allí alguna religiosa ó algun portero á quien preguntar por la Marquesa de Villasis ó por el P. Cifuentes; mas sólo vió delante una empinada escalera dividida por en medio con un barandal de hierro, que hacia veces de pasamanos. En lo alto, dos señoras cuchicheaban entre sí muy quedito, é interrumpiéndose bruscamente al ver subir á Currita, desaparecieron al punto, sin que la dama pudiera reconocerlas. Encontróse entónces frente á la puerta de la capilla, que estaba de par en par abierta; era ésta

entrelarga, ancha y extensa, con una gran puerta en el fondo que daba al interior del colegio, y otra lateral para el servicio de la gente. En el testero hallábase el altar, parcamente adornado, con algunas luces que ardian á derecha é izquierda del tabernáculo. Arriba, en la parte más alta, habia una hermosa efigie del Sagrado Corazon, y caia desde sus pies hasta abajo, un gran paño de brocado recamado de terciopelo rojo, con estas palabras bordadas:—*Venite ad me omnes.*—A uno y otro lado de la gran puerta del fondo estaban las sillas de coro de las religiosas, y sentadas en ellas las señoras del Consejo: la Marquesa de Villasis ocupaba la esquina derecha, teniendo á su lado á la Duquesa de Astorga.

Currita vió desde la puerta el extremo de un banco desocupado, y ante él se arrodilló, haciendo uno de esos garabatitos con que creen ciertas damas santiguarse, cruzando las manitas sobre el respaldo, inclinando la cabeza con mucha devocion, y poniéndose á registrar con el rabillo del ojo todo cuanto habia y pasaba dentro de la capilla... ¡Prodigio maravilloso de la perspicacia y fuerza

comunicativa de la grey femenina!... Cuatro minutos despues, no quedaba en el extenso recinto una sola alma más ó ménos pía, que no hubiera atisbado la entrada de Currita, sin que fuese necesario para ello más que alguno que otro suave cuchicheo, alguna que otra disimulada seña, alguno que otro libro devoto ó rosario bendito que rodaba por el suelo, para dar ocasion á la dama que lo recogia, de lanzar una rápida mirada con el mayor disimulo. Allí estaba ella, con mucha devocion, aguantando á pié quieto las miradas, y suponiendo los comentarios internos que acompañaban á éstas; la Condesa de Murguía, señora muy severa, que habia comido muchos viérnes en casa de Currita, y disfrutado no pocas veces de su palco en el teatro, hallábase á su lado... Alarmóla esta proximidad; volvió la cara angustiada, y apretando cuanto pudo á las otras señoras que ocupaban el banco, apresuróse á dejar entre ella y la escandalosa, un gran espacio vacío. Currita, sin perder su devocion, sintió ganas de tirarle del pelo.

Entró á poco una señora con dos niñas al parecer sus hijas, y una de éstas, la más pe-

queña, fuese á arrodillar junto á Currita en el hueco vacío; mas la madre, advertida sin duda por otra señora que le habló por lo bajo, levantóse prontamente, tocó en el hombro á la niña, y apartóla de allí. Currita no sintió esta vez ira; sintió una sensacion penosa, amarga, desconocida para ella, que se le figuró semejante al desconsuelo de verse sola y desamparada por un ser querido; aquella niña, le habia recordado á Lilí.

Entraban nuevas señoras, llenábase la capilla de bote en bote y apiñábanse las rezagadas contra las que habian llegado ántes, sin que ninguna quisiera ocupar el sitio vacío al lado de Currita. Ella sintió crecer aquel desconsuelo que la oprimia, y la angustiaba y le producia una irritacion sorda, una amarga iracundia, que la llevaba á escarbar llena de saña en el basurero de su vida, buscando y enumerando las vergüenzas públicas, las inmundicias de todos conocidas, que le habia tolerado, consentido y hasta aplaudido como amables *pequeñeces* aquel mismo Madrid que ahora le volvia la espalda, para arrojárselas á la cara, gritándole con muy buena lógica: ¿Acaso soy ahora peor que lo fuí

ántes?... ¿Por ventura hace más fuerza en ti una calumnia anónima, levantada por pérfidos asesinos, que ese monton de lodo con que á todas horas te he salpicado el rostro?...

¡Oh! ¡qué mundo, qué mundo aquel tan injusto y tan asqueroso! ¡Con cuánta razon se resistia á entrar en él Lilí, aquel ángel del Señor tan puro y tan bello!... Y á este recuerdo, con la rapidez con que se muda la decoracion en una comedia de magia, sustituyó en su mente la imágen de la niña al Madrid injusto y asqueroso que provocaba sus iras, y quedaron frente á frente, embargando todo su entendimiento, la celestial figura de Lilí, derramando luz vivísima del cielo, y el monton de lodo repugnante y hediondo, la charca sucia y cenagosa que acababa de formar ella con tanta saña, haciendo exámen general de toda su vida... Currita creyó ver una cloaca á la pura y rosada luz del alba, creyó ver el infierno á la luz del paraíso, y se sintió confundida y se juzgó condenada; porque aquel monton de lodo era ella misma, y aquel resplandor de Lilí era la luz de Dios, único criterio de moral, independiente de míseras condescendencias

sociales, á que deben de ajustarse los actos humanos. Un último movimiento de soberbia la agitó sin embargo.

—¡Soy una infame, es cierto!...—¡Pero que no me condenen los hombres, que me condene Dios!...

Y al levantar la vista rabiosa y desesperada, como para lanzar en torno una mirada de orgulloso desafío, divisó al frente la imágen de Jesucristo, del Juez único que su soberbia vencida aceptaba, mostrándole su corazon herido, diciéndole en aquel letrero que tenia por debajo:—*Venite ad me omnes.*—Un crujido misterioso lastimó entónces su pecho, y repitió muy quedo:

—¡Omnes...—Todos, todos!...

Habíase mientras tanto rezado el Rosario, y un jesuita subia en aquel momento al púlpito, para exponer la meditacion que correspondia, segun el órden establecido en los Ejercicios de San Ignacio. Era sobre el juicio final, y dividióla en tres partes: la confusion de los hipócritas al ver patentes sus pecados ocultos; la suprema vergüenza de los escandalosos, al ver objeto de la execracion universal, los pecados públicos de que ha-

bian hecho gala; y la justificacion de la Providencia, la manifestacion clara de los misteriosos caminos ordenados por Dios, para bien siempre del hombre; la sapientísima urdimbre, puesta al descubierto de grandes hechos y pequeños acontecimientos, de penas y alegrías, derrotas y triunfos, llamamientos y amenazas, premios y castigos, que han de probar en la vida de cada criatura, mirada de frente á la luz de aquel tremendo dia, la paternal providencia de Dios para cada hombre, la conjuncion perfecta sobre cada uno de ellos, de sus dos atributos, el más temible y el más deseable, la misericordia y la justicia.

El jesuita hablaba llanamente, expresando con sencilla claridad aquellas tremendas verdades, y trazando á veces pavorosos cuadros que herian la imaginacion, estremecian los corazones y preparaban los ánimos para el eco futuro de aquellas temerosas palabras: —*¡Osa arida, audite verbum Domini!...*— Reinaba un hondo silencio, muy semejante al silencio del pavor, y el jesuita, torciendo un poco el rumbo á sus palabras, dejó ver de repente la bondad infinita de Dios, la más consoladora de todas sus grandezas, su in-

mensa misericordia, brindando siempre al pecador con un perdon tan sin límites y tan ámplio, que desaparecen en él, cual si fueran átomos, los más enormes pecados.

—Imagináos,—dijo, un hombre llegado al último extremo del crímen; cargadle en vuestro pensamiento con todas las acciones afrentosas que fuera posible imaginar; vedle dormir tranquilo en medio de su vergüenza, como si se viera al abrigo de la muerte, como si no tuviera ya remordimientos ni tuviera conciencia... Mas un dia, lo mismo que en el sueño de Nabucodonosor una piedra desprendida de la montaña hizo pedazos al coloso con pies de barro, así tambien un átomo arrancado á la misericordia de Dios por los ruegos de algun justo, derribará sin causa alguna aparente á ese coloso del mal, y formará en sus entrañas desesperadas una lágrima, que subirá hasta el corazon y pasará por los caminos que Dios ha hecho para llegar á sus ojos marchitos, y brotará por ellos, y rodará al fin por sus mejillas... ¡Esa lágrima le ha revelado la verdad y conquistado el perdon y devuelto la paz!...

Y como si aquella lágrima bendita, alcan-

zada por la oracion de un justo, se formase en aquel momento en algunas entrañas, y subiese hasta un corazon, y brotase por unos ojos, con explosion de dolor formidable, rompió el hondo silencio un sollozo que resonó por todos los ámbitos de la capilla, haciendo al jesuita enmudecer un instante, y mirarse pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contuvo, los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecian hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermon, y siguióse luego, y terminó tambien aquel canto suavísimo, patético grito del pecador arrepentido:—*¡Perdon, oh Dios mio!*—y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase ella la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y áun burlonas de sus antiguas rivales.

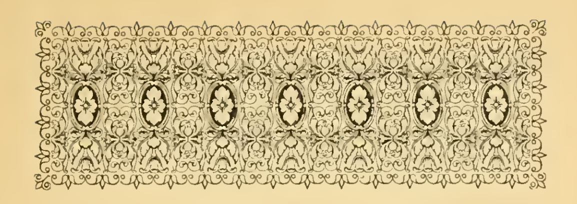
Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una, sin que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida... Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que solo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

—Curra, hija mia...—Abajo tengo mi coche... ¿Quieres que te lleve?...

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecia tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías... Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

—¡Sí, sí!...—A donde no me vea nadie... A Chamartin con mi hija...

La niña no se sorprendió al verla... Habia ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda...



IX

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragan, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se hallaba aquel dia en el estudio del colegio de Guichon Alfonsito Tellez-Ponce, alias *Tapon,* piel del diablo, corazon de ángel, enredador como él solo, ídolo y tentacion perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podian, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas: celebrábase al dia siguiente el

santo del P. Rector, con una jira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz, y el mísero Tapon, condenado por tres ó cuatro sentencias á recluimiento perpetuo, proponíase con un dia entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas, y el sobreseimiento de las diez ó doce causas que por diversos atentados, conatos é infracciones de la ley, se le seguian ante el tribunal del P. Prefecto.

Levantóse, pues, de un salto al primer toque de la campana, lavóse sin derramar una gota de agua, y sin otro percance que el de meter un pié en el orinal y hacerlo añicos, sin intencion deliberada, por supuesto, púsose en formacion muy derechito, entró en la capilla y oyó Misa lo mismo que un San Luis Gonzaga.

Bueno iba aquello; mas al salir del sagrado recinto dióle un brinco el diablo en el cuerpo, y sin poderlo remediar tiró al compañero que marchaba delante en las ordenadas filas, del pañal de la camisa, que impúdicamente le asomaba por debajo de la blusa. En la sala de estudio rezó el *actiones nostras* con devocion suma, sacudió un papirotazo á su veci-

no de la derecha, arrastrado por la fuerza de la costumbre, tiró al suelo los libros del de la izquierda, por una necesidad casi de su temperamento, y abrió la tapa de su cajon con mucha formalidad.

Iba á ponerse á estudiar, y no de cualquiera manera ni cualquiera cosa: sus estudios de retórica habian ya terminado el año último, y acababa de asistir á la toma de Troya y á la fundacion de Roma: habia bebido con Horacio en las cascadas del Tíber, admirado á las abejas con Virgilio, salvado á la República con Ciceron, y alborotado en las plazas de Grecia con Demóstenes. Tocábale aquel año dedicarse á la sublime ciencia del cálculo, y habia obtenido ya por órden de su profesor la medida del campanario del pueblo, con un error aproximado de dos kilómetros: aquel dia, proponíase nada ménos que determinar el rádio de una esfera, y sacó con toda diligencia el libro de texto, la caja de compases y el blanco papel inmaculado, en que habia de desarrollarse el importante cálculo.

El P. Bonnet, inspector en el estudio, mirábale desde lo alto de la tribuna, asombrado de tanta laboriosidad, creyendo tener ante

los ojos la conversion de San Agustin, ó el trueque de Saulo en Pablo.

Con un rápido movimiento del compás trazó Tapon una esfera limpia y correcta, como la luna en su plenilunio. ¡Magnífico!... Redonda era como el mundo... Parecia una carita... ¡Justo!... una carita... Igual, idéntica á la de Mme. Dous, la tendera que vendia pelotas en los portales de Bayona. ¡Qué casualidad!... Tapon marcó con mucha habilidad dos puntos para tomar los rádios con que habia de trazar dos arcos que se cortasen, y se afirmó en su creencia... Aquellos dos puntitos parecian, sin duda alguna, los ojos de Mme. Dous, redondos, pequeños, abiertos como con un punzon... El parecido era exacto: tan sólo le faltaba el moñito en lo alto de la cabeza, y para que nada le faltase, pintó Tapon á la esfera un moñito en la parte superior; dibujóle luego unas narices en el punto en que debieron encontrarse los dos malogrados arcos, púsole por debajo una boca bigotuda, añadióle despues dos orejas con pendientes, y en ménos de un cuarto de hora encontró la cara de Mme. Dous, en vez de encontrar el rádio de la esfera.

Satisfecho de su hallazgo, mostrólo á sus dos vecinos: una mano aleve avanzó entónces por detrás, y arrancóle de las suyas la obra maestra. ¡Santo Dios!... Volvióse Tapon asustado, y encontróse frente á frente con el P. Bonnet. ¡Bonita ocasion para presentarle su peticion de indulto!...

—¿Así prepara V. la clase, señor de... Tapon?...—dijo el ministro de la justicia con voz formidable.

Y el señor de Tapon, sobrecogido, pero con mucha dignidad, aseguró, puesta la mano sobre el pecho, que habia sido una distraccion, que lo habia hecho sin poderlo remediar...

—Pues sin poderlo remediar se quedará usted hoy sin postres... y mañana, por supuesto, sin campo...

Tapon se echó á llorar acongojado, empujó por la izquierda el libro de texto, alejó de sí por la derecha la caja de compases, y apoyando la cabeza en ambas manos, quedóse absorto á través de sus lágrimas, en la contemplacion del tintero de peltre que tenia delante. Una mosca paseaba por sus bordes, alargando de cuándo en cuándo la sútil trom-

pilla, haciendo vibrar, al cruzarlas con las patas traseras, las pardas y transparentes alas. Parecia la mosca meditabunda, y ocurriósele á Tapon cazarla, para alivio de sus penas; mojóse con saliva los extremos del pulgar y él índice, y alargó la mano suavemente: la incauta mosca saltó del tintero á la mano traicionera, dió una carrerita, y acercóse al fatal lazo. Tapon apretó entónces los dedos, y pillóla por las patas... La mosca protestaba muy indignada, batiendo las alas con cierto zumbido lastimoso.

Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla,
Daba quejas al viento
Ya tarde arrepentida.

Tapon, inexorable, resolvió convertirla en ministro de sus venganzas; cogió un fino papel de seda, escribió en él:—¡Muera el Padre Bonnet!—y retorciéndole muy bien una puntita, clavólo por detrás á la prisionera. Abrió luego la mano y la mosca echó á volar, arrastrando la larga cola, á modo de ave del paraíso.

El gozo de Tapon fué imponderable: habia realizado la teoría de las *palomas mensajeras.*

Puso manos á la obra, y en ménos de diez minutos revoloteaban por el estudio más de una docena de moscas, llevando de una á otra parte el grito subversivo de:—¡Muera el P. Bonnet!—La sedicion prendió al punto por el ámplio recinto, encontrando por todas partes imitadores y áun reformistas: uno puso en rojos papelitos:—¡Viva la libertad!—otro se adelantó á poner: —¡Abajo los jesuitas!—y un tercero, hijo de un emigrado, destrozó una caja de bombones, para estampar en ligero papel azul, el grito retrógado de:—¡Viva Cárlos VII!...

Aquello fué una manifestacion general de simpatías personales é ideales políticos, y no hubo uno solo entre aquellos hombres de estado, capaces de regir el país de Liliput, que no manifestase sus opiniones, por medio de las nuevas palomas mensajeras. Tan solo Paco Luján, inclinado sobre su pupitre, aunque sin ocuparse mucho del libro que tenia delante, limitábase á seguir á veces con la vista el vuelo de las palomas mensajeras, sonriendo benévolamente, pero sin tomar parte en el clandestino entretenimiento. A su espalda, un muchacho mayorcito, de frente

estrecha, tipo malayo y rastrera expresion de envidia, que habia tenido con él varias reyertas y sufrido más de una vez el empuje de sus poderosos puños, escribia con mucho disimulo en un trozo de papel de fumar, un largo letrero: púsolo despues, segun el sistema-Tapon, á una mosca muy gorda, y mirando ántes á todas partes con recelo, arrojóla á hurtadillas por encima de la cabeza de Paco: mantúvose la mosca un momento en el aire, y arrastrada por el peso del espurio rabo, posóse al fin en la espalda del chico que Luján tenia delante. Rióse éste al verla, y extendiendo la mano prontamente, cogióla por el papel; la mosca echó á volar dejando su molesto apéndice en manos del niño, y la pobre criatura, alborozado con la presa, púsose á leer el contenido de la misiva... Mas su gozo desapareció de repente, tornándose lívido al descifrarla, dando una media vuelta en el asiento cual si le hubiesen aplicado un hierro candente, fijando una mirada de odio feroz, de rabia pronta á desbordarse en el inofensivo Tapon, que muy alborozado lanzaba al aire en aquel momento su décimo sexto clamor de:—

¡Muera el P. Bonnet!—A espaldas de ambos, seguia el malayo con maligna curiosidad aquella muda escena, que tenia á la vez mucho de infantil y de terrible.

Paco Luján volvió lentamente la cabeza hasta esconderla entre ambas manos como anonadado: clavóse en ella los agarrotados dedos temblando de rabia, y dos lágrimas, dos lágrimas de esas que rara vez se derraman á los quince años, brotaron de sus ojos, y surcaron sus mejillas; la ira las secó al punto, como seca una gota de agua el simum del desierto... Habia leido en aquel papel una grosera chocarrería en que se mezclaban el nombre de su madre y encubiertamente el de Jacobo, firmada por el hijo de aquel hombre odiado, el mismo Alfonsito Tellez, el inofensivo Tapon, el *diablillo de color de rosa*, como le llamaba el Rector del colegio, para expresar al mismo tiempo su sencillez de ángel y su travesura de diablo. ¡Qué golpe aquel tan inesperado y tan horrendo!...

El niño, avezado á callar por el largo y silencioso sufrir de su corta vida, calló una vez más devorando su rencor y sus lágrimas, y una hora despues, cuando la campana lla-

maba á los alumnos á clase, Paco Luján no dió señales de haberla oido, y siguió clavado en el banco, con la cabeza entre las manos, sin más muestras de vida que los frecuentes estremecimientos nerviosos que recorrian todo su cuerpo. Creyóle dormido el P. Bonnet, y separóle las manos del rostro: vió entónces su frente arrebatada, sus ojos brillantes y extraviados, y palpó sus manos ardorosas.

—¿Qué es eso, hijo...—¿Estás malo?... ¿Tienes calentura?...

—No... no... no tengo nada;—replicó el niño con forzada sonrisa.

Y arrancándose bruscamente de las manos del Padre, echó á correr hacia la clase.

Jamás hubo despertar tan alegre, como el que tuvieron al otro dia los colegiales de Guichon; tenia aquello algo del despertar de los pájaros cuando en una mañana de Mayo se lanzan del nido, al primer rayo de la aurora, y estalla su alegría, ruidosa, alborotada, comunicativa, derramándose por entre el follaje de los árboles como una cascada de alegres trinos, que llega hasta el fondo del alma y la conmueve, la arrastra y despierta en

ella paz, gozo, consuelo y plácida gratitud hacia Dios. La alegre charanga del colegio sustituyó aquel dia á las severas campanadas, que arrancaban de ordinario á los alumnos de la profunda quietud del sueño de la infancia, para arrojarlos en los pequeños azares, inmensos para ellos, de la vida de estudiantes; cien vivas atronadores al P. Rector se unieron al punto á los acordes de la música, y la alegría desbordada, la vida bulliciosa que rebosaba en aquellos cuerpecitos, inundó de repente dormitorios, pasillos y el colegio entero, yendo á estrellarse á las puertas de la capilla, por una de esas rápidas mutaciones, increibles en los niños, que prueban el poder inmenso de la disciplina, y la fuerza irresistible que en toda multitud ejerce la autoridad que sabe hacerse amar y respetar. Reinó allí un silencio profundo, oyóse Misa con devota compostura, y tomóse luego un parco desayuno; hubo entónces un momento de expectacion general, de angustiosa perplejidad...

Apareció el P. Prefecto, el temido ejecutor de las solemnes justicias, y mandó salir de las filas á Tapon y á otros seis sentenciados.

Pintóse la consternacion en todas las caritas, y mientras pálidos y contritos se alineaban los reos á la izquierda, notóse en la multitud ese desasosiego que precede siempre en ellas, á las resoluciones heróicas ó desesperadas. Un chiquillo regordete salió al cabo de las filas, colorado como un tomate, y acercándose al P. Rector que en aquel momento llegaba, díjole con heróica magnanimidad:

—Que vayan al campo esos...—Yo me quedo, sí señor, yo me quedo por ellos.

Una exclamacion de entusiasmo acogió la abnegacion del héroe, y el Rector, extendiendo la mano con ademan imponente, dijo muy grave:

—Usted, señor abogado de causas perdidas, se irá al campo ahora mismo... y esos siete señores se quitarán al momento de mi vista...

Aquí tornó el Rector á alzar la mano, como si fuese á descargar el rayo vengador de la justicia, y concluyó con tremenda severidad:

—...Yéndose al campo tambien.

La severidad del Rector se deshizo entónces en una alegre carcajada, y una gritería inmensa acogió la proclamacion del indulto,

mientras las gorras subian por lo alto en alas del entusiasmo, y los reos perdonados y el intercesor generoso, eran llevados en triunfo con cariñosa fraternidad.

Pusiéronse todos en marcha, á través de aquellos campos floridos, aquellas verdes praderas, bosques espesos y preciosas casitas rodeadas de jardines, que adornan todo el camino desde Guichon hasta el mar. Extendíase éste por detrás de Biarritz, estrellándose contra las rocas con furor inmenso, amenazador é imponente bajo aquel límpido azul y con aquel sosegado tiempo, como un gesto de terrible cólera en el rostro de una serena divinidad.

Más allá de la playa de los vascos, en una alta y escondida explanada que forman las rocas no léjos de cierta *villa* deliciosa, hizo alto la alegre turba, dispuesta á sentar allí sus reales para comer y sestear. La comida era sustanciosa y el apetito excelente, y sentados en el suelo en grupos de diez ó doce, comenzaron los chicos aquel festin delicioso, á que las brisas del mar prestaban su frescura, los rayos del sol sus resplandores, y la alegría de la infancia su graciosa locuacidad.

Los inspectores les vigilaban yendo de un lado á otro, tomando parte en sus conversaciones, fomentando sus bromas y sus risas, y evitando con su presencia los excesos, sin disminuir con ella la alegría y la expansion. En una de sus rondas, tropezóse el P. Bonnet con Paco Luján, sentado á la turca en uno de los grupos más numerosos; parecióle el niño preocupado y taciturno, y observó ante él su plato vacío, y puesta sobre la servilleta, su parte de pan intacta. Uno de sus compañeros, denuncióle al punto gritando:

—Padre...—Luján no come...

Volvióse él rápidamente, y con forzada jovialidad contestó:

—¿Que no como?...—¡Vaya si como!.. ¡Mira!...

Y bebióse de un trago, sin resollar siquiera, un vaso lleno de vino hasta los bordes: mostróse desde entónces alegre, hablador y chancero, y levantándose de repente, comenzó á dar vueltas de un lado á otro, como si buscase algo. Habia ya terminado la comida, llegaba á lo sumo la alegria, y los chiquillos, dispersos por todos lados, comenzaban á or-

ganizar diversas partidas de juego: en lo alto de una roca, montado á caballo sobre uno de sus salientes, hallábase Tapon muy afanado, en mangas de camisa, armando con una caña abandonada y un largo bramante, un aparato de pesca. Acercósele Luján por detrás, y poniéndole una mano sobre el hombro, díjole con voz extraña:

—¡Tapon...—ven acá!...

Levantó éste los ojos, y á la vista de aquel pálido rostro y aquel torvo ceño, inmutóse mucho: soltó al punto la caña, terciόse al hombro en silencio la chaqueta, y levantóse dócilmente:

—Anda delante,—dijo Paco.

Arrancaba de allí un senderito abierto en la misma roca, que entre picos y grandes peñascos llegaba hasta la playa baja que azotaban las olas, y por allí comenzaron á bajar los niños, silenciosos ambos, sorprendido y azorado Alfonso, pálido el otro y torva la mirada, arrastrados los dos sin saberlo, por la desventura más digna de lástima que existe en la tierra: la que acarrean al inocente los delitos del culpado.

Cuando llegaron á lo más hondo de la

playa, donde los peñascos se erguian solitarios, y el ruido del mar ensordecia y espantaba, y ya no se escuchaba la algazara de los niños ni se descubria rastro alguno de hombres, volvióse Tapon lleno de zozobra y miró á su compañero tímidamente; mas éste, empujándole hacia delante, le dijo:

—¡Anda!...—¿Tienes miedo?...

Terminaba el senderito que seguian en una reducida explanada, rodeada por todas partes de rocas, que la pleamar cubria por completo, y salpicaban entónces las olas con blancos espumarajos, dejando al retirarse, en el declive, una pequeña hondonada, una especie de pozo lleno de agua que cubriria á ambos niños hasta la cintura. Pegóse Tapon á la roca más lejana, que le cortaba la salida, volviéndose de nuevo muy pálido y asustado, y con el ansia mortal de la zozobra, con la desfallecida voz del miedo, dijo muy bajo:

—¿Qué quieres?

Y el otro, dando entónces rienda suelta á la rabia que le ahogaba, al rencor contra el padre de aquel inocente, fuera ya de su al-

cance, que por tantos años habia fomentado en el fondo del pecho, con la paciencia con que se afila la hoja de un cuchillo, gritó con voz terrible, sacudiéndole con una mano por un brazo, poniéndole el puño cerrado de la otra junto al rostro mismo:

—¿Qué quiero?...—¡Matarte es lo que quiero!... Romperte el alma... Tirarte al agua; que uno de los dos no vuelva al colegio...

Y sacando del bolsillo el funesto papel arrancado á la mosca el dia ántes, púsolo ante los ojos de Tapon, dilatados por el espanto, y tornó á gritarle lívido de ira:

—¿Conoces esto?...

El niño fijó un momento los ojos en aquel papel desconocido á que la mano que lo sostenia comunicaba temblores de rabia, y el pudor de su alma inocente tuvo fuerzas para colorear en sus mejillas por un momento, la azulada palidez del espanto. Movió la cabecita y cerró los ojos, apartándolos.

—Eso es malo,—dijo... es pecado...

—¿Pecado y tú lo has escrito?—bramó el otro en el paroxismo de la rabia.

Y de una terrible bofetada arrojóle al sue-

lo cuán largo era, y lanzóse luego sobre él, dando roncos gritos de furor, vomitando contra el padre y la madre y el niño mismo, horrendos insultos, que parecian hincharle la garganta como si no hubiera en ella espacio bastante para arrojarlos, dándole puñadas, pateándole todo el cuerpo, mesándole los cabellos y sacudiéndole la cabeza contra las rocas, hasta que rendido y jadeante, vióse de improviso las manos llenas de sangre... Entónces dió un paso atrás, pálido y descompuesto, y sucedióle al punto, en un segundo, lo que sucede á todos los corazones generosos cuando pasa en ellos el vértigo horrible de la venganza, y ven ya á su víctima indefensa y aniquilada, tendida á sus pies: una gran piedad hacia aquel pobre niño, en quien habia querido él, sin conseguirlo del todo, acumular el odio inmenso que profesaba á su padre, invadió su pecho y despertó su razon, y con voz queda, enternecida casi, alargóle su propio pañuelo, diciendo:

—Tapon...—tienes sangre...

El niño procuraba incorporarse exhalando ayes lastimeros, repitiendo siempre con acento de verdad profunda:—¡Yo no he si-

do!... ¡Yo no he sido!—Y con desgarradora expresion de pena, como si le dolieran más en el alma, que sus heridas le dolian en el cuerpo, los insultos que habia oido contra su padre y su madre, repetia lastimeramente:

—Mi padre ha muerto...—Yo no lo conocí... Pero mi mamá es santa, santa... ¿Sabes tú?... ¡Santa!...

Paco Luján sintió que el corazon entero se le derretia en lágrimas, y acudió á sostener al niño, que parecia próximo á desfallecer; tenia una herida en la frente, y manaba de ella sangre en abundancia, que corria por su rostro y teñia ya su camisa. Ayudóle á levantar, sosteniéndole por debajo de los brazos, y arrastróle suavemente para lavarle la herida, hacia el pozo que la marea baja dejaba al descubierto, colocado al pié de una roca, en la orilla misma del mar. El niño se dejaba conducir con entera confianza, apoyando la lívida cabecita, blanca cual un jazmin cortado á la mañana, en el hombro de Paco. Notó entónces éste que habia olvidado el pañuelo allá arriba, en el sitio del combate, y volvió corriendo en su busca; el niño mien-

tras tanto, desasosegado y sin tino, sintiendo tras aquella conmocion tan ruda la natural congoja del vómito, inclinóse demasiado sobre la roca, y cayó rodando hasta el mar... Una ola inmensa que reventaba en aquel momento en la playa, asióle con sus mil garras de espuma, y en su tremenda resaca, arrebatóle hacia dentro.

Luján lanzó un alarido horrible, incomprensible en el aparato eufónico de un niño, y se quedó con el pelo erizado y los brazos rigidos y extendidos hacia aquella ola inmensa que barria del mundo á un inocente, cumpliendo una tremenda justicia de Dios.

Su estupor horrendo duró solo un minuto... Sabia él nadar... y lo sacaria, sí, lo sacaria aunque tuviera que bajar á lo profundo, aunque tuviera que hacerse trizas la cabeza contra los escollos del fondo, y luchar allí á brazo partido con el terror y la muerte... Y se arrancaba las ropas, y las tiraba á su paso, y trepaba por las peñas lanzando gritos, dejando en ellas sin sentirlo, pedazos de la piel de sus piernas desnudas, de su pecho jadeante y comprimido por la espantosa presion del horror... Llegó á la roca más alta, la más sa-

liente é inclinada hacia el abismo, y agarrado á la punta, rasgándose el pecho contra las asperezas de la peña, tendió los ojos fuera de las órbitas por aquella extension inmensa, buscando una señal, un punto negro, un ligero estremecimiento en la superficie del agua... ¡Nada!... ¡nada más que aquellas olas tan azules y tan bellas á pesar de catástrofe tan horrenda, aquel cielo tan puro y tan radiante á pesar de horror tan profundo!...

—¡Jesucristo!... ¡Vírgen Santísima!... ¡Qué salga, que parezca!... ¡Madre de afligidos... te doy mi vida en cambio!... ¡Si yo no le odio, si le quiero, si le amo... si amo á su padre mismo!... ¡Señor mio Jesucristo, perdon... me pesa!... Si él era bueno... La mala era mi madre... ella... ella..

Se levantó rígido, tieso como un muerto, pareciendo que se alargaba su estatura hasta crecer la mitad... Allí... allí... allá léjos, á veinte brazas de aquella roca, se agitaba el agua un poco, se formaba un remolino, aparecia un punto negro... Sí, sí, no habia duda... ¡Jesucristo!... ¡Una manita crispada, que se alza pidiendo socorro!...

Y como una exhalacion describió un arco

en el aire y se hundió en el mar la otra víctima, lanzando un grito de piedad que halló su memoria en lo más profundo de los recuerdos de su infancia, y puso la Reina de los ángeles en sus labios, como una prenda de perdon, en aquella hora suprema:

¡Vírgen del Recuerdo dolorida!
¿Te acordarás de mí?

Viósele nadar veinte brazas con la enérgica desesperacion de la agonía, hundirse una vez, aparecer otra, tornar otra vez á hundirse, salir á flote de nuevo, no una, sino dos cabecitas, pegadas, juntas, rubia la una, negra la otra, y sumergirse otra vez las dos formando un ligero vórtice, unas suaves espumas, borrosas, imperceptibles en aquel mar inmenso, ilimitado, roto tan sólo en el lejano horizonte, por una velita blanca que se divisaba á lo léjos...

Al dia siguiente, unos pescadores de Guetary, encontraron atravesados en una roca los cadáveres de los niños, abrazados estrechamente áun despues de la muerte... En las ansias y rudo combate de aquella agonía tremenda, el escapulario de uno habia pasado

tambien al cuello del otro, y descansaba, como una contraseña del cielo, sobre los pechos de ambos.

Jamás se supo á cuál de los dos habia pertenecido en vida, la santa enseña. Era el escapulario de la Vírgen del Recuerdo...

FIN DEL LIBRO CUARTO



EPÍLOGO

La campana del santuario de Loyola habia tocado ya el último toque de Misa, y el Hermano portero luchaba á brazo partido en la misma puerta, con una de esas beatas pegajosas, ávidas siempre de santa curiosidad, propaladoras incansables de nuevas místicas, que creen asegurar el triunfo de la Iglesia y la extirpacion de las herejias, propagando entre fieles é infieles que el Padre A, estornudó dos veces seguidas, ó que al Padre B, se le descosió la borlita del solideo.

Una señora enlutada salió entónces de la vecina Hospedería, atravesó lentamente el prado, y subió las escaleras que llevan al san-

tuario. Era una mujer alta, jóven aún, que parecia agobiada por el peso de una de esas inmensas desventuras, que inclinan el cuerpo á la tierra, como buscando en ella el consuelo y la paz. El negro crespon que sombreaba su frente sin ocultarla del todo, dejaba ver unos ojos rojos en que ya no habia lágrimas, y un rostro marchito, óvalo perfecto en que se veia, por decirlo así, incrustada, una conmovedora expresion de dolor eterno.

Al pasar ante el Hermano, saludóla éste con muestras de gran respeto, y la beata, ansiosa siempre de noticias, preguntóle su nombre.

—La Marquesa de Sabadell,—contestó el Hermano.

La beata dejó escapar una exclamacion de asombro, y con cierta compasiva admiracion siguió á la dama con la vista, hasta verla desaparecer por la gótica puerta del antiguo solar de Loyola.

Un cochecillo desvencijado, tirado por dos flacos rocines del país, entró al mismo tiempo por el puente de Catalangua, atravesó velozmente el prado, y vino á detenerse al pié de la escalinata. Apeóse otra señora tam-

bien enlutada, muy flaca, muy pequeñita, ocultando como la otra entre los negros crespones un rostro consumido y lleno de pecas, y unos cabellos rojos mezclados de blanco. Nadie la conocia en el país: habíase establecido aquel verano en un caserío muy bien acondicionado, cerca de los baños de San Juan, y veíasela á menudo desde el camino, pasear por la huerta acompañando á un caballero muy gordo, al parecer idiota, que lanzaba gritos extraños y tristes risotadas, y no se movia de un carrito de que tiraba á veces un borriquillo pequeño, otras un criado, al gunas, con bastante frecuencia, la señora misma. Los caseros de las cercanías, llamábanla *Gorriya*, esto es, *la roja*.

Al Hermano portero no le era, sin embargo, desconocida la dama, y saludóla tambien á su paso, con mucha atencion y deferencia. La beata, con redoblada curiosidad, tornó á preguntar así mismo, el nombre de ésta.

—La Condesa de Albornoz,—replicó secamente el portero.

Penetró ésta tambien en la santa Casa, y subió al famoso santuario, lleno en aquel momento de fieles de todas clases, mezclados y

confundidos el señor y el labriego, la dama y la casera, con ese aire de confianza, esa perfecta igualdad que muchos pregonan, y sólo se comprende y se practica en el santo templo de Dios. La Albornoz pasó rozando con su traje el traje de su infeliz prima, y fué á arrodillarse sin reparar en ella, á cuatro pasos de distancia. No sucedió lo mismo á la Marquesa de Sabadell: vióla muy bien ésta, la conoció al punto, y el temblor de sus manos, el gesto espontáneo de horror con que apartó la vista, el ansia cruel con que se levantó su pecho, sin que pudieran exprimir sus vaivenes una sola lágrima, como si se hubiese agotado ya en aquel corazon el manantial de ellas, revelaron claramente la impresion horrible que le hacia la presencia de aquella mujer funesta, que encontraba por primera vez despues de tantas desgracias.

Comenzó la Misa ante la imágen de San Ignacio, del lado de allá de la reja; la de Albornoz, flaca y macilenta, paseó á poco la vista por todas partes buscando algun sitio en que sentarse, y no hallándolo, hízolo humildemente en el suelo, sobre las frias losas: un anciano, pobre mendigo de Azpeitia, le-

vantóse al punto del extremo de un banco, y quiso cederle su puesto; mas ella, agradeciéndoselo con cariñosa sonrisa, no lo aceptó.

Llegó al fin la hora de la Comunion, el sacerdote abrió el tabernáculo, volvióse al pueblo y bendijo á pobres y ricos, grandes y pequeños, inocentes y arrepentidos, verdugos y víctimas... Todas las cabezas se inclinaron, dobláronse todas las rodillas en el más profundo silencio...

—*¡Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi!...*

Varios hombres y mujeres se adelantaron, y fueron á arrodillarse ante el comulgatorio: entre ellos iban la Marquesa de Sabadell y la Condesa de Albornoz, las dos rivales, el verdugo y la víctima, la mujer inocente y la cínica escandalosa.

Pasó largo rato: terminóse aquella Misa, y salió despues otra, y poco á poco fueron desapareciendo los fieles, quedando al fin sola la Albornoz, arrodillada delante, sin poderse sostener apénas, caida la cabeza, cruzadas las manos, imágen viva de la humildad, aniquilada ante la misericordia. Detrás estaba la Marquesa de Sabadell, arrodillada

á larga distancia, sintiendo por primera vez, despues de la muerte de su hijo, el consuelo inefable de las lágrimas.

De repente hizo Currita un penoso esfuerzo para levantarse, y la otra se levantó tambien prontamente, y salió de la capilla, deteniéndose del lado de allá de la puerta, junto á la pila del agua bendita... Allí la encontró la Albornoz, y dió un paso atrás al verla, pálida cual un espectro.

Mas ella, dando otro paso adelante, hizo un solo movimiento, una mera *pequeñez*, de esas que asombran á los hombres y regocijan á los ángeles.

Metió la mano en la pila del agua bendita, y se la ofreció con la punta de los dedos...

FIN

ÍNDICE

LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO